



Universidad de Quintana Roo
División de Ciencias Políticas y Humanidades

Tesis

La figura del dictador latinoamericano en la novela *El otoño del patriarca*, de Gabriel García Márquez

**Que para obtener el Título de:
Licenciado en Relaciones Internacionales**

**Presenta
Erick Pérez del Angel**

Director
Dr. Leonardo Héctor Rioja Peregrina

Chetumal Quintana Roo, México, julio de 2008



Universidad de Quintana Roo
División de Ciencias Políticas y Humanidades

**Tesis elaborada bajo la supervisión del comité de asesoría
y aprobada como requisito parcial, para obtener el grado
de:**

LICENCIADO RELACIONES INTERNACIONALES

COMITÉ SUPERVISOR

Director:

Dr. Leonardo Héctor Rioja Peregrina

Asesor:

Mtra. Adela Vázquez Trejo

Asesor:

Mtro. José Arroyo Campo Hermoso

Agradezco y dedico esta tesis a mis padres, Raquel del Angel Castro y Dionisio Pérez Pérez. También agradezco a mis supervisores: la maestra Jazmín Benítez López, la maestra Adela Vázquez Trejo, el maestro José Arroyo Campohermoso, el doctor Raúl Arístides Pérez Aguilar y mi director de tesis el doctor Leonardo H. Rioja Peregrina, los cuales no se limitaron solamente a cuestiones puramente académicas, sino que me brindaron todo su apoyo y crítica incondicional, impulsados por la ética del maestro que espera ver la superación de un estudiante. Finalmente, agradezco a la Universidad de Quintana Roo por las facilidades y el apoyo concedido en mi formación intelectual, del mismo modo que a mis compañeros de la generación 2003-2008 en la carrera de Relaciones Internacionales.

Índice

Introducción	4
Capítulo 1. Objetividad y subjetividad en el estudio de la realidad histórico social	16
1.1. La historia: arte y ciencia	16
1.2. El historiador: artista y científico	22
1.3. Objetividad/subjetividad en el investigador	26
1.4. El lenguaje comunicante	34
1.5. Literatura e historia: la historia novelada	37
Capítulo 2. El dictador latinoamericano	49
2.1. Antecedentes del dictador latinoamericano	49
2.2. El dictador latinoamericano: recursos y métodos	52
2.3. El poder: locura y soledad	58
2.4. Algunos dictadores latinoamericanos del siglo XX	64
2.4.1. Derrumbes y permanencias. Diferencias entre algunas dictaduras	83
Capítulo 3. Literatura e historia: novela histórica y realidad social latinoamericana	88
3.1. El antecedente europeo entre literatura y política	88
3.2. La novela y la realidad social latinoamericana	92
3.3. La literatura y las dictaduras en América Latina	107
3.3.1. Mario Vargas Llosa y <i>La fiesta del chivo</i>	108
3.3.2. Alejo Carpentier y <i>El recurso del método</i>	119
3.3.3. Augusto Roa Bastos y <i>Yo el Supremo</i>	125
Capítulo 4. Gabriel García Márquez y el <i>Otoño del Patriarca</i> : política y literatura	132
4.1. El escritor y sus circunstancias	132
4.2. La novela <i>El otoño del patriarca</i>	138

4.3. La figura del dictador en <i>El otoño del patriarca</i>	140
4.3.1. El hombre mitológico	141
4.3.2. La represión social	146
4.3.3. El poder: locura y soledad	148
4.3.4. El Ejército	153
4.3.5. El Patriarca: sus lazos afectivos y la Santa Sede	155
4.3.6. La oligarquía nacional y los intereses extranjeros	156
Reflexiones finales (provisionales)	160
Anexos	164
Bibliografía	166

Introducción

La presente tesis analiza y, principalmente, expone algunas de las características del dictador latinoamericano contenidas en la novela *El otoño del patriarca* de Gabriel García Márquez, al considerarla una obra representativa de la figura del dictador cuya especificidad responde al proceso regional latinoamericano de mediados del siglo XX, especialmente durante el periodo 1959-1984, dentro del contexto de la Guerra Fría y la hegemonía de los Estados Yankis¹ en América Latina.

También se analiza a los principales sujetos sociales y políticos, internos y externos, característicos de la realidad sociopolítica de América Latina, como son: los gobiernos militares, los dictadores, la sujeción de algunos actores sociales como el ejército, la oligarquía y la Iglesia a los intereses externos de la época, al igual que la relación entre estas instituciones. De igual forma, se destaca la influencia que tuvo la literatura latinoamericana en la región entre los diferentes grupos sociales, los cuales alimentaron la idea de transformación social mediante el impulso de procesos revolucionarios.

De la novela se rescatan las principales características de la figura del dictador y su importancia como material opcional de análisis para plantear algunos problemas de la realidad latinoamericana, así como la relevancia que tiene para el estudio de las relaciones internacionales, vinculada con obras similares de otros autores de la región.

Este trabajo de investigación parte de la consideración de una falta valorativa hacia la novela latinoamericana en el estudio de la realidad sociopolítica de las naciones de la región, dejándosele un rango menor como obra de consulta para el

¹ El nombre de Estados Yankis lo tomo en razón de lo escrito por Ydígoras: “No podemos llamar a los Estados Unidos simplemente América, porque América abarca todo un Continente. Ni Norteamérica, porque tal denominación comprende igualmente a México y Canadá. Ni Estados Unidos, ya que en el Continente existen varios. Ni América Anglosajona, ya que es una Nación Mestiza, o poblada de gentes blancas venidas de Europa, y millones de negros y amarillos, además de los indios aborígenes y otros que llegaron desde el Sur del Río Grande [...]. Sin embargo, hay una denominación que el mundo conoce y reconoce: YANKI. Con ella, el Bautismo Nacional puede sentenciarse: los Estados Yankis. Son Estados y son Yankis” (Ydígoras, 1982: 9).

estudio de las relaciones internacionales en el contexto de las dictaduras militares de la Guerra Fría.

La tesis que presento sostiene que a partir de un estudio minucioso del contenido de, por ejemplo, la novela *El otoño del patriarca*, se puede establecer una propuesta cuyo método nos remite a la sociología, la ciencia política y las relaciones internacionales –que se encuentra de manera novelada en la obra de dicho autor–, sin dejar de mencionar otras obras que abordan la figura del dictador en un contexto y un tema tan relevante como fueron las dictaduras militares latinoamericanas.

Para sustentar el argumento anterior, en el primer capítulo se expone la opinión de diversos escritores, científicos, filósofos, entre otros intelectuales, en cuanto al papel de la historia como arte, el problema de la subjetividad y objetividad, la literatura y la sociedad. Así, se introduce al lector en las distintas perspectivas y opiniones con respecto al estudio de la historia y el arte. Me parece oportuno tratar el tema de la subjetividad/objetividad en la investigación debido a que permite sustentar la hipótesis de este trabajo con respecto a la importancia de la novela como referente histórico de un contexto internacional –ya sea desde lo que la novela refleja o la influencia que el contexto ejerce sobre el escritor y su obra.

El segundo capítulo profundiza en el dictador en general –recursos y métodos, soledad y locura– y hace referencia a algunos dictadores y dictaduras en particular. En el capítulo siguiente se analiza la relación literatura y sociedad, además de la exposición breve de tres novelas: *La fiesta del chivo*, *Yo, el Supremo* y *El recurso del método*.

En el cuarto capítulo se toman las principales caracterizaciones de la figura del dictador latinoamericano en la novela de García Márquez y, asimismo, se mencionan tanto sus opiniones en cuanto al periodo como a la relación de la sociedad y la literatura. Sirviéndonos de esta novela, se estudian los rasgos principales de un dictador como protagonista literario, aparentemente imaginario, pero político en la realidad social y cuyo vínculo con los intereses externos lo hace sumamente interesante.

Por último, en las Reflexiones finales, que considero provisionales, se exponen algunas ideas entorno a la tesis y se ofrecen propuestas en cuanto a la importancia del uso o consulta de obras del tipo aquí tratadas.

Para adelantarnos un poco, cabe mencionar que ante la realidad latinoamericana del periodo que tratamos, algunas novelas adquirieron un papel relevante en la política internacional, al intentar –según algunos escritores– un cambio social mediante la muestra de la realidad latinoamericana o sencillamente novelar la realidad. Uno de los mayores representantes de la figura del dictador es Gabriel García Márquez, con su novela *El otoño del patriarca*, en donde además de aspectos sociológicos se involucra con la psicología del dictador y el poder.

La novela de García Márquez presenta a un dictador que, según el propio autor, reúne los rasgos principales de un dictador latinoamericano: su paranoia ante los enemigos que están en todos lados; la soledad y la locura del poder; la necesidad de tener un aparato represor formal y otro informal, secreto; algunos actores que rodean al dictador, sus distintos intereses, entre otros temas.

En consecuencia, como ya se mencionó, se analizan las principales características del dictador en *El otoño del patriarca* y su importancia para plantear algunos problemas de la realidad latinoamericana. Igualmente se realiza una aproximación teórica al estudio de la historia, a partir del conflicto entre objetividad y subjetividad; se establece la importancia de la novela de García Márquez como reflejo de los problemas sociopolíticos de la región latinoamericana; se identifica el papel de los principales actores sociales –iglesia, oligarquía, ejército, intelectuales–, y su relación con el dictador; se expone la manera en que se vincula el dictador con los intereses externos de otras naciones fuera de la región latinoamericana y se hace un análisis de la importancia que tuvo la literatura latinoamericana en la región entre diferentes grupos sociales que alimentaron la idea de transformación social mediante el impulso de procesos revolucionarios.

La razón de lo anterior responde a la consideración de que las novelas son una fuente de suma importancia y un medio respetable para reflejar la realidad sociopolítica latinoamericana. Permitiendo, en el caso del dictador, indagar acerca

de los medios y las formas en que un hombre adquiere y maneja un poder nacional y se vincula con otros poderes en el ámbito internacional.

Desde el punto de vista de las Relaciones Internacionales, las novelas no suelen adquirir una importancia “científica” para el estudio de la realidad internacional. Sin embargo, para el caso del estudio de las dictaduras en América Latina, la novela de García Márquez es representativa dado que se refiere a los motivos y acciones de un dictador latinoamericano, siendo una síntesis de varios dictadores históricos. Asimismo, los sujetos sociales y sus relaciones de acuerdo al papel que ocupan en la estructura de poder, es un elemento que permite caracterizar la manera en que el dictador latinoamericano logra sus objetivos políticos, mientras que los grupos que le rodean logran de éste la satisfacción de intereses nacionales e internacionales.

Como estudioso de las Relaciones Internacionales, considero que el carácter internacional de este trabajo se encuentra en el análisis de un estudio regional sobre un proceso de suma importancia para la historia de América Latina, como lo fueron las dictaduras y su desenvolvimiento nacional e internacional, teniendo en cuenta que fue un proceso afectó a casi todo el continente.

La hipótesis de esta tesis hace de la novela *El otoño del patriarca*, una muestra representativa de la figura del dictador en la novela latinoamericana de mediados del siglo XX; al considerar que la novela refleja la realidad sociopolítica de la mayoría de los países de la región, en la medida en que el surgimiento y fortalecimiento de las dictaduras inhibió –de determinadas formas según cada país– el quehacer científico de las disciplinas sociales.

Consecuentemente, la creación literaria se impregnó de la realidad del entorno latinoamericano en lo local, nacional e internacional, por lo que si al menos no logró una objetividad científica –desde el punto de vista teórico-metodológico tradicional– sí consiguió hacer de sus tramas una representación de los rasgos más significativos del dictador, así como de la capacidad política de éste en el ámbito nacional e internacional que lo colocó como uno de los sujetos relevantes del escenario mundial, por lo que esta obra en particular –en lo general se mencionan también las obras de Alejo Carpentier, Roa Bastos, entre otros– adquiere una

importancia de primer orden para el estudio de la realidad internacional en dicho contexto.

En este trabajo se utilizan una serie de conceptos que considero importante definir previamente, tal es el caso de: Dictadura, que Pratt Fairchild define como: un “...sistema político en el que una persona, o un pequeño grupo de personas, tienen autoridad completa sobre las vidas y personas de todas las demás en un país determinado”. Por lo que todo derecho político –libertad de pensamiento, de prensa o reunión– se encuentran condicionados a los intereses del grupo en el poder; teniendo las clases marginales como única posibilidad de liberarse de la opresión y los excesos de esos grupos –cerrados los medios políticos de intervención– el uso del recurso de las armas, la clandestinidad, la guerrilla, la revolución (Pratt Fairchild, 1997: 95).

La dictadura mantiene su poder apoyándose en la violencia, pero también ganándose a un sector de la sociedad civil, siendo ese el caso de la última dictadura argentina y brasileña, lo que les permitió su continuidad (Serra Rojas, 1998: 354).

Franz Neumann define la dictadura como: “...el gobierno de una persona o de un grupo de personas que se arrogan el poder dentro del Estado y lo monopolizan, ejerciéndolo sin restricciones”. Existen tres tipos: la simple, la cesarista y la totalitaria. Para Sartori, la dictadura es el dictador: “...son [...] expresión de un poder concentrado que se basa [...] en el poder personal y discrecional” (ambos citados por Ansaldi, 2006: 85, 86).

Los romanos veían en el dictador al *magistrado supremo*, nombrado por el Senado en momentos que la República debía enfrentar peligros para los cuales necesitaba un hombre que mandara como soberano, pero sólo durante un tiempo determinado, hasta que cesara la crisis. En la era moderna, se otorgaron estas libertades soberanas a los presidentes para que resolvieran una crisis social severa. Sin embargo, se cayó en la trampa de inventar o provocar esos trastornos sociales para lograr legitimar un gobierno espurio y justificar las ambiciones de poder absoluto de un solo hombre.

El concepto de Dictador se encuentra necesariamente vinculado al concepto de Poder. En el aspecto social, nos dice Norberto Bobbio, "...el poder se precisa y se convierte de genérica capacidad de obrar, en capacidad del hombre para determinar la conducta del hombre: poder del hombre sobre el hombre". Para desarrollar el poder se requiere de quién se someta a éste, siendo los medios para lograrlo diversos: "...desde la persuasión hasta la manipulación, desde la amenaza de un castigo hasta la promesa de una recompensa". El poder, en cuanto social, continúa Bobbio, "...es una relación entre hombres [que abarca] una esfera del poder [...] más o menos amplia y más o menos claramente delimitada" (Bobbio, 2000: 1190-1191, 1196; para una definición similar de Max Weber: Careaga, 1979: 11).

El poder no es moral; su uso depende de quien lo ejerce. La utilización de la violencia responde a la imposibilidad de legitimar dicho poder, su uso. En las relaciones internacionales, la imposición forzada de un sistema económico o una ideología implica cierto tipo de violencia (Careaga, 1979: 13-14).

Debido a que aquí se trata el tema del liberalismo y el socialismo, es importante indicar que el hombre liberal es definido por Pratt Fairchild como aquel: "...interesado por el bienestar general de la humanidad y por la difusión amplia de los valores sociales". El hombre liberal intenta solucionar los problemas sociales dentro del propio sistema, sin intentar realizar una transformación o reorganización, debido a que el liberalismo es una "...actitud social que se caracteriza por su interés en aumentar y difundir al máximo el bienestar humano pero sin pretender cambios de fondo en la estructura social" (1997: 170,171).

En el caso del socialismo, escribe Pratt Fairchild, en su aspecto teórico puede adaptarse a "...casi todos los tipos de Estado [...], necesita y trae casi automáticamente una forma política democrática". La distinción entre socialismo y comunismo se encuentra en que el comunismo busca cambios revolucionarios, rápidos, por tanto, violentos; el socialismo busca en cambio "...hacer progresos empleando métodos reformistas, graduales y parciales" (1997: 279).

Se considera socialista a quien, según François Chatelet a partir de Pierre Leroux y Robert Owen: "...denuncia las fechorías del individualismo fundado en el principio de la libre competencia y rechaza la providencia del Estado" (en Lacouture,

1973: 83). Luis Villoro habla de “la tragedia del socialismo” como resultado de idealizar una sociedad basada en “el conocimiento de leyes objetivas y su aplicación técnica a la sociedad. Se olvidó que la edificación de la sociedad justa era, ante todo, una empresa moral, término de elección libre” (1995: 50-51; sobre socialismo y democracia: Lechner, 1980: 261-264).

Desde una perspectiva jerarquizada, el socialismo considera la Colectividad-Estado-Individuo; el liberalismo se enfoca en el Individuo-Colectividad-Estado; finalmente, el autoritarismo prefiere el Estado-Colectividad-Individuo (Montenegro, 2004).

Otro concepto importante en este trabajo es el de Literatura, definido como escritos en los que se utiliza la imaginación para darle un tratamiento al lenguaje y logre “...expresar ideas de interés general o permanente” (Gómez de Silva, 1999: 320; también: Montes de Oca, 2003, 10). Para Montes de Oca, la literatura encierra a todo lo relacionado con las letras y reúne al “...conjunto de obras literarias producidas por la actividad del hombre”. Es a partir del siglo XIX, según dicho autor, que la literatura se convirtió “...en la expresión de la experiencia personal del mundo” (2003: 14).

Algunos elementos de una obra literaria son el Fondo y la Forma. Por un lado, el Fondo lo desarrolla el escritor, es “...la idea o pensamiento que desenvuelve mediante la palabra”, entendiéndose a la idea de la obra como “su contenido general”. Por otro lado, la Forma corresponde a una estructura establecida por el escritor, donde “...se distribuyen los diversos episodios de la acción y los demás elementos de la obra, y en la expresión, mediante la cual el autor selecciona y aplica los recursos que mejor convienen a su propósito” (Montes de Oca, 2003: 20).

La unión de la Forma y el Fondo corresponden al estilo literario: “...fusión del pensamiento y del lenguaje [en donde] todas las facultades del escritor dejan marcado su sello característico” (Montes de Oca, 2003: 56). Así, las novelas no son creadas por máquinas, sin pensamiento ni lenguaje propio –como imaginó con terror Orwell en su novela *1984*: hacedores de novelas, máquinas programadas para dar forma al lenguaje, teniendo como punto primordial el sentido y no el pensamiento o el sentimiento.

El artista literario, escribe Montes de Oca: "...domina el arte de la palabra escrita y se sirve de ella para componer obras de valor estético"; es un individuo capaz de utilizar el lenguaje como un medio para "fines más prácticos". Valiéndose de dos facultades estéticas, la imaginación y la fantasía, el escritor logra con la primera combinar una serie de imágenes, dándoles coherencia, además de crear nuevas imágenes; con la fantasía logra reproducir "...las imágenes de los objetos, dándoles formas sensibles". No obstante, para el escritor es de suma importancia el contar con una "excelente memoria", que le permita "...retener cuantos datos, conocimientos, hechos y elementos de juicio haya adquirido por la observación, la lectura y el estudio" (2003: 15, 16).

En el caso particular de la novela, es definida por Gómez de Silva como una narración "...ficticia en prosa [...], de longitud considerable [...] que trata de la experiencia humana, incluyendo los sentimientos y las pasiones, mediante una trama [...] que va desarrollándose, a lo largo de una secuencia de acontecimientos, gracias a las acciones, las palabras, y ambientes específicos" (1999: 448). Las novelas suelen mezclar elementos históricos con situaciones y personajes imaginarios (Montes de Oca, 2003: 156).

La novela histórica se sirve ya sea de un sujeto o actor histórico y de la historia como un escenario en donde desarrollar la novela, mostrando "...con mayor o menor fidelidad, las costumbres de una época. [Combinando] la acción fingida con los sucesos históricos". Siendo que las obras de arte expresan la visión particular del artista (Montes de Oca, 2003: 157, 160).

El concepto de realismo en literatura surge como contraposición a la subjetividad de la realidad por parte del romanticismo. El realismo literario del siglo XIX buscaba una representación de la realidad lejana de su idealización (Gómez de Silva, 1999; también: Montes de Oca, 2003: 77). Para Montes de Oca, el realismo literario busca "la expresión directa de lo real", que consiste en subordinar el estilo y el contenido, fondo y forma, "...a las condiciones de la realidad" (2003: 75). Además, agrega, el arte realista presenta tres características principales:

Impersonal: el escritor [...] suprime su yo de todo lo que escribe y se mantiene impassible ante la realidad que copia. Es *exacto*: no anticipa nada que no pueda ser

probado, todos los epítetos están calculados y los sentimientos son sometidos a una especie de análisis químico. Posee el culto de la forma: el lenguaje debe ser trabajado laboriosamente hasta que exprese con exactitud la realidad (1987: 261).

La literatura adopta en el realismo el método científico mediante "...la observación paciente de los hechos, la sumisión total a los mismos". En consecuencia, la investigación y documentación "...van a ser tareas comunes al físico, al historiador y al novelista" (Montes de Oca, 1987: 262). Sin embargo, antes de comenzar el siglo XX, el realismo había perdido su fuerza como forma de interpretar el mundo, debido al desarrollo de nuevas ciencias humanas, siendo que

...el conocimiento admitía otras posibilidades, además de las de la pura inteligencia [...]. Descubre el individuo que la ciencia no responde a los problemas de la vida y opone al afán de conocimiento puro un ansia de saber, que sea al mismo tiempo una dirección de la vida (Montes de Oca, 1987: 297).

Un último concepto para tratar es el de Guerra Fría, el cual se deriva del orden mundial bipolar que surgió después de la Segunda Guerra Mundial y que se caracteriza por el enfrentamiento entre los Estados Yankis y la Unión Soviética, Este y Oeste. A pesar de no llegar a ser un conflicto bélico directo, sí lo fue mundial, al estimular un tipo de relaciones de poder entre aliados a alguna de las dos potencias, basándose en una toma paulatina de posiciones o zonas de seguridad y zonas de influencia. Similares en algunos aspectos, tanto Estados Yankis como la Unión Soviética se hicieron de aliados mediante tomas de poder apoyadas o creadas para su propio beneficio.²

En otro orden de ideas, volviendo al dictador, distintos filósofos han estudiado a este personaje histórico: Aristóteles en el libro *Política*, menciona algunas formas en que los dictadores se relacionan con el resto de los actores sociopolíticos y la importancia que debe darles; asimismo, *El Príncipe*, de Maquiavelo, es un libro que trata el tema de cómo adquirir y mantener el poder, es decir, el llamado realismo político; sólo por mencionar por el momento a algunos.

² Para Octavio Paz, mientras los Estados Yankis tienen aliados; la URSS cuenta con satélites (1985: 80).

Como un tipo de monarquía y a la cual recurrieron los antiguos griegos, para Aristóteles la dictadura "...es una tiranía electiva, y como la monarquía bárbara, es de acuerdo con la ley, pero difiere sólo en no ser hereditaria". Cuando las dictaduras son despóticas, se hacen tiranías; pero su carácter monárquico responde al hecho de ser electivas y surgir bajo el consentimiento del pueblo (Aristóteles, 1999: 214).

Aristóteles habla de la tiranía como monarquía absoluta, al haber "...un poder singular que gobierna irresponsablemente a sus iguales o superiores, en vista de su propio interés y no del de los gobernados. Es, por tanto, un gobierno de fuerza, porque ningún hombre libre tolera voluntariamente un poder de esta naturaleza". Señala además que tanto de una democracia como de una oligarquía puede surgir la tiranía (1999: 231, 232). Algunos dictadores surgen democráticamente, es decir, elegidos por una mayoría oprimida que sigue al caudillo más fuerte con la intención de quitarse un mal inmediato. Como escribe Aristóteles:

...al tirano lo eligen de entre el pueblo y la multitud para oponerlo a los notables y con el fin de que el pueblo no resienta ninguna injusticia por parte de aquéllos. Y pónenlo de manifiesto los hechos históricos, porque puede afirmarse que prácticamente la mayoría de los tiranos han surgido de entre los demagogos que previamente se habían captado la confianza del pueblo por sus calumnias contra las clases superiores (1999: 257).

En el mismo libro de Aristóteles encontramos la descripción certera de algunas de las características históricas que permiten identificar las formas y métodos que han adoptado las tiranías en el transcurso de la historia, es decir, pueden ser comparadas con la de otros dictadores, obviando el hecho de que el contexto las distingue a cada una.

Para Aristóteles, una tiranía debe someter al pueblo y eliminar a quienes protesten; no debe permitir las reuniones "...ni asociaciones, ni la educación, ni nada semejante". Por el contrario, una tiranía debe suprimir el espíritu de sus dominados, inculcarles la desconfianza en ellos mismos para promover algún cambio por su cuenta; mantenerlos pobres para tenerlos ocupados tratando de sobrevivir; alejar toda formación de intelectuales y separar a los individuos. El tirano debe sostener

una constante vigilancia de sus súbditos mediante una red de espías³; es necesario enfrentar a las clases⁴ y dividir a la oligarquía; sostener un estado de guerra o la amenaza de una guerra, siendo el caudillo la esperanza para la victoria y la paz. Es preciso que el tirano desconfíe de sus amigos e inclusive familiares, porque para el tirano “...éstos sobre todo pueden acarrear su ruina, que todos desean” (1999: 261-262)

El tirano no puede permitir una competencia dentro de su propio territorio que le reste poder. Por ende, todo aquel que representa una fuerza igual o superior debe ser eliminado. Algo común en los tiranos, dice Aristóteles, es su gusto por reunirse con extranjeros, ya que éstos, a diferencia de sus súbditos, no son rivales dentro del territorio. Resumiendo lo anterior, Aristóteles considera que una tiranía se propone tres fines principales: “Uno es mantener el ánimo apocado en los súbditos [...]. El segundo es el hacerlos desconfiados entre sí [...]. El tercer objetivo [...] es mantener en los demás la impotencia para la acción política” (1999: 262).

Para terminar esta introducción, considero que en América Latina el dictador es uno de los personajes tanto históricos como literarios relevantes, dada la capacidad y forma mediante la cual han ejercido el poder político como dominio absoluto de una sociedad determinada, haciendo uso de la fuerza y medios violentos como la represión⁵, persecución y desaparición sistemática de los enemigos políticos y de todos aquellos de quienes se sospechara podían ser una amenaza real o potencial.

El dictador se convierte no sólo en el detentador del poder, sino en la forma mediante la cual el sistema económico, político y social opera y se reproduce bajo condiciones históricas dadas. Es decir, si el poder político se reproduce, puede haber sucesores de por medio, a pesar de que llegase a morir el dictador en turno. Existe la probabilidad de que no se modifique sustancialmente la estructura de gobierno, por lo que sigue manteniéndose el culto a la personalidad por parte de la sociedad que demanda ideológicamente una figura fuerte (Bobbio, 1987). En este

³ Lo que se conoce como los aparatos de represión e inteligencia encargados de vigilar a los descontentos, a los indiferentes y hasta a los demasiado entusiastas. Unos a otros acusándose.

⁴ Siempre se puede contar con ellas, si uno sabe cambiarse de bando en el momento oportuno.

⁵ Si bien el monopolio de la fuerza, su uso legal, está delegado jurídicamente al Estado; no significa que un sector de la sociedad no utilice la coerción, el uso de la represión como un medio para satisfacer sus intereses y garantizar su supervivencia (Pereyra, 1979: 72).

caso, el dictador logra imponerse en la lucha por el poder político y pacta con el sector mayoritario del ejército, la oligarquía nacional y regularmente con los representantes de la jerarquía católica (Galeano, 1991).

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, en América Latina la narrativa aborda un tema común y representativo de los procesos políticos y sociales: el antihéroe, el poder representado en un solo hombre. Algunos de los principales autores son: Valle Inclán (*Tirano banderas*), Martín Luís Guzmán (*La sombra del caudillo*), Alejo Carpentier (*El recurso del método*), Gabriel García Márquez (*El otoño del patriarca*), Augusto Roa Bastos (*Yo el supremo*), Mario Vargas Llosa (*La fiesta del chivo*), entre otros. Fernando Alegría en *Nueva historia de la novela Hispanoamericana*, considera que en la novelística de ese periodo, pierde cierta relevancia el paisaje, para ocupar su lugar el hombre hispanoamericano, ese hombre

...angustiosamente afanado en definir su individualidad y armonizarla con el mundo que le rodea, ásperamente dividido en sus relaciones sociales y económicas, buscando en medio trágicas, satíricas o simplemente anecdóticas situaciones la respuesta a su necesidad de organizar la vida sobre bases de justicia social y dignidad humana; rica en tendencias –realista, psicológica, fantasista (citado por Azuela, 1993: 289).

Capítulo 1

Objetividad y subjetividad en el estudio de la realidad histórico social

El que controla el pasado –decía el slogan del Partido–, controla también el futuro. El que controla el presente, controla el pasado [...]. El pasado estaba borrado. Se había olvidado el acto mismo de borrar, y la mentira se convertía en verdad [...]. En cierto modo la visión del mundo inventada por el Partido se imponía con excelente éxito a la gente incapaz de comprenderla. Hacía aceptar las violaciones más flagrantes de la realidad porque nadie comprendía del todo la enormidad de lo que se les exigía ni se interesaba lo suficiente por los acontecimientos públicos para darse cuenta de lo que ocurría. Por falta de comprensión, todos eran políticamente sanos y fieles.

George Orwell, 1984

1.1. La historia: arte y ciencia

La narración histórica suele ser considerada como la interpretación de un conjunto de hechos, expuestos mediante su relato. De lo anterior debemos subrayar el aspecto de la interpretación, debido a la carencia de significado de los datos o los hechos por sí mismos y al ser el historiador el encargado de darles un significado. Justamente, el hecho, su acumulación, no nos entrega por sí mismo la realidad histórica, sino que necesita quien le dé su significado (Araya, 1983: 69). Es por eso que, escribe Montes de Oca, se considera a la narración histórica como “...un conjunto de elementos objetivos –los hechos concretos– y subjetivos –la visión personal del autor”. Por lo que podemos hablar, gracias a los elementos subjetivos, de un “relato histórico [cercano] a la creación artística” (2003: 202).

La historia suele ser considerada como la interpretación que hace una sociedad sobre su pasado, en una búsqueda constante por saber cómo fue y qué la legitima en el presente, creando una figura representativa de su pasado capaz de justificar su actualidad. La sociedad crea “una figura del mundo”, la cual es, nos dice Luis Villoro, “...el supuesto colectivo de las creencias y actitudes de una época”, que dura tanto como su figura del mundo (Villoro, 1995: 34). Por su parte, para Collingwood:

La historia es un tipo de investigación o inquisición [...] que estudia actos de seres que han sido realizados en el pasado... La historia procede interpretando testimonios. Entiéndase por testimonio la manera de designar colectivamente aquellas cosas que singularmente se llaman documentos... método que consiste en la interpretación [...]. La historia sirve para el conocimiento humano [...]. Nos enseña lo que el hombre ha hecho y en ese sentido lo que es el hombre (citado por Antonio de la Sierra, 2000: 201).

Si el carácter científico que se aplica a la historia, escribe E. H. Carr, tiene la finalidad de "...aumentar el entendimiento, y el dominio, que tiene el hombre sobre lo que lo rodea" (citado por Hughes, 1967: 12), haciendo del pasado, apunta Arnaldo Córdova: "un problema del presente" (citado por Juárez Villalvazo, 1981: 314), entonces resulta provechoso para el estudio de la historia si se realizan acercamientos desde diversas perspectivas, en este caso dos: la científica y la literaria, sin olvidar que ésta utiliza partes de la primera; contrario a la científica, que pareciera disfrazarse de objetividad absoluta.⁶

Entendiendo la función de la ciencia como una búsqueda por comprender la realidad y no el juzgarla (Paz, 2004: 300), entonces los medios o métodos que se utilicen para comprender esa realidad pueden ser diversos, lo que no excluye aquellos ajenos al rigor científico⁷, al no existir el método científico universal frente a la diversidad de temas y problemas que tratan las ciencias sociales (Pérez Tamayo, 1995: 20).

Siguiendo la definición de Pérez Tamayo de la ciencia como la "...actividad humana creativa cuyo objetivo es la comprensión de la naturaleza y cuyo producto es el conocimiento, obtenido por medio de un método científico organizado en forma

⁶ Escribe Antonio Machado: "Hemos lamentado, con amarga insistencia, el no poder penetrar en las cosas. Pero, las cosas no son sino, precisamente, por este milagro de inhibición del sujeto consciente, que está siempre fuera de las cosas"; añade: "...sólo conociendo intelectualmente, creando el objeto, se afirma la independencia del sujeto, el que nunca es cosa sino vidente de la cosa" (1988: 121, 122).

⁷ En perspectiva de Carlos Chimal, "...mientras que Newton generalizó una verdad, el movimiento, y encontró las relaciones matemáticas que lo describen, William Shakespeare retrató las acciones que provocan los sentimientos humanos y las verdades que se esconden detrás de ellos" (2007: 115). Del mismo modo, por mencionar dos ejemplos del uso diverso que se le da a la literatura, el psiquiatra, psicoanalista y discípulo de Erich Fromm, Giuseppe Amara, utiliza la novela *Los hermanos Karamazov*, de Dostoyevski, para explicar las razones del parricidio, de los motivos del asesinato y el suicidio; también, usa la novela de Juan Rulfo, *Pedro Páramo*, para interpretar las características del machismo y la violencia. Otro ejemplo lo dan Harold Bloom y Starobinski, quienes dicen que el descubrimiento de Sigmund Freud sobre la evidencia "...de que la psique humana se estructura en la infancia según fuerzas en conflicto: la del amor erótico por la madre, y la ambivalencia (amor-odio) hacia el padre, lo encontró en una representación teatral de la obra de Shakespeare, *Hamlet*. Y más tarde, con la lectura de *Edipo Rey*, de Sófocles, Freud crearía el complejo de Edipo" (Amara, 1998: 43, 44).

deductiva y que aspira a alcanzar el mayor consenso” (1995: 16), podemos encontrar que, ante todo, se requiere una *acción creativa* que utilice un método, un medio para comprender la realidad, es decir, una creatividad necesaria tanto en la ciencia como en el arte. Así, la interpretación de la realidad requiere “...ya una hipótesis, una fantasía, un acto imaginativo por parte del científico que lo postula” (Pérez Tamayo, 1995: 17).

Roald Hoffman, premio Nobel de química en 1981, da un ejemplo bastante sugerente con respecto al ejercicio creativo tanto del científico como del artista: Hoffman, dice K. C. Cole,

...escribió un ensayo sobre los esfuerzos de Mendeléiev por construir la tabla periódica –con todos sus falsos comienzos, rasguños, callejones sin salida, ideas tentativas en los márgenes–. Puso el esbozo de Mendeléiev al lado del esbozo del poema ‘El tigre’ de William Blake, también con cada uno de los apuntes e ideas en los márgenes. De esta forma mostró que el proceso de investigación en química y el escribir un poema son similares (en Méndez Rojas, 2006: 100).

Siguiendo a John Passmore, lo anterior nos hace tener en cuenta que todo descubrimiento, sin importar lo insignificante que pueda parecer, necesita tanto de una experimentación y un análisis, como de un ejercicio de “gran imaginación” (en Magee, 2001: 180).

Debemos añadir a todo esto el comentario hecho por R. H. Tawney en 1938, cuando señala que aunque “...los descubrimientos que hace el pensamiento tienen una significación permanente”, la sociedad es diversa y cambiante, negando así su aceptación o validez de forma absoluta, siéndolo solamente durante el tiempo por el cual satisfaga la mentalidad y necesidades de una época (Introducción a Mayer, 1966: III). En consecuencia, la realidad debe ser puesta constantemente a prueba y las verdades de ayer deben ser cotejadas con las de hoy. Como bien lo señaló Octavio Paz, la sociedad en tanto y cuanto es histórica, irremediamente participará de una constante transformación (2004: 200).

Robledo Gómez considera que “...con las obras del pensamiento [...] pasa lo que con las obras de arte, que se revalorizan o desvalorizan, alternadamente, según la sensibilidad o las corrientes espirituales de la época que las enjuicia” (Introducción a: Aristóteles, 1999: XXIX). Es así que las obras de arte, desarrolladas en un

ambiente histórico y dentro de una tradición, no sólo reflejan “un género de práctica y una ideología” (Eisner, 1998: 17), también ayudan a entender⁸ cómo la sociedad se interpreta, se mira así misma, qué es lo que caracteriza a su propia cultura en el ámbito internacional y la hace diferente del resto de las sociedades, actuales o pasadas⁹.

Me parece que la unión entre arte literario y ciencia, ofrece una alternativa a la comprensión de la historia: por un lado, los “hechos concretos”, comprobables o científicos; y por el otro lado, la interpretación de esos hechos por parte del investigador –su arte–, recordando que “la creación del tipo que sea se hace en un tiempo y en un lugar”, funcionando ambos como limitantes (Machado, 1988: 53). Para Werner Heisenberg, la ciencia y el arte se desarrollan como lenguaje humano que, mediante el uso de grupos conceptuales y estilos, en realidad “...son únicamente palabras diversas o grupos diversos de palabras pertenecientes a ese lenguaje” (citado por Hughes, 1967: 12-13).

La ciencia y el arte permiten la comprensión de la realidad y, aunque aparenten ser contradictorios, ambos facilitan esa comprensión al dar “...luz y abriendo camino las unas a las otras, por variaciones y ocultos enlaces [...] de manera que parece que se corresponden y están unidas en admirable trabazón y concierto” (Paz, 2004: 124).

Sin olvidar, según Ortega y Gasset, que los hechos son “la piel de la historia [...], las formas y acciones visibles [que componen] la parte superior de todo un entramado que subyace al texto y es donde, al final, se debate su propio desenlace” (citado por Antonio de la Sierra, 2000: 162-163). Octavio Paz piensa a los hechos históricos “teñidos de humanidad, esto es, de problematicidad”, porque, explica: “...la historia no es un mecanismo y las influencias entre los diversos componentes de un hecho histórico son recíprocas”, distinguiendo a un hecho histórico de los demás

⁸ Para Ernesto Sabato: “Entender es relacionar, encontrar la unidad bajo la diversidad” (1984: 95).

⁹ Inclusive, nos dice Corona, siguiendo el concepto de “culturas internacionales”, “¿cómo podría la academia inglesa haber soslayado fenómenos que –como el propio pop británico y su excepcional difusión internacional– volvían a situar al viejo imperio inglés como un referente mundial de modas artísticas y movimientos culturales y contraculturales” (2007: 51).

hechos por "...su carácter histórico. O sea, que es por sí mismo y en sí mismo una unidad irreductible a otras" (2004: 79).

Para John Dewey, mientras la ciencia "...afirma significados; el arte los expresa" (citado por Eisner, 1998: 47). La ciencia, nos dice Eisner, utiliza símbolos "representativos", mientras que los del arte son "presentativos". Es decir, que los símbolos de la ciencia son capaces de ofrecernos una referencia de la realidad, del objeto en sí; por el contrario, los símbolos del arte provienen de ellos, *son* los significados que encontramos en ellos (1998: 48).

Justamente, así como la ciencia elabora "precisas estructuras mentales" para comunicar su significado; también lo hace el arte, sólo que éste lo hace por medio de la "sugestión e indirectamente". En consecuencia, podemos aceptar que en los procedimientos de ambos hay más una complementariedad que una similitud y al escribir historia se "participa de la naturaleza de ambos" (Hughes, 1967: 13).

Debo aclarar que aquí no se está tratando de crear una "seudociencia literaria" ni una ciencia que trabaje con "la metáfora y la intención, propias de los versos y las novelas" (Chimal, 2007: 116). Pero aunque las leyendas o las creencias populares no ofrecen los datos de la ciencia, sí pueden al menos "...hablarnos a menudo de los supuestos emocionales de una sociedad dada [...] más que cualquier cantidad de descripciones directas" (Hughes, 1967: 28). Especialmente cuando se tiene en cuenta que si bien, como escribe Octavio Paz, han sido racionalizados los mitos, no se les ha destruido. Porque "...muchas de nuestras verdades científicas, como la mayor parte de nuestras concepciones morales, políticas y filosóficas, sólo son nuevas expresiones de tendencias que antes encarnaron en formas míticas" (2004: 230).

Por tanto, una superstición, rechazada sin argumentos por considerarla rara, sólo puede ser rechazada, dice Ernesto Sabato, "por gente supersticiosa, pues son los únicos que creen firmemente en algo". Por el contrario, agrega, "los verdaderos hombres de ciencia son demasiado cautelosos para rechazar definitivamente nada" (1984: 132).

Siguiendo a Luis Tavira, la mayor verdad que podemos encontrar en un objeto es el significado que nos proporcione de dicho objeto. Como señala Ilya Prigogine,

“...tanto en dinámica clásica como en física cuántica, las leyes fundamentales expresan hoy posibilidades y no certezas. No sólo hay leyes, sino acontecimientos que no pueden deducirse de las leyes” (ambos citados por Fontana, 2002: 191).

Una distinción entre las bases fundamentales de los estudios científicos y los puramente ideológicos, la da Tzvetan Todorov al considerar que el discurso científico busca el sentido de las cosas, dominando “la función representativa”; en cambio, en el discurso ideológico, lo que impera es “la búsqueda de la verdad [...] la función ‘impresiva’”, que espera provocar una reacción, impresión, en quien recibe el mensaje (citado por Santí, 1997: 135).

Para Benedetto Croce (1866-1952), explica Fontana, un juicio histórico partía de una “exigencia práctica”, en la que los hechos estudiados serían contemporáneos porque “...su historia [...] la construimos en función de nuestras necesidades y de nuestros problemas actuales” (2002: 12). Es una actualización, revalorización constante del pasado, que explique nuestra condición del presente para construir nuestra idea del futuro.

Por su parte, Robin G. Collingwood (1889-1943) nos dice que la historia se identifica con la ciencia en cuanto aquélla pretende establecer un “conocimiento razonado”, pero dejando de lado lo abstracto para dirigirse a lo concreto; enfocándose en lo individual en lugar de lo universal, utilizando “la ‘imaginación histórica’, con la cual construye explicaciones a partir de los datos aislados”. Esos datos, ese pasado, debe ser revivido en la mente del historiador (citado por Fontana, 2002: 16).

El objeto de la historia como disciplina resulta múltiple en cuanto que el historiador selecciona un acontecimiento y con ese punto de apoyo se dirige hacia la narración del desarrollo de su objeto, que no permanece estático, conectando una serie de acontecimientos que se desenvuelven hasta el presente¹⁰. Radicando la importancia del pasado al dar “sentido al presente” (Aréchiga, y Cárdenas, 1988: 53, 57).

¹⁰ La historia, dentro de la ambivalencia que presentan Aréchiga y Cárdenas, “por un lado historiza lo actual”, capaz de diferenciar el presente del pasado; “por el otro, representa lo que hace falta, con el material objetivo del pasado, en tanto nos remite a una ausencia, que a su vez introduce al planteamiento del futuro” (1988: 58).

Al respecto, escribe Agnes Heller, lo que se busca es “...insertar los fenómenos, experiencias y demás en nuestro mundo, transformar en conocido lo desconocido, en explicable lo inexplicable y reforzar o alterar el mundo mediante acciones significativas de distinta naturaleza”, haciendo de la labor del historiador dos actividades sociales: una como sujeto social y otra en razón de la utilidad proporcionada a la sociedad (citado por Aréchiga, y Cárdenas, 1988: 57-58).

Para Rafael Cardona, todos los cambios, su “relatoría”, es lo que se ha dado a llamar historia. Siendo que “a cada denominación corresponde una transformación que la define y ubica en el tiempo”. Por lo que “...su recuento, su discernimiento en el tiempo, su continuidad forman la memoria de todos, y en ella concurren los símbolos, los mitos, el arte, la estética, la moral y el pensamiento analítico o creador, la filosofía y la crítica” (1996: 17), sin ser otra cosa que formas diversas de describir, interpretar, valorar y/o revalorizar una realidad; formas y medios que permiten la representación y configuración de las “experiencias” humanas (Eisner, 1998: 16). Puesto que dejar “el significado de un hecho a la historia visible [supone] negarse a la comprensión e, inclusive, someterse a una suerte de mutilación espiritual” (Paz, 2004: 314).

1.2. El historiador: artista y científico

Debemos tener en cuenta que existen distintas fuentes y medios para transmitir la realidad, siendo las novelas, por ejemplo, tan sólo una forma diferente y accesible para que los estudiantes se acerquen a la historia, la sociología y la literatura.

Como ya se mencionó, la historia es un intento por recrear el pasado y su función como disciplina es la “de reaprehender cómo ocurrieron las cosas”, tratando de abarcar los mayores eventos y de comunicarlos meditante un relato realista (Hughes, 1967: 83). Sin embargo, comenta Octavio Paz, “la búsqueda de un futuro termina siempre con la reconquista de un pasado”, con su reinención,¹¹ para adecuarlo tanto al presente como al futuro: “Cada instante nace un pasado y se apaga un futuro” (citado por Fernández, 2007: 66; también: Fontana, 2002: 62).

¹¹ Como señala Ernesto Sabato, “las frases históricas son [...] frases pulidas y trabajadas. No hay duda de que las inventa laboriosamente la posteridad –como muchas cosas históricas” (1984: 62)

Es importante indicar que no basta con aceptar “la existencia real del pasado”, recibirlo como algo dado, sin método ni teoría. De lo contrario, nos quedaríamos “...en el mundo de las apariencias, de lo inmediato, que en nuestro caso es la sociedad capitalista y las categorías que ella produce como explicación de la realidad”; aceptando esas categorías daríamos lugar a la producción de “una historia para el consumidor”, recibiendo y devolviendo “...pasivamente los objetos (categorías) distribuidos por la producción capitalista, es decir, trabajar para la reproducción de la estructura social, en la medida en que reproduce la ideología¹² dominante” (Aréchiga, y Cárdenas, 1988: 59).

Aunque, como señala Fontana, tampoco debemos olvidar que la labor del historiador no es la teoría y el método, siendo éstos en realidad “...herramientas que empleamos en el intento de comprender mejor el mundo en que vivimos y de ayudar a otros a entenderlo” (2002: 188).

Siguiendo a Israel Rosenfield, podemos considerar que la memoria no es un espacio que se vaya llenando, sino un medio con el cual organizamos mediante categorías y estructuras nuestra realidad, desde un contexto determinado, es decir, interpretar nuestra realidad actual en función de una interpretación del pasado limitado por nuestro presente (Campbell, 1994: 14). Por tanto, la historia puede considerarse como la “...operación mediante la cual se relacionan dos formas de lo real, por un lado lo conocido (el pasado) y por otro lo implicado por la operación científica de conocerlo, es decir, la sociedad actual (el referente de la problemática del historiador, sus procedimientos, sus modos de comprensión, y una práctica del sentido¹³)” (Aréchiga, y Cárdenas, 1988: 62).

Es importante entender que los hechos responden a la interpretación que hacemos de ellos, “cómo los recreamos” (Héctor Solares). Por ende, estoy de acuerdo con no estudiar la historia mediante métodos propios de las novelas,

¹² La ideología es un saber que desconoce la razón por la que sabe. El sistema dominante suele sostenerse mediante pilares ideológicos, fabricados por la clase dominante, la cual los impone “por medio de múltiples medios, que van desde la referencia a lo sagrado hasta las alegrías triviales de la existencia cotidiana” (François Chatelet en: Lacouture, 1973: 168-169).

¹³ Para Enrico Santí, la historia es comúnmente entendida como “...la narración homogénea de una sucesión de eventos; su perspectiva es reflexiva, distanciada y objetiva; su carácter, oficial; su forma cerrada”. No obstante, la crónica, por ejemplo, tiene una “perspectiva [...] circunstancial, inmediata y subjetiva; [un] carácter, marginal; [y una] forma, abierta”, que pese a ser utilizada tanto por el historiador como por el novelista, se rechaza como “fuente” científica, junto a “todo aquel material heterogéneo anterior a esa elaboración” de la historia (1997: 73).

porque, señala Hughes: "...si el criterio de juicio es casi exclusivamente interno, si ha de ser aceptado u objetado un relato por su elegancia artística y filosófica, entonces es difícil ver en dónde difiere el escribir historia de los ejercicios estrictamente imaginativos del espíritu humano" (1967: 29). Además, aunque obtenemos el conocimiento mediante la percepción de los fenómenos, necesitamos algo que los justifique racionalmente (Magee, 2001: 33).

Volviendo con Collingwood, para él la diferencia entre el novelista y el historiador del siglo XIX, residía en que el historiador entrega una imagen localizada en un espacio temporal, mientras que el novelista tiene entera libertad de confundir tiempos y transformar lugares; también, habla de un vínculo entre la "evidencia o la 'historia verdadera' [...] escondida detrás de la historia aparente"; siendo el punto de partida del historiador el "testimonio histórico", "la totalidad del mundo perceptible [tratado como] evidencia en la medida que pueda ser utilizado" (citado por Antonio de la Sierra, 2000: 207).

Wilhelm Dilthey considera que el historiador adopta una actitud artística al "...exponer la conexión de los estados ético-espirituales, el carácter de los hombres de una época, las grandes personalidades en el meollo de su carácter y sus más íntimas relaciones" (citado en Antonio de la Sierra, 2000: 214). En el ensayo "¿Qué es un autor?", de Michael Foucault, éste habla de cierto tipo de autores, que llama "fundadores de discursividad", los cuales son

...tejedores de discursos que manan de una misma fuente común [...], que consiguen poner en escena no sólo su impronta —el rostro de su estilo— sino aquellos que con su trabajo reactualizan un diálogo, permitiendo a distintos seres, en diferentes tiempos, espacios y contextos, intervenir en la construcción, destrucción, reproducción y emisión de los discursos (citado por Toriz, 2007: 99-100).

En cuanto al conocimiento histórico, dice Octavio Paz, se encuentra separado de lo cuantitativo y está libre de leyes, por lo que "...el historiador describe como el hombre de ciencia y tiene visiones como el poeta. Por eso Marx es un gran historiador [...]. También lo es Maquiavelo. La historia nos da una comprensión del pasado y, a veces, del presente. Más que un saber es una sabiduría" (2004: 326). Por tanto, el historiador utiliza una "conciencia literaria o poética" en su labor, aunque no lo reconozca (Santí, 1997: 34). Incluyendo el estar obligado a su tiempo, su

contexto: “sus presiones le rodean” (Hughes, 1967: 123; también: Magee, 2001: 22; Villoro, 1995: 44; Aréchiga, y Cárdenas, 1988: 52; Montenegro, 2004: 25; Souto, 1973: 26).

Como ya se mencionó, el contexto económico y político condicionan las acciones de los individuos. Así los científicos que, escribe Martínez Palomo, se deben “...a prioridades en la investigación que se originan más en los entornos políticos y económicos que en los académicos” (1995: 69). El escritor habla de lo que él ve, de las cosas como él las ve; no se propone probar nada, solamente describe la realidad que él percibe y desde la posición política en que se encuentra (Campbell, 2007; también: Morales Faedo, 2002: 64). El oficio del historiador “cambia necesariamente con el punto de vista del historiador”, haciendo que cada sociedad reescriba la historia (Hughes, 1967: 111).

Todos los eventos mantienen relaciones entre ellos y el contexto en el que vivimos nos condiciona para la comprensión de dichos eventos. El contexto nos hace entender el pasado desde una perspectiva lejana a él y acorde con nuestro presente, nuestra realidad, siempre mutable según los intereses. Es así que el historiador conoce el resultado final de su objeto de estudio y sus consecuencias (Hughes, 1967: 17, 22, 23).

Entonces, podemos afirmar que el historiador debe interpretar los testimonios de quienes han vivido el evento histórico, debido a que éste suele encontrarse “polarizado”, sirviéndose para ello de su imaginación con la intención de dar coherencia y validez a su estudio. Llevando al historiador no sólo a narrar los hechos, sino también a explicarlos tratando de dejar a un lado sus valoraciones políticas o morales (Antonio de la Sierra, 2000: 210, 219; también: Velázquez Delgado, 2005: 15). Con aquella idea, entendemos que “...al estar el pensamiento arraigado a la vivencia, el valor histórico se convierte en la reflexión del hombre acerca de lo que han vivido y pensado los hombres del pasado” (Antonio de la Sierra, 2000: 213).

La historia es un proceso que se construye todos los días y, también, se reinterpreta según los intereses o las nuevas formas de interpretación del presente. Igualmente, hay quienes construyen sobre la historia, ocultando espacios y

colocando sombras, olvido, sobre eventos que podrían decirnos más sobre nuestra condición social actual. Como sentenció Zweig: “la Historia se escribe casi siempre según las apariencias” (s/f: 80). Teniendo como consecuencia el que, dice Linda Colley, “...millones de hombres y mujeres han muerto a causa de que ellos, u otros, han creído fabricaciones sobre el pasado con las cuales los han alimentado políticos, periodistas, fanáticos –y también malos historiadores” (citado por Fontana, 2002: 203).

1.3. Objetividad/subjetividad en el investigador

No hay duda de la necesidad de documentos que permitan el conocimiento histórico; sin embargo, se debe acceder a ellos con cautela porque, señala E.H. Carr: “...ningún documento [...] puede decirnos más que lo que pensaba el autor del documento; lo que él pensaba que había ocurrido, lo que él pensaba que debía o podía haber ocurrido, o quizá lo que él quería que los otros supusieran que él había pensado” (citado por Hughes, 1967: 107).

Cada historiador hace una interpretación de un hecho: percibiendo e imaginando, comparando y contrastando. Si el investigador no vivió los acontecimientos personalmente, hace una interpretación de otras interpretaciones que deben ser actualizadas, porque “sólo podemos calcular e interpretar lo que podemos experimentar” (Eisner, 1998: 36, 37), siendo que cada experiencia, su interpretación, se hace de forma subjetiva, condicionada (Eisner, 1998: 51). En consecuencia, el historiador permanece “...ligado a la realidad empírica y, a la vez, condenado a tener su objeto de segunda mano. Sólo él debe aceptar la palabra de los demás, antes incluso de comenzar a esbozar su relato” (Hughes, 1967: 15).

Nussbaum, siguiendo a Aristóteles, dice que para éste “...la percepción, como la creencia, es interpretativa y selectiva; el modo en el que percibimos las cosas es una parte inseparable de nuestro marco conceptual, y del modo en el que, como seres humanos, damos sentido al mundo” (en Magee, 2001: 39). Así, en la misma línea aristotélica, las interpretaciones del historiador se relacionan también con las “experiencias”, determinadas por un “discurso” y un “esquema conceptual” y no,

como creía Platón, en lo que sucede fuera de las experiencias, lo ideal. Por ende, el novelista es tanto platónico –por cuanto utiliza la imaginación para dar sentido a sus personajes–, como aristotélico –al hacer uso de datos históricos para dar forma a esos personajes.

Al hablar de Immanuel Kant, Magee considera que aquél concluyó que todo lo que percibimos se encuentra condicionado por los sentidos y la mente, sin poder “acceder directamente a las cosas como son en sí mismas, con lo que se refiere a las cosas que no están mediatizadas por las Formas de nuestra Sensibilidad y las Formas de nuestro Entendimiento” (Magee, 2001: 193). Partiendo de Kant, Schopenhauer se refiere a una “perspectiva humana” al momento de ver el mundo, de una programación previa de él. Aunque, aclara Frederick Copleston, “no es cierto que porque las cosas se nos presenten de una determinada manera, sea así precisamente como sean en sí mismas” (en Magee, 2001: 231).

Por su parte, Nietzsche, dice J.P. Stern, no creía en un conocimiento absoluto ni en su adquisición o búsqueda absoluta, “...sino que cada civilización tenía derecho al tipo de conocimiento que pudiera *soportar* y utilizar de un modo provechoso para sus fines” (en Magee, 2001: 260). En el caso de los filósofos, dice Magee, hay una distinción llamada “hecho/valoración”, en la cual se considera que se puede estar de acuerdo en los hechos, mas no en la forma en que se les evalúa (Magee, 2001: 243).

Según Raymond Aron, el historiador se interesa, “tiene curiosidad”, por las causas de las cosas; no “...colecciona hechos, sino reconstruye conjuntos, el historiador reconstruye etapas intermedias para lograr una unidad histórica” (citado por Antonio de la Sierra, 2000: 202). Por tanto, la memoria histórica depende del historiador al ser éste quien se encarga de “...seleccionar y ‘darle forma’ a los hechos”, por lo que se entiende que cada hecho histórico es reconstruido en razón de un interés, vinculado a las “estrategias de investigación científica” (Velázquez Delgado, 2005: 10).

Cada autor tiene un estilo¹⁴ y una ideología distinta. Sin embargo, señala Amado Alonso: "...no hay estilo individual que no incluya en su constitución misma el hablar común de sus prójimos en el idioma, el curso de las ideas reinantes, la condición histórico-cultural de su pueblo y de su tiempo" (citado por Alatorre, 2001: 39). Para entender una obra literaria es fundamental ubicar la situación histórica del autor, para determinar "el sentido de las interpretaciones a partir de su contexto" (Antonio de la Sierra, 2000: 69). En consecuencia, como ya se dijo, "...las variaciones interpretativas sobre un objeto determinado son resultado de la ubicación del sujeto, espacio que tiene que ver con una cuestión de perspectiva geográfica y de ubicación temporal" (Antonio de la Sierra, 2000: 87).

Por lo anterior, resulta inevitable una re-interpretación histórica –no sólo entre historiadores puede haber diferencias, sino también entre sociedades o épocas. Diferencias de carácter moral, ético o científico (Velázquez Delgado, 2005: 11-12). Como escribió Leopoldo Solís, el científico social no sólo es un observador de la realidad, sino que debe participar en esa misma realidad (1995: 96).

En otras palabras, cuando Ernesto Sabato habla de la inevitable distancia que se debe mantener entre la ciencia y los juicios de valor, sin importar que formen parte de su "construcción", considera que también se debe tener en cuenta que "...el científico es un hombre como cualquiera y es natural que trabaje con toda la colección de prejuicios y tendencias estéticas, místicas y morales que forman la naturaleza humana. Pero no hay que cometer la falacia de adjudicar estos vicios del *modus operandi* a la esencia del conocimiento científico" (1984: 29-30). Asimismo, agrega Sabato, "...en la ciencia hay un elemento eterno y otro mortal: el primero es el método, que consiste en observación cuidadosa y razonamiento impecable; la parte mortal es, en cambio, el conocimiento mismo" (1984: 32).

Para Antonio de la Sierra, en el caso del escritor y su obra "...la formación de cánones en la literatura puede originarse más por el impacto del contexto social que por el literario de una obra y, de manera contraria, la literatura puede tener, a su vez, una gran relevancia para la historia" (2000: 110, 141). North Frye se refiere a la

¹⁴ Buffon, define el estilo como: "Le style n'est que l'ordre et le mouvement qu'on met dans ses pensées" (Leclerc, 2006: 12).

literatura como “...parte de un proceso social y por ello la totalidad de éste constituye el verdadero contexto de la misma” (citado por Antonio de la Sierra, 2000: 142).

El investigador se cubre bajo el manto de la objetividad, sintiéndose seguro en espera de que “sus interpretaciones puedan ser básicamente verdaderas, y sus ficciones conocimiento”. Por lo que, escribe Nietzsche, “...sólo olvidándose el hombre de sí mismo como sujeto, y precisamente como sujeto que crea artificialmente, vive en tranquilidad, seguridad y coherencia” (citado por Habermas, 1996: 45). Quedando la verdad solamente como “...un deber moral que la sociedad impone para existir: ser veraz quiere decir usar las metáforas comunes, y por tanto, expresado moralmente: [...] mentir según una convención establecida” (Habermas, 1996: 46). Entonces, percibimos sólo partes del objeto. Algo de él nos parece relevante y nos limitamos a eso, por incapacidad o pereza; cuando nos interrogamos sobre él, nos dirigimos a nuestras referencias y ahí nos quedamos o, surge un conflicto entre lo que queremos que hubiera sido y lo que en realidad sucedió (Lewis, 1984: 89).

Resulta inevitable una reconstrucción del pasado por parte del historiador – sirviéndose de métodos y principios–, haciendo de esa reconstrucción su objeto de estudio, mismo que se encuentra “mediatizad[o] por demandas ideológicas y se ofrece en forma de narración, marcada ella misma por reglas”, sin excluir un intento de objetividad y exposición de la realidad del pasado. Lo que sí hace es señalar que “la historia no es ni ficcional ni factual, es imaginativa e interpretativa” (Fontana, 2002: 156-157).

Existe una relación ineludible entre objetividad y subjetividad. Toda actividad humana es subjetiva al estar hecha por sujetos y no por objetos, porque, como escribe con ironía José Bergamín: “si me hubieran hecho objeto sería objetivo, pero me hicieron sujeto” (citado por Prats Sariol, 2007: 129; también: Sabato, 1984: 125-128). La subjetividad está presente tanto en los científicos como en los artistas, la diferencia estriba en que para los primeros es necesario evitar en lo posible la evidencia de dicha subjetividad. Por lo que es “innegable que en toda investigación y en todo acto creativo se expresa la subjetividad de los autores, incluso en aquellos campos abocados a la producción de conocimiento duro” (Toriz, 2007: 103).

El tema de la objetividad en las ciencias humanas, según Renato Rosaldo, tiene como representante a Max Weber. Dentro de la tradición que se formó alrededor de Weber se siguieron estudios para, “en nombre de la investigación, aclarar al mundo y no cambiarlo”. Sus seguidores hicieron del desinterés en las ciencias sociales, una “objetividad con una actitud de indiferencia emocional, distancia cognoscitiva y desinterés moral” (1991: 158). Se olvidó o pasó de largo que ningún ser humano es capaz de separar su razón de su pasión, porque se necesita de las dos para comprender la realidad, que no siempre es racional o pasional, sino ambas.

Para Velásquez Delgado, la objetividad tiene la función de evitar cualquier evocación ideal del pasado o su rechazo (2005: 17). En Frederick Copleston, es forzosa una concepción del pasado que contenga juicios de valor: “...cualquier reconstrucción del pasado histórico que vaya más allá de una mera cronología y que nos proporcione un relato coherente, implica juicios de valor”. Por lo que no cree “en una historia objetiva, ni en una metafísica objetiva” (citado por Magee, 2001: 244). Igualmente, considera Sabato:

...los realistas ingenuos parten de la base de que fuera del hombre hay un mundo que puede ser conocido o descrito o pintado independientemente de nuestras características sensoriales e intelectuales. Pero la realidad no está solamente fuera sino también dentro del hombre, constituida por una unidad sujeto-objeto que no puede ser escindida (1984: 125-126).

Nelson Goodman habla de “tantos mundos como maneras de describirlos y [...] los mundos que conocemos son los mundos que construimos” (citado por Eisner, 1998: 18). Por su parte, Giambattista Vico considera “...que el mundo de la sociedad civil ha sido hecho por hombres ciertamente, y que, por tanto, sus principios se encontrarán dentro de las modificaciones de nuestra propia mente humana” (citado por Hughes, 1967: 41).

Al hablar del pragmático William James, Sidney Morgenbesser explica que “el modo en que hablamos del mundo está determinado por nuestras actividades cognitivas y teóricas”, arraigadas en los conceptos mismos. En consecuencia, debemos poner atención al hecho de que “no podemos discutir la racionalidad del agente mientras no consideremos sus objetivos, deseos y preferencias” (citado en

Magee, 2001: 314). Con lo cual dejamos en claro, obviándolo, el que la subjetividad es innata a toda investigación, pero no por ello se anula su carácter científico. Como explica A. J. Ayer, para Russell aunque no estemos seguros de la certeza de la ciencia, ésta “tiene más oportunidades de ser cierta que ninguna otra cosa” (citado en Magee, 2001: 341). Además, si bien la verdad ofrecida “sea algo raro, no puede proporcionar una base sólida para objetar su opinión” (Sabato, 1984: 130).

En décadas pasadas, el temor de los historiadores era que el estudio de la historia perdiera su carácter literario, para cubrirse con el manto del método científico; con la llegada del positivismo y el cientificismo que consideran, según Luis Villoro, a la ciencia como el único modelo del conocimiento (1995: 37), sucede todo lo contrario: una desconfianza a todo lo que no pueda ser evaluado, que no ingrese en las estadísticas ni en los modelos previamente creados (Hughes, 1967: 13-14).

Si el estudio de la historia ha adoptado el método científico¹⁵, no es argumento suficiente para negar su origen literario, porque, escribe Hughes, la “historia puede hacerse más científica –más consciente de sus conclusiones y procesos intelectuales– sin perder por ello su cualidad estética” (1967: 14). Considerando además que “...la idea estética es como el símbolo, se trata de una representación que no conduce a un concepto determinable y especificable, pero que es capaz de producir una multitud de sensaciones y representaciones afines y por eso vivificar el espíritu, insuflarlo de vida” (Maldonado, 2006: 32). De la misma forma, la historia puede mantener su carácter científico, pero dejando abierto el camino para el análisis humano –y por tanto, mutable– de ese proceso que al igual que la sociedad, cambia la percepción de ésta con respecto a su historia.

Siguiendo a Ludwig Wittgenstein, un error característico del siglo veinte fue el de considerar a todos los proyectos intelectuales como intentos por hacer ciencia. Wittgenstein, dice Magee, “...pensaba que la ciencia tenía su lugar como cualquier otra cosa, pero que era un error tratar temas que evidentemente no eran

¹⁵ Todavía se suele recurrir al cientificismo, viéndose a la ciencia como *el* medio para la obtención de conocimiento, es decir, identificando a la ciencia con el conocimiento, entendiéndose que sólo lo científico puede ser considerado como conocimiento. Por lo que resulta “cientifista el intento de instalar el monopolio del conocimiento de las ciencias e incluso normalizar en este sentido la autoconcepción metateórica de las mismas” (Habermas, 1996: 82).

expresiones científicas ni tecnológicas como si fueran intentos de segunda clase de alcanzar la ciencia y la tecnología” (2001: 363). Si bien los escritores de novelas no trabajan con el rigor científico del historiador, sí realizan una investigación documental de los hechos históricos. Por supuesto, no se intenta hacer pasar a las novelas como trabajos científicos, sino como medios para fortalecer o complementar trabajos científicos.

Según Habermas, fue Nietzsche el primero en entender que “las normas del conocimiento no son en principio independientes de la acción, de que existe una conexión entre conocimiento e interés” (1996: 18, 37). Jean-Claude Chesnais advierte de la necesidad de tener en cuenta que “el culto a la verdad es realmente una virtud rara, difícil, que choca continuamente contra la pereza intelectual y el conformismo ideológico” (1988: 19). Además, los intentos de objetividad absoluta suelen dar como resultado una “...historia sin vida, sin un enfoque claro, resultante de una curiosidad de anticuario más que de un interés personal profundo, y cargada de supuestos metafísicos y morales, que son los más insidiosos por estar artificialmente encubiertos” (Hughes, 1967: 113).

Nietzsche consideraba que a “la idea de los esquemas lingüísticos, con sus reglas gramaticales, de apropiación de la realidad y de proyección de fantasías sustitutivas de la realización de deseos, les subyacen valoraciones (intereses) trascendentales” (citado por Habermas, 1996: 19). No obstante, la posibilidad de la objetividad “es el resultado final de una batalla desesperada y consciente para superar la pasión partidista”, porque si el historiador es “...inconsciente de sus propios prejuicios, no puede llevarlos a la plena conciencia y así trascender a ellos, ni su prosa estará infundida de aquella cualidad de tensión y excitación que surge de una fuerte emoción apenas controlada” (Hughes, 1967: 113).

Es claro que un hombre de izquierda no puede escribir como un conservador; tampoco un conservador puede escribir de otra forma que no sea conservadora: “el historiador no puede hacer otra cosa mejor que escribir con toda honradez en la perspectiva que le proponen sus propios valores irreductibles” (Hughes, 1967: 116), con lo cual tendremos dos versiones claras de la historia y no, en su lugar, una

multitud de versiones históricas escritas ya sea por hombres de izquierda que tratan de hacerlas pasar por conservadoras o viceversa.

Además, siguiendo a Fernando Pessoa, un hombre de izquierda no leerá un estudio hecho por un conservador sin descartarlo de antemano; del mismo modo, un conservador considerará erróneas las afirmaciones de la izquierda. Por lo tanto, escribe Pessoa: “las sociedades son conducidas por agitadores de sentimientos, no por agitadores de ideas. Ningún filósofo hizo camino sino porque sirvió, en todo o en parte, a una religión, a una política o cualquier otro modo social del sentimiento” (2007, 57).

Debemos recordar que la unión entre ciencia y arte se realiza mientras el investigador, en lo externo, se mueve en un medio cambiante, no así en lo interno, condicionado por sus intereses, deseos, miedos, ideologías, etc. A pesar de eso, se obliga al investigador a ser objetivo, cuando en realidad, como escribe Ortega y Gasset, “en el espectáculo cósmico no hay espectador sin localidad determinada” (citado por Machado, 1988: 156).

Es cierto que existen límites en la objetividad del investigador, pero tampoco se debe caer en la anarquía de una investigación sin sentido. Consecuentemente, donde la ciencia se vuelve incapaz de decretar leyes, explicar fenómenos humanos, etc., es ahí donde el arte literario se desenvuelve; en cambio, donde el arte pareciera no ser capaz de concretarse o delimitarse, es donde la ciencia se encarga de crear conceptos y definiciones, métodos, entre otros instrumentos de comprensión (Hughes, 1967: 12).

Aunque la ciencia descubra las causas dentro de la naturaleza, dice Schlechta, “...no puede jamás *impartir órdenes* al hombre [...]. Lo que el hombre vive y experimenta, tiene él que interpretarlo para sí desde alguna parte; y de acuerdo con ello, valorarlo” (citado por Habermas, 1996: 38). Así, sin importar que se pretenda “...hacer la versión abstracta de los problemas económicos y vaciarlos de la savia de los intereses humanos so pretexto de darles apariencia severamente o herméneuticamente científica”, eso no les resta a los problemas su carácter político, social, porque “...se sitúan en el conjunto de las relaciones de clase, de grupo, de

corporación, a través de las cuales se ejerce el poder. Todo es un solo proceso histórico, expresado en una sola praxis histórica” (Menezes, 1964: 436).

1.4. El lenguaje comunicante

Con respecto a la palabra, ésta es el Instrumento de la humanidad que tanto el arte¹⁶ como la ciencia utilizan para comunicarse. No obstante, en la actualidad no importa mucho el mensaje que se da, sino la forma en que se ofrece: el medio se convierte en el fin (García Canclini, 2001: 48). Sin que podamos asimilar completamente la información que recibimos, todavía menos cuando los recursos educativos a nuestro alcance son escasos o deficientes, provocando que la manipulación histórica sea efectiva:

...lo que creemos comprender sin esfuerzo –escribe Machado– es siempre lo que no pensamos, el correcto esquema lógico entre nociones definidas, definiciones que aceptamos como verdaderas, seanlo o no. Nuestra actividad mental descansa siempre que no traspasa las fronteras de lo convenido, de lo aceptado por autoridad o por rutina [...]. Este ahorro de nuestra actividad psíquica es el que agradecemos con el nombre de claridad, aplicado al pensamiento ajeno. Es casi, simulacro de pensamiento, no un pensamiento real (1988: 106).

Por el contrario, concluye Machado, “...un pensamiento vivo, real, porque no respeta los límites de lo definido, aunque aspira a definir, y porque emplea la expresión adecuada, directa, la inmediata, si posible fuera tan ajena a nuestros hábitos mentales, es por ello tachado de oscuro” (1988: 107).

Daniel J. Boorstin, habla de una sustitución del “conocimiento por la información”. Porque, explica: “...no hay manera, ni tiempo ni oportunidad de organizar el torrente de informaciones que recibimos. Y el conocimiento es organizado, estructurado. Descarta lo que no se puede relacionar o es irrelevante” (citado en Cardona, 1996: 74). Estamos hablando de un desplazamiento, una sustitución del significado por la información.

¹⁶ Todo arte, nos dice García Canclini, “...supone [...] la creación de un lenguaje convencional compartido, el entrenamiento de especialistas y espectadores en el uso de ese lenguaje, y la creación, experimentación o mezcla de esos elementos para construir obras particulares” (2001: 37).

En el caso de la historia, dice Hughes, “tratar de entender implica la persecución de lo que está oculto o que conocemos imperfectamente. [La historia] desconfía [...] de la explicación fácil y que surge primeramente de la mente” (1967: 56). Entonces, las personas necesitan pensar y meditar un hecho de la realidad, “...hasta despertar sus facultades debilitadas, momento en que por fin son capaces de imaginarlo: entonces se convierte en real” (Vizinczey, 1992: 54).

El lenguaje, utilizado tanto por el historiador como por el escritor de novelas¹⁷, pese a las distinciones epistemológicas, tiene la función de transmitir un hecho y un significado, comunicándolo mediante el uso del “...‘lenguaje’ de las artes, porque a través de la forma que manifiesta un símbolo ese sentimiento toma vida real. Por lo tanto, la finalidad de explotar llanamente el lenguaje es hacer justicia a lo que ha visto; es ayudar a los lectores a alcanzar el saber” (Eisner, 1998: 18; también: Alatorre, 2001: 92). André Gide opinaba que “agudos críticos han considerado la novela como historia que hubiera podido ser y la historia como una novela que ha tenido realidad” (citado por Cardona, 1996: 112); así lo creía, entre otros, Américo Castro al considerar la historia como una novela o drama (Araya, 1983: 89-90).

La historia sólo es comunicada o transmitida por unos hombres a otros hombres y éstos a otros hombres. Pero los conceptos pueden llegar a petrificarse en el estudio de la historia, hacerse anacrónicos frente a la evolución social. Para Octavio Paz, sin importar las ideologías políticas o económicas, las sociedades industriales “...se empeñan en transformar las diferencias cualitativas, es decir: humanas, en uniformidades cuantitativas”. Llegándose a aplicar “los métodos de [...] producción en masa [...] también a la moral, al arte y a los sentimientos” (2004: 219).

Alejadas, separadas de su origen que es la sociedad, las investigaciones que se dicen objetivas se pierden en pequeños círculos monopolizadores del saber. Tratamos de humanizar lo material y, suicida intento, esperamos deshumanizar lo humano. Es importante no atarnos a un método si éste ya no nos permite desarrollar nuestra investigación. Como escribe Jaime Torres Bodet: “...no se trata de más

¹⁷ “Los novelistas –escribe Eisner– [...] utilizan tramas, metáforas, cadencias y estilos indirectos como método para contar sus historias. Sus razones tienen que ver con las funciones especiales que estas estrategias lingüísticas ponen en marcha”. Los escritores buscan crear “un escenario que permita al lector alcanzar un sentido de la escena” (1998:45-46).

técnica que humanismo o de más humanismo que técnica. Sino se trata de luchar, a partir de la escuela, por la instauración de un humanismo al que obedezca la técnica, y no de una técnica que esclavice al hombre” (en Moirón, 1986: 51).

Tucídides, en *Historia de la guerra del Peloponeso*, había advertido el cambio hecho con respecto al sentido político que se puede hacer en las palabras, las cuales habían dejado de tener “el sentido ordinario”, para adquirir “otros significados nuevos”. Así, “...la audacia sin escrúpulos de un aliado leal se llamaba valor; la duda prudente, cobardía encubierta; la capacidad de ver todos los aspectos de una cuestión, ineptitud para actuar. La violencia frenética se convirtió en atributo de virilidad¹⁸” (citado por Mayer, 1966: 9).

Vemos entonces que en cada manejo del lenguaje se encuentra la personalidad del sujeto, organizada “...y manifiesta según ciertos patrones que se mantienen en el tiempo y que caracterizan nuestra forma de percibir, pensar e interpretar la realidad de uno mismo, de los otros, del entorno social y físico, y de lo que acontece en nuestro interior y en el mundo” (Amara, 1998: 169; también: Alatorre, 2001: 91). Representamos lo que hemos vivido o lo que otros han vivido, sirviéndonos de los medios que están a nuestro alcance para comunicarnos (Juan Rulfo): siempre intentando “re-presentar el mundo como lo conocemos” (Eisner, 1998: 44). El lenguaje tiene la capacidad de descripción y comunicación del “contenido de la experiencia humana”, sin quedar “restringido a un grupo cerrado de convenciones lingüísticas” (Eisner, 1998: 45).

Eisner aconseja “utilizar el lenguaje para revelar lo que las palabras, paradójicamente, nunca podrán expresar [ellas solas]. Esto significa esa voz que se

¹⁸ Me permito continuar la cita de Tucídides debido a su importancia para el resto de este trabajo: “La causa de todos estos males era el ansia de poder que surgía de la codicia y la ambición; y de esas pasiones procedía la violencia de los partidos enzarzados en la contienda. Los jefes de los bandos [...] buscaban recompensas para sí en aquellos intereses públicos que pretendían defender y no retrocedían ante nada en sus luchas por el predominio, enzarzados en los excesos más extremos; fueron más lejos aún en sus actos de venganza, sin detenerse en lo que exigían la justicia o el bien del Estado, sino tomando por único guía el capricho partidista del momento... Así, la religión no era honrada por ningún partido, pero alcanzó gran reputación el uso de las frases bellas para llegar a fines culpables. Entre tanto, la parte moderada de los ciudadanos pereció entre las otras dos, bien por no tomar parte en la lucha o bien porque la envidia no podía sufrir que escapasen a sus consecuencias”. Los bandos, “recelosos de sus propias deficiencias y de la inteligencia de sus adversarios, temían ser aventajados en el debate y sorprendidos por las combinaciones de sus adversarios más flexibles y por ello recurrían inmediata y audazmente a la acción” (citado en Mayer, 1966: 9-10).

debe oír en el texto, concedida aliteración y estimuladas cadencias” (1998: 17-18). Lo anterior en razón de que “sin la sensibilidad las sutilezas del mundo social quedarían sin experimentar”; aunque debemos tener en cuenta que “sin un esquema no es posible ningún tipo de significatividad” (Eisner, 1998: 51).

1.5. Literatura e historia: la historia novelada

A partir del siglo XVIII se ha marcado la diferencia entre literatura e historia. Desde entonces, señala Lionel Gossman, la literatura es vista en tanto “...práctica de la escritura y la historia a una de las formas de escritura que pueden ser practicadas” (citado por Antonio de la Sierra, 2000: 206). Como Hayden White distingue, el historiador se encuentra con los relatos y el novelista los inventa (Antonio de la Sierra, 2000: 207). La elección del discurso “moldea el conocimiento histórico, tanto por lo que incluye como por lo que excluye” (Rosaldo, 1991: 126).

El escritor se interesa prioritariamente por la claridad literaria, mientras el historiador está más preocupado por la objetividad. Por un lado, escribe Campbell, “los novelistas dan versiones acerca de las cosas y las personas. Desde su punto de vista, escriben una visión del mundo y de la época que les tocó vivir” (1994: 142). Por el otro lado, “...todas las versiones históricas contienen subjetividad, pero éstas – a su vez– crean intersubjetividad, que si bien no se trata en sentido estricto de objetividad, sí es un gran avance para crear la ‘unidad histórica’” (Antonio de la Sierra, 2000: 202). El historiador siempre espera que su labor, su “construcción narrativa”, adquiera un grado científico, lejos de consideraciones ideológicas (Velázquez Delgado, 2005: 13).

La obra literaria también es el reflejo del hombre que la escribe y de los hombres sobre los que escribe. La importancia de la literatura radica en su “riqueza y amplitud”, por lo cual las ciencias humanas se suelen servir de ella directa o indirectamente, en tanto y en cuanto ofrece los modos y formas de las sociedades (Araya, 1983: 171).

Las novelas se sirven de la historia para establecer escenarios; mientras la historiografía utiliza la estética de la literatura para presentar su discurso. Así, escribe Hayden White, “las historias (y también las filosofías de la historia) combinan

cierta cantidad de datos, conceptos teóricos para explicar esos datos y una estructura narrativa para presentarlos como la representación de conjuntos de acontecimientos que supuestamente ocurrieron en tiempos pasados” (citado por Antonio de la Sierra, 2000: 206).

Lo anterior no descalifica a la historia como ciencia. En realidad, advierte Stephen Jay Gould, no habría por qué degradar a la historia como ciencia por el hecho de utilizar una narrativa cercana a la literatura –como tampoco una literatura puede ser ciencia sólo por utilizar el método de los historiadores–, si tenemos en cuenta, dice, que “los seres humanos somos contadores de historias por naturaleza; organizamos el mundo como un conjunto de relatos” (citado por Fontana, 2002: 138).

Se entiende entonces que tanto la historia como las novelas utilizan un método similar de narrativa¹⁹, porque en ambas suele haber un personaje principal o personajes, en torno a los cuales gira la narración contada en tercera persona – aunque en las novelas el personaje principal también suele ser el narrador y éste suele tomar distintas formas– vista por los ojos de sus protagonistas, siendo éstos por lo general de “los más altos rangos: hombres de Estado, generales con mando o quizá [...] un inteligente amigo íntimo de los grandes” (Hughes, 1967: 86). Asimismo, la narración histórica

...se desarrolla en dos niveles: enfrente, las grandes escenas; detrás, el vasto anonimato de todos los demás que viven, actúan y mueren [...]. Lo que comienza como una necesidad técnica, se ve reforzado por las preferencias personales y la pereza mental. [...] El historiador [...] localiza y describe los asuntos claves –lo que él llama convencionalmente los ejes de los acontecimientos en la historia–, algunos de los cuales puede que se presentaran como tales ante los que los presenciaron, y que otros hayan adquirido ese matiz sólo con el paso del tiempo (Hughes, 1967: 87, 90).

¹⁹ Desde la perspectiva del lector, para W. B. Gallie, nos dice Renato Rosaldo: “...seguir una narrativa involucra en gran medida aprensión de la entidad humana, es decir la capacidad del lector para percibir las intenciones, deseos y pensamientos del protagonista”. En la perspectiva del escritor, Rosaldo advierte que J. H. Hexter ve a la “narrativa histórica” como la forma en “...que los escritores de historia pretenden comunicar un conocimiento sobre el pasado mediante narrativas que explican cómo se desenvuelven los hechos”. Así, “según Hexter, la narrativa es un instrumento cognoscitivo y no un simple condimento para que el conocimiento histórico sea más palpable”. No obstante, siguiendo a Paul Ricoeur, Rosaldo nos dice que el texto no tiene que ser literalmente narrativo, basta con que la interpretación del mismo lo sea (1991: 128-129).

Es clara la importancia sociológica y política de la literatura, como señala Arturo Souto:

No habría forma de entender la Rusia prerrevolucionaria, por más historia y estadísticas que se estudiaran, sin leer a Mogol, Dostoyevsky, Tolstoi, Gorka. Tampoco se comprendería la historia de España en el siglo XIX sin Pérez Galdós, sin Larra. O la de Francia sin Balzac, Flaubert o Zola. O la Inglaterra sin un Dickens y un Ardí. O la de los Estados Unidos sin un Twain, un Dos Passos, un Sinclair Lewis o un Arthur Miller. ¿Cómo entender el proceso de la revolución mexicana sin haber leído a Vasconcelos, a 'Micrós', a Gamboa, a Azuela, a Guzmán? (1973: 26).

Las novelas –lo señalo de nuevo– no pueden sustituir al método científico para el estudio de la historia, pero al menos pueden aproximarnos a la historia sin dejar de escuchar la advertencia y denuncia de Jonathan Israel: “Las habilidades para la comunicación y la brillantez son lo que cuenta en la nueva cultura, mientras el nivel de lo que se comunica está dejando de importar” (citado por Fontana, 2002: 149). Se da importancia al escenario y no a los personajes. Añade Maurice Keen:

La narración [...] ‘nos permite recuperar fuerzas que un enfoque temático tiende, de manera inevitable y artificial, a oscurecer, pero que operan continuamente, al mismo tiempo que el funcionamiento, o el mal funcionamiento, de los sistemas sociales, económicos y políticos, y que interactúan con la historia de estos: fuerzas del azar, de coincidencia, de carisma o de maldad individuales. Si las olvidamos, corremos el riesgo de olvidar cómo y por qué es tan fácil que guerras generales y holocaustos sorprendan a sociedades que parecen asentadas en el camino del progreso’ [y se dicen informadas] (citado por Fontana, 2002: 149).

Entender la ficción como lo imaginable y la historia como lo real, nos hace concluir que para llegar a lo real debemos alejarnos de lo imaginado, es decir, mecanizar nuestro razonamiento, limitarlo a un conjunto de estructuras. Por el contrario, dice Antonio de la Sierra:

Si reconocemos el elemento de ficción literaria en cada narración histórica, seremos capaces de mover la enseñanza de la historiografía al nivel más alto de la propia conciencia que ocupa, [con lo cual, reconociendo] el elemento ficticio en la narrativa histórica se encontrará en la teoría del lenguaje y en la narrativa la manera como sucedieron los hechos y no tanto los hechos mismos. (2000: 208-209).

La enseñanza de la historia o los intentos de aproximarse a ella, suelen estar sujetos a la eficacia, la utilidad, sin darle importancia a la interpretación del sujeto

sobre lo que se le está presentando, es decir, sin poder discernir o dudar sobre la realidad que se le ofrece; sin lograr comprenderla, lo que nos lleva a esa situación fatal de Kafka en su novela *El Proceso*, en donde sentencia que “lo único que puede ser acertado era adaptarse a las condiciones que existían [...]. Uno debe suponer que todo es verdad; uno debe creer que todo es necesario [...]. La mentira [como] orden universal del mundo” (Kafka, 2003: 223, 308).

Olvidando entonces, dice Américo Castro, que “la historia no es explicable sino comprensible”, entendiendo que “...esto no significa que la ciencia histórica es una arbitrariedad relativista o psicológica; esto significa que la comprensión de la historia presupone una proyección vital del historiador en el hecho histórico” (citado por Araya, 1983: 89).

Del mismo modo que John Dewey y Eisner, no estoy de acuerdo con la idea de que el arte se encuentra solamente vinculado a los sentimientos, mientras que las investigaciones científicas se relacionan con el pensamiento y la inteligencia. Ambos, arte y ciencia, son formas creadas por la sociedad y son instrumentos utilizados por sujetos inteligentes (Eisner, 1998: 34).

Un sistema de investigación que utiliza tanto el método científico como el método literario, resulta, desde mi punto de vista, sí en un sistema más complicado, pero uno con posibilidades de interpretar la realidad, que no es plana, sino esférica, atendiendo su explicación, trabajada por historiadores con una capacidad objetiva real, es decir, condicionada.

Acercándonos al final de este primer capítulo, es importante recalcar que los escritores suelen ayudarnos “a comprender, paradójicamente, lo que las palabras no pueden explicar” (Eisner, 1998: 37). Además, “los personajes plasmados en el papel son figuras artificiales, creadas de palabras y estructuras gramaticales que –en sí– presentan una dinámica propia, empero más allá de eso, presentan esencias, formas y posibilidades de la acción humana” (Hüttinger, 2006: 101). Logrando el escritor, dice Elena Poniatowska, “hacernos sentir lo que otros sienten, ponernos en el lugar del otro” (1995: 128). La literatura Latinoamericana, continúa Elena Poniatowska, se encuentra

...ligada a la tierra, al pasado, al dolor, a la denuncia, a la magia, al poder de lo curanderos, al atraso, al más allá, al deslumbramiento, una literatura que brinda un mundo recién nacido, atrozmente inocente y poético. Es una literatura además que ha logrado desaburguesar a la novela, originalmente un producto burgués, porque *Pedro Páramo*, *Cien años de soledad*, *Muerte en el paraíso*, nada tienen que ver con la burguesía. Al contrario, vuelven contestataria y liberadora nuestra realidad e instauran lo que se ha llamado hasta ahora lo real maravilloso o el realismo mágico (1995: 136-137).

En el caso de José Emilio Pacheco, éste considera que la literatura mantiene en movimiento al lenguaje y expone la condición humana:

La narrativa nos permite conocer las experiencias de otros [...]. La cifra de muertos de Bosnia no nos dice nada. Necesitamos un relato para articular y comunicar en términos personales y concretos qué significa vivir en Sarajevo entre el hambre y el frío y bajo el fuego. Hay partes de la experiencia humana que no pueden expresar ni las imágenes más elocuentes (1995: 149-150).

Las novelas pueden excitar la imaginación de los estudiantes, más que grandes cantidades de libros de historia abrumándolos con datos superficiales, llevándolos a considerar la historia como aburrida o inservible²⁰. Las novelas, al concentrarse algunas en un solo individuo, en este caso el dictador, crean un “microcosmos [en donde] se esconde la renuncia a la magnitud y cantidad del material a fin de mostrar un segmento menor de la realidad con una intensidad acentuada”, haciendo que con “la limitación y [...] la reducción las cosas [aparezcan con] una luz más estridente” (Hüttinger, 2006: 101).

Una lectura voluntaria lleva a la reflexión sobre la información que se ha encontrado, para de ahí partir hacia la “imaginación histórica”, que es la interpretación intelectual y sensorial de la historia: ponerse en el lugar del otro. Más tarde, si el interés se mantiene, ya no se aceptarán los *hechos* sin antes haber sido estudiados, interpretados, comprendidos y relacionados con otros (Hughes, 1967: 122-123). Por el contrario, pareciera que quienes hablan de rigor científico se están

²⁰ Para Vizinczey: “los libros aburridos corrompen el cerebro. No podemos sacar nada de los libros que nos aburren [...] Si los estudiantes no estuvieran obligados a terminar libros que no les dicen nada, la educación literaria no les dejaría tan insensibles a la literatura”. Además, “no podemos comprender nada con profundidad si no nos conmueve o sacude tanto que llega a nuestro subconsciente” (1992: 150-151). Algo de suma importancia para un país como México, en donde según cifras de la OCDE, es el país que más gasta en educación y el que menos resultados positivos tiene (*Entre líneas*, 2007).

refiriendo al mantenimiento del *status quo*, de no cambiar nada y recibir la realidad como es, es decir, como ellos creen que debe ser y comprendida por los medios que consideran apropiados.

Ofrecer dos o más caminos de acercarse a la historia, permitiría descubrir y entender las diversas interpretaciones que los seres humanos hacen de un mismo tema, que incluso parece inmutable, pero que cada generación modifica y reinterpreta. Así, el estudio de la realidad por medio de textos “secundarios” –en este caso novelas– permitirá mantener y proporcionar “las imágenes a través de las cuales podemos, de manera indirecta, sentirnos afectados por la escena” (Eisner, 1998: 39), acercándonos a la historia y no alejándonos como si todo lo que ésta diga ya no pudiera afectarnos. Además, nos ofrece “la habilidad de experimentar un estado particular de los hechos; comprender cómo fueron”. Teniendo en cuenta que “su representación [...] a través del texto [admite] la participación indirecta” (Eisner, 1998: 39, 40). Sin dejar de señalar, por supuesto, los límites que acarrearán las “hermosas palabras inaplicables” (Paz, 2004: 145).

Es importante subrayar la imposibilidad de volver a la metafísica, pero también debemos tratar, dice Luis Villoro, de “...revalorizar distintas formas de sabiduría personal que, sin pretender alcanzar la certidumbre, sigan sus propias formas de racionalidad y nos orienten sobre el valor y el sentido” (1995: 50). Para E. M. Forster, en *Aspects of the novel*:

La historia, con su énfasis en las causas externas, está dominada por la noción de fatalidad, mientras que en la novela no hay tal; aquí todo se funda en la naturaleza humana, y el sentimiento dominante es el de una existencia donde todo es intencional, hasta las pasiones y los crímenes, incluso la miseria [...]. La ficción es más verdadera que la historia porque trasciende la evidencia (citado por López Colomé, 1993: 387-388).

Debemos dejar de padecer la historia, de movernos en ella, en sus escenografías, que no escenarios (García Canclini, 2001: 260). Hacer la historia, recrearla, de modo que logremos una mejor comprensión de ella. Como explica Hughes, no quedarnos en el señalamiento de un motivo, sino perseguir el objetivo del historiador, el pensamiento y emoción que subyacen en las acciones de los actores históricos:

Podemos preferir el sugerir tan sólo los elementos preparatorios en la biografía espiritual del actor histórico que años más tarde reduciría su esfera de elecciones. Podemos simplemente tratar de encontrar la inclinación de carácter, la emoción frustrada, el escondido trauma que limita sus posibilidades de un logro futuro. [...] De tal interpretación de la historia emocional de un solo individuo podemos derivar un entendimiento más general de nuestra propia época como un momento de búsqueda desesperada de la identidad (1967: 65, 71).

Es de suma importancia afirmar el valor de las obras literarias latinoamericanas como fuentes alternas de interpretación de la realidad, en especial dentro de las ciencias humanas (Eisner, 1998: 57). Porque “identificar meramente algo –etiquetarlo debidamente o situarlo dentro de una secuencia cronológica– no es conocerlo”. Por el contrario, “el conocimiento histórico implica un significado [...]. Sin una imputación de significado²¹, la prosa histórica es simplemente una crónica estéril” (Hughes, 1967: 16).

Además, las novelas le restituyen a la lectura la emoción y el afán de conocimiento inherente a la literatura²² y, pese a que así como hay quienes creen que si no aparece en la televisión, entonces no sucedió, también hay para quienes si es una novela, aunque esté basada en un hecho histórico, no hay razón por la cual confiar en ella, es más, debemos ser críticos y asumir su falsedad natural, innata: mantenernos inmersos en una única visión del mundo: los textos oficiales, aunque no sepamos de dónde vengan. Olvidando, escribe Hans Jauss, que “ningún texto literario fue jamás escrito para ser leído e interpretado filológicamente por filólogos ni... históricamente por historiadores” (citado por Santí, 1997: 46). Por lo que humanizar la historia es sólo devolverla a nosotros, es comprenderla. Del mismo modo, si establecemos una “estética de la recepción”,

...ésta cuestiona que existan interpretaciones únicas o correctas, como tampoco falsas de los textos literarios. Toda escritura, todo mensaje, están plagados de espacios en blanco, silencios, intersticios, en los que se espera que el lector produzca sentidos inéditos. [Sin dejar de considerar que] lejos de cualquier ‘realismo maravilloso’ que imagina en la base de la producción simbólica una materia informe y desconcertante [...] las obras pueden ser comprendidas si abarcamos a la vez la

²¹ El significado es para Fontana: “un acto de interpretación que escogemos de entre las múltiples interpretaciones en competencia” (2002: 160).

²² Considera García Canclini que “en todo laboratorio mantener vivas ciertas preguntas, o experimentar formas distintas de hacerlas, puede tener al menos el valor de sostener esas preguntas” (2001: 108).

explicación de los procesos sociales en que se nutren y de los procedimientos con que los artistas los retrabajan (García Canclini, 2001: 75, 142-143).

Siguiendo a Octavio Paz, los educadores de las nuevas generaciones – teniendo en cuenta, claro, que Paz escribió esto hace más de cincuenta años y hasta ahora los resultados positivos han sido mínimos–, no deben entregarle a los jóvenes sistemas o filosofías terminadas; por el contrario, deben dar “los medios y las posibilidades” para crear sus propios medios y filosofías (2004: 176). Porque, dice Lourdes Arizpe, se suele dar una gran cantidad de literatura a los estudiantes para que “de ahí *deriven* un problema de investigación”, sin tomar en cuenta la realidad social que habitan (1995: 82).

En el caso de la historia oficial, también esta se encuentra plagada de alusiones idílicas y la mayoría de los historiadores están enmarcados por una ideología de régimen. Por lo que al no ser una historia crítica, deja a un lado el ser “...parte de las preocupaciones científicas que caracterizan al conjunto de las ciencias sociales”, para convertirse en “un modelo de instrucción cívica” (Velázquez Delgado, 2005: 23). Todo gobierno ha velado siempre por mantener el control sobre la “producción historiográfica”, teniendo a historiadores y cronistas a sueldo de sus intereses dominantes. Más importante aun ha sido el interés puesto sobre “los contenidos que se transmiten en la enseñanza” (Fontana, 2002: 87).

Es por eso que ante los cambios políticos, se ha dado lo que Fontana llama “las guerras de la historia”: un cambio ideológico que hace necesario reinterpretar o modificar la historia para favorecer una política de régimen. Teniendo un auge durante el enfrentamiento entre el comunismo, el fascismo y el liberalismo, continuado durante la Guerra Fría. Así, por ejemplo, Alemania practicó la quema de libros y el exilio de sus autores, al igual que la condena que caía sobre los historiadores en el periodo del estalinismo. En el caso de España, con el levantamiento militar de 1936, se impuso “una educación adoctrinadora en que el papel fundamental correspondía justamente a una visión conservadora y patriótica de la historia ‘nacional’”, previa eliminación de los maestros disidentes (2002: 88).

En los Estados Yankis, desde los años treinta se denunciaba, prohibía o quemaba todo libro de historia americana que no fuese patriótico a ultranza. Cita

Fontana a las Daughters of the Colonial Wars: “no podemos permitir que se les enseñe [a sus hijos] a ser objetivos y a que se formen ellos mismos sus opiniones”. A partir de los años cuarenta, “la National Association of Manufacturers tenía 6.840 ‘centinelas locales dedicados a mantener limpia la enseñanza del peligro que representaba el ascenso del colectivismo” (Fontana, 2002: 90-91).

Es después de la Segunda Guerra Mundial cuando en los Estados Yankis “los valores del relativismo que habían defendido los historiadores progresistas como Beard y Becker fueron atacados de manera furibunda”, en un intento por “volver al mito de ‘la objetividad” (Fontana, 2002: 91). Siendo el Departamento de Defensa, la CIA y fundaciones conservadoras quienes financiaban a las ciencias sociales, llegándose a considerar “que ‘contra lo que se piensa habitualmente, la ofensiva ideológica ha sido tan importante para la estrategia de la seguridad nacional de los Estados Unidos desde 1945 como la bomba atómica²³” (citado por Fontana, 2002: 91, 95).

En el caso de Japón, continúa Fontana, en los libros de texto se “defendía [...] el papel de Japón en la guerra mundial, asegurando que la invasión de China fue [provocada por] los chinos y que la invasión de Asia era ‘una cruzada para liberar a los pueblos asiáticos del imperialismo occidental”’. Éste y los ejemplos anteriores nos permiten entender cómo las “guerras de la historia” son tan sólo “debates” que “tienen poco que ver con la ciencia y mucho con el contexto político y social en que se mueven los historiadores” (2002: 116).

Son los regímenes autoritarios quienes no se preocupan por ocultar su intención de imponer la desmemoria, sin importar si son de izquierda o de derecha: los primeros se basan en un ideal del futuro; mientras que los segundos idealizan el pasado. Como ejemplo del primero, tenemos el caso de Camboya, en donde una vez que Pol

²³ Richard Pipes, nos dice Fontana, profesor emérito de historia rusa en Harvard, asociaba su actividad de historiador con la de ser “director de asuntos soviéticos y de la Europa del este del National Security Council y que fue uno de los inspiradores de la nueva guerra fría de Reagan”; al quedarse sin enemigo después de la desintegración de la Unión Soviética, se aboca a proteger la “santidad de la propiedad del peligro que representa el estado de bienestar” (2002: 92-93). En Inglaterra, la ministra Thatcher se quejaba de que el History Working Group sólo ponía énfasis en “las cuestiones religiosas, sociales, culturales y estéticas, y no prestaba la suficiente atención a los acontecimientos políticos”. Es decir, que no se limitaba “a explicar los hechos de los primeros ministros, incluyendo las guerras gloriosas como la de las Malvinas, que Thatcher parece considerar como el ‘hecho’ más importante de la historia británica del siglo XX” (2002: 100).

Pot²⁴ se adueña del poder, lanza un programa cultural de odio a la cultura, un volver a empezar: “¡Hay que desculturalizar al pueblo de Camboya! ¡Hay que extirpar de él las ideas malas y las antiguas! ¡La memoria es nuestra enemiga! ¡La amnesia, nuestro programa!” (citado por Lévy, 1992: 42).

Cabe añadir que para Bernard-Henri Lévy, Pol Pot fue el revolucionario auténtico, radical, porque llevó la revolución hasta el final (desde el control de las relaciones humanas hasta el lenguaje), llegando a tal estado de pureza revolucionaria que se mostró al mundo entero “un horror también puro” (1992: 43). Para el caso de un gobierno de derecha o conservador, tenemos como ejemplo la dictadura de Argentina, de la que hablaremos en el siguiente capítulo.

En consecuencia, es necesario que los historiadores, escribe Fontana, realicen una labor que permita creer en la posibilidad de una diversidad de futuros posibles y no uno inevitable, privatizado de antemano, considerando que alguno de esos futuros

...puede acabar convirtiéndose en dominante, por razones complejas, sin que esto signifique que es el mejor, ni, por otra parte, que los otros estén totalmente descartados. [Por lo que] una historia no lineal nos permitiría recuperar muchas cosas que hemos dejado olvidadas por el camino de la mitología del progreso [...]. Y nos ayudaría a escapar, con este enriquecimiento de nuestro horizonte, a la apatía y la desesperanza a que quiere condenarnos el discurso dominante en nuestro entorno, que nos ha llevado a este ‘tiempo de resignación política y de fatiga’ (2002: 193-194).

Debemos, entre otras cosas sugiere Fontana: “...desintegrar el tipo de continuidad histórica falaz que se construye habitualmente en función de la voluntad de establecer una genealogía, esto es, una justificación, del objeto histórico que nos hemos propuesto explicar” (2002: 196) y, agrega Menezes, dejar a un lado las acusaciones de “herejía” y llenar de obstáculos al “genio creador”. Porque “¿cómo

²⁴ Pol Pot puede ser considerado como un dictador ilustrado –genocida como Stalin–, debido a que fue enviado a París para ampliar sus estudios literarios y regresó a Camboya convertido en comunista. En 1963 es conocido con el alias de ‘Hermano Secretario’ o ‘Hermano número uno’. Se hace líder de la guerrilla jemer que durante 13 años se enfrenta a la dictadura militar apoyada por los Estados Yankis. Con el respaldo de China, Pol Pot se proclama máximo líder de la “Nueva Kampuchea”. En cuanto al trato que se daba a la disidencia, bastan estas consignas: “El que proteste es un enemigo, el que se opone es un cadáver”, “los enfermos no necesitan comer”, “con el Angkar es un salto adelante prodigioso”. Algunos historiadores hablan de dos millones de muertos en manos de la dictadura, sobre una población de siete millones. Pol Pot muere en 1998 sin ser castigado por sus crímenes (Hernández, 1998: 50).

defender una teoría nueva, que hostiliza el situacionismo cultural que, a su vez, se asienta en el situacionismo social y político?” Lo que ha ocasionado que “la pesquisa científica no pued[a] desenvolverse en ciertas direcciones que perjudiquen los intereses existentes” (Menezes, 1964: 436).

Asimismo, dice Fontana, es importante saber que

...para entender las acciones de los hombres y las mujeres del pasado necesitamos averiguar lo que pensaban realmente, las esperanzas y temores que los movían, incluyendo también, o tal vez sobre todo, aquellas que, no habiéndose realizado, hemos perdido de vista (pero que se conservan en muchos de los textos más directos y personales que nos han legado, como pueden ser los diarios y las cartas). Sólo así podremos entender las razones que los llevaron a tomar sus decisiones (2002: 137).

Por último, si utilizamos la idea de conocimiento “...para determinar exclusivamente a la información cuya veracidad ha sido puesta a prueba confrontándola con la realidad y ha demostrado reflejarla con una aproximación satisfactoria” (Pérez Tamayo, 1995: 18), entonces, por ejemplo, la descripción de la matanza de la Compañía bananera presente en el libro *Cien años de soledad* de García Márquez – considerada por Carlos Monsiváis como bastante realista–, podríamos hablar de su utilidad como una “aproximación satisfactoria” de la realidad. Así, algunas novelas que intentaron retratar a los dictadores latinoamericanos nos proporcionan una idea de cómo se desarrollaron, los métodos y los recursos que utilizaron.

En el caso de la literatura, ésta forma parte de la representación cultural de las naciones –sin olvidar la universalidad del lenguaje impreso o escrito. Por lo que en las Relaciones Internacionales como disciplina, lejos de la hegemonía de los temas políticos, militares o económicos, “la consideración de la cultura como componente fundamental de identidad, proyección e influencia es un factor esencial que enriquece la contemplación del mundo internacional” (Pérez del Pozo, 2006: 167).

Además, no se busca sólo formar escritores o historiadores, sino también, formar lectores, porque la lectura es un arte propio de la escritura (Arreola, 2002: 218). Siguiendo a Américo Castro, se puede afirmar que no basta con descubrir la verdad, también es necesario difundirla, democratizarla (Araya, 1983: 31).

En cuanto a la relación entre literatura y sociedad, para Octavio Paz:

...el vínculo entre una y otra es, a un tiempo, necesario, contradictorio e imprevisible. La literatura expresa a la sociedad; al expresarla, la cambia, la contradice o la niega. Al retratarla, la inventa; al inventarla, la revela [...]. La literatura es una respuesta a las preguntas sobre sí misma que se hace la sociedad pero esa respuesta es, casi siempre, inesperada: a la oscuridad de una época responde con el brillo enigmático de un Góngora o de un Mallarmé, a la claridad racional de la Ilustración con las visiones nocturnas del romanticismo. El caso de América Latina es un ejemplo de la intrincada complejidad de las relaciones entre historia y literatura (1985:161).

Es cierto que las novelas históricas no pueden adquirir un carácter científico ni sustituir la labor del historiador. No obstante, sí pueden servirle como fuentes interpretativas de una sociedad y un contexto²⁵, permitiendo a los investigadores acercarse –por medio de una narrativa que busca alguna reacción del lector– a una forma distinta de interpretar la historia, tomándola obviamente como una realidad novelada. Recordando también que los actores de la historia son eso: actores, personajes, los cuales, no obstante que la perspectiva nos permite saber cuál es su final, nos sigue impresionando su desarrollo, el proceso histórico.

Al estudiar a los actores, el investigador va encontrando nuevas variantes – motivos– e influencias –circunstancias– que modifican o reafirman nuestras ideas de esos actores, ayudándonos a comprender el hecho histórico. Siendo así, cada sociedad juzga a los personajes de la historia, sean individuos aislados o pueblos enteros, es decir, se reafirma así misma y justifica su propia continuidad. En esto último cabe la trampa: inventar la historia, reinventarla hasta adaptarla a los deseos de la élite en el poder, haciendo prevalecer sus intereses y borrando o minimizando, cuando no justificando, sus crímenes.

²⁵ La literatura ha servido en distintas épocas y lugares para diversos fines. Así, por ejemplo, en España los llamados cristianos viejos buscaron en la literatura su propio reflejo, un lugar donde glorificar sus hazañas, de ahí la productividad de “una literatura bélica, activa, conquistadora”. Para lo cual Lope de Vega es uno de sus mayores representantes, lo que lo convirtió, dice Araya, “para la época lo que Hollywood ha representado en el cine respecto de las películas de *cowboys*” (1983: 176).

Capítulo 2

El dictador latinoamericano

Ahora, esas estatuas tuyas descansarán en el fondo del mar [...]. Y allá por el año 2500 o 3000 las encontrará la pala de una draga, devolviéndolas a la luz [...] Pasará lo mismo con que las esculturas romanas de mala época [...]: sólo se sabe de ellas que son imágenes de un *Gladiador*, *Un Patricio*, *Un Centurión*. Los nombres se perdieron. En el caso suyo se dirá: 'Busto, estatua, de *Un Dictador*. Fueron tantos y serán tantos todavía, en este hemisferio, que el nombre será lo de menos'.

Alejo Carpentier, El recurso del método

2.1. Antecedentes del dictador latinoamericano

Los dictadores latinoamericanos tienen su origen en los caudillos, centralistas o federalistas, que lucharon por la independencia de América Latina. Es en el periodo de la búsqueda de independencia cuando, escribe Octavio Paz, "la imagen del 'dictador hispanoamericano' aparece ya, en embrión, en la del 'libertador'" (2004:133; también: Portuondo, 1979: 13).

Si el supuesto libertador quiere conservar su poder, debe cometer toda clase de crímenes hasta convertirse en el nuevo tirano. Como señala Stefan Zweig: es "uno de los secretos de casi todas las revoluciones y el destino trágico de sus caudillos: sin tener sed de sangre, verse obligados a derramarla", en especial cuando "los hechos han de seguir fatalmente a las palabras frenéticas" (s/f: 52-53). Pero el dictador culpará a otro por esas acciones o serán justificadas por el caos reinante. Justamente en América Latina existía un campo fértil para el surgimiento de hombres que se adueñaran del poder: "la inestabilidad política [...] comenzó al otro día de la Independencia" (Paz, 1985: 120).

Escribió Simón Bolívar en 1830: "He mandado durante veinte años, y en todo ese tiempo no he sacado más que unos pocos resultados seguros: 1) la América española es para nosotros ingobernable; 2) el que trabaja por una revolución, labra en el mar; 3) lo único que hay que hacer en América es emigrar" (citado por Chesnais, 1988:201). Desde 1822, Bolívar se había mantenido aplacando las insurrecciones en los territorios liberados del gobierno español. Su último esfuerzo

por conseguir la unidad y la estabilidad será el Congreso de Panamá en 1928, mismo que fracasa ante el localismo de los territorios y la consolidación del caudillismo. El caudillismo es la respuesta de los generales que lucharon la independencia para convertirse en políticos; aunque principalmente lo harán aquellos que se mantuvieron al margen, esperando la oportunidad de asaltar el poder, tal es el caso, por ejemplo, del chileno Diego Portales y del argentino Juan Manuel de Rosas (Ramos, 1983: 13-15).

Siguiendo lo anterior, para Carlos Rangel

...la persistencia de esa confusión es la causa del fracaso relativo de Iberoamérica. La incapacidad para ponerse de acuerdo, la falta de consenso social y de madurez política de la sociedad civil, explican [...] la ausencia de democracia. Viene a ser el humus, sin el que, lo mismo en África que en América, sólo las dictaduras militares pueden sobrevivir (citado por Chesnais, 1988:201).

Pero bien puede responder a lo anterior lo escrito por José Martí (1853-1895), cuando señala que “la incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia”. Por tanto, continúa, “las Repúblicas han purgado en tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos” (1976: 259).

Es decir que, en palabras de Octavio Paz, los caudillos inventaron “...países que no eran viables ni en lo político ni en lo económico y que, además carecían de verdadera fisonomía nacional. Contra las previsiones del sentido común, han subsistido gracias al azar histórico y a la complicidad entre las oligarquías locales, las dictaduras y el imperialismo” (1985: 169).

En pleno siglo XX, los gobiernos latinoamericanos creyeron que bastaba un decreto para “trasladar las leyes progresistas del Occidente a Venezuela, Bolivia o Guatemala, para transformarnos en naciones democráticas y prósperas”; lo que en realidad se hizo fue crear dos naciones: “la nación legal y la nación real” (Fuentes, 1990: 27).

Las luchas intestinas de cada nación dan lugar a sus propios dictadores, que vienen a completar el cuadro que ha dejado el sistema español, esto es: la Iglesia, el Ejército y la Oligarquía²⁶ (Paz, 2004: 134). El poder que dejó España fue retomado por dos grupos: “el económico en las oligarquías nativas y el político en los militares”. A las oligarquías les resultó imposible gobernar al no contar con bases políticas, debido a que se encontraban

Compuestas por latifundistas y comerciantes, habían vivido supeditadas a la autoridad y carecían tanto de experiencia política como de influencia en la población. En cambio, la ascendencia de los clérigos era enorme y, en menor grado, la de los abogados, médicos y otros miembros de las profesiones liberales. Estos grupos – germen de la clase intelectual moderna– abrazaron inmediatamente y con fervor las ideologías de la época; unos fueron liberales y otros conservadores. La otra fuerza, la decisiva, era la de los militares. En países sin experiencia democrática, con oligarquías ricas y gobiernos pobres, la lucha entre las facciones políticas desemboca fatalmente en la violencia. Los liberales no fueron menos violentos que los conservadores [...]. La guerra civil endémica produjo el militarismo y el militarismo a las dictaduras (Paz, 1985: 169-170).

El dictador, hombre que se ha alza con la victoria sobre sus enemigos, se convierte en el “Jefe con la boca henchida de fórmulas legales y patrióticas, ahora aliado a un poder muy distinto al viejo imperialismo hispano: los grandes intereses del capitalismo extranjero” (Paz, 2004: 134). También, dice Juan Liscano: “el déspota hispanoamericano de extracción popular y condición mestiza, [resulta] un traidor a su casta o a su clase. Odia en el pueblo, lo que hay de pueblo en él mismo” (citado por Ramos, 1983: 111-112).

En el caso mexicano, por ejemplo, Santa Anna, nos dice Octavio Paz: fue “alternativamente liberal y conservador, guardián de la libertad y vendedor del país, [...] es uno de los arquetipos del dictador latinoamericano: al final de su carrera política ordena honras fúnebres para la pierna que pierde en una batalla y se declara Alteza Serenísima” (2004: 136). Otro ejemplo mexicano que da Octavio Paz es el de

²⁶ Por ejemplo, en el caso de México, al momento de lograr su independencia el país se quedó con “...dos actores políticos modernos y dos tradicionales. Entre los primeros se contaban las elites regionales, deseosas de autonomía política y celosas de sus intereses locales. Junto a ellas, otra elite, la de los mandos en parte criollos, en parte españoles, de un ejército organizado en la última parte del siglo XVIII y fogueado en las guerras de insurgencia. Por el lado de los actores políticos tradicionales se encontraban la Iglesia, o mejor dicho el alto clero, con intereses [...] en torno de sus propiedades, de su capacidad económica y del mantenimiento del fuero eclesiástico” (Medina Peña, 2004: 64).

Porfirio Díaz, resultado del militarismo surgido de las guerras civiles del siglo XIX; en este caso, pese a que los liberales obtuvieron la victoria, “no pudieron implantar la verdadera democracia sino un régimen autoritario enmascarado de democracia”. Mismo que enarbolando también la bandera del liberalismo y el positivismo, se sostuvo durante treinta años (1985: 151, 155).

En cuanto a la intervención de los Estados Yankis en la región, si bien no crearon la inestabilidad –en algunos países más tarde sí lo harán–, se aprovechan de ésta y la fomentan ante los beneficios que logran obtener. Siendo esa inestabilidad la que les facilita su dominación económica y militar (Paz, 1985: 120, 171).

2.2. El dictador latinoamericano: recursos y métodos

El dictador habla de verdades absolutas, inclusive de su propia eternidad; habla de la invulnerabilidad de su gobierno²⁷; de la fortaleza de sus costumbres, ahora divinizadas. En el caso del periodo que tratamos, habla de la fuerza moral de Occidente y la religión cristiana en contra del totalitarismo comunista –se acepta en cambio el autoritarismo. John Passmore critica bien esa actitud cuando dice que

...reconociendo lo poco que se puede asegurar, nos liberaremos de cualquier tipo de dogmatismo, de esa actitud mental que en el siglo dieciocho llamaban ‘entusiasmo’ y que hoy llamaríamos ‘fanatismo’, uno de cuyos factores es la creencia de que hay verdades que se pueden establecer de forma tal que cualquiera que no consiga reconocerlas debe de ser moralmente perverso y que, por lo tanto, puede ser exterminado justamente (en Magee, 2001: 166-167).

En los discursos frente a una multitud, desde los años treinta y desarrollándose ampliamente en Europa con Hitler y Stalin, el dictador aumenta su “arsenal de elementos técnicos” (Huxley, 2005) para ejercer un amplio control de esa masa que se conmociona y aplaude, que se agita y vocifera improperios contra los

²⁷ Considera Vizinczey que “la tiranía se alimenta de la idea de que uno no tiene elección y debe obrar tal como está obligado a hacerlo”. Sin embargo, agrega, “los excluidos del poder no tienen otra elección que trabajar para la reforma o recurrir al crimen privado; sólo los que están en el poder o tienen acceso al poder, administrativo o militar, pueden hacer mal a un número de personas suficiente para hacer estallar una revolución” (1992: 82, 208). Así, escribe Zweig, “no se le perdona a un hombre, durante semanas, durante meses, la imposición del miedo que destroza el alma con la incertidumbre y paraliza la voluntad; nunca ha podido soportar largo tiempo la Humanidad, o una parte de la Humanidad por lo menos, la dictadura de un solo hombre sin odiarle. Y este odio de los subyugados fermenta subterráneamente en todos los círculos” (s/f: 78). La solución para esto último por parte del dictador, es dirigir la atención de la masa hacia otros enemigos, reales o imaginarios.

enemigos de la patria, que se dirige como un solo cuerpo hacia un objetivo; momento en el que el dictador se engrandece. Pero necesita saber manejar a esa multitud, su discurso debe ser efectivo y llevar a ese cuerpo amorfo hacia donde él quiere. Debe saber “¿qué es necesario para emocionar y arrastrar a la multitud? ¿Qué es necesario para conmover y persuadir a la mayoría?” Es decir, sostener “un ton véhément et pathétique, des gestes expressifs et fréquents, des paroles rapides et sonantes” (Leclerc, 2006: 11).

Escribió Bertolt Brecht con respecto a los discursos de los gobernantes:

Los mensajes de los hombres de Estado [...] no son arranques impulsivos y espontáneos. Son elaborados y reelaborados desde muchos puntos de vista y se fija una fecha para su lectura [...]. Entabla un duelo personal con otros individuos, con ministros extranjeros o con políticos. Lanza furibundas imprecaciones al estilo de los héroes homéricos, pregona su indignación, da a entender que está haciendo un gran esfuerzo para no saltarle al cuello al adversario: lo desafía llamándolo por su nombre, se burla de él (citado por García Canclini, 2001: 153-154).

Toda dictadura dice respetar el orden democrático. Las dictaduras buscan la legitimidad democrática, su “autoridad moral” (Paz, 1985: 174). Por lo cual, el siglo XX latinoamericano está repleto de países que tenían constituciones democráticas y en realidad actuaban como gobiernos autoritarios o dictatoriales, tiranías que demostraban una vez más la continuidad del “divorcio entre la realidad legal y la realidad política” (Paz, 1985: 172).

Siguiendo a Robert Michels, para Rosendo Bolívar el líder asume una condición de ser indispensable, insuperable, dejando a un lado su condición de servidor para ocupar el lugar de amo, convirtiendo toda oposición a su soberana voluntad en una actividad “antidemocrática, ya que el elegido actúa legalmente como representante de la voluntad colectiva”. Por tanto, en cuanto los líderes logran triunfar “enarbolando los derechos agraviados de la masa, al derrocar a la odiosa tiranía de sus predecesores y al alcanzar el poder a su turno, sufren una transformación que los hace muy semejantes a los tiranos destronados” (Bolívar Meza, 2002: 401, 404).

Algunos dictadores disfrazan sus acciones adoptando “...un sermoneo constante cuyo tema es que nuestros sentimientos, pensamientos y deseos son

insignificantes, que no somos nadie y debemos vivir como nos dictan otras personas que desean y piensan por nosotros” (Vizinczey, 1992: 300). Entonces, por ejemplo, escribe Sabato: Rosenberg y Goebbels, miembros del nazismo, eran conscientes de la necesidad de acercarse teóricamente a las masas, considerando que “el garrote es una excelente cosa; pero si se lo puede enarbolar y descargar según los postulados de un sistema filosófico, mejor²⁸” (1984:88).

El tirano se sirve de los medios de comunicación, que dejan de serlo para convertirse en medios de información y desinformación. La prensa, pensaba Michels, es el medio idóneo de los líderes para atacar a sus adversarios y generar en la mentalidad de las masas una imagen mítica (en Bolívar Meza, 2002: 401).

Cuando el dictador se convierte en un estorbo tanto para las potencias extranjeras como para las clases privilegiadas y que éstas, de un momento a otro, ven limitadas sus ganancias, entonces las conspiraciones comienzan y se prepara la revolución política²⁹. Así, por ejemplo, con la revolución sandinista ganando espacios, escribe Henry Ruiz:

...en 1973 Somoza se ha enajenado al resto de la burguesía. Se mete en el terreno de los bancos, invade el terreno financiero y entra en choque con la burguesía financiera [...]. Ya no le bastó dominar los medios de producción [...], convirtiéndose en un peligro para las reglas que él mismo había determinado para la burguesía...³⁰ Con el terremoto (1972, en Managua), Somoza rompe esas reglas y la invasión le significó enemistad, celos [...]. De esa manera lo que hace Somoza es inclinar la balanza en su contra (citado por Borge, 1989: 414).

Lo que pretendían esas clases era un cambio de gobierno y no del sistema que mantiene sus privilegios, amenazados por un Somoza desesperado, que no

²⁸ En cuanto a la política cultural del nazismo, “como dirá Himmeler a propósito de las polémicas suscitadas por la supuesta *Crónica de Uralinde* (un texto pseudoantiguo, fabricado por un docente universitario de probada fe nazi): ‘En todo este enojoso asunto nos interesa una sola cosa: proyectar en el pasado el cuadro de nuestra nación, tal como lo concebimos para el futuro’” (citado por Cottone, 1984: 187).

²⁹ Cuando las ambiciones del dictador pierden toda proporción y han dejado de beneficiar a las otras clases, hay un punto de quiebra en el que las clases privilegiadas ya no quieren mantener al dictador, por lo que, escribe Aristóteles, “si un régimen ha de perdurar, es preciso que todos los elementos de la ciudad [aunque basta con las elites del poder] deseen de consuno su existencia y perduración sobre las mismas bases” (1999: 189).

³⁰ Cuando un Estado, además de privar de su libertad y, lo más importante, su propiedad a la mayoría, ataca a la élite que antes protegía, dicha élite entonces esperará el momento adecuado para desprenderse del Estado y dirigir a la masa en un acto de rebelión, no para destruir la institución estatal, sino para cambiar a sus dirigentes. Las grandes revoluciones sólo ocurren cuando la élite descontenta no puede controlar el movimiento que puso en marcha (Montenegro, 2004: 21).

entendió que “la igualdad en la riqueza es pues uno de los factores que contribuyen a impedir los disturbios entre los ciudadanos, pero en suma no es de importancia. Las clases superiores, en efecto, pueden irritarse por considerarse dignas de una porción mayor, y por esto vemos que a menudo conspiran y se sublevan” (Aristóteles, 1999:184).

Surge un nacionalismo en los dictadores cuando las potencias extranjeras les retiran su apoyo. Pero no es más que un nacionalismo desesperado, contrario al “...nacionalismo que repite lo maravilloso que somos o, quizá, hemos sido o seremos, un nacionalismo como fantasía [...]. Apto para encubrir toda clase de impotencias, incluyendo la que aquejan a los grupos políticos en apuros”. Hasta que, finalmente, el fervor de su nacionalismo “se descubre como uno de los tantos callejones sin salida con que se expresa la impotencia o el abuso de poder” (Pereda, 2007: 44, 46).

Es en el Estado de excepción, declarado ante un peligro real o imaginario, que el Estado tiene la libertad de ejercer “...el poder puro y la dominación pura: el arquetipo del poder, es decir el reino absoluto de una voluntad que tiene los medios de romper cualquier resistencia; el arquetipo de la dominación, es decir que quien da una orden ‘encuentra una obediencia pronta, automática, estereotipada” (Gueniffey, 2004: 8).

Toda tiranía necesita una amenaza que la justifique, así que cuando el enemigo no existe, entonces lo inventa (Paz, 1985: 98). Siendo la crisis económica y el descontento social el campo de cultivo en el que los militares pueden justificar su intervención (Philip, 1984: 62). Es el caso de las dictaduras militares latinoamericanas, que buscaron su justificación en proclamarse como “un remedio excepcional y provisional contra el desorden y los excesos de la demagogia o contra las amenazas del exterior o, en fin, contra el ‘comunismo””, representado por “todos los inconformes, los disidentes y los críticos” (Paz, 1985: 123). Las dictaduras militares suspenden

...los partidos, sindicatos y otros mecanismos de agrupamiento, movilización y cooperación colectiva. La represión intentó remodelar el espacio público reduciendo la participación social a la inserción de cada individuo en los beneficios del consumo y la especulación financiera. Los medios se convirtieron hasta cierto punto en los grandes mediadores y mediatizadores, y por tanto en sustitutos de otras interacciones colectivas (García Canclini, 2001: 269).

Los militares latinoamericanos golpistas se nutrieron con las enseñanzas de los totalitarismos europeos y los métodos de represión industrial³¹, tal es el caso del exterminio judío, que refleja cómo, primero, se suprime al individuo, deshumanizándolo mediante la tortura y la degradación, hasta que ya no es más que una masa amorfa. Pese a no ser campos de concentración, América Latina contaba con centenares de cárceles secretas, algunas no tan secretas³² –sin hablar de las villas miseria, las casas de cartón o los círculos de pobreza que se establecen en las periferias del poder y la riqueza; o los ghettos en los Estados Yankis (Paz, 2004: 66).

También utilizaron medidas creadas por los militares franceses al combatir al Frente de Liberación en Argelia y que contemplaban, entre otras acciones, la “desaparición de personas y la actividad de los ‘escuadrones de la muerte’” (Ansaldi, 2006: 89). Así, escribe Octavio Paz,

...la persecución comienza contra grupos aislados –razas, clases, disidentes, sospechosos–, hasta que gradualmente alcanza a todos. Al iniciarse, una parte del pueblo contempla con indiferencia el exterminio de otros grupos sociales o contribuye a su persecución, pues se exasperan los odios internos. Todos se vuelven cómplices y el sentimiento de culpa se extiende a toda la sociedad. El terror se generaliza: ya no hay sino perseguidores y perseguidos. El persecutor, por otra parte, se transforma muy fácilmente en perseguido. Basta una vuelta de la máquina política. Y nadie escapa a esta dialéctica feroz, ni los dirigentes (2004: 76).

Una dictadura no puede darse el gusto de fallar, de fracasar en alguna empresa, como fue el caso de la dictadura Argentina en su derrota de la Guerra de las Malvinas en 1982, porque “...todo credo espiritual, toda concepción vital queda rota en sus más íntimas potencias tan pronto como se niega su derecho absoluto, su infalibilidad” (Zweig, s/f: 89; también: Paramio, 1980: 236). El tirano, “si [...] ha de

³¹ La Escuela de las Américas, instalada en la zona yanqui del Canal de Panamá, había producido cada año 1400 militares latinoamericanos, siendo algunos “políticamente elegidos” para visitar los Estados Yankis. La School of the Americas declarará con satisfacción “que ‘la teología de la liberación... fue derrotada con la ayuda del ejército de Estados Unidos’, gracias en buena medida a la instrucción que proporcionó a oficiales militares de los Estados satélites” (Chomsky, 2004: 19, 260).

³² El que algunas cárceles fueran conocidas, respondía a la lógica del terror de la dictadura, porque, como escribe Zweig, debido a “...la cobardía de las gentes [...] un gesto feroz y un ademán de terror ahorran casi siempre el terror mismo” (s/f: 52). Además, continúa, “por desgracia, no es siempre la Historia, como nos la cuenta, historia del valor humano; es también historia de la cobardía humana. Y la política no es [...] guía de la opinión pública, sino inclinación humillante de los caudillos [...] ante la instancia que ellos mismos han creado e influenciado” (s/f: 53).

gobernar, y seguir gobernando siempre, es imprescindible que desquicie el sentido de la realidad. Porque el secreto del gobierno infalible consiste en combinar la creencia en la propia infalibilidad con la facultad de aprender de los pasados errores” (Orwell, 2002: 265).

A pesar de que la violencia de las dictaduras militares aparenta ser irracional, provocada por el temor a los enemigos y la posibilidad de sufrir la misma suerte que sus adversarios, Galeano considera que “la violencia ‘irracional’ de las dictaduras no tiene nada de irracional: la dictadura no es el dictador, sino el sistema que la hace necesaria para prevenir la explosión de las tensiones políticas y sociales³³” (1991: 100).

El Estado dice luchar contra los males que aquejan a otras naciones y, por tanto, no escatima esfuerzos en encarcelar y matar, en prohibir y oprimir. Así, se vive en una realidad irracional. ¿Cómo se logra? Transformando las mentes de las personas y unificándolas por medio del temor: hacerlos una masa que grita y aplaude, se molesta y ataca como una sola mano ante la orden militar, ante un movimiento del poder.

La cultura de la violencia³⁴ en la segunda mitad del siglo XX, en América Latina, se incrementa principalmente durante los años setenta, década en que las dictaduras y su autoritarismo se justifican con la Seguridad Nacional y como un *mal menor* frente al otro gran mal: el comunismo y su totalitarismo, auspiciado por la URSS y Cuba. Esas dictaduras tenían como uno de sus principales objetivos suprimir a los escritores y demás pensadores subversivos –por libres, inconformes.

Roa Bastos, en el artículo “El texto cautivo”, nos dice que

...hablar de la funesta influencia del poder cultural no es olvidar el poder político represivo, agente y responsable principal de todos estos males, instalado

³³ Muchos años antes había escrito A. Schopenhauer: “Uno puede obrar de forma sumamente racional, o sea reflexiva, prudente, consecuente, sistemática y metódicamente, y sin embargo, seguir las máximas más interesadas, injustas y hasta infames... Racional y vicioso pueden muy bien unirse e incluso solamente por su unión son posibles los crímenes grandes y de amplio alcance” (citado por Grave, 2006: 21).

³⁴ Para Margulis: “La cultura es un conjunto de respuestas colectivas a las necesidades vitales [...]. La cultura implica un lenguaje, sistemas valorativos y sistemas compartidos de percepción y organización del mundo en la conciencia de los hombres, que hacen posible la comunicación”. Por lo que, añade, “todo grupo social tiene posibilidades de fabricar cultura; toda clase social y todo conjunto humano pueden generar sistemas de respuestas frente a sus necesidades y a la situación económico-social en que están inmersos” (1991: 41-42).

despóticamente en la mayor parte de nuestros países. Pero en la medida en que la existencia y la acción del poder cultural supone -desde luego falazmente- el apoyo organizado y masivo a favor de la cultura por parte del formidable aparato del capital financiero internacional, la existencia y la acción del poder político represivo implica de hecho la imposibilidad de toda acción y expresión cultural más o menos constructiva y coherente (citado por Tedio, 2004).

Dictaduras como las latinoamericanas hicieron a un lado su función ideal de asegurar la felicidad y la vida de los individuos, evitándoles una muerte violenta (Hobbes); por el contrario, oprimieron y persiguieron a los individuos, manteniéndolos en constante estado de alarma ante la posibilidad de ser cazados por la policía política.

2.3. El poder: locura y soledad

Cierto tipo de poder puede ser compartido o delegado; no así el poder absoluto. El dictador es el poder de uno solo. Poder sin ley, sin planificación, ejercido en función del interés del dictador. Su poder no responde a leyes ni a la legalidad, sino a su propia existencia: la ley o la legalidad resultan tan sólo “funciones de poder”. En consecuencia, el poder del Estado –el dictador es el Estado mismo– hace de la represión –ya sea torturar, matar, controlar o prohibir– algo legal dentro del sistema de la Seguridad Nacional (Del Barco y Bruno, 1980: 279).

Encerrado en su dictadura, extranjero en la casa de gobierno, su atalaya: el dictador se esconde detrás de la imagen mítica y del largo dictado, el monólogo solitario (Georges Henein en: Lacouture, 1973: 133-136). La soledad del dictador es la soledad que nace del temor a perder el poder, de la necesidad de mantenerse, por todos los medios, superior al resto, de ser diferente a los demás: ahí radica su soledad, porque ya no puede sentirse parte de aquellos que lo rodean, enemigos todos (Paz, 2004: 21-22). Para Platón, los tiranos no pueden tener amigos “...porque es un signo de carácter tiránico el no conocer la verdadera libertad, ni la verdadera amistad... Y si es el más malo de los hombres, ¿no será también el más desdichado, y no lo será tanto más cuanto por más tiempo y de una manera más absoluta haya ejercido la tiranía?” (citado por Ramos, 1983: 51-52).

Temeroso de perder el poder adquirido –esa fuerza que le permite decidir el destino de una nación y de cada uno de sus habitantes– y consciente de la posibilidad del tiranicidio frente a un tirano y/o usurpador, en lugar de preocuparse de no provocar el descontento mediante medidas que beneficien a los ciudadanos, por el contrario se hacen “más feroces e inflexibles” (Hume, 1965: 73-74). Consecuentemente, para el gobierno despótico “...la única regla [...] conocida y reconocida [será] la del uso y la práctica; la razón es una guía tan incierta que estará siempre expuesta a la duda y a la controversia” (Hume, 1965: 110). El dictador no sólo es el jefe de Estado: se considera el Estado³⁵.

Para George Orwell, la dictadura es un fin y no un medio: “no se establece una dictadura para salvaguardar una revolución; se hace la revolución para establecer una dictadura. El objeto de la persecución no es más que la persecución misma. La tortura sólo tiene como finalidad la misma tortura. Y el objeto del poder no es más que el poder” (Orwell, 2002: 305).

Como explica Norberto Bobbio: “tener poder quiere decir tener la capacidad de determinar el comportamiento de los demás, de hacer que los demás hagan lo que espontáneamente no harían”, siendo el mejor instrumento para lograrlo el miedo, debido a que “el miedo tiene un efecto paralizante. Te desanima a hacer lo que querías y te constriñe a hacer lo que no querías” (citado por Campbell, 1994: 159).

El dictador, mirando al mundo por encima de los demás, “...desde su nube imperial, desde la altura de la torre de marfil del Poder, no conoce otra cosa que la sonrisa de los subordinados y su peligrosa complacencia” (Zweig, s/f: 98). Cuando los militares establecen una dictadura o su democracia,

³⁵ El Estado, escribe Engels, es “...un producto de la sociedad cuando llega a un grado de desarrollo determinado; es la confesión de que esa sociedad se pone en una irremediable contradicción consigo misma, y está dividida por antagonismos irreconciliables, que es impotente para conjurar [...]. [Haciéndose] necesario un poder que domine [...] a la sociedad y se encargue de dirimir el conflicto o mantenerlo dentro de los límites de ‘orden’” (1983: 212). Para R. H. Tawney, “el Estado nacional que no reconoce superior, símbolo del orden en el interior de las naciones y de la anarquía entre ellas, tiene una aureola de grandes realizaciones, pero está manchado con crímenes atroces” (introducción a Mayer, 1966: XV). Así, “...es probable –hace decir Platón a Sócrates– que nuestros gobernantes se vean obligados a utilizar ampliamente mentiras y engaños en beneficio de los gobernados” (en Mayer, 1966: 24, 151).

...la línea del partido es clara, manifiesta y explícita, anunciada por el Ministerio de la Verdad o evidenciada por otros sistemas. Y debe ser obedecida públicamente; el precio de la desobediencia puede ir desde la prisión y el exilio en condiciones terribles, como en la Unión Soviética y sus satélites de Europa del Este, hasta espantosas torturas, violaciones, mutilaciones y genocidios, como en un dominio típico de Estados Unidos como es el caso de El Salvador (Chomsky, 2004: 55).

El Poder, comenta Erich Fromm, priva de la realidad común a quien lo posee, hace que el hombre se sienta "...capaz de imaginar que es casi como Dios, por su poder, hasta que reafirma su falta de felicidad y de todas maneras se encuentra con un grave vacío, nada que le interese... es el aburrimiento total" (citado por Moirón, 1986: 77). En el caso de *El otoño del patriarca*, el Patriarca se siente divino al curar leprosos, controlar el tiempo, etcétera. Hace, o al menos intenta, que sus "delirios megalómanos" sustituyan a la realidad: hacer que su realidad sea la de los demás (Ramos, 1983: 66, 70).

Aislado, extrañado, el dictador sólo se tiene a él y a su poder, su capacidad de decidir quién vive o muere, quién gana o cae en desgracia. Necesita del poder y se siente víctima de él. Así, con tanto poder, crea su propia realidad y ella también le sirve para alejarse de los demás. Prueba sus límites y cree superarlos todos, incluso el de su propia muerte, de la que parece sentirse inmune; aunque la teme. El poder inventa su propia realidad, le permite tratar por distintos medios de hacer que los demás se adapten a él (Campbell, 1994: 15). Sin embargo, siguiendo a Miguel Morey, el poder nunca podrá ser tenido, solamente se le puede ejercer (en Campbell, 1994: 50).

El dictador es un niño, solo y rodeado de demonios, con la libertad de enfrentar, por medio de otros, los peligros y de dejar libres sus deseos sexuales y asesinos. Es este el hombre que representa a una nación en las relaciones internacionales. Siendo que, escribe Campbell: "los monarcas absolutos y los dictadores se aproximan siempre a la realización del sueño de los niños: imaginar que el mundo no opone ninguna resistencia a su voluntad" (1994: 79).

Además, aunque "el poder engendra realidad, manipulándola y sistematizándola, [...] también produce fantasías: la ficción, la inventiva, la mentira del poder" (Campbell, 1994: 141). La realidad externa y la que el dictador se ha creado se confunden, mientras "el mundo sigue su curso sin tomarlo en cuenta".

Siendo el exceso de su propia obsesión, el poder, la que provoca su caída (Ramos, 1983: 146).

Este poder, conforme se libera y aumenta su campo de acción, hace que quien lo aplique pueda mantener su crueldad impunemente, dejando a un lado cualquier norma social. El único poder absoluto es el de la muerte: tener la capacidad de darla, de decidir quién vive y quién muere (Amara, 1998: 15, 283).

El tirano tiene la sensación de un poder ilimitado para realizar sus deseos y "...sus partidarios están en libertad de esperarlo todo de su favor; sus enemigos provocan su ambición con sus miedos mediante la violencia de su oposición; y como el gobierno cae en estado de fermentación, todo ánimo corrupto, en el estado, se junta naturalmente a él" (Hume, 1965: 85). Los hombres se reúnen entorno al poder, para que los controle, para salvarlos de la violencia, que suele ser "el origen de todo poder [...]. La contención de la violencia. La fuerza en potencia" (Campbell, 1994: 16-17).

En el momento que se hace creer a los individuos que son incapaces de mandarse ellos solos, dice Nietzsche, es entonces cuando "con más ahínco busca alguien que mande con severidad, un dios, un príncipe, un Estado, un médico, un confesor, un dogma, una norma" (2001: 237). Por tanto, señala Nietzsche, "cuando un hombre llega a adquirir la convicción profunda de que es menester que sea mandado, se vuelve creyente" (2001: 238).

El poder se encuentra determinado por sus relaciones, una relación dialéctica entre quien tiene el poder y quienes no lo tienen. Lo que convierte al poder en "un campo de relaciones [...], una intimidación". Para Tolstoi, dice Campbell, el poder es "la suma de las voluntades transmitida a un solo personaje [...]. Bajo la condición de que una sola persona exprese la voluntad de todos los hombres" (1994: 24-25). Sin embargo, el exceso de poder deriva en el deseo de hacer de la voluntad de un solo hombre la voluntad de todos los demás. Sólo la muerte detiene el deseo de un mayor poder, no sin antes llevar a grados extremos la violencia para mantener el poder (1994: 27).

La gloria, obtenida mediante la derrota del otro, se va desarrollando hasta convertirse en un camino de vida en el que "la pasión del poder", vinculado a la

violencia, responde al sufrimiento del otro o, en el mejor de los casos, su desprecio (Ramos, 1983: 63). Para Hannah Arendt: “cada disminución del poder constituye una invitación abierta a la violencia. Y eso ocurre porque quienes tienen el poder y sienten que se desliza de sus manos [...], siempre han tenido dificultad en resistir la tentación de sustituirlo por la violencia” (citado por Campbell, 1994: 159).

El dictador es la máxima expresión del poder en cuanto a preservación de sí mismo. No necesita seguir ninguna Constitución que lo limite o le reste poder –las leyes las va a haciendo según el momento–, lo que es, para Campbell, “un principio de realidad, o más bien: [...] del principio del poder” (1994: 40).

Todo el aparato propagandístico que rodea al dictador es sólo el medio para recordarles a los demás que él manda, él es quien decide por la vida de todos y si el cae, caen todos. Además, mientras menos legítimo sea un gobierno, necesitará mayor cantidad de propaganda; haciendo parecer que la legitimidad tan bien puede ser *tomada*, como una propiedad. No importa que en ocasiones se muestren algunas verdades, porque sólo sirven para crear o mantener intactas las grandes mentiras (Campbell, 1994: 60, 70-71, 58).

No basta con tener el poder, también se necesita aparentarlo, dejar la imagen clavada en el cerebro de los súbditos (Campbell, 1994: 42): la realidad del dictador desaparece para ser sustituida por su imagen, su mito (Ramos, 1983: 137). Luis Javier Garrido considera que

...al hacer enormes erogaciones para promocionarse lo mismo en el país que en el exterior, confirma así el principio aplicable a todos los regímenes autoritarios: que quienes detentan el poder antidemocráticamente, a fin de poder gobernar, es decir para mantenerse en el poder [...], no pueden hacerlo sin el arma de la propaganda. No se trata tan sólo de una obsesión personal por fabricarse una imagen, sino de un requerimiento para ejercer el poder (citado por Campbell, 1994: 128).

El dictador también suele servirse de la Iglesia³⁶ y ésta resulta “cómplice por omisión”, al mantenerse al margen, velando sus intereses y criticando a quienes intenten, inclusive dentro de la misma Iglesia, algún cambio. En la novelística sobre

³⁶ Escribe Luis Buñuel en sus memorias, ante el triunfo del fascismo en España: “Toda mi vida me ha impresionado enormemente la famosa fotografía en que, ante la Catedral de Santiago de Compostela, se ve a unos dignatarios eclesiásticos, revestidos con sus ornamentos sacerdotales haciendo el saludo fascista junto a varios oficiales. Dios y la patria están allí codo con codo. No nos traían más que represión y sangre” (Buñuel, 2001: 199).

las dictaduras, la Iglesia es vista negativamente por su cooperación o indiferencia. No obstante, dice Ramos, al construirse el dictador una imagen de ser supremo, de dios, participando “de su mismo mito y contribuye[ndo] a enriquecerlo y a perpetuarlo”, la iglesia resulta “totalmente prescindible” (Ramos, 1983: 93, 95). Siendo, según García Márquez, el dictador “el único ser mitológico que ha producido América Latina” (citado por Ramos, 1983: 125).

La policía secreta, presente en toda dictadura, es ese tentáculo del poder que ataca sin ser visto, es un rumor que infunde miedo y que no rinden cuentas más que al dictador. Escribe al respecto Elías Canetti: “Nada teme más el hombre que ser tocado por lo desconocido. Desea saber quién lo agarra: le quiere reconocer o, al menos, [...] clasificar” (citado por Campbell, 1994: 56). No obstante, el dictador debe enfrentarse a quien dirija los aparatos de represión no oficiales, es decir, cuidarse de no compartir un poder con quien podría en un giro de las condiciones políticas arrebatarse el poder; para lo cual debe él mismo hacerse cargo de la represión y sus medios.

Stefan Zweig considera que “nada rebaja tanto al hombre, y particularmente a la masa, como el miedo de lo invisible” (s/f: 68). El terror más temible es aquel que no se puede ver o tocar: el miedo a lo que puede suceder, miedo al castigo por cualquier acto involuntario que nos separe de nuestras relaciones con los objetos privados que hemos acumulado con amarga insistencia. Como referente europeo tenemos, por mencionar sólo uno, al nazismo, en donde los alemanes

...en un proceso que asombra por su rapidez, renunciaron a su individualidad para imbuirse al unísono con los valores de la organización en el poder, y convertirse en miembros malignamente idénticos de una maquinaria tiránica y aplastante [...]. Al ejercer la crueldad demostraban el poderío del grupo dominante, y la ostentaban como terrorismo ejemplar contra toda insubordinación [...]. La transformación maligna, súbita y sistemática, de un grupo social determinado, ha tendido a repetirse en varios pueblos y en diversos pueblos y en diversas circunstancias. El estalinismo, la dictadura militar argentina y chilena, los khmers en Cambodia, son ejemplos apabullantes. Nada resulta más inquietante que esta desindividualización generalizada, por la que miles o centenares de miles dejan de ser cada quien sí mismos, para identificarse según el modelo colectivo despótico (Amara, 1998: 319).

El dictador latinoamericano odia a sus compatriotas, es decir, sus súbditos, sin dudar en utilizar toda su fuerza represiva para llevarlos al camino del progreso o la

ideología que sirva a sus intereses, en especial al principal de ellos: conservar el poder. En cambio, frente a los extranjeros, algunos dictadores se muestran sumisos ante el esplendor de lo moderno, lo civilizado, quienes representan a Occidente y sus valores, sin dejar de considerar que son quienes lo ayudaron y pueden derribarlo (Ydígoras, 1982: 55).

Para terminar, considero que nada teme más un régimen dictatorial que la capacidad de imaginación: de imaginar un gobierno distinto, una vida distinta y un futuro diferente al que se le ofrece como presente infinito, imperturbable.

2.4. Algunos dictadores latinoamericanos del siglo XX

El siglo XX latinoamericano, en la mayoría de los países, estará condicionado por los regímenes autoritarios bajo el control de las fuerzas armadas³⁷, vinculadas a la oligarquía y el capital extranjero. A continuación se menciona a algunos dictadores y dictaduras –en algunas se profundiza y en otras se exponen detalles que permiten tener una idea de la dictadura.

Jorge Ubico en Guatemala (1930-1944): Ubico se sentía un Napoleón latinoamericano y se rodeaba de bustos de éste, porque decía compartir el mismo perfil. Fiel seguidor del militarismo, militariza “la enseñanza en las escuelas, [...] a los empleados de correo, [...] a su orquesta personal... Decía que los hospitales eran para maricones, así que quienes se enfermaban recibían, si acaso, la asistencia médica en las aceras o como mucho, en los pasillos de las instituciones de bienestar público” (Ramos, 1983: 19; también: Ansaldi, 2006: 38). Escribe en sus memorias Tomas Borge sobre Ubico:

³⁷ Diversos investigadores consideran a dichos regímenes como fascistas. Sin embargo, para Atilio Borón resulta insuficiente considerar, limitar, a las dictaduras latinoamericanas como regímenes fascistas, debido a sus características: “inexistencia de un estado corporativo, del partido único, del liderazgo carismático y, por último, de una ideología totalitaria que contenga un proyecto de reorganización de la sociedad, no hacen sino confirmar que no se trata aquí de la repetición diferida del mismo fenómeno ‘adaptado’ a las circunstancias de su tiempo y lugar, sino de la aparición de una nueva forma del Estado capitalista de excepción” (1978: 35). Pero las dictaduras conservan algunas de esas características, aunque no todas. Además, ciertas medidas tomadas por las dictaduras latinoamericanas resultan similares a las del fascismo europeo, como la contrainsurgencia, que buscaba no sólo derrotar al enemigo, sino aniquilarlo, utilizando para ello tácticas militares que hacían de la lucha una guerra; lo que sí diferencia el fascismo de la contrainsurgencia latinoamericana es que ésta no cuestiona “la validez de la democracia burguesa, tan sólo plantea su limitación o supresión durante la campaña de aniquilamiento” (García, Pío; Cueva..., 1978: 22, 23).

...aficionado a las motocicletas y a la ley fuga [...]. Dicen que vestía a sus soldados con los uniformes militares de la Francia del siglo XVIII, y que el día de su cumpleaños ponía un número cinco en el núcleo de una estrella luminosa, y la colocaba en el lugar más visible de su palacio, ya que su nombre y apellido tenían cinco letras cada uno. En la noche, los burócratas, en fila india, le besaban la mano. Si por desgracia alguien estaba con tifoidea y no podía depositar el ósculo, corría el peligro, si sobrevivía, de que le cortaran la cabeza, además de que se perdía el espectáculo de dos indios lacandones que eran exhibidos en una jaula. [Muere] en un oscuro rincón de Nueva Orleans (1989: 72-73).

Romero Lucas García (1978-1982) en Guatemala: Elías Barahona, quien fuera vocero del Interior en Guatemala, una vez que pide asilo en Panamá, hace declaraciones a la prensa internacional acusando a Romero Lucas, presidente de Guatemala, como el responsable por el incendio de la embajada de España [31 de enero de 1980] y ser el líder de los Escuadrones de la Muerte en el territorio. Además, "...denunció que en Guatemala se está aplicando un Programa de Pacificación y Erradicación del Comunismo, de 420 páginas, elaborado por especialistas de los Estados Unidos". Desde el primer semestre de 1980, las cifras muestran que "han sido asesinados en Guatemala 27 profesores de la Universidad, 13 periodistas y 70 dirigentes campesinos" (Galeano, 2001: 309).

Maximiliano Hernández Martínez en el Salvador (1932-1944): Brujo, vegetariano y teósofo, prefería matar a un hombre en lugar de una hormiga, porque, decía, "el hombre al morir reencarna, mientras que la hormiga muere definitivamente". Este dictador también decía tener a su servicio "legiones de espíritus que lo protegían de todo mal, y que sostenía conversaciones telepáticas con el presidente de los Estados Unidos. Un reloj de péndulo sobre el plato le indicaba si la comida estaba envenenada y solía enviar notas de condolencia a los padres de sus víctimas" (Ramos, 1983: 18; también: Borge, 1989 73). En sus memorias, Borge dice sobre este dictador:

...se le volvía complaciente el rostro cuando mataba a los campesinos, los que sin excepción eran, para él, una manada de comunistas [...]. De poco le sirvieron sus aguas azules para conjurar todos los peligros, el sortilegio de los colores para curar el sarampión, el péndulo para detectar venenos y dirigir la política internacional, porque finalmente caería en 1944 (1989: 73).

Fulgencio Batista en Cuba (1933-1959): Batista aprovecha la inestabilidad en la isla para dar un golpe de Estado en 1952 y proclamarse presidente. Se sostiene al favorecer los intereses yankis³⁸ y reprime a los intelectuales, llegando a declararse “enemigo acérrimo de las universidades y los estudiantes” (Ramos, 1983: 20).

Carleton Beals escribe que una vez derrocado Batista, éste se sube al avión que lo llevaría a “la democracia’ del ‘mundo libre’: la del Generalísimo Almirantísimo Rafael Leónidas Trujillo, ‘Benefactor de la patria’” (citado por Yígoras, 1982: 297).

Rafael Leónidas Trujillo en República Dominicana (1930-1961): Cuando los Estados Yankis invadieron por primera vez República Dominicana, anunciaron desde Washington que estaban cumpliendo “una tarea civilizadora”. Antes de salir –la noticia es dada en junio de 1924–, nombran Jefe de la Guardia Nacional a R. Leónidas Trujillo. La dictadura inicia en 1930 y termina hasta mayo de 1961 (Yígoras, 1982: 185, 188). El régimen de Trujillo suscitó una serie de comentarios halagadores desde Washington:

Algunos miembros del Senado y el Congreso yankis proclaman que ‘al Generalísimo Trujillo puede comparársele con las más egregias figuras de las dos Américas’; el presidente de la Corte Suprema de los EE. YY. afirmaría: ‘Al Generalísimo Trujillo puede llamársele el Jorge Washington de la América Latina’ [...]. Washington pronto incluiría a la República Dominicana de Trujillo en el programa ‘Átomos para la paz’, distinción que conocerían muy pocas naciones, y todas ellas eran industriales (Yígoras, 1982: 189).

No se menciona, porque no importa, que Trujillo había ordenado una matanza de haitianos el 2 de octubre de 1937 –dicha matanza se encuentra novelada en la novela *La fiesta del Chivo*, de Vargas Llosa (Ansaldi, 2006: 38).

³⁸ Durante los últimos años del gobierno de Batista en Cuba, el embajador yanqui Earl Smith, asegura la importancia de sostener el general Batista porque “jamás negará protección a ninguna cosa o persona que sea de los Estados Unidos”. Pero el primer día del año de 1959, Earl Smith se encuentra con una Cuba tomada por los cubanos y un Batista aterrizando en Santo Domingo en espera de que Trujillo le dé refugio. Así, hasta que en 1960 comienzan los enfrentamientos políticos directos entre los Estados Yankis y la nueva Cuba: “El Departamento de Estado no acepta la reforma agraria: Cuba entrega a los campesinos los latifundios norteamericanos. Eisenhower envía aviones a incendiar cañaverales y amenaza con no comprar azúcar cubano: Cuba rompe el monopolio comercial cambiando azúcar por petróleo a la Unión Soviética. Las empresas petroleras norteamericanas se niegan a refinar petróleo soviético: Cuba las nacionaliza” (Galeano, 2001: 200, 205, 209).

Trujillo no descansaba hasta matar a sus enemigos políticos, inclusive a sus familiares; llegó a cambiar el nombre de la capital Santo Domingo por el de Ciudad Trujillo. Se adueñó de “la mitad de la fortuna del país, al extremo de que al morir, sus propiedades en la isla se estimaban en más de 800 millones de dólares” (Ramos, 1983: 19). Sus hijos se encargarán de sacar las reservas del país, previa represión.

Los Estados Yankis participaron en la toma de poder por parte de Trujillo, ¿participaron en su derrumbamiento? *The Economist*, periódico inglés, declaró: “Cuando Imbert Barreras participó en la muerte de Trujillo, era el principal contacto de los conspiradores con la CIA’ y de manos de la CIA –añadimos [...]– colaboró, con Wessin y otros, en el Golpe de Estado que en 1963 derrocó al demócrata, y por ello incómodo, presidente Bosch” (citado por Yígoras, 1982: 235-236).

La “Dinastía Somoza” en Nicaragua (1936-1979): El 21 de febrero de 1934, Anastasio Somoza –siguiendo ordenes del embajador yanqui Arthur Bliss Lane– asesina a César Sandino, persigue y extermina a los sandinistas que habían devuelto las armas, desmantela el movimiento revolucionario con la masacre de Wimilí, donde se asesina a más de trescientas familias de campesinos en el norte de Nicaragua (*Frente Sandinista de Liberación Nacional*, 1979: 105). Asume la jefatura de la Guardia Nacional³⁹, llegando a condecorarse él mismo con la Cruz del Valor, la Medalla de Distinción y la Medalla Presidencial al Mérito.

Durante sus celebraciones, Somoza “disfrazaba de romanos, con sandalias y cascos, a sus soldados” (Ramos, 1983: 18). Escribió en 1938 el Doctor Arévalo, ex presidente de Guatemala, con respecto a la obediencia declarada del dictador Anastasio Somoza hacia los Estados Yankis:

Pese a la consagración institucional, América es un Continente de dictaduras, desembozadas o encubiertas, donde jamás se han conocido, por largo tiempo y en toda su amplitud, Instituciones representativas [...]. Los métodos para su imposición pueden variar, el resultado es lo que importa. Y estos resultados son que los

³⁹ Creada por los yankis en 1927, la Guardia Nacional estaba formada por “...un minúsculo núcleo nicaragüense que se consideran superiores al Gobierno; que desprecian sus órdenes y aun humillan a sus jefes naturales: el Ministro y Subsecretario de Guerra; que desprecia la Constitución, que desprecia al pueblo y, con ello, a Nicaragua”. En ella se encuentran, “salvo los oficiales, [...] las clases más humildes del pueblo, [que] por ‘arte milagroso’ se convierten en enemigos del pueblo, y por lo tanto, en eficaces sostenedores del capitalismo e imperialismo que explota y oprime a ese pueblo, con el que deberían, en lógica, sentirse solidarios” (Ydígoras, 1982: 124).

gobiernos de Latinoamérica van siendo arrancados de su natural relación con el pueblo y en su lugar se emplazan ametralladoras, si no hay quietud, la intimidación, si hay violencia (citado por Ydígoras, 1982: 132).

Utilizando el comunismo como enemigo a combatir, declaró Somoza el día de la celebración de independencia yanki: “La panacea de los males económicos que asolan a Nicaragua, es la guerra. La guerra contra los comunistas, contra la URSS, podría salvar nuestra democracia en crisis”⁴⁰ (Ydígoras, 1982: 133). Es el mismo Somoza que “tuvo en su despacho, por algún tiempo, los retratos de Hitler y Mussolini, le declaró la guerra al Eje y se apoderó con avidez de bienes y enseres de los ciudadanos de origen alemán” (Borge, 1989: 72).

Cuando el presidente de Guatemala, Jacobo Arbenz, impulsó “una pequeña Reforma Agraria”, afectando a la United Fruit, los Estados Yankis se prepararon para combatir este acto comunista: otorgaron a Somoza “un crédito [...] por medio del cual adquiere [...] aviones del tipo A-20” con la misión de, desde Nicaragua, atacar a Guatemala, luego a Cuba y más tarde cooperará en el ataque a República Dominicana (Ydígoras, 1982: 134).

En 1956, el poeta Rigoberto López Pérez mata a Anastasio Somoza –luego de haber sido “el mayor productor de café, con 46 fincas y [...] propietario de otras 51 haciendas para la cría de ganado” (Ramos, 1983: 18; también: *FSLN*, 1979: 106-107)—, sucediéndole en el poder sus hijos Luis en la presidencia y Anastasio (Tachito) como Jefe Director de la Guardia Nacional (Ydígoras, 1982: 136; también: Borge, 1989: 125). A partir de 1961 el Frente Sandinista de Liberación Nacional comienza a adquirir relevancia nacional.

Luis Somoza será presidente de 1957 a 1963, luego vendrá un presidente títere hasta que en 1968, Anastasio o Tachito (Somoza III) llega a la presidencia declarando haber sido “educado para Presidente” (Borge, 1989: 135). Somoza III recibirá todo el apoyo de los Estados Yankis, lo que se comprueba con las mediadas tomadas para eliminar a la guerrilla sandinista:

⁴⁰ Escribe en sus memorias Borge que durante la lucha de Sandino, Nicaragua no conocía el marxismo, aunque los sandinistas eran acusados de comunistas (1989: 87).

1) Operaciones militares [...], en las que encubiertamente participan tropas de El Salvador, Guatemala y Honduras [...] bajo 'la cobertura logística' yanqui. 2) Bombarderos y helicópteros –disfrazados– de la Zona del Canal, se unen en ocasiones a los aviones somocistas en los ataques a posiciones y ciudades conquistadas por los Sandinistas. [...] 4) Llegan a Nicaragua 224 'marines' [...] para 'defender la vida de los ciudadanos americanos' [...]. Más adelante arriban a Costa Rica aviones, helicópteros y 'marines' que, oficialmente, deberán cumplir una igual misión [...] 5) Los EE. YY. envían en ayuda de Somoza [...] millares de mercenarios [...] 6) Envían directamente millares de fusiles ultrarrápidos y otro material de guerra y, por medio de sus 'amigos-dictadores' latinoamericanos e Israel, aviones, helicópteros, tanquetas, [...] etc., a las fuerzas de Somoza. 7) Destacan 'asesores militares' [...] y 'rangers', cuyos cuarteles generales están en el Campo de Marte [...]. 8) 'Cinco mil miembros de la Guardia Nacional [...] han recibido instrucción militar en la zona del Canal de Panamá, cifra que supera a cualquier otra en asistencia a Ejércitos de América Latina [...]' (Ydígoras, 1982: 141-142).

Después del terremoto de 1972 en Managua, "...los managuas, incluyendo funcionarios y soldados se dispersaron por todo el país. En los primeros momentos, Somoza se quedó sin guarniciones en los cuarteles. De inmediato llegaron fuerzas norteamericanas [...] desde Panamá". La respuesta del gobierno somocista ante los daños ocasionados por el terremoto fue no organizar "brigadas de salvamento", porque "la principal preocupación del somocismo fue garantizar su vigencia política" (Borge, 1989: 413-414).

Con el terremoto, Tachito Somoza vende los escombros y los terrenos que quedaron, así como la sangre donada por la Cruz Roja Internacional; más tarde creará "una sociedad anónima para comprar sangre barata en Nicaragua y venderla cara en el mercado" yanqui (Galeano, 2001: 257). El terremoto llevó a Somoza a monopolizar "el negocio de la reconstrucción", enfrentándolo con "la burguesía financiera" (López y Rivas, 1980: 218). Los excesos en el margen de ganancia del Grupo Somoza lo alejan del resto de la burguesía (FSLN, 1979: 110).

La caída de la Dinastía de Somoza fue apoyada por el propio Somoza, porque éste, escribe Henry Ruiz, desde 1973 "se ha enajenado al resto de la burguesía. Se mete al terreno de los bancos, invade el terreno financiero y entra en choque con la burguesía financiera [...]. Ya no le bastó dominar los medios de producción" (Borge, 1989: 414). Hacia el final, se quedará sólo con el apoyo de la Guardia Nacional, sectores reaccionarios y con un presidente yanqui que debe disimular su apoyo (FSLN, 1979: 110).

Desde 1970 se había establecido un período “...conocido como el de acumulación de fuerzas en silencio, se produjo un crecimiento sostenido del FSLN. Se estaban forjando en la montaña los hombres que serían los conductores de la victoria” (Borge, 1989: 441). Porque “los dominados ya no estaban cómodos entre barrotes. Otros sectores -comerciantes, industriales, banqueros– ya no estaban cómodos con las tasas de ganancia⁴¹” (Borge, 1989: 562-563). Entre 1977 y 1979, con una población de 1, 878,000 personas, cifras oficiales hablan de 35,000 muertos (Guajardo, 2001: 138).

Finalmente, el 19 de julio de 1979 triunfa la revolución sandinista. Somoza III se exilia en los Estados Yankis y, buscando más seguridad, se dirige a Paraguay, “donde muere a manos de un comando guerrillero internacional” (Ydígoras, 1982: 147; también: Galeano, 2001: 312).

La administración de Carter, pese a sus evangelizaciones sobre derechos humanos, apoya hasta el final a Somoza, quien todavía espera un préstamo de 65 millones por parte del FMI, mediante “el suministro de armas a cargo de Israel, [y] el respaldo tácitos”. Ante la derrota de Somoza, “los restos de la Guardia fueron restablecidos en Honduras y Costa Rica con la ayuda de apoderados de Estados Unidos como Argentina”, para ser reclutados más tarde por los Estados Yankis como un ejército terrorista, con el encargo de minar cualquier reforma social en Nicaragua (Chomsky, 2003: 152).

José Napoleón Duarte en el Salvador (1984-1989): El presidente de los Estados Yankis, Jimmy Carter, apoyó la guerra terrorista contra El Salvador de manos de José Napoleón Duarte: en sólo siete meses se asesinó a cincuenta mil salvadoreños, en lo que el obispo Rivera y Damas, sucesor del asesinado arzobispo Romero, calificó de “guerra de exterminación y genocidio contra una población civil indefensa”.

⁴¹ Durante todo el periodo somocista en Nicaragua, dicha familia acumuló, utilizando su poder político y represivo, la mayor riqueza del país: “Ejercían presión política, económica y militar sobre los productores agrícolas para obligarles a vender las tierras que codiciaban. En ocasiones, los Somoza simplemente incautaron las tierras. En el sector industrial, exigían a las compañías extranjeras grandes sobornos o el control parcial de las mismas a cambio de las concesiones que otorgaban. A veces –por ejemplo, después del devastador terremoto de 1972– Somoza aprovechó su control sobre el aparato estatal para forzar al gobierno a comprar tierra y materiales de construcción de sus propias empresas, a precios excesivos. También hubo robo descarado de fondos del tesoro público” (Spalding, 1984: 25-26).

En respuesta, para Duarte las fuerzas de seguridad “realizan tan necesarias tareas”, al ofrecer un “valeroso servicio al lado del pueblo contra la subversión”, al tiempo que admitía que ‘las masas estaban con los guerrilleros’. La función de Duarte consistía en “...garantizar que no hubiese obstáculos a la masacre, al tiempo que desmentía atrocidades bien documentadas o las justificaba alegando que las víctimas eran ‘comunistas’” (Chomsky, 2004: 114, 173).

François Duvalier en Haití (1957-1971): En 1969, el dictador Dr. François Duvalier, “Presidente Vitalicio de la República de Haití”, crea una ley inquisitorial anticomunista:

Artículo I.— Se declaran crímenes contra la seguridad del Estado las actividades comunistas bajo la forma que sea: toda profesión de fe comunista, verbal o escrita, pública o privada, toda propagación de doctrinas comunistas o anarquistas a través de conferencias, discursos, conversaciones, lecturas, reuniones públicas o privadas, por la vía de folletos, carteles, periódicos, revistas, diarios, libros e imágenes; toda correspondencia oral o escrita con asociaciones locales o extranjeras o con personas dedicadas a la difusión de ideas comunistas o anarquistas; y también el hecho de recibir, recoger o proporcionar fondos destinados directa o indirectamente a la propagación de dichas ideas.

Artículo II.— Serán condenados a muerte los autores y los cómplices de estos crímenes. Sus bienes e inmuebles serán confiscados y vendidos en beneficio del Estado (Galeano, 2001: 252).

René Barrientos (1964-1969) y Hugo Banzer Suárez (1971-1978; 1997-2001) en Bolivia: En 1964, Paz Estenssoro abandona Bolivia para partir hacia el exilio, derrocado por el vicepresidente y futuro dictador René Barrientos. En este país el embajador de los Estados Unidos participa en la redacción de los decretos de economía y “en las reuniones de gabinete, sentado entre los ministros, y el gerente de la Gulf Oil” (Galeano, 2001:227). Con el derrocamiento de Estenssoro se da inicio a “un periodo de 18 años de autoritarismo militar inestable” (Dabéne, 1999:117).

Barrientos, quien siete años antes, nos dice Galeano, había estado “...en un manicomio de Washington, D.C. [...]. Disfrazado de aviador norteamericano, asaltó el poder; y lo ejerce ametrallando obreros y arrasando bibliotecas y salarios⁴². En

⁴² No obstante, el cardenal Maurer compara al general Barrientos con san Pablo “porque recorre los campos de Bolivia repartiendo verdades”, del mismo modo que dinero y otros objetos. Barrientos muere en 1969, durante una repartición de dinero a los campesinos, al topar con un alambre las hélices del helicóptero que recibió de

Miami, los exiliados cubanos lo eligen Hombre del Año” (2001:239). Barrientos venderá cielo, suelo y subsuelo boliviano al mejor postor, ejercerá una represión implacable en contra de los obreros y los políticos de izquierda, manteniendo un estado de emergencia permanente⁴³ (Mayorga, 1979: 70). Bendecido por el Papa, se le notificará por vía del cardenal Maurer: “que Dios apoya decididamente [su lucha] contra las guerrillas”, una guerrilla de 17 hombres liderados por el Che Guevara contra “mil ochocientos soldados, dirigidos por los ‘rangers’ norteamericanos” (Galeano, 2001:237).

Después de la muerte de Barrientos en 1969, asume el poder el general Hugo Banzer mediante un golpe de Estado que derroca al general Juan José Torres González (1970-1971), continuando la represión y “destrucción de las organizaciones sindicales y políticas”, además de suprimir la autonomía universitaria, la libertad de prensa y restableciendo la ley de seguridad de Estado. Su permanencia en el poder está determinada por el apoyo recibido de los Estados Yankis y de Brasil, al igual que la manipulación de las divisiones internas en el Ejército, alterando constantemente los altos mandos. La ideología del régimen se basó en el desarrollismo y la seguridad nacional (Mayorga, 1979: 80, 82). Derrocado en 1978, Banzer volverá a ser presidente en 1997, hasta dimitir por cuestiones de salud en el 2001.

Mientras tanto, en julio de 1980 el general Luis García Meza ejecuta el cuartelazo 189 en un siglo y medio de la historia de Bolivia, lo que convierte a Bolivia en el país con más golpes de Estado. García Meza se sirve de los ejemplos chilenos y argentinos: “anuncia que implantará una economía libre, como en Chile, y [...] hará desaparecer a los extremistas, como en la Argentina” (Galeano, 2000:306). Bolivia y Perú se convierten en las mayores fuentes de abastecimiento yankis de cocaína (Galeano, 2001: 306).

manos de la Gulf Oil “a cambio de dos mil millones de dólares en gas y mil millones de dólares en petróleo” (Galeano, 2000:249-250).

⁴³ Barrientos nombra al nazi Klaus Barbie, “el Carnicero de Lyon”, bajo el nombre de Klaus Altmann, como “asesor de los servicios de Inteligencia” y “presidente de la sociedad naviera del Estado”, la cual sólo contaba con un barco, al parecer dedicado al tráfico internacional de armas. Según Amnistía Internacional, en el periodo de 1966-1968 se ejecutan “entre 3000 y 8000 asesinatos por parte de los escuadrones de la muerte” (*Wikipedia.com*, 2008).

El auge del mercado de cocaína en los Estados Yankis provoca que en Bolivia “los traficantes de cocaína se apoder[e]n del Estado Boliviano”. Por lo que

...su ministro del Interior, el coronel Luis Arce Gómez, reparte sus horas [...] entre el contrabando de drogas y la jefatura de la Sección Bolivia de la Liga Mundial Anticomunista. No descansará, dice [...] ‘hasta extirpar el cáncer del marxismo’. El gobierno militar se estrena asesinando a Marcelo Quiroga Santa Cruz, el enemigo de la Gulf Oil (Galeano, 2000:306).

Alfredo Stroessner en Paraguay (1954-1989): En 1936 el general Rafael Franco había dirigido un golpe de Estado que lo lleva a la presidencia; poco después, en 1937, el ejército desplaza a Franco del poder y el mariscal José Félix Estigarribia asume la presidencia en 1939, hasta 1940, cuando el general Higinio Morínigo se autoproclama presidente e implanta una dictadura de ocho años.

Después de una serie de golpes de Estado y breves dictaduras, será en 1954 cuando el general Alfredo Stroessner dé el golpe de Estado que implanta una dictadura de 45 años. Así, “cada cinco años confirma su poder, por elecciones, este veterano colega de Somoza y Franco: para que la gente pueda votarlo, suspende, por 24 horas, el eterno estado de sitio” (Galeano, 2001: 312).

La Junta Militar en Brasil (1964-1984): El mariscal Castello Branco (1964-1967) será el primer dictador que implanta la Junta Militar después de derrocar al presidente Joao Goulart en 1964. En el caso del régimen brasileño, basta con mencionar el manual utilizado por la Escuela Superior de Guerra, en el que se sentenciaba que sólo la élite puede poner en práctica la idea de “Seguridad y Desarrollo”, siendo éste su fundamento ideológico; mientras que el resto de los brasileños quedaban como una amenaza y la democracia como un error. Así, para el general Augusto Fragoso, los brasileños son “amantes de la abstracción, idealistas, teóricos, tolerantes... inestables, emocionales y patéticos”. En consecuencia, el pueblo brasileño debía ser “dirigido, interpretado y educado por otros” (Burgess y Wolf, 1979: 92).

Los militares brasileños consideran al pueblo incapaz de sobrevivir a su futuro, por lo que necesita una élite que lo guíe y la mejor élite para hacerlo es la militar. Del mismo modo, razonan los militares, si las élites son las encargadas de interpretar al pueblo y el Estado se encarga del pueblo, entonces “todo el poder se deriva del

Estado y debe ejercerse en su nombre”. Ejercerse para preservar la seguridad interna, que no es otra cosa que considerar al pueblo como una amenaza (Burgess y Wolf, 1979: 100, 103).

Para esta dictadura, la realidad social funciona mediante “leyes naturales”, en donde existe un “orden natural”. Por tanto, cualquier intento de transformar la realidad resulta en algo antinatural; en cambio, preservarla “es un imperativo absoluto y autojustificante”, siendo el encargado de hacerlo el Estado, para el cual “todo se considera un componente o aspecto del poder”, es decir, que el Estado interviene en todo lo referente a la sociedad para controlar sus manifestaciones políticas, económicas, culturales y demás (Burgess y Wolf, 1979: 95).

Basándose en lo anterior, declara el general Argus Lima en septiembre de 1976:

La libertad y los derechos humanos se derivan del Estado. Es el Estado el que otorga los privilegios a los hombres. En consecuencia, el Estado no puede someterse a tales condiciones, porque de lo contrario puede prevalecer la anarquía [...] El Estado está por encima de la Ley, de la misma manera que la vida está por encima del entendimiento. Con objeto de no perecer el Estado debe a veces rechazar normas de comportamiento educadas o fijadas: se comporta, entonces, como un individuo (Burgess y Wolf, 1979: 96).

En el Brasil de 1974, las estadísticas oficiales hablan de haberse convertido, con la dictadura, “en una potencia económica, con un alto índice de crecimiento del producto bruto interno”. Pero las estadísticas también dicen que “la cantidad de brasileños desnutridos ha pasado de veintisiete millones a setenta y dos millones” (Galeano, 2001: 264).

A partir de 1974, los militares crearon una estructura de transferencia de poder capaz de permitirles mantenerse en el poder: un periodo presidencial de seis años en el que el militar saliente escoge al sucesor. Los militares abandonaron parcialmente la represión y utilizaron “la negociación y la manipulación con más frecuencia que la fuerza”. Por tanto, podemos ver “...que las instituciones y los conceptos solemnes como el de legitimidad, no limitan a un gobierno [autoritario] y tampoco fortalecen a la sociedad civil frente al poder arbitrario” (Philip, 1984: 75-76).

En 1977, intelectuales brasileños –más de mil– firman un manifiesto en contra de la censura impuesta por la dictadura. Ésta teme a las palabras: desde 1976 “impidió que el semanario ‘Movimiento’ publicara la Declaración de Independencia de los Estados Unidos (1776), porque en ella se dice que el pueblo tiene derecho y el deber de abolir los gobiernos despóticos”. Además, la censura arremete contra todo, por ejemplo, prohíbe: “el ballet Bolshoi, por ruso, los grabados eróticos de Pablo Picasso, por eróticos, y el libro *Historia del surrealismo*, porque uno de sus capítulos luce en el título la palabra Revolución (*Revolución en la poesía*)” (Galeano, 2001: 280-288; también: Souza, 1980: 199).

Es hasta 1984 cuando el general Figueiredo, último presidente de la dictadura militar brasileña, entrega el gobierno a los civiles (Galeano, 2001: 329).

La dictadura uruguaya (1973-1984): En 1976 el presidente electo por “veintidós ciudadanos: catorce generales, cinco brigadieres y tres almirantes”, no puede hablar sin permiso de los militares. Se le prohíbe la palabra del mismo modo que “los militares se la habían prohibido a los uruguayos”. Por lo que

...no se puede mencionar a ninguno de los miles de políticos, sindicalistas, artistas y científicos puestos fuera de la ley. El término *guerrillero* está oficialmente prohibido, y en su lugar debe decirse *malviviente*, *reo*, *delincuente*, o *malhechor*. Las murgas de carnaval, de tradición respondona, siempre burlonas del poder, no pueden cantar las palabras *reforma agraria*, *soberanía*, *hambre*, *clandestino*, *paloma*, *verde*, *verano* ni *contracanto*. Tampoco pueden cantar la palabra *pueblo* [...] En el reino del silencio, la principal cárcel de presos políticos se llama Libertad (Galeano, 2001: 279).

Para los presos políticos uruguayos, está prohibido “hablar sin permiso, silbar, sonreír, cantar, caminar rápido ni saludar a otro preso. Tampoco pueden dibujar ni recibir dibujos de mujeres embarazadas, parejas, mariposas, estrellas ni pájaros” (Galeano, 2001: 280). En las cárceles uruguayas se aplican “setenta y cinco métodos de tortura”. La Inteligencia “clasifica a los ciudadanos en tres categorías, A, B y C, según sean peligrosos, potencialmente peligrosos o no peligrosos”. En las escuelas, los textos obligatorios “imponen la pedagogía militar” (Galeano, 2001: 280-281). Uno de esos textos señala en 1976:

La existencia de partidos políticos no es esencial para una Democracia. Tenemos el claro ejemplo del Vaticano, donde no existen partidos políticos y sin embargo hay una real Democracia.

La igualdad de la mujer, mal interpretada, significa estimular su sexo y su intelectualidad y posponer su misión de madre y esposa. Si bien desde el punto de vista jurídico el hombre y la mujer son evidentemente iguales, no es así desde el punto de vista biológico. La mujer como tal está supeditada a su marido y le debe por tanto obediencia. Es necesario que en toda sociedad haya un jefe que sirva de guía y la familia es una sociedad...

Es necesario que unos obedezcan para que otros puedan ejercer el mando. Si nadie obedeciese, sería imposible mandar... (Galeano, 2001: 281).

En 1980 la dictadura se siente confiada y pierde un plebiscito. Será hasta 1984 cuando la dictadura se vea obligada a ceder el poder a los civiles (Galeano, 2001: 280-281, 331).

La última dictadura argentina (1976-1983): Mientras la dictadura uruguaya clausura periódicos y mata a sus redactores, en Argentina los militares dan un nuevo golpe de Estado. Pese a que la dictadura argentina estuvo conformada por Juntas Militares⁴⁴, debido al temor de dar lugar a un nuevo Perón, la figura más representativa de la dictadura es Jorge Rafael Videla (1976-1980).

Los militares argentinos utilizan los métodos industriales de exterminio ensayados por los nazis. Establecida la primera Junta Militar (serán cuatro), el general Videla impulsa medidas contra todos los que fueran, o si quiera se sospecharan, contrarios al nuevo régimen. Anuncia Ibérico Saint-Jean el plan que tienen los militares: “-Primero mataremos a todos los subversivos. Luego mataremos a los colaboradores. Luego, a los simpatizantes. Luego, a los indecisos. Y por último, mataremos a lo indiferentes” (Galeano, 2001: 282). Fue así como “la población se convirtió de inmediato en el enemigo interior. Cualquier signo de vida, protesta o

⁴⁴ Las medidas tomadas por la dictadura sostenían la ideología de una “reconstitución moral” de la sociedad, atacándose las bases obreras y al sistema educativo. Los militares pugnaban por un regreso al pasado, al orden jerárquico que la juventud había violado. En opinión del almirante Massera: “La malversación del pensamiento y la inestabilidad de los valores en la gente joven, son las consecuencias más destructivas de la llamada crisis de seguridad que afecta a nuestra época”. Y, agrega, “si la sabiduría ya no necesita ser una añejada consecuencia de tiempo y vida ¿no desaparece una de las más sólidas fuentes de prestigio y autoridad de los adultos?” Es entonces que la dictadura se proyecta hasta el año 2000, asumiendo la responsabilidad de fundar una “Nueva República”, siguiendo un modelo de sociedad jerarquizado, militarizado (Equipo de Educación del Comité..., 1978: 104-105).

mera duda, constituye un peligroso desafío desde el punto de vista de la doctrina militar de la Seguridad Nacional”⁴⁵ (Galeano, 1983: 467).

La falta de una figura fuerte y la tradición sindical de los obreros argentinos hicieron necesaria la práctica de la guerra sucia: actos represivos en contra de la sociedad: torturas, secuestros, desapariciones⁴⁶, exilios.

Por el lado económico, se generó una confianza para la inversión extranjera y la obtención de préstamos (Stallings, 1990: 218). Se otorgaron facilidades a las multinacionales y se abandonó la industria nacional. No se tomó en cuenta el incremento de la deuda externa y la inflación: los “negocios libres como nunca, gente presa como nunca: en América Latina, la libertad de empresa es incompatible con las libertades públicas” (Galeano, 1983: 446). Un año después del golpe de Estado,

...el valor real de los salarios se había reducido al cuarenta por ciento [...]. ‘Quince mil desaparecidos, diez mil presos, cuatro mil muertos, decenas de miles de desterrados son la cifra desnuda de ese terror’, denunció el escritor Rodolfo Walsh en una carta abierta. La carta fue enviada el 29 de marzo del 77 a los tres jefes de la junta de gobierno. Ese mismo día, Walsh fue secuestrado y desapareció (Galeano, 1983: 454-455).

La burguesía argentina, dependiente del capital extranjero, necesitaba de orden para desarrollar su proyecto económico. Así, la junta militar no tardó en congelar salarios y suprimir los derechos laborales, privatizar empresas y obedecer los intereses de la banca internacional; además de utilizar toda su fuerza represora para “eliminar toda existencia de las fuerzas populares”, controlándolas o

⁴⁵ Como en su momento indicó Hitler: “la grandeza de cualquier organización activa que constituya la personificación de una idea, reside en el espíritu de religioso fanatismo e intolerancia con que ataca a todas las demás, fanáticamente convencida de que sólo ella está en lo cierto” (1976: 368).

⁴⁶ Se les llama desaparecidos a todos aquellos que son sustraídos de sus casas, trabajos, o donde los encuentren los militares: primero son torturados, después fusilados o lanzados al mar. Los desaparecidos, antes de serlo, son considerados terroristas por pensar diferente o actuar sospechoso. Los involucrados opinan: “no hay inocentes”, dice monseñor Plaza, obispo de La Plata [...] ‘Terroristas, explica el general Videla, no son sólo quienes ponen bombas, sino también quienes actúan con ideas contrarias a nuestra civilización occidental y cristiana’ [...] – Estamos ganando la tercera guerra mundial –celebra el general Menéndez” (Galeano, 2000: 283). Se trata de que la represión parezca arbitraria, es decir, que “cualquiera puede ser víctima, y no sólo los sospechosos y los culpables de actos de oposición. De esta manera se difunde el pánico de la tortura entre todos los ciudadanos” (Galeano, 1983: 467).

aniquilándolas⁴⁷ (Equipo de Educación del Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino, 1978: 104).

En el mes de septiembre de 1977, el mes de mayor represión en Argentina, “no hay día que pase sin que los diarios recuenten los cadáveres aparecidos en las calles de ‘muertos por tiroteos’”; pero en realidad “todos saben que esos tiroteos no existieron: fueron jóvenes sacados de los campos de torturas, aniquilados a sangre fría y arrojados a la calle”. Mientras, el general Videla declara: “las Fuerzas Armadas cuentan con el personal y los medios eficientes para hacer justicia” (Bayer, 1999: 32-33).

Las fuerzas armadas se encargaron de mantener la estabilidad del país. Se reprimió a todos los izquierdistas o peronistas y a quienes se sospecharan inconformes con las medidas adoptadas por el Estado (Gay: 987). Mientras que en Chile fueron treinta mil muertos; en

...Argentina no se fusila: se secuestra. Las víctimas desaparecen. [...] No hay cadáveres, no hay responsables. Así la matanza –siempre oficiosa, nunca oficial– se realiza con mayor impunidad, y así se irradia con mayor potencia la angustia colectiva. Nadie rinde cuentas, nadie brinda explicaciones [...]. El terrorismo de Estado se propone paralizar a la población por el miedo (Galeano, 1983: 467).

Después de que Perón hiciera estragos con los intereses de la Iglesia, el gobierno de Videla ha sabido ganarse su apoyo y la Iglesia bendice a este paladín de la fe cristiana:

‘Y bueno, es la guerra’ –dice monseñor Gracelli [...] ‘Por encima de todo, está Dios’ – dice el general Videla. Monseñor Tortolo, presidente del Episcopado, compara al general Videla con Jesucristo y a la dictadura militar con la Pascua de Resurrección. En nombre del Santo Padre, el nuncio Pío Laghi visita los campos de exterminio, exalta el amor de los militares a Dios, la Patria y la Familia y justifica el terrorismo de Estado porque la Civilización tiene derecho a defenderse (Galeano, 2000: 284)

⁴⁷ Para el general B. Menéndez, comandante del Tercer Cuerpo del Ejército, en el ámbito educativo los educadores debían: “...inculcar el respeto por las normas establecidas. Inculcar profunda fe en el destino de grandeza del país. Enrolarse en la causa patria, actuando coordinada y espontáneamente con el Ejército Nacional, aceptando sugerencias y aportando cooperación, desenmascarando y señalando a los delinquentes subversivos, que tras el disfraz de profesor o alumno desarrollan propaganda o acción subversiva”. En cuanto a los alumnos, éstos debían: “comprender que deben estudiar y obedecer, parar crecer moral e intelectualmente. Desenmascarar y señalar a los delinquentes subversivos, que tras el disfraz de profesor o alumno desarrollan propaganda o acción subversiva. Crecer y confiar en el Ejército Nacional, forjador de la Independencia Nacional y vencedor invicto de todos los enemigos que tuvo y tiene la patria” (Equipo de Educación del Comité..., 1978: 106).

Entre las medidas que ejecutó la dictadura argentina se encontraron las de disolver el Congreso y la prohibición de las actividades políticas y sindicales. Impusieron un sistema que se confundía con el país: “El sistema es el país, dice la propaganda oficial que día y noche bombardea a los ciudadanos. El enemigo del sistema es un traidor a la patria” (Galeano, 1983: 469).

A pesar de las declaraciones de violaciones a los derechos humanos y que el gobierno de Carter suspendió la ayuda militar, un año después de la implantación de la dictadura argentina ya había recibido “quinientos millones de dólares de bancos privados norteamericanos y 415 millones de dos instituciones (Banco Mundial y BID)”. Además, mientras que en 1975 “los derechos especiales de giro de la Argentina en el FMI [...] eran de 64 millones de dólares”, para 1977 ya “habían subido a setecientos millones⁴⁸” (Galeano, 1983: 449-450).

El Estado ataca las palabras, aunque además de quemar libros, también los tritura y vende para hacer servilletas y demás. Hacia 1977, habiéndose incinerado la literatura subversiva, la Universidad Nacional Río Cuarto, en su Área Biblioteca da de baja a los libros de “Rodolfo Walsh [desaparecido], Bertrand Russell, Wilhelm Dilthey, Maurice Dobb, Karl Marx, Paulo Freire y otros”, por resultar “de carácter disociador y [porque] su contenido trasuntaba ideologías extrañas al Ser Nacional Argentino, constituyéndose en fuente de alto adoctrinamiento marxista y subversivo⁴⁹” (Galeano, 2000: 289).

Los militares argentinos declaraban que “la tarea de desinfección nos llevará mucho tiempo’ [...]. Tierra arrasada, país en orden, trabajadores mansos y baratos” (Galeano, 1983: 466). A pesar del terror, las madres de los desaparecidos, lideradas por Alicia Moreau, comienzan su constante andar alrededor de la Casa Rosada.

⁴⁸ El ministro de Economía, José Martínez de Hoz, especula y consume, reduce los salarios a la mitad e invita al exterminio de los obreros rebeldes; la clase media se encierra en su ceguera, seguros sus intereses, sus posibilidades de consumir, sólo se limitan a decir frente a las desapariciones: “Algo habrán hecho. Por algo será”. Los dólares inundan Argentina: el FMI presta dinero a los dictadores sin preguntar, violando sus propios reglamentos (Galeano, 2000: 291).

⁴⁹ Para el almirante Massera, la crisis de seguridad que desvirtúa los valores nacionales e inviolables tienen su origen en tres obras: “En las postrimerías del siglo XIX, Marx publica los tres volúmenes de *Das Kapital* y cuestiona el carácter inviolable de la propiedad privada; a principios del siglo XX, el espacio sagrado del fuero íntimo es agredido por Freud en su libro *La interpretación de los sueños*; y como si hiciera falta algo más para confundir un sistema que se protegía en la solidez inmutable de los valores, Einstein anuncia en 1905 la teoría de la relatividad, en la que queda en crisis la condición estática de la materia” (citado por Equipo de Educación del Comité..., 1978: 111).

Protestan en silencio, son las Madres del Plaza de Mayo frente a los militares que se burlan y las tratan de intimidar, pero ya nada detiene a estas madres que en un proceso de veintinueve años, recogerán algunos restos de justicia. Hasta entonces, en 1977

...normalmente no se habla de ellas. Normalizada la situación, el dólar está barato [...]. Con toda normalidad el ministro de Economía caza leones y jirafas en la selva africana y los generales cazan obreros en los suburbios de Buenos Aires. Nuevas normas de lenguaje obligan a llamar Proceso de Reorganización Nacional a la dictadura militar (Galeano, 2000: 290).

También los obreros, pese a ser la mayoría de los desaparecidos al intentar alguna actividad sindical y que desde 1973 habían comenzado a ser perseguidos sus líderes, ejercitaron durante el periodo de represión nuevas formas de resistencia:

...el trabajo a tristeza, el trabajo a bronca, y la solidaridad encuentra nuevos cauces para eludir el miedo. Varias huelgas unánimes se sucedieron en Argentina a lo largo de 1977, cuando el peligro de perder la vida era tan cierto como el riesgo de perder el trabajo. No se destruye de un plumazo el poder de respuesta de una clase obrera organizada y con larga tradición de pelea (Galeano, 1983: 469; también: Spagnolo González, 1978: 82; Gilly, 1980: 153-155).

En 1981 Videla abandona el cargo de jefe de Estado, asumiéndolo el general Viola, quien le dará continuidad a la política represiva. Sin embargo, debido a la crisis económica a que se vio sujeta Argentina y el resultado funesto en su guerra contra Gran Bretaña por las islas Malvinas en 1982⁵⁰, los militares se vieron obligados a abandonar el poder y permitir el restablecimiento de la democracia en 1983, siendo elegido presidente Raúl Alfonsín⁵¹.

Mientras la dictadura argentina comienza a derrumbarse y las Madres de Plaza de Mayo se lanzan a la búsqueda de los niños desaparecidos (Galeano, 2000:

⁵⁰ En lugar de restablecer la economía como en Brasil, los militares argentinos se dedicaron a la creación de una nueva sociedad, lo que condujo a uno de los regímenes más represores de América Latina; que finaliza después en 1982, por un momento de soberbia que lleva a los militares a atacar las islas de las Malvinas, habitadas por británicos, provocando la declaración de guerra y el eventual enfrentamiento entre Gran Bretaña y Argentina. Al poco tiempo Argentina se rinde, lo que significa los primeros pasos para la caída de los militares en el gobierno argentino.

⁵¹ Después del terror, se decidió por un olvido práctico, en el que se perdonaba a los asesinos y se borraba el recuerdo de cualquier crimen: "Obediencia debida" (1987) y "Punto final" (1990) serán la solución política para evitar "rencores".

321-322), en 1983 el escritor Ernesto Sabato funge como presidente de la comisión encargada de "...investigar las desapariciones de personas durante la dictadura argentina, cuyas conclusiones recoge el conocido como Informe Sabato o el Nunca más". Ahí, Sabato constató "que la democracia daba marcha atrás en la lucha contra la impunidad" (Gay, s/f: 850).

Augusto Pinochet (1973-1988; aunque permanece como Jefe del Ejército hasta 1998, para después ser senador vitalicio): En 1970 gana las elecciones presidenciales chilenas Salvador Allende. Siendo éste un declarado comunista, la International Telephone and Telegraph Corporation ofrece un millón de dólares para evitarlo. Por su parte, los Estados Yankis ofrecen 10 millones. Richard Nixon "encarga a la CIA que impida que Allende se siente en el sillón presidencial, o que lo tumbe si se sienta". Los Estados Yankis movilizan su aparato económico y "quedan suspendidos los préstamos del Banco Mundial y de toda la banquería oficial y privada, salvo los préstamos para gastos militares. Se desploma el precio internacional del cobre". El entonces canciller en Chile, Henry Kissinger, da las razones: "No veo por qué tendríamos que quedarnos de brazos cruzados, contemplando cómo un país se hace comunista debido a la irresponsabilidad de su pueblo" (Galeano, 2001: 254).

Para 1972, Chile había recuperado "el cobre, el hierro, el salitre, los bancos, el comercio exterior y los monopolios industriales" y pronto nacionalizará la ITT, pagando por ella lo que vale de acuerdo con sus declaraciones de impuestos (Galeano, 2001: 258). Ante estas medidas se financian huelgas, sabotajes y desprestigios: "Los empresarios paralizan a Chile y le niegan alimentos [...]. La Democracia Cristiana y el diario 'El Mercurio' dicen pestes del gobierno y exigen a gritos el cuartelazo redentor [...]; les hacen eco otros diarios y revistas y radios y canales de televisión". Los jueces y el parlamento inmovilizan al gobierno y los militares conspiran. En septiembre de 1973, buques de guerra yankis se estacionan en las costas chilenas y el 11 de ese mes Pinochet dirige el golpe. Con el golpe de Estado, el precio internacional del cobre se multiplica por tres (Galeano, 2001: 259, 261).

A la muerte de Allende⁵², celebrada por los exiliados cubanos, le siguen la de miles de chilenos. Para el general Tomás Opazo Santander, esas muertes no significan un gran costo social si se toma en cuenta que los muertos equivalen al 0,01 por ciento de la población; por su parte, "...el director de la CIA, William Colby, explica en Washington que gracias a los fusilamientos Chile está evitando una guerra civil. La señora Pinochet declara que el llanto de las madres redimirá al país" (Galeano, 2001: 261, 263).

A mediados de la década de 1970, Chile organiza el Plan u Operativo Cóndor (1975-1992), integrado por Bolivia, Paraguay, Uruguay, Argentina y Brasil; alcanzando el auge de los Estados industriales-militares terroristas. El Plan tenía la finalidad de buscar y asesinar a cualquier opositor a los gobiernos de los países miembros. Las dictaduras que lo integran proyectaban en conjunto un acuerdo "...en vista de la detención y desaparición de cualquier ciudadano de estos países, independientemente del territorio donde se encontrase, para ser aniquilado o para su ulterior traslado al país de origen"⁵³ (Bermúdez y Gasparini, 1999:127).

Entre las primeras acciones del Plan se encontraban las de crear "...un banco de datos continental con nombres de personas, organizaciones y actividades conexas directa o indirectamente, dedicado a lo subversivo". Llegando a contar con "una red hemisférica de represión, con tentáculos planetarios [que] no reconocía fronteras geográficas sino ideológicas, y llegaría a ser mortíferamente eficiente en Europa y hasta en Washington [...] causando más de 12 mil muertos y desaparecidos". Es así que el Organismo Coordinador Antisubversivo (OCHOA) combina "...las piezas para accionar la maquinaria del terror, con epicentros en [...] Buenos Aires, Montevideo y Asunción" (Bermúdez y Gasparini, 1999: 127-128). La

⁵² Doce días después de la muerte de Allende, muere de cáncer Pablo Neruda; al no poder atacarlo, los militares se ensañan con su casa. A pesar de que el ejército estaba en las calles, una multitud acompaña el ataúd (Galeano, 2001: 263).

⁵³ Estas acciones contradecían la Carta de la Organización de Estados Americanos (OEA) de 1948, donde en el artículo 15 declara que "ningún Estado o grupo de Estados tiene derecho de intervenir, directa o indirectamente, sea cual fuere el motivo, en los asuntos internos o externos de cualquier otro" (Dabéne, 1999:111). Sin embargo, gracias a una resolución de los Estados Yankis, "se declara como una excepción a este artículo cuando se trate de 'preservar y defender la democracia en América'" (Dabéne, 1999:111).

última acción registrada de la Operación Cóndor data de 1992 con el secuestro de Eugenio Berríos.⁵⁴

Hacia 1976 ya se hace visible el crecimiento económico de Chile al mando del dictador Augusto Pinochet, que será utilizado como ejemplo por los Estados Yankis para el resto de América, aunque no se consideran los métodos represivos y de exterminio sistemático e industrial utilizado contra los opositores. Para Miguel Ángel Granados Chapa, la dictadura chilena se basaba o decía legitimarse por sus logros económicos; dando por contado que el progreso era el resultado inmediato de un régimen que controla mediante la fuerza de Estado cualquier opinión que critique al gobierno.

Con la aprobación de una nueva Constitución en un plebiscito de 1980, se extendió el mandato de Pinochet hasta 1989, para convertirse inmediatamente después en senador vitalicio.

Es amplia la información en cuanto a los dictadores y sus dictaduras, por lo que sólo se han mencionado a algunos y sólo en unos pocos se ha profundizado, pero considero que es suficiente para que el lector tenga una idea la crisis político social del periodo, sobresaliendo Bolivia, en donde se sucederían tantos golpes de Estado que “llamarían a los militares golpistas, ‘bolivianos’” (Yígoras, 1982: 294).

2.4.1. Derrumbes y permanencias. Diferencias entre algunas dictaduras

Como ya vimos en el apartado anterior, no sólo en Argentina el Estado terrorista realiza su función de impartir miedo, la dictadura en Chile hace lo mismo eliminando acerca de treinta mil personas en los primeros meses; Uruguay está en pleno fervor exterminador; en Brasil, la dictadura extiende sus tentáculos aplicando la censura. Todo lo anterior revela que

⁵⁴ Químico chileno del gas sarín, arma que sería proporcionada a Pinochet para ganar la guerra del Beagle en contra de Argentina, aunque al final el conflicto se resolvería por medio de la negociación. Berríos fue secuestrado en 1992, logrando escapar; es llamado a declarar con respecto a la Operación Cóndor, pero aparece muerto en 1995.

...los profundos cambios durante el gobierno de Allende, las banderas de justicia que movilizaron a las masas obreras argentinas y flamearon alto durante el fugaz gobierno de Héctor Cámpora en 1973 y la acelerada politización de la juventud uruguaya, fueron todos desafíos que un sistema impotente y en crisis no podía soportar. El violento oxígeno de la libertad resultó fulminante para los espectros y la guardia pretoriana fue convocada a salvar el orden. El plan de limpieza es un plan de exterminio (Galeano, 1983: 448).

Las dictaduras de las que hablamos en este apartado manejaron una política exterior de mutuo apoyo para eliminar a todo individuo contrario al gobierno. Utilizan todo su aparato represivo para eliminar a quienes ellos consideran subversivos o comunistas. No siendo únicamente

...los escritores peligrosos, los teatreros subversivos, los músicos respondones, los dibujantes desobedientes y los profesores que entendían la enseñanza como hombres libres. También las dictaduras [arremeten] contra los proyectos científicos libertadores [...]. Las dictaduras latinoamericanas –partido político de las corporaciones multinacionales⁵⁵– cumplen su función: arrasan los escasos centros de investigación científica de vocación nacional⁵⁶ (Galeano, 1991: 94-95).

Un régimen dictatorial no puede basar su permanencia solamente en el uso de la violencia, necesita una ideología que legitime su hegemonía y arbitrariedades, permitiéndole tener una base social en la cual apoyarse (Mayorga, 1979: 82). Por ende, no se debe considerar a todos los regímenes militares como “exclusivamente represivos”, porque, por ejemplo el chileno y el brasileño, buscaron atraer a algunas capas de la sociedad (Philip, 1984: 66).

Así, por ejemplo, la dictadura de Pinochet fue apoyada por la sociedad civil y servía de muestra –al menos hasta la crisis económica de 1981– a las medidas neoliberales que aplicaba el FMI; por su parte, las divisiones internas de los militares en Uruguay y Argentina les evitó ganarse el respaldo de la sociedad.

⁵⁵ En Guatemala, por ejemplo, en 1974 había 126 empresas yankis, de las cuales 77 se incluían en la lista de las 1,000 firmas más importantes de la revista *Fortune*; de esas 77, 31 eran parte de las 100 primeras. La mayoría devorándose el petróleo y el níquel guatemalteco, sin que se ofrecieran datos del monto robado (Cavalla Rojas, 1980: 151).

⁵⁶ Las transnacionales aprovecharon, fomentaron y apoyaron con todos sus mecanismos el que los dictadores dominaran la escena y mantuvieran nulas las barreras que detenían la libertad de comercio. En estos años esas empresas planifican “sus negocios en escala latinoamericana y manejan a su antojo los mecanismos de integración” (Galeano, 1991:101). Eso ocasiona que “en cada país se [den] variaciones concretas determinadas en función del poder de las empresas nacionales y extranjeras. El poder de unas y otras contribuye a agrandar y a achicar los propios aparatos estatales, de negociación o represión” (Vellinga, 1993:184).

Si los regímenes militares, al principio, renegaron del consentimiento y se abocaron al uso de la fuerza, más tarde debieron recurrir a la búsqueda del consenso, además de abandonar un gobierno institucional, colectivo, para pasar a uno personalista, tal es el caso de Chile y Brasil⁵⁷; no así en el caso de Uruguay y Argentina⁵⁸, que no crearon las bases sociales que permitieran la continuidad del régimen y trataron de gobernar colectivamente (Philip, 1984: 67).

Algunos de los argumentos que por lo común sostuvieron los gobiernos autoritarios para legitimarse fueron “la doctrina de la seguridad nacional”, que validaba la represión contra un supuesto enemigo interno y aceptaba el terrorismo de Estado. Cuando la represión perdió su fuerza legitimadora, se adoptó el “desarrollismo” como base de legitimación, desvirtuando el éxito económico y haciendo que “basta[r] en unos cuantos años de rápido crecimiento económico para que los expertos hablaran del ‘milagro brasileño’ o del ‘milagro chileno’” (Philip, 1984: 72).

En el caso argentino, explica Philip, sumándole su falta de consenso en la sociedad, “los regímenes militares no han podido producir un ‘milagro económico’ [...] y ello explica su incapacidad para mantenerse en el poder”. En Uruguay, pese al éxito económico de la dictadura, ésta no “consiguió ampliar sus bases de apoyo” (Philip, 1984: 72).

Ante los regímenes autoritarios, la democracia había dejado de ser vista como un concepto utilizado por la clase dominante para mantener su hegemonía. Se hizo a un lado la idea de instalar el socialismo y se pasó a salvaguardar y recuperar los derechos perdidos. La democracia se comenzó a ver como un *mal menor* (Faletto,

⁵⁷ Tanto en Brasil como en Chile, los militares debieron enfrentarse y eliminar a los mandos que dirigían al aparato represor, la policía secreta. En Chile y Paraguay, por ejemplo, el golpe militar pasó de ser institucional a ser un gobierno personalista. En el caso de Chile, Pinochet “...terminó por dominar al gobierno y al aparato de seguridad. Es obvio que el control de Pinochet sobre las fuerzas represivas fue decisivo para asegurar su predominio; constituye la más exitosa de las estrategias a mediano plazo. El régimen sí sufrió un daño temporal con las revelaciones de que la policía de seguridad chilena había participado en el asesinato de Letulier en Washington, en 1976, pero Pinochet sacó ventaja de las circunstancias porque pudo hacer una purga limitada en la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) y eliminar a su mayor rival potencial” (Philip, 1984: 69).

⁵⁸ Los militares argentinos evitaron un nuevo Perón, por lo que sostuvieron “un liderazgo colectivo”, lo cual no permitió que Videla tuviera demasiado poder sobre “los comandos locales, que en su región cada uno se convirtió “en auténticos feudos”. Ese gobierno colectivo “contribuyó enormemente a intensificar la represión y nutrió el miedo a una venganza civil; también sembró la división en el gobierno militar y lo aisló definitivamente de la sociedad” (Philip, 1984: 68-69).

1980: 36-37; también: Franco, 1980: 39-40; Souza, 1980: 195, 215, 217; Lechner, 1980: 264).

Por supuesto, nuevamente se cometió el error de pensar que la democracia se establecería por decreto. Fue mayor la ilusión al creer que sería una democracia liberal tradicional semejante a la de los países desarrollados, es decir, económicamente fuertes y con una sociedad civil participativa en el Estado y la toma de decisiones. Ya desde 1978 Carlos Franco señalaba que se debía “enraizar el problema en una perspectiva latinoamericana, de ‘nacionalizar’ los términos de su discusión” (1980: 42).

Es así que gradualmente los gobiernos dictatoriales formados en los años setenta realizan una transición hacia una supuesta democracia. Pero algunos, como Paraguay, mantienen su régimen dictatorial; Chile pasa “relativamente poco de un gobierno militar hacia uno civil”. En el caso de Guyana, hubo “serias dificultades económicas y políticas pero no un cambio de régimen”; por su parte Surinam “se ha hundido en una sucesión de golpes y contragolpes, con alineamientos internacionales que se modifican rápidamente” (Domínguez, 1984: 9).

Como señaló Octavio Paz, los dictadores latinoamericanos en su mayoría hablaron de democracia, considerando su gobierno como de transición hacia la democracia. Por supuesto ninguno tenía intención de hacerlo realmente⁵⁹. No obstante lo dicho por Paz, para George Philip los militares tenían la intención de hacerse con el poder durante un tiempo indefinido y, al menos al principio, no sentían “la necesidad de convocar a elecciones para obtener legitimidad o sugerir un carácter temporal del gobierno militar”. Dejando al principio a un lado a la democracia, los militares buscaron la legitimidad en: “primero la derrota de la izquierda, luego el éxito económico” (1984: 64).

La crisis económica a comienzos de los años ochenta contribuyó al paulatino retiro militar de los gobiernos en Ecuador, Perú, Bolivia y Argentina (Domínguez, 1984: 8).

⁵⁹ La democracia se convierte en la coartada que sustituye o complementa a la seguridad nacional y al desarrollismo. Como explica Georges Henein: “la democracia no tiene enemigos. Todo el mundo es demócrata: el coronel de Iberoamérica que llena las cárceles, su colega de África negra que elimina a la oposición, Walter Ulbricht, que no deja salir a los alemanes, Hovari Bumedian, que filtra el regreso de sus argelinos. Todos son demócratas” (Lacouture, 1973: 111).

Los militares chilenos y brasileños conservaron su poder a pesar de la supuesta transición hacia la democracia, ya que ambos regímenes lograron obtener un apoyo social y prometieron una democracia real “si el electorado se abstenía de desbaratar ‘el proceso’ con su voto negativo”. En el caso de Uruguay, los militares perdieron un plebiscito en 1980, obligando a los militares a acelerar el cambio hacia un gobierno civil. En Argentina, la crisis económica hizo tambalear al gobierno y el general Galtieri, tratando de obtener apoyo al enfrentarse a Gran Bretaña, produjo el golpe final con la derrotada militar en 1982. Así, los militares argentinos tuvieron: “derrota militar, catástrofe económica e incapacidad de contener la brutalidad represiva” (Philip, 1984: 72-73).

La represión en los regímenes autoritarios suscita divisiones dentro de los militares al tener que decidir cuánto poder se le confiere a los aparatos represores y cuánta represión se debe aplicar, lo cual significa una división del poder. Si se decide por la represión, “...su equilibrio interno de poder se modifica a favor de los oficiales de línea dura directamente implicados en la represión [...] Los de línea dura se oponen vigorosamente a una liberalización política, pues de darse los inculparían a ellos legalmente de la represión o serían objeto de venganza” (Philip, 1984: 73-74).

Los dictadores latinoamericanos “gobernaron para reprimir y reprimieron para gobernar”. Después de años de represión, sólo los militares en Chile y Brasil lograron el apoyo de parte de la sociedad civil para sostenerse. Su permanencia es el resultado también de un mando personalista del dictador en turno, ya que “...el gobernante puede proyectar su imagen y maximizar –con la ayuda de unos medios de comunicación estrechamente controlados– el apoyo popular” (Philip, 1984: 74).

Capítulo 3

Literatura e historia: La novela histórica y la realidad social latinoamericana

No somos nada sobre esta tierra, a menos que seamos esclavos de una causa, la causa de los pueblos, la causa de la justicia y de la libertad.

Frantz Fanon, Colonialismo y Revolución

3.1. El antecedente europeo entre literatura y política

Siguiendo a R. H. Tawney, por un lado podemos decir que las crisis son fecundas fuentes para la creación de obras literarias importantes. Ya que la existencia de una crisis política, social o económica –por lo general las tres se complementan–, da lugar a grandes obras de arte que nos acercan a la realidad de algunos hombres excepcionales que intentaron, de distintas formas, representar la sociedad en la que vivían. Por otro lado, una crisis en el arte y la cultura ha llevado a un desarrollo económico poderoso, es decir, ha concentrado sus energías en desarrollar su economía, dejando de lado los aspectos culturales que se limitan a exaltaciones patrióticas o racistas (introducción a Mayer, 1966: X-XI). Haciéndonos pensar que

...el conocimiento y la experiencia de la teoría política maduran sólo en épocas de cambio político profundo y fundamental. Así Platón y Aristóteles dedujeron sus teorías políticas del curso fluctuante de la vida de los Estados-ciudades griegos y Polibio y Cicerón de las grandes épocas del Imperio romano; las filosofías políticas de Hobbes y Locke se nutrieron de la confusión de la revolución cromweliana; el pensamiento político de Burke, tomó forma definitiva en su refutación de la gran Revolución francesa; y Tocqueville y Georges Sorel se convirtieron en los grandes profetas de la época de las democracias de masas en mundo agitado [...]. Así también el secretario de la República florentina, Nicolás Maquiavelo, fue discípulo de una época de crisis en el Estado y en la política (Mayer, 1966:87).

Del mismo modo, nos dice R. H. S. Crossman, “el hombre piensa rara vez, como no tenga necesidad de hacerlo. Sus especulaciones más abstractas se originan habitualmente en alguna necesidad práctica inmediata”, es decir, en una necesidad y práctica que produce “sistemas filosóficos que son siempre revolucionarios o contrarrevolucionarios” (en Mayer, 1966: 122, 125).

Un ejemplo de lo anterior –que nos puede servir como referente histórico de la novela social y comprometida latinoamericana– lo encontramos en la represión contra cualquier crítica, por mínima que fuese, al sistema francés imperante en el siglo XVIII, en donde algunos escritores –Voltaire, Montesquieu, entre otros–, nos dice E. Kohn-Bramstedt, se limitaron

...a generalizaciones como las que se encuentran [en] la *Encyclopédie* o el *Dictionnaire philosophique* de Voltaire, pero a la vez trataban por todos los medios de disimular hábilmente la verdad y hacerla atractiva mediante alegorías y alusiones veladas. Su consigna, dadas las circunstancias, era no hablar nunca directamente de las cosas, sino apuntar a ellas constantemente de modo indirecto (en Mayer, 1966:150).

Es claro que algunos escritores latinoamericanos llegaron a emplear métodos similares para acercar “la verdad y hacerla atractiva” frente a la población que se dejaba atrapar por el discurso oficial o que sencillamente se mostraba indiferente.

Volviendo a Europa, en Francia, debido al caso Dreyfus –absuelto en 1898– es posible demostrar, afirma Kohn-Bramstedt, una

...estrecha conexión entre la literatura y la vida pública, [lo que sacó] a Zola de la inercia de su fama y le hizo escribir su vibrante carta abierta al presidente, *J' accuse*; Clemenceau demostró plenamente su fuerza de propagandista en sus artículos aparecidos en *L' Aurora*; Anatole France escribió sus malignas historias de la vida contemporánea; Maurice Barrès sacó de él la formulación elegante de su nacionalismo; y Sorel pasó de defensor de los dreyfusards, a ser su crítico y adversario decidido (en Mayer, 1966:188).

Para Antonio Gramsci, la cultura es un detonador capaz de generar los movimientos que transforman a las instituciones⁶⁰, así:

En Italia, en Francia, en Alemania se discutían las mismas cosas, las mismas instituciones, los mismos principios. Cada nueva comedia de Voltaire, cada *pamphlet* nuevo, era como la chispa que pasaba por los hilos, ya tendidos entre Estado y Estado, entre región y región, y se hallaban los mismos consensos y las mismas oposiciones en todas partes y simultáneamente. Las bayonetas del ejército de Napoleón encontraron el camino ya allanado por un ejército invisible de libros, de opúsculos, [...] que habían preparado a los hombres y las instituciones para la necesaria renovación [...]. Todo parece natural, espontáneo [...], pero en realidad

⁶⁰ Habría que estudiar más a fondo lo que Jacques Dugast llama “relaciones culturales internacionales”, las cuales juegan un papel distinto a las relaciones políticas de los Estados, aunque tienen una considerable importancia (Moreno, 2004: 179).

sería incomprensible si no se conocieran los factores de cultura que contribuyeron a crear aquellos estados de ánimo dispuestos a estallar por una causa que se consideraba común (1976: 45).

A partir de los años treinta del siglo XX, hay en Europa un cambio en la posición del escritor frente a la literatura: asume un carácter explícitamente preocupado por su entorno social debido al contexto de la guerra, la crisis económica, la consolidación del fascismo y el surgimiento de nuevos partidos comunistas, por lo que se “reducen y a la vez precisan, o redefinen, el espacio social en el cual podrá expresarse la presencia y la actividad del escritor”. En consecuencia, entre las dos guerras mundiales surge “el escritor ‘comprometido’ y de ‘izquierda’, el escritor como héroe existencial y como periodista o enviado especial de la conciencia y del espíritu crítico” (Berardinelli, 1984: 209, 210).

Sin embargo, para Franco Moretti los literatos –que confundieron a los intelectuales como sólo literatos– sobrevaloraron la influencia de la palabra escrita y no supieron enfrentar al fascismo “en un mundo que inventaba el cine, la radio, la historieta, y sobre ellos –tanto en los regímenes totalitarios como en los imperios anglosajones– construía el nuevo consenso”. Dando lugar al fetichismo del “gran intelectual”, que no era otra cosa sino la “parodia inconsciente del jefe carismático” (Moretti, 1984: 276-277).

Baste como ejemplo de la vinculación entre literatura y política en Europa, la carta del 21 de octubre de 1949 que Aldous Huxley escribe a George Orwell con respecto a la novela de éste, 1984:

Dudo que las grandes tiranías políticas de la bota-en-la-cara, como las de la URSS, lleguen al final del siglo. En el curso de las próximas generaciones, me parece, los amos del mundo descubrirán que el condicionamiento a través de los medios de comunicación (crecientemente hipnóticos, como la televisión) y del consumo compulsivo (lo que supuestamente producirá sociedades más ‘felices’), son más eficaces como instrumentos de gobierno que los garrotes y los calabozos. La avidez de poder de esos gobernantes puede satisfacerse, me parece, si mediante la sugestión se logra que la gente ame su servidumbre, tanto como si a latigazos y puntapiés se les impone la obediencia (Solares, 2007: 42-43).

La relación entre literatura y sociedad, estudiada como sociología literaria, responde a la influencia que la sociedad ejerce en la literatura y sus hacedores; al igual que la

influencia de la literatura dentro de la sociedad. El estudio de esta relación comienza de forma sistemática a fines del siglo XVIII, una vez que los “historiadores de la literatura” comienzan a tomar en cuenta “la introducción al medio geográfico y la historia del país antes de abordar las obras literarias”. Siendo finalmente la crítica y “erudición románticas” las que exigirán ubicar al escritor y su obra dentro de un contexto social. Desde el siglo XIX, la cultura y sus frutos son necesariamente vinculados a un contexto sociopolítico e histórico (Souto, 1973: 7, 9).

Con la publicación de *Curso de filosofía positiva* (1830) de Augusto Comte, se aborda la sociología, que sus discípulos de Comte llevarán al estudio tanto del arte, como de los escritores y sus obras. Marx y otros harán “de las relaciones entre literatura y clase social el centro mismo de los estudios literarios”. Para la teoría marxista: “toda obra de arte refleja, directa o indirectamente, las ideas de la clase social que la produce” (Souto, 1973: 10).

La sociología ha creado diversas teorías en cuanto al estudio de la literatura, entre las principales se encuentran: la costumbrista, que considera a una obra literaria como el reflejo de “las costumbre, los ideales y los valores del pueblo y su época”, la sociedad de donde nace la obra. La teoría historicista, desarrollada en el siglo XIX contempla el aspecto histórico de la obra, igualmente reflejándolo. La teoría positivista, en su afán por la exactitud científica, “considera la obra de arte determinada por tres coordenadas: la raza, el medio, el momento”: la raza sería el origen del escritor; el medio es el ambiente geográfico donde se desarrolla; el momento se relaciona con el sistema sociopolítico vigente. En la teoría marxista, el escritor sólo puede ser parte de la ideología de la clase dominante, su aliado, o por el contrario, un crítico de esa clase, su enemigo; también, en esta teoría “el carácter de la literatura de un determinado periodo estará dado [...] por las estructuras sociales, las relaciones con los medios de producción, en último término por la economía”; no obstante, la teoría materialista considera que la literatura, en cuanto “reflexión de los conflictos sociales”, no debe ser vista de forma “mecanicista sino dialéctica” (Souto, 1973: 12-13).

3.2. La novela y la realidad social latinoamericana

Francisco Martín Romero (*México ante Dios, México mutilado* [best seller]), habla de la novela histórica⁶¹ en los términos de que dos personajes ficticios pueden hablar de hechos verídicos –el propio Romero, en sus novelas, coloca las fuentes de donde consultó los datos históricos. Martín Romero trabaja con historiadores y considera que la historia de México está tan llena de mentiras, que las personas le creen a él: el escritor no oficial. Por su parte, Pablo Manuel Frost considera que “el escritor de novelas históricas trata de moralizar su propia época” (*Entre líneas*, 2007).

Pareciera que los “historiadores oficiales” son poetas, al crear mitos y héroes de seres humanos, de personajes que se deshumanizan y, en consecuencia, se vuelven sobrehumanos o inhumanos. Por lo que, sugiere José Fuentes Mares: “...habría que esconder un poco al mito, y enseñar más al hombre, quitarle el yeso que le han puesto encima, para convertirlo en estatua y dejar otra vez al ser pensante, gozante y suficiente” (citado por Rosales y Zamora, 1994: 85).

Contrario a una perspectiva de novela histórica, Christopher Domínguez señala que no sólo es el objeto de estudio lo que el historiador presenta, sino también el propio proceso de investigación. Para Carmen Boullosa, “la novela histórica es una fórmula; una arqueología del pasado”, prefiriendo ella el trabajo no limitado de una novela de ficción (*Entre líneas*, 2007). Roberto González Echevarría considera que los escritores latinoamericanos, “cuando no recurren al mito recurren al archivo, mito y archivo, mito e historia-literaria, son los polos que cifran las incursiones novelísticas de nuestra tradición y nos alejan lógicamente de la invención novelesca, nos impiden la creación de historias de hombres sin Historia” (citado por Espinosa, 2007: 125).

Para María José Punte, la realidad de la historia se encuentra ligada a una ficción, que vendría siendo la contra-cara de la realidad. Lo cual no significa que se deba definir un objeto en relación a su opuesto, sino que debemos “...entender en definitiva que toda realidad es capaz de ser comprendida en una relación dialéctica

⁶¹ Se considera al escocés Walter Scott (1771-1832) como el iniciador de las novelas históricas con la publicación de *Waverley* en 1814.

en la cual los términos son intercambiables”. Evitando la “verdad monolítica”, que es “una pura fantasía de la razón” (1998: 2).

Cuando se habla de la novela histórica, continúa Punte, se cae en la paradoja de “adjuntar un adjetivo a un sustantivo”, siendo incompatibles las novelas con el rigor científico de la historia; del mismo modo que la historia no es capaz de tomarse las libertades que la novela requiere. A pesar de esto, aclara: “...existe la historia, que de acuerdo con la clásica definición de Ranke es el relato de aquello que realmente sucedió [...]. Y existen muchas novelas que tienen por referente hechos tomados de la historia, hechos que ciertamente tuvieron lugar como prueban las fuentes en que abrevan los textos históricos” (1998: 2).

Cuando los europeos llegaron al continente americano, traían una narrativa medieval que fue desbordada por la realidad de estas tierras, repletas de paisajes que sobrepasaban sus esquemas conceptuales. No resulta extraño entonces que los cronistas del periodo inauguraran la historia de América Latina utilizando la ficción en sus relatos. Desde entonces, explica Santí: “la paradójica tensión de la realidad ontológica de América Latina radica en que está constituida por lenguas occidentales y culturales que no la abarcan, definen o articulan completamente”. Es por eso que la América Latina propuesta por Occidente, termina siendo una “imagen frecuentemente distanciada de la realidad de la cual deriva” (1997: 15).

Lo que no es accidental, debido a que, por ejemplo, la “...reducción de los indígenas al último estrato del orden jerárquico, sirvió como legitimación a los europeos para iniciar el proceso de americanización de América, entendiéndose éste como un intento de realizar otra Europa en América y como la condición necesaria para motivar su invención” (Antonio de la Sierra, 2000: 185-186). Siendo el discurso del cual procede externo a ella⁶².

Entonces, siguiendo lo escrito por Antonio Gala en 1992, se ha limitado la historia de América Latina desde afuera, mediante un proceso histórico que inició con la llegada de los españoles a este continente y que tiene su continuidad con las interpretaciones externas encargadas de explicarnos nuestra realidad. Así, por

⁶² Entendiendo el discurso, explica Foucault: como “un cuerpo de textos y tradiciones cuyo peso y presencia material da forma no sólo al conocimiento de una realidad dada sino también al control de la misma” (citado por Santí, 1997: 16).

ejemplo, dice Manuel Alvar, mientras México tiene una visión de conquista de América, considerándolo como un acto de ultraje; España maneja una versión histórica de descubrimiento de América (en Peralta, 1996:19).

En América Latina la novela se ha servido de la historia para desarrollar su forma narrativa. Por lo general, “la novela recurre a la historia quien, a su vez, al ordenar los hechos no hace otra cosa que buscar una estructura simbólica que se manifiesta al ser narrada”. La novela latinoamericana cuestiona lo que la historia oficial ofrece, es la respuesta, la contra-cara, a lo que se muestra: cuestiona el relato único que pretenden establecer algunos historiadores (Punte, 1998: 3-4, 9, 11).

En una entrevista realizada por Gordon Samuel a Miguel Ángel Asturias el 25 de abril de 1972, éste habla de las novelas de América Latina como “...momentos en que cada uno de los escritores ha reflejado la lucha, la situación de su pueblo, y esto hace que nuestra novelística, en cierta forma, aunque no tenga un carácter marcadamente marxista o político, haya sido siempre combativa”. Comparando a los escritores latinoamericanos con los europeos, Asturias considera que la cultura del escritor europeo no lo acerca a puestos gubernamentales, como la diplomacia, “salvo el caso de Claudel”, o a tener un puesto político (en Gordon, 2005: 20-21).

En América Latina, continúa Asturias, “...nuestra literatura [...] debe reflejar, y en el futuro tendrá que reflejar, todo el aspecto de la violencia [...]. La violencia que hay actualmente en América Latina, el número de estudiantes muertos y heridos, la situación de nuestros países [...] tendrá que ser escrito y reflejado por los nuevos novelistas (en Gordon, 2005:21).

Asturias nos dice también, antes del surgimiento de las últimas dictaduras latinoamericanas como la chilena o la argentina, que en América Latina no hay censura tan fuerte como en otros países “...porque el campo es muy vasto [y] también existe el hecho de que las fuerzas retrógradas [...] no le den importancia al libro, en parte porque son analfabetos y, en parte, porque consideran que el libro no es peligroso”. Es decir, que al menos hasta esa entrevista no se tomaban en cuenta las posibilidades que el arte tenía para despertar “la inconformidad” en el individuo. Siendo una de las tareas del escritor “impulsar en el lector sentimientos que lo lleven a querer destruir una situación” (en Gordon, 2005: 24, 27).

En otro contexto, Miguel Ángel Asturias habla sobre su novela *El Señor Presidente* (1947):

En París nos reuníamos un grupo de amigos centroamericanos a contarnos anécdotas de nuestros respectivos países, que en aquella época vivían bajo dictaduras similares. Cada cual contribuía con su propia experiencia o la lejana. El miedo que se le comunica a un niño pasó al libro. No como una fórmula literaria, sino como algo psicológico... Es una especie de compendio de un dictador (citado por Azuela, 1993: 290).

Lo anterior nos obliga a volver a preguntarnos: ¿Existe una relación entre política y literatura? La respuesta suele ser afirmativa, no sólo desde el punto de que algunos escritores hacen obras literarias que reflejan las características de la política o las formas del poder, sino también desde el punto de que los intelectuales⁶³ –en este caso los escritores– son constantemente consultados por los políticos para que den su opinión sobre distintos temas, debido a su influencia, real o ficticia, dentro de la sociedad⁶⁴. Como escribe Stewart Home: el arte es “un modo de ver el mundo y [la] política un modo de forzar a las masas a aceptar una manera de ver el mundo” (citado por Gómez Calderón, 2006:66).

Algunos intelectuales participan de forma directa en algún partido político o hacen explícita una corriente ideológica, a pesar de que no sea ese su papel específico. Es decir, que ponen su capacidad intelectual al servicio del grupo al que pertenecen (Eco, 2005). El vínculo político de los escritores latinoamericanos tuvo un auge a mediados del siglo XX, cuando la cercanía de “la literatura [con] los debates políticos” hacen que “las designaciones de escritor e intelectual se vuelv[a]n sinónimas” (Santí, 1997: 22).

⁶³ Para Pierre Bourdieu, aunque escritores o científicos intervengan en política, eso no necesariamente los convierte en intelectuales. Bourdieu sigue el modelo de Emile Zola propuesto para el caso Dreyfus, en donde “los investigadores se vuelven intelectuales o intelectuales públicos cuando invierten su autoridad específica y los valores asociados al ejercicio de su arte en una lucha política” (Bourdieu, 2005).

⁶⁴ Un ejemplo de la importancia del servicio o la falta de éste de los intelectuales, la da Georges Henein: en la Segunda Guerra Mundial, ambos bandos tuvieron en su poder documentos que pudieron modificar el curso de la historia, pero fueron descartados “por una especie de falta de intelectuales, propia de quienes están demasiado bien equipados”: Hitler ignoró “los planos completos del desembarco norteamericano que debía efectuarse en las costas francesas”, debido a que “no concordaron con la idea que Hitler y su estado mayor se habían formado de la operación”. Del mismo modo, Stalin ignoró la información que advertía de un ataque general alemán el 21 de junio de 1941 (en Lacouture, 1973: 188).

Toda obra literaria es social y, en consecuencia, política. No obstante, explica Umberto Eco:

...sólo hay dos maneras en que la política puede apoyarse en la contribución de los intelectuales. Si son auténticos intelectuales —es decir, creativos—, deben parir y expresar ideas interesantes y, por lo tanto, el político puede limitarse a leerlas. Pero puede suceder que también el político advierta que, sobre algunos asuntos, ni él ni los demás tienen las ideas claras —o no saben lo suficiente— y, entonces, el buen político solicitará profundización y nuevas ideas sobre el tema a los intelectuales (2005).

En ese mismo artículo, Umberto Eco entiende por intelectual a quien “desarrolla una función creativa, tanto en el universo de las ciencias como el de las artes”. El intelectual que considera Eco tiene ciertas características, una de las más importantes es la de no atacar a los enemigos de su grupo, sino a su propio grupo. Es decir, se convierte en el mejor crítico, por severo, del grupo al que pertenece, sin importarle las convenciones que rompa. Por lo que “en los casos más radicales, cuando un grupo llega al poder por medio de una revolución, el intelectual incómodo es el primero en ser guillotinado o fusilado”. De lo contrario, advierte Eco, si el grupo al que pertenecen los glorifica, entonces resultan “intelectuales del régimen” (2005).

Para Aldous Huxley, el intelectual “reclama pruebas y se escandaliza con las incoherencias y las falacias lógicas”. Los intelectuales, agrega, “...ven en la simplificación excesiva el pecado original de la inteligencia y no saben qué hacer con los lemas, los asertos no calificados y las generalizaciones radicales que son la mercancía del propagandista” (Huxley, 2005).

El intelectual debe tener como armas la crítica permanente, el examen y el juicio, especialmente del movimiento al que represente (Paz, 2004: 171; también: Bourdieu, 2005). El intelectual moderno, escribe Octavio Paz, tiene dos misiones, a saber: “en primer término, investigar, crear y transmitir conocimientos, valores y experiencias; en seguida: la crítica de la sociedad y de sus valores, instituciones y política” (1985: 55; también: Careaga, 1979).

No obstante, con cada crítica al sistema y a quienes lo manejan y consumen, el intelectual puede verse envuelto en la propia exageración de sus funciones, sin tomar en cuenta “el grado en que produce un impacto sobre la sociedad en general”;

dando como resultado sólo estar realizando una labor de manicomio. Convirtiendo a la realidad en “algo que se pliega a su visión privada: la palabra es la fuente del poder” (Martin, 1964: 459).

Los regímenes dictatoriales ven en los intelectuales a sus principales enemigos, al ser éstos los primeros en atacar el absurdo en que se asienta el sistema y al mostrar “las entrañas de la maquinaria”, como escribió Alfonso Reyes. Señala Lu Xun (1881-1936) que si bien un régimen despótico llega a permitir la existencia de los intelectuales, los atacará en cuanto “los movimientos de pensamiento se transformen en movimientos reales”, debido a que “...el conocimiento y el poder se dan de patadas mutuamente, no pueden estar juntos [...]. Los poderosos no permiten que el pueblo tenga libertad de pensamiento, porque eso descentraría el poder” (citado por Masi, 1984: 266).

En resumen, el intelectual del siglo XX se encuentra inmerso en la historia y la política de su tiempo. Su peligrosidad para los regímenes totalitarios radica en su crítica a lo establecido y su capacidad de imaginar otras formas y concebir nuevas alternativas; es un enemigo natural para los gobiernos despóticos, irracionales o racionalizadores: su voz desnuda al sistema que se considera eterno, insuperable y necesario, natural; lo señala, lo exhibe en su franca falsedad. Por supuesto, también están los intelectuales al servicio del sistema, ya sea para defenderlo o justificarlo (Careaga, 1979: 8-10).

Principalmente desde mediados del siglo XX, en América Latina la literatura y la política se han encontrado y/o enfrentado, ya sea en la designación de algunos escritores como representantes diplomáticos, o en la cacería que realizaron las dictaduras para eliminar a los escritores y prohibir sus obras.

Los escritores latinoamericanos, al menos la mayoría, realizaron un intento por reflejar la realidad social de su tiempo. Por tanto, para ellos América Latina marcaría “...a fuego sus historias, personajes, tramas, y también sus discursos políticos, como si, al igual que los escritores del realismo y naturalismo del siglo XIX en Hispanoamérica, estos escritores pensaran que la literatura tenía posibilidad de cambiar la sociedad”. Es así que algunos escritores hacen de “su compromiso ideológico [...] una continuación de su compromiso literario” (Benavides, 2007:19).

Pese a la existencia de afinidades comunes –oposición a las dictaduras, crítica a la influencia de los Estados Yankis, defensa de la libertad intelectual–, inclusive cierta amistad al principio, la división entre intelectuales de izquierda y liberales se da en los años posteriores al triunfo de la Revolución cubana (1959), con la estalinización del régimen cubano y, más tarde, por el “caso Padilla” y la invasión a Afganistán por la Unión Soviética en 1979.

No obstante, según Santí, es más una división de estrategia que de ideología: “...los divide [...] los temas que reflejan y determinan sus preferencias por uno o por otro modelo político”. Así, por un lado los intelectuales de izquierda acusan a los liberales, como Vargas Llosa, de traicionar “su conciencia social”; por el otro lado, los liberales acusan a los de izquierda por su apoyo incondicional a regímenes como el cubano, traicionando “su papel de reformadores y críticos”. Lo que crea dos posturas: una de crítica y búsqueda de reformas por parte de los liberales y, en cambio, otra que habla de solidaridad y búsqueda de conciencia social, usada por la izquierda (1997: 25-26). En consecuencia,

...mientras intelectuales de izquierda como García Márquez y Mario Benedetti acusarán a intelectuales liberales de venderse al imperialismo norteamericano debido a sus críticas ocasionales a las revoluciones cubanas y sandinista, liberales como Octavio Paz y Mario Vargas Llosa les reprocharán a los de izquierda su apoyo a supuestas causas y gobiernos revolucionarios, a sabiendas que su apoyo conlleva reprimir la crítica de dichas causas y gobiernos (Santí, 1997:24-25).

De este modo, Vargas Llosa, por ejemplo, en un debate publicado por la revista *Vuelta* en 1984, declara sobre Benedetti: “yo crítico por igual a todos los regímenes que exilian (o encarcelan o matan) a sus adversarios, en tanto que a él esto le parece menos grave si se hace en nombre del socialismo”. En el mismo debate, Benedetti pregunta: “¿cómo estar contentos si cada minuto muere un niño en América Latina debido a hambre o a enfermedad; si cada cinco minutos ocurre un asesinato político en Guatemala; si hay 30,000 desaparecidos en Argentina” (citado por Santí, 1997:25-26).

El escritor latinoamericano utiliza su realidad regional y nacional, vertiéndola en sus obras, siendo “...en el lenguaje de la literatura, y no precisamente en el de la

investigación analítica, que [...] ha indagado su identidad cultural. Lo cual significa que las respuestas que ofrece esa literatura conducen a nuevas (o acaso a las mismas) interrogantes, preguntas unidas a una interminable cadena de interpretaciones históricas”. También, el escritor-intelectual tiene la libertad “de interponerse entre el lector y el evento mismo. En términos morales, [...] tiene la libertad de escoger, de decidir, y por tanto de criticar, la ‘verdad’ de la que desea ser testigo” (Santí, 1997:31, 221).

La influencia de la Revolución cubana se refleja no sólo en la historia y la literatura cubana, sino en todo el continente americano. Significó un cambio en la historia de toda América y, como ya se mencionó, en periodos de crisis y grandes transformaciones, parecen más claros “los vínculos entre la historia y la historia literaria” (Santí, 1997:175).

Por un lado, la Revolución cubana influyó en los escritores de izquierda y sus deseos de transformación de las condiciones latinoamericanas; y por el otro lado, ante la estalinización del régimen cubano en los años setenta –con los juicios de intelectuales que se auto-acusaban de traición, como en el caso de Heberto Padilla, además de la censura, la imposibilidad de salir de la isla, tal es el caso de Lezama Lima, el exilio, como con Reynaldo Arenas⁶⁵– muchos intelectuales liberales rechazaron en lo que se había transformado la Revolución cubana (Santí, 1997: 232).

Dicha transformación es comentada en febrero de 1993 por César López, quien hablando de El Caso Padilla de 1968, menciona que con anterioridad, “cuando Virgilio Piñera es detenido en estas redadas higienicomoralizantes [...], solamente la gestión de algunos intelectuales cerca del poder logra que salga de la detención. Es decir que lo que va a ocurrir mucho después ya ha tenido sus antecedentes” (en Gordon, 2005: 133).

Justamente, continúa López, “...del 68 al 71 parecía o nos parecía que el problema se había acabado [...]. [Pero] en marzo de 1971, cuando Padilla es detenido, [...] el caso estalla de una manera más feroz”. Por lo que, añade, “del 71 al

⁶⁵ Cabrera Infante (*Tres tristes tigres*) había sido detenido por la dictadura de Fulgencio Batista; más tarde, con el triunfo de la Revolución cubana se convirtió en agregado cultural en Bélgica; sin embargo, desde 1968 sus críticas al régimen cubano llevaron a la prohibición de sus libros en la isla y su eventual exilio.

83 desapareció de toda revista toda referencia [...]. Excepto en la Biblioteca Nacional José Martí, llegaron a sacar de todos los ficheros nuestros nombres, de Pablo Armando Fernández y otros, éramos los más involucrados, pero aquello se fue extendiendo” (en Gordon, 2005: 137, 141). La confesión de Padilla al estilo del estalinismo de los años treinta, marcó el rompimiento de escritores e intelectuales latinoamericanos pro-cubanos y de izquierda, que se solidarizaron con Padilla. En respuesta, el gobierno cubano los acusó de estar al servicio del imperialismo⁶⁶ (Montenegro, 2004:200).

La historia puede enseñarnos, según Sabato, que las circunstancias alrededor de una sociedad pueden llevarla “a las más abominables profundidades de crueldad y refinamiento en el sadismo⁶⁷” (1984:70). De este contexto, esta realidad, es de donde surge una generación de escritores que reflejan en sus novelas la sociedad y su violencia⁶⁸, tomando partido algunos con el socialismo y otros con el liberalismo. Haciendo que las novelas estén cubiertas en los valores y la ideología del escritor y la sociedad de la que proviene. En el caso de América Latina, ese conjunto de valores responden a los procesos sociales fundamentales, como son la lucha de clases o la defensa contra el imperialismo (Sommers, 1976: 84).

Para Galeano, desde los años sesenta o setenta, “la literatura latinoamericana ha reflejado una nueva conciencia de la realidad, que se incubó en algunos sectores juveniles de la clase media y se proyectó, en el plano cultural, con tanto vigor como en el plano político” (1991: 103). Toda obra literaria resulta social e inclusive política.

⁶⁶ Mientras que para los Estados Yankis todo movimiento liberador entraba “inmediatamente como una parte del enfrentamiento entre el comunismo y el mundo libre”, lo que les dejaba “las manos libres [...], con el argumento de ‘la lucha contra la expansión comunista’” (Montero, 1988: 50); por su parte “la ilusión soviética”, iniciada por Stalin, consistía –al parecer hasta 1991– en sostener la idea de que todo comunista estaba en contra del fascismo y, por ende –dentro de una lógica racionalizadora similar a la yanqui–, todo anticomunista era entonces un fascista o un imperialista (François Furet citado por Meyer, 1995: 35).

⁶⁷ Debemos tratar de no caer en la visión lineal de las dictaduras, como advirtió Walter Benjamin con respecto al fascismo, en donde a éste se le “acostumbraba a ver como una aberración retrógrada o como algo excepcional, y por tanto de supervivencia difícil, en lugar de entenderlo como un fruto lógico y natural de un tiempo y de unas circunstancias” (Fontana, 2002: 195). Siendo que, continúa Fontana, “el hombre es, más que un animal racional, un animal racionalizador, que justifica a posteriori con razones imaginadas muchas decisiones que surgen de zonas oscuras de su mente” (2002: 200).

⁶⁸ Señala Galeano: “El mismo engranaje que arroja a las nuevas generaciones a la desesperación y a la crónica policial es el que llama Libertad a una cárcel, como ocurre en el Uruguay, y Colonia Dignidad a un campo de concentración, como ocurre en Chile” (1991: 103).

Además, debemos considerar que la obra literaria es “el resultado de la experiencia estética de un momento histórico” (Antonio de la Sierra, 2000: 148).

Esta literatura, en su momento, era un señalamiento directo hacia las atrocidades cometidas por regímenes autoritarios que basaban su legitimidad en las armas y en la defensa de la nación contra un ente abstracto que se representaba por una marea roja que aplastaba todo: la invasión comunista, ese monstruo que quería esclavizar al mundo, al mundo libre.

En 1976, Joseph Sommers afirmaba que “la nueva novela puede ser considerada como un corpus narrativo producido entre el triunfo de la revolución cubana en 1959 y el derrocamiento del frente popular chileno en 1973” (1976: 84). Por tanto, es la década de los sesenta el momento cumbre de la nueva novela, con la publicación de, por ejemplo: *Sobre héroes y tumbas* (1961), *La ciudad y los perros* (1962), *La muerte de Artemio Cruz* (1962), *Rayuela* (1963) o *Cien años de soledad* (1967). Es así que los autores de estas novelas

...parecían manejar las tradiciones y técnicas europeas sin perder de vista su perspectiva latinoamericana. Mostraban asimismo su capacidad para escribir obras altamente elaboradas y técnicamente innovadoras que, en forma paralela, resultaban incisivamente críticas en sus implicaciones sociales y filosóficas. Además, en su abierto compromiso político con la revolución cubana parecían encarnar una coherencia entre las esferas públicas y creativas de la actividad literaria (Sommers, 1976: 85).

La literatura mantuvo vivo el pensamiento y el sentimiento de libertad. Porque la literatura, nos dice Galeano, “puede reivindicar [...] un sentido político liberador, toda vez que contribuya a revelar la realidad en sus dimensiones múltiples, y que de algún modo alimente la identidad colectiva o rescate la memoria de la comunidad que la genera, sean cuales fueran sus temas”. Asimismo, añade Galeano, “al interpretar la realidad, al redescubrirla, la literatura puede ayudar a conocerla. Y conocerla es el primer paso necesario para empezar a cambiarla: no hay experiencia de cambio social y político que no se desarrolle a partir de una profundización de la conciencia de la realidad” (1991: 106-107).

¿Puede por tanto considerarse a algunas novelas como estudios sociológicos o que aporten elementos para un estudio sociológico de este periodo? El mismo Galeano responde:

Ningún estudio sociológico nos enseña más sobre la violencia en Colombia que la breve novela de García Márquez, *El coronel no tiene quien le escriba* donde [...] no suena ni un balazo, y *La Ciudad y los perros*, de Mario Vargas Llosa, radiografía la violencia en el Perú más a fondo que cualquier texto sobre el tema [...]. La novela de Augusto Roa Bastos, *Yo el Supremo*, abre más anchos cauces que cualquier libro de historia a quien quiera conocer a fondo el Paraguay de los tiempos de Gaspar Rodríguez de Francia (1991: 107).

Lo que parece incomodar a algunos investigadores es que estas novelas no imitan o no hacen una copia exacta de la realidad, tal cual se muestra; olvidan que para exponer la realidad no basta con copiarla, sin comprenderla. Se desentienden de la imaginación, ignoran que “la imaginación abre nuevas puertas a la comprensión de la realidad y presiente su transformación”, siendo necesaria especialmente cuando “en el sistema del silencio y del miedo, el poder de crear y de inventar atenta contra las rutinas de la obediencia. La imaginación creadora revela que su presunta eternidad es provisoria y que no hay cara sin contracara” (Galeano, 1991: 107-108). Cómo no entender entonces el temor de las dictaduras frente a las posibilidades de crítica y liberación que ofrece la literatura, repleta de palabras peligrosas o subversivas.

No hay distinción entre obras políticas, sociales o artísticas: todas nacen de la sociedad y también son políticas “en la medida en que la palabra impresa implica siempre [...] una participación en la vida pública” (Galeano, 1991: 105). Las torturas, la represión, las violaciones a los derechos humanos, nada se sabe, si nada se dice. La palabra es neutralizada, luego olvidada (Santí, 1997: 17). No es extraño entonces que la destrucción y prohibición de los libros, desde la Edad Media hasta las dictaduras latinoamericanas de mediados del siglo XX, haya sido una de las prioridades de todos los regímenes ya sean totalitarios o autoritarios⁶⁹. Las

⁶⁹ En el caso de la última dictadura en Argentina (1976-1982), declara Raúl Casa, secretario de Cultura: “...los militares argentinos recomendaban volver a la época de grandeza original de la Nación, interrumpida a fines del siglo XIX por la ‘conjunción del racionalismo científico, el maquinismo, el romanticismo y la democracia’. [Haciéndose necesario] para regresar tan atrás [...] vaciar el presente de muchos productos culturales”, lo que incluía la quema y/o prohibición de libros (García Canclini, 2001: 156).

dictaduras militares se encargaron de censurar la información, con la esperanza de censurar el pensamiento. Así, por ejemplo,

...cuando los militares argentinos retomaron el poder, en marzo del 76', se apresuraron a difundir nuevas normas para los medios de comunicación. El nuevo código de la censura prohibía, entre muchas otras cosas, la difusión de reportajes callejeros y opiniones no especializadas sobre cualquier tema. El monopolio del poder implicaba, pues, el monopolio de la palabra, que a su vez obligaba al silencio al llamado 'hombre común'" (Galeano, 1991: 96).

Las dictaduras odian a los escritores, aunque toleran a aquellos que elogian su gobierno o no se inmiscuyen en temas políticos. En el caso de los poetas, "sea cual sea su calidad, escribe Roque Dalton, su nivel, su finura, su capacidad creadora, su éxito, el poeta, para la burguesía, sólo puede ser: sirviente, payaso o enemigo"⁷⁰ (citado por Borge, 1989: 139).

Escritores reaccionarios y revolucionarios se evitaban entre ellos. Aunque, escribió Borge: "...ningún reaccionario, que no sea un Pinochet, puede ignorar a un intelectual revolucionario, como ningún revolucionario debería desconocer a Borges. Marx no ignoró a Balzac sino que, por el contrario, lo incorporó como insumo básico en el análisis de la sociedad francesa"⁷¹ (1989: 270). Durante la revolución sandinista, cuenta Borge:

Julio Buitrago le quitó con delicadeza el libro que tenía en la mano Doris Tiberino, y de una ojeada leyó: *Rayuela* [...]

En esa casa ya se había hablado del coronel Aureliano Buendía, acribillado por la soledad. Gran parte de los clandestinos devoraron *La ciudad y los perros* de Mario Vargas Llosa. Obras de Carlos Fuentes y Mario Benedetti afinaron las cuerdas de nuestros violines.

En círculos más estrechos se leía a Juan Carlos Onetti. Alguna vez se vieron los libros del uruguayo en manos de Ricardo Morales. Nadie leía a Borges, a pesar de que es el mejor (1989: 369-370).

Si se reconoce el contexto histórico, tanto político, social, económico y cultural, se puede entender a una dictadura persiguiendo a los intelectuales:

⁷⁰ Continúa Dalton: "Poeta enemigo. El que reclama su pago no en halagos ni en dólares sino en persecuciones, cárceles, balazos. Y no sólo va a carecer de librea y frac y de trajes de noche, sino que se va a ir quedando cada día con menos cosas, hasta tener tan sólo un par de camisas remendadas, pero limpias, como la única poesía" (citado por Borge, 1989: 140).

⁷¹ Engels se sirvió de Balzac "para demostrar lo depravado de la sociedad de la época" (Pérez Lo Presti, 2006: 161).

mutilando una cultura nacional, para dejarla “sujeta a la repetición inconsciente del mismo fenómeno que cometió [y dando lugar a] un sofisma nacionalista [que] nos llevaría a descartar análogas situaciones morales que se han planteado en otros ámbitos” (Santí, 1997:265).

Desde el golpe de Estado en contra de Allende, Julio Cortázar fue uno de los escritores latinoamericanos que alzaron la voz para criticar, en palabras de Sara Moirón, “la noche del fascismo [que] cubre el cono sur”. Así, entre escritores como García Márquez –amigo de Fidel Castro, de Salvador Allende y del general Omar Torrijos–, Pedro Vuscovich, Armando Uribe, Juan Bosch, entre otros, Cortázar participa en Bruselas como parte del jurado del Tribunal Russell II⁷² en abril de 1974, para juzgar los crímenes de la dictadura chilena (Moirón, 1986:19-20, 64).

Cortázar señala las circunstancias del escritor latinoamericano a mediados del siglo XX, cuando dice que el escritor “...no puede llevar a cabo una creación auténtica si se mantiene, o si trata de mantenerse separado de la historia que lo rodea y que lo acosa continuamente” (en Moirón, 1986: 65). En 1963, siendo miembro del jurado de los premios Casa de las Américas, en Cuba, Cortázar afirmó que escribir revolucionariamente, dentro o para una revolución, en realidad

...no significa [...] escribir obligadamente acerca de la revolución misma... Por mi parte, creo que el escritor revolucionario es aquel en quien se fusionan indisolublemente la conciencia de su libre compromiso individual y colectivo, con esa otra soberana libertad cultural que confiere el pleno dominio de su oficio. Si ese escritor, responsable y lúcido, decide escribir literatura fantástica o psicológica, o vuelta hacia el pasado, su acto es un acto de libertad dentro de la revolución y por eso es también un acto revolucionario aunque sus cuentos no se ocupen de las formas individuales o colectivas que adopta la revolución (citado por Couffon, 1995: 34).

En 1980, Cortázar divide su obra en tres etapas: “estética, metafísica e histórica”. Abarcando con la tercera etapa su “...compromiso con la Revolución cubana, con el gobierno de la Unidad Popular de Salvador Allende en Chile (1970-1973) y con el de los sandinistas en Nicaragua (1979-1990)”. Consciente de “que el

⁷² El primer Tribunal Russell fue establecido para juzgar los crímenes cometidos por los Estados Yankis en Vietnam (Moirón, 1986: 63).

compromiso ideológico de un escritor no debe en absoluto restringir su libertad creativa” (Menton, 1999: 621).

En el caso de los escritores que aceptaron las dictaduras y se desarrollaron sin dificultades en ellas, se encuentra el argentino Jorge Luis Borges, quien, dejando a un lado su extraordinaria capacidad literaria, fue una polémica constante debido a sus posiciones ideológicas, como él mismo dice: “...antagonista de la literatura comprometida, no quiero que mis opiniones interfieran en ella. Por lo demás, todos mis lectores saben que soy contrario al comunismo, al fascismo, al nacionalismo... Deseo ser consciente con mi propio sueño, no con una realidad cambiante”. Agregando que “...fui demócrata [...] cuando en Argentina serlo era estar a favor de los aliados. Pero no puedo ser socialista por creer en el individuo frente al Estado; por no admitir la intervención de éste en el arte” (en Cardona, 1996: 84-85).

Aunque Borges decía no gustarle hablar de política, consideraba que al menos en Argentina la democracia era un error, porque consideraba que en su país “es indigno hablar de democracia. Creo que si la gente puede votar podemos esperar las peores calamidades”. Con respecto a la dictadura de 1976, declara: “en Argentina creo que tenemos una dictadura, pero muy tímida, casi inexistente” (en Cardona, 1996: 99-100). Borges rehúso formar parte de una literatura de protesta, prefiriendo “temas metafísicos del hombre universal a los problemas inmediatos de los argentinos” (Menton, 1999: 528). No obstante, tanto Borges como Bioy Casares y Manuel Peyrou dan su apoyo al gobierno mexicano en la matanza de Tlatelolco el dos de octubre de 1968⁷³.

Lo anterior nos obliga a separar a todo autor de su obra, desmitificarlo. Recordando además que, en el caso de Borges, fue homenajeado por Pinochet y mantuvo relaciones con Videla. Por tanto, escribe Toriz, “entronizar la figura del autor ha sido una de las prácticas recurrentes para una crítica literaria burguesa, practicando formas cerradas de hacer literatura y sobre todo de enseñarla” (2007: 101-102).

⁷³ Es importante aclarar que fue Elena Garro quien solicitó el apoyo de Borges y Bioy Casares para con Díaz Ordaz. El 22 de octubre de 1968, por medio de un telegrama, Elena Garro les dice que los comunistas atacaron al pueblo y advierte del peligro de que los comunistas invadan México (Carballo, 2007: 12).

En cuanto al *Boom* literario latinoamericano, éste es considerado por algunos, entre ellos Rafael Conte, como un suceso comercial creado por las editoriales, de tintes políticos y con la mayoría de los novelistas con un éxito literario previo (en Peralta, 1996:50). Sin embargo, explica Santí, "...como Borges, quien fue el verdadero padre del boom, pero que fue excluido del mismo por edad, por formación, y por sus opiniones, Cabrera Infante [*Tres tristes tigres*] fue un exiliado del club de los exiliados, comprobando así que, trátase de literatura o de política, algunas minorías somos más menores que otras"⁷⁴ (1997:277). Asimismo, si bien el Boom proporcionó el reconocimiento internacional de la literatura latinoamericana, también se degradó en "un horizonte de expectativas dominado por el realismo mágico" (Guerrero, 2007:14).

Cortázar, al igual otros escritores, entendió que el Boom, como expresión inglesa, no podía ser aplicado "a un fenómeno literario latinoamericano". Aunque, agrega, "...si algún mérito ha podido tener el 'boom' es que mostró definitivamente una voluntad de ir en busca de nuestra verdadera identidad de latinoamericanos, en busca de nuestras raíces más profundas". Reconociendo, termina Cortázar, que las obras relevantes de ese periodo habían sido "íntegramente escritas fuera de los países de sus autores, y aquí aludo concretamente a Vargas Llosa, García Márquez, Carpentier y Asturias" (en Moirón, 1986:68-69).

Para Vargas Llosa, la principal característica del Boom "...es la novela total, la novela ambiciosa, la novela que trata de abarcar la realidad en todos sus niveles: la realidad exterior y la realidad interior o mental. La novela total es fantástica, histórica, militar, social, erótica, psicológica", cargada por una preocupación política ineludible (citado por Benavides, 2007:19-20).

⁷⁴ Además, los que debieran ser considerados como iniciadores del Boom, dice Newman, "...no empezaron a publicar en la segunda mitad del siglo, sino en la primera. Y no fueron narradores, sino poetas [...]. Me refiero a esa generación de poetas que va de Vallejo a Neruda, de Huidobro a Storni o de Girondo a Parra [...]. Fueron ellos, los poetas latinoamericanos de la primera mitad de siglo, los que le volvieron a enseñar a hablar a nuestra lengua" (Newman, 2007: 23-24).

3.3. La literatura y las dictaduras en América Latina

Para Rafael Rodríguez, la novela *Amalia* del escritor argentino José Mármol (1818-1871), exiliado por trece años, es la primera en desarrollar su trama histórico entorno a una dictadura: la del dictador Juan Manuel de Rosas (1793-1877) en Argentina⁷⁵ (Rodríguez, 2006: 6). En Perú, Mercedes Cabello de Carbonera aborda la formación de la dictadura de Leguía en su novela *El conspirador* (1892). En Venezuela, Pedro María Morantes aborda la dictadura de Cipriano Castro con la novela *El cabito* (1909); Rufino Blanco-Fombona, con la novela *La máscara heroica* (1923), se concentra en la dictadura de Juan Vicente Gómez (Ramos, 1983: 21). Les seguirán algunas novelas que tratan primero la dictadura y después, desde *El recurso del método*, la figura del dictador⁷⁶:

Ramón del Valle-Inclán, *Tirano Banderas* (1926); Martín Luis Guzmán, *La sombra del caudillo*⁷⁷ (1928); Miguel Angel Asturias, *El señor Presidente* (1946); Jorge Zalamea, *El Gran Burundún Burundá ha muerto* (1952); Francisco Ayala, *Muertes de perro* (1958); Jorge Ibarquengoitia, *Los relámpagos de agosto* (1964); Demetrio Aguilera-Malta, *El secuestro del general* (1973); José I. de Diego Padró, *El hombrecito que veía en grande* (1973); Alejo Carpentier, *El recurso del método* (1974); Augusto Roa Bastos, *Yo, el Supremo* (1974); Pedro Jorge Vera, *El pueblo soy yo* (1976); [Gabriel García Márquez, *El otoño del Patriarca* (1976);] Mario Vargas Llosa, *La fiesta del chivo* (2000) (Rodríguez, 2006: 6).

Las dictaduras, dentro de su plan de limpieza, dedicaron esfuerzos serios en la erradicación de lo que llamaron “literatura subversiva”; por supuesto, todo nuevo régimen autoritario, ya sea de derecha o de izquierda, dedica parte de su tiempo a

⁷⁵ Será el cuento “El matadero”, escrito en 1838 por el argentino Esteban Echeverría, el que se desarrolle en un ambiente dictatorial, no obstante que no se menciona al dictador, dejando sentir su presencia en el cuento: “Quizá llegué el día en que sea prohibido respirar aire libre, pasearse y hasta conversar con un amigo, sin permiso de autoridad competente” (Echeverría, 1999: 17). No sólo las novelas permiten acercarnos a la realidad latinoamericana, también los cuentos ofrecen aspectos sociológicos del poder y de quienes lo ejercen. En “El Matadero” encontramos una crítica velada contra la dictadura de Rosas en el Río de la Plata y una masa embrutecida que sirve al Restaurador y a la Iglesia.

⁷⁶ Carpentier, Roa Bastos y García Márquez, son los primeros en representar el aspecto psicológico del dictador. Estos escritores no exponen directamente al dictador, sino que la nueva novela latinoamericana “lo presenta en múltiples planos, y lo estudia con profundidad psicológica y en varias dimensiones artísticas. Este escritor busca lo que está detrás de la escena sanguinolenta del totalitarismo” (Ramos, 1983: 66, 74).

⁷⁷ Esta novela, editada en España debido a la censura mexicana, refleja la violencia en la política mexicana de esos años, en los que, por ejemplo, ocurre la matanza de Huitzilac en 1927, de la que habla la novela; el relato será tratado como mera ficción y, al mismo tiempo, censurado por el gobierno. Sin embargo, el único sobreviviente, Francisco J. Santamaría, treinta años después relatará los hechos que resultaban desconocidos para la opinión pública (García y Machado 1994: 72).

inventarse un pasado que lo justifique y trata de uniformar la visión de un futuro como continuación del presente: no sólo se debe censurar; también se debe “*crear un público e inclusive unos escritores*”. No obstante, sin importar todas las medidas ejercidas a lo largo de la historia para destruir los libros, queda “el recurso más antiguo: la memoria” (Souto, 1973: 32, 37).

3.3.1. Mario Vargas Llosa y *La fiesta del chivo*

Antes de abordar la novela *La fiesta del chivo*, de Mario Vargas Llosa, mencionaremos brevemente su primera novela *La ciudad y los perros* (1962) y un par de entrevistas.

En *La ciudad y los perros* se tratan las condiciones por las que atraviesan un grupo de jóvenes en un colegio militar peruano: el Leoncio Prado⁷⁸, que llega a convertirse en un reflejo de la propia sociedad: “constituye una especie de muestrario nacional y produce una temática matriz en la novela: el cuestionamiento crítico de los valores militares que funcionan como una metáfora para los de la moderna sociedad peruana” (Sommers, 1976: 86).

Cuando un cadete muere durante una práctica, el director del colegio militar declara: “...lamentamos sinceramente lo sucedido, pero en el Ejército no se pueden cometer errores. Todo sentimentalismo es criminal [...] el orden y la disciplina constituyen la justicia [...] y son los instrumentos indispensables de una vida colectiva racional. El orden y la disciplina se obtienen adecuando la realidad a las leyes” (2007: 270, 402). Por lo que, concluye: “más fácil sería resucitar al cadete [...] que convencer al Ejército de que ha cometido un error” (421).

En consecuencia, uno es capaz de entender que “la doctrina más inmediata que allí se imparte contiene nociones tales como la necesidad de autoridad jerárquica, el valor de la disciplina, y el incuestionable rol del ejército como defensor del honor nacional”. Haciendo del Colegio y el Perú “más una asociación implícita [...] que [una] oposición o contraste” (Sommers, 1976: 87, 89).

⁷⁸ Cuando la novela ganó un premio en España, el Colegio militar Leoncio Prado (donde estudió Vargas Llosa), convocó a “una asamblea especial a la cual fueron invitados los ex-alumnos, y en la que se quemaron ejemplares de la novela” (Sommers, 1976: 85).

Un rasgo sobresaliente de esta novela, escribe Sommers, es que “no sólo [...] lamenta la degradación y deshumanización de la juventud, sino que constituye al mismo tiempo un examen literario de por qué esto es inevitable, dado el sistema social en que se desarrolla”. Así, no resulta una novela que señale explícitamente un problema, como lo hicieran las novelas de protesta social. Aunque hay en la novela de Vargas Llosa⁷⁹ “la profundidad y la fuerza de la interpretación crítica del Perú moderno [que] pueden considerarse como un modelo para el estudio de la narrativa de análisis social” (1976: 89, 90).

Para Enrique Krauze, el que Vargas Llosa se separara del régimen cubano y del socialismo, no significó una renuncia “al sufrimiento humano”, sino una búsqueda por solucionarlos con acciones prácticas que no limitaran o afectaran la libertad de los individuos (2007: 18).

Con el rompimiento de algunos intelectuales –Mario Vargas Llosa, Plinio Apuleyo Mendiza, Octavio Paz y otros– con el régimen cubano por el “caso Padilla” (1971), nos dice Carlos Alberto Montaner –preso político y más tarde embajador de los Estados Unidos ante la Comisión de los Derechos Humanos de la ONU–, que la novela *La ciudad y los perros* “...tuvo dos tipos de perseguidores [...]: los presos que deseaban conocer la obra de quien consideraban como ‘uno de los suyos’ [...], y los carceleros, que recorrían las celdas y galeras para extirpar el libro escrito por el ‘traidor’ peruano” (en Krauze, 2007: 19-20).

En 1969 se publica *Conversación en la Catedral*, en donde según Efraín Cristal, Vargas Llosa expone “la corrupción de las sociedades latinoamericanas”, hace un recorrido por la historia del Perú abarcando desde “la transición política de la dictadura de Manuel Odría (1948-1956) a la primera elección presidencial de Fernando Belaúnde Terry (1963)”. Aunque en la novela también se descubren las posiciones ideológicas del autor al resaltar “la tensión entre la adhesión pública del joven Vargas Llosa a las causas revolucionarias y sus dudas privadas sobre la realidad de los partidos y gobiernos comunistas” (VV. AA., 2007: 42-43).

⁷⁹ Como buen liberal que es, en esta novela Vargas Llosa resalta el individualismo de los personajes en su lucha contra el sistema, sin que reciban apoyo de los demás, haciendo de sus luchas contra el sistema actos personales (Sommers, 1976: 92).

Vargas Llosa sostuvo una disputa pública con la junta militar peruana en 1974, criticando la política que el gobierno había aplicado a la prensa, defendiendo la “libertad de prensa”, sin considerar que en el caso chileno la prensa, apoyada por los Estados Unidos, sirvió como desestabilizador del programa de la Unidad Popular. Por lo que para algunos, Vargas Llosa se colocó a un lado de los intereses comerciales y la alta clase media (Sommers, 1976: 100-101).

En una entrevista que le realizó David Siller en 1975, Vargas Llosa considera que los países latinoamericanos son susceptibles de sufrir golpes de Estado debido a que “en las naciones del área no existe una tradición institucional democrática tan arraigada que elimine toda posibilidad de un cuartelazo”. Advierte que Argentina es la siguiente porque “si no se han quemado libros sí se han prohibido y siguen prohibiéndose muchos” (en Siller, 1994: 19, 20).

En la misma entrevista, acusa de intolerantes tanto a los militares de derecha como a los de izquierda. Considerando que el resultado de que un militar se convierta en político es un peligro para la sociedad porque

...el militar tiende siempre a trasladar a la vida social las fórmulas y costumbres de su institución y, consciente o inconscientemente, aspira a que los ciudadanos obedezcan también las órdenes ‘sin dudas ni murmuraciones’ [...]. Eso hace que los regímenes militares, no sólo de derecha sino también de izquierda, patinen hacia el autoritarismo (1994: 20).

Vargas Llosa pone como ejemplo de un régimen de izquierda autoritario al del general José Velasco Alvarado en Perú, en donde Alvarado aplicó reformas que favorecen a los sectores marginados –entrega de tierras a campesinos; apoyo a los obreros; nacionalización del petróleo–; pero sin saber enfrentar la crítica y la oposición, atacándola y sometiéndola. Para este escritor, “en el origen de todo déspota o dictador coexisten seguramente el miedo y la sed de poder”. Al comentar sobre el golpe de Estado de 1973 en Chile, a dos años de ocurrido, considera:

Lo que desconcierta sobre todo es la desproporción de la represión con la resistencia que ha enfrentado el régimen de Pinochet. Esos asesinatos interminables, esa generación de la tortura son inexplicables si uno no piensa que la Junta fascista está tratando, mediante esos horrores, de destruir a un fantasma que ha fabricado previamente y que lo asusta y odia (en Siller, 1994: 20).

Para Vargas Llosa resulta equivocado pensar que una obra literaria puede reformar a una sociedad, ya que para él esa es una labor de los hombres y no de los libros. En cambio, dice: “los libros no solucionan los problemas de los hombres sino, más bien, son consecuencia y reflejo de ellos y, por otro lado, contribuyen a provocar nuevos problemas. Pienso que en eso está su utilidad”. Las novelas, agrega, “...son un testimonio permanente de que las cosas andan mal, de que la realidad está mal hecha, de que la vida no es suficiente [...] y por eso es necesario que surja esa otra realidad, esa otra vida, que es la ficción” (en Siller, 1994: 21-22).

En una entrevista realizada por José Miguel Oviedo, Vargas Llosa declara que todo lo que había escrito estaba “basado en experiencias propias de mi país... Son características que se encuentran en la realidad peruana” (en Sommers, 1976: 101). En otra entrevista, hecha por Samuel Gordon en diciembre de 1976, expresa que

...una obra de arte en general, una novela en particular, alcanzan una grandeza literaria no tanto en la medida en que expresan una realidad objetivamente, sino en la que la contradicen subjetivamente y toman una distancia frente a ella. Utilizando sus propios elementos, llegan a constituir algo que es distinto a esa realidad. Creo que en eso está la originalidad de la literatura; lo que hace que la literatura no sea sociología, historia ni periodismo, y realmente sea creación, imaginación. Por lo tanto, sirve para descubrir exactamente ese proceso de transformación de la realidad en irrealidad, en esa realidad contraria (2005: 64).

Desde el punto de vista de Vargas Llosa, la “buena” literatura es aquella realista, y la única mala es aquella irreal, matizando que “...una literatura de ciencia ficción, una literatura fantástica, en la medida que es simbólica y que a través de esos fantasmas, de esos personajes sobrenaturales, extraordinarios, se expresan deseos, pulsiones que son males y que son reales, también es literatura realista”. Es decir, que hablamos de “una literatura que, con otros personajes, con otros temas, finge la realidad”. Refiriéndose a su propio caso, nos señala:

...no he hecho literatura que sea puramente imaginaria en lo que se refiere a lo anecdótico. Ahora, creo que en lo que se refiere a la estructura, a la organización de la materia, hay una gran independencia de la realidad en lo que he escrito [...]. En ese sentido, mis novelas no encajan dentro de lo que se llamó novela realista en el siglo pasado (en Gordon, 2005: 77-78).

Su literatura, nos dice él mismo, se encuentra “vinculada a una realidad verificable que es la del Perú contemporáneo, incluso a instituciones y lugares que son explícitamente mencionados”, por lo que es posible confrontar la novela con la realidad peruana. Sin embargo, aclara:

...en la novela, lo más importante no es aquello que está subordinado a la realidad, sino aquello en lo cual se emancipa de la realidad. Ese elemento añadido que a mí me parece que es la esencia misma de la literatura, puede llegar a tener la apariencia de la realidad, pero nunca es realidad. Es decir, en la medida que existe y no está tomada de la realidad, sino añadida a ella en la ficción (en Gordon, 2005: 78).

Pasando ahora a la novela *La fiesta del chivo* (2000), Vargas Llosa se ubica en 1961 para relatar el último día de los 31 años de la dictadura de Leónidas Trujillo. A éste, el día de su muerte le entregan la lista de conspiradores, la cual incluye al embajador de los Estados Yankis y al arzobispo primado de las Indias, antiguos aliados. El mes de mayo será el fin para un dictador que comenzó a resultar incómodo e impresentable; considerado con anterioridad: “Centinela de Occidente, Benefactor de la Patria, Salvador de la Patria, Padre de la Patria, Restaurador de la Independencia Financiera, Campeón de la Paz Mundial, Protector de la Cultura, Primer Anticomunista de las Américas, Líder Egregio, Ilustrísimo y Generalísimo” (Galeano, 2001: 210).

Vargas Llosa presenta a un Trujillo que se empolvaba la cara para esconder sus rasgos haitianos, una tez morena que despreciaba (42). Un Trujillo, que siendo jefe de la Policía Nacional, más tarde del Ejército Nacional –ambas creadas por los invasores yankis–, realiza una serie de intrigas que le permiten “derrocar a Horacio Vázquez y, en 1930, en las primeras elecciones amañadas de su larga historia de fraudes electorales, hacerse elegir Presidente de la República” (114).

Eliminados todos los caudillos que podían significarle alguna oposición, se decide a “reconstruir el país, que se cae a pedazos” (116). En 1961, a sus 70 años, se habla de Trujillo como

...el salvador de la Patria, el estadista que devolvió a manos dominicanas las aduanas antes administradas por los yanquis, que resolvió el problema de la deuda externa con los Estados Unidos, ganándose el nombramiento, por el Congreso, de Restaurador de la Independencia Financiera, que creó unas Fuerzas Armadas modernas y profesionales, las mejores equipadas en todo el Caribe [...]. Todos creían

al Chivo [...] el que acabó con las guerras de caudillos, con el peligro de una nueva invasión haitiana, el que puso fin a la dependencia humillante de los Estados Unidos –que controlaba las aduanas, impedía que hubiera una moneda dominicana y daba su visto bueno al Presupuesto– y que, a las buenas o a las malas, llevó al gobierno a las cabezas del país (119 y 203).

Vargas Llosa pone en la voz del senador Agustín Cabral el recuerdo de éste hacia Trujillo, a quien considera el hombre que salvó a su pueblo: “El Jefe encontró un paisito barbarizado por las guerras de caudillos, sin ley ni orden, invadido por los hambrientos y feroces vecinos [Haití]”, que entre otras cosas

...pervertían nuestra religión católica [...], violaban a nuestras mujeres, estropeaban nuestra cultura, nuestra lengua y costumbres occidentales e hispánicas, imponiéndonos las suyas, africanas y bárbaras [...] El Jefe cortó el nudo gordiano: [...] No sólo justificaba aquella matanza de haitianos del año treinta y siete; la tenía como una hazaña del régimen. ¿No salvó a la República de ser prostituida [...] por ese vecino rapaz? ¿Qué importan cinco, diez, veinte mil haitianos si se trata de salvar un pueblo? (2003: 16-17).

La cercanía, el sentirse parte del hombre que mantiene un poder tan grande impulsaba a los hombres a darlo todo por él, manteniéndose con “...los ojos alertas, el corazón esperanzado, aguardando un gesto, un ademán que les permitiera acercarse al Jefe, escucharlo, merecer un diálogo, aunque fuera una recriminación. Todo menos ser mantenidos lejos” (2003: 17). Así, en las casas de muchos dominicanos, aparecen placas que señalan: “En esta casa Trujillo es el Jefe”, como una muestra de su fidelidad incondicional (18-19).

El hermano de Trujillo, Petán, quien se había vuelto dueño de estación de raído La Voz Dominicana, decidió adelantar las noticias, inmediatamente secundado por el resto de las emisoras, debido a que Trujillo se levantaba a las cuatro y “sabían que él escuchaba radio mientras se rasuraba, bañaba y vestía, y se esmeraban” (33). Entre otras cosas, La Voz Dominicana se encargaba de hacer triunfadores a los hijos de Trujillo, ganando, por ejemplo, la Copa Aperture en un torneo de polo en París, con el equipo dominicano bajo el liderazgo de Ramfis y Radhamés (35).

Pese haber sido condecorado en el Vaticano con la Gran Cruz de la Orden Papal de San Gregorio, por Pío XII, además de haber firmado un “Concordato entre la República Dominicana y el Vaticano, que Balaguer negoció y Trujillo firmó en

Roma, en 1954”, lo que significó “un formidable espaldarazo para su régimen y su figura en el mundo católico”, desde el 25 de enero de 1960 se había leído la Carta Pastoral del Episcopado en todas las misas, inaugurándose “la campaña de la Iglesia Católica contra el régimen” (34).

En respuesta, “en Radio Caribe leían una carta de protesta de centenares de obreros porque no se incluyó sus firmas en el Gran Manifiesto Nacional ‘contra las maquinaciones perturbadoras del obispo Tomás Reilly, traidor a Dios y a Trujillo” (35). Vargas Llosa señala en la novela que Perón se lo había advertido a Trujillo, antes de salir hacia su exilio español: “Cuídese de los curas, Generalísimo. No fue la rosca oligárquica ni los militares quienes me tumbaron; fueron las sotanas. Pacte o acabe con ellas de una vez” (38).

Al parecer Trujillo sabía identificar a los traidores, pero esto no era más que la paranoia del poder que le permitía estar siempre alerta y probando constantemente a sus colaboradores. Aquellos que resultaban sospechosos, simplemente acababan en cárceles como La Cuarenta, La Victoria, en isla Beata, o como alimento de los tiburones (37).

Trujillo resulta, escribe Vargas Llosa, “ese hombre incansable, que podía trabajar veinte horas seguidas, y, luego de dos o tres horas de sueño, comenzar el nuevo día al amanecer, fresco como un adolescente. Ese hombre que, según la mitología popular, no sudaba, no dormía, nunca tenía una arruga en el uniforme, el chaqué o el traje de calle” (118). No obstante lo anterior, el escritor humaniza a Trujillo presentándolo con los problemas naturales de un hombre anciano, en este caso sufriendo de incontinencia, orinándose en cualquier momento, sin notarlo.

Los medios de desinformación funcionan en razón de los intereses de Trujillo, vía el sistema de Inteligencia, que tenía al frente a Johnny Abbes García. Así, El Foro Público se encargaba de acusar, difamar o calumniar a cualquiera, teniendo “...a las gentes en vilo, pues de lo que se dijera allí de ellas dependía su destino, por las intrigas y operaciones contra, a veces, gente apolítica, digna, ciudadanos pacíficos que, por alguna razón, habían caído en las infinitas redes de espionaje de Johnny Abbes [...] y su multitudinario ejército de caliés” (59). Para Trujillo, el interés

principal de mantener a Johnny Abbes era que así la responsabilidad de la represión cometida contra los ciudadanos se le adjudicaba a éste.

Un ejemplo de la situación de un individuo que cae en desgracia, lo presenta Vargas Llosa con Agustín Cabral, que de forma similar en la novela *El Proceso*, de Franz Kafka⁸⁰, es acusado de un crimen que desconoce. Al parecer, es sólo una forma, un juego utilizado por Trujillo para mantener alertas a sus subordinados y hacerles entender que sólo gracias a él han conseguido triunfar (277-308).

Durante la dictadura los dominicanos fueron “machados por la propaganda⁸¹, por la falta de información, embrutecidos por el adoctrinamiento, el aislamiento, despojados de voluntad y hasta curiosidad ante el miedo y la práctica del servilismo y la obsecuencia”, con la intención de que “llegaran a divinizar a Trujillo” (82).

Se pretendía que no sólo lo temieran, sino que también lo quisieran, “como llegan a querer los hijos a los padres autoritarios, a convencerse de que azotes y castigos son por su bien⁸²” (82). No es casual entonces que al morir Trujillo y ante la incapacidad de los gobiernos posteriores, algunos dominicanos “añoraban ahora a Trujillo”; se olvidaran “los abusos, los asesinatos, la corrupción, el espionaje, el aislamiento, el miedo: vuelto mito el horror. Todos tenían trabajo y no se cometían tantos crímenes” (140).

También la oligarquía tuvo que someterse al dictador si querían mantener sus privilegios, ya fuera vendiéndole sus empresas o comprándole “parte de las suyas y contribuir de este modo a su grandeza y poderío”. Era un sistema creado por Trujillo en el que todos terminaban siendo cómplices: “un sistema del que sólo podían ponerse a salvo los exiliados (no siempre) y los muertos”. Por tanto, “de una manera

⁸⁰ Inclusive un personaje menciona la adaptación cinematográfica de Orson Welles, de *El Proceso*.

⁸¹ Para Stefan Zweig, la propaganda no es otra cosa que “la mentira organizada” (Zweig, 1993: 134). Y para esto, los intelectuales del régimen podían proporcionar una propaganda efectiva. Porque “conociendo esa autoridad de los escritores, los organismos oficiales y militares, a su vez, trataban de enganchar a todos los hombres de prestigio moral e intelectual, en su servicio de incitación. Debían explicar, demostrar y jurar que todo el mal se hallaba acumulado en la parte contraria, y que todo el derecho, toda la verdad, eran privativos de la nación” (Zweig, 1993: 135).

⁸² En razón de esto podemos aceptar la idea de Leibniz de que “mediante una sumisión tan vergonzosa, las mentes de los hombres serán progresivamente intimidadas y aplastadas hasta que por último lleguen a ser incapaces de todo sentimiento. Acostumbrados a los malos tratos y habituados a soportarlos pacientemente, acabarán por considerarlos como una fatalidad que no les queda más remedio que soportar; descenderán todos juntos por el camino real que lleva a la esclavitud” (citado en la Introducción a Mayer, 1966: XVII). Haciendo que con la pérdida de nuestra capacidad de sorprendernos e indignarnos, habituados a la violencia, aceptemos la violencia del fuerte como algo natural y, por tanto, necesario.

u otra, todos habían sido, eran o serían parte del régimen”. No se podía decir que no, sin arriesgar la vida (207).

Es hasta 1958 cuando Trujillo parece cometer una serie de excesos, como “el atentado contra el Presidente venezolano Rómulo Betancourt”, que los Estados Yankis comprenden “que ese aliado resultaba un estorbo, que era prudente buscar algo más presentable” (153).

En 1961, Rómulo Betancourt guía las sanciones económicas de la OEA en contra de la República Dominicana y, gracias al petróleo venezolano, logra que los Estados Yankis exijan cuentas a Trujillo. Pero éste, quien sobornó y aduló al Senado y la Cámara de Representantes yanqui –los cuales ahora le daban la espalda–, todavía tiene amigos, uno de ellos es el sargento retirado Simon Gittleman, quien abandonó sus negocios en Arizona, indignado por la ofensiva contra Trujillo de la Casa Blanca, Venezuela y la OEA, bombardeó la prensa norteamericana con cartas, recordando que la República Dominicana fue durante toda la Era de Trujillo un baluarte del anticomunismo y el mejor aliado de los Estados Yankis en el hemisferio occidental (28-29). Sin embargo, en 1961 la CIA ya había entregado los fusiles que habrían de matar a Trujillo (114).

Por lo que se prepara su asesinato en mayo de 1961, “para evitar que el régimen hundiera del todo al país y precipitara otra revolución comunista, estilo Cuba”. Dicho atentado contaba “...con el respaldo de [...] Henry Dearborn, John Banfield y Bob Owen, de la legación, [y] habían dado su apoyo formal y encargado al responsable de la CIA en Ciudad Trujillo, Lorenzo D. Berry [...] que les suministrara dinero, armas y explosivos” para quitar a Trujillo y evitar “un segundo Fidel Castro” (437).

Con el atentado, Henry Chirinos “...presentó en el Congreso la moción dando al general Ramfis Trujillo los poderes supremos de la jerarquía castrense y autoridad máxima en todas las cuestiones militares y policiales de la República”, especialmente para la represión de todos aquellos involucrados en el atentado; además, Chirinos “instruyó a diputados y senadores sobre la nueva política que impulsaba el Presidente, destinada no a negar el pasado ni rechazar la Era Trujillo, sino a superarla dialécticamente, aclimatándola a los nuevos tiempos” (508-509).

El gobierno quedó “...encabezado por Balaguer que hacía gestos y declaraciones asegurando que el país se democratizaba, y un poder militar y policial, manejado por Ramfis, que seguía asesinando, torturando y desapareciendo gente con la misma impunidad que cuando el Jefe” (538).

Cuatro meses después de la muerte de Trujillo, regresaban los exiliados y había “mítines [...] de jóvenes que decapitaban las estatuas de Trujillo y arrancaban las placas con su nombre y los de su familia” (482). En cambio, poco antes “había escenas desgarradoras, llantos, alardes histéricos, entre los que ya habían alcanzado las graderías de Palacio y se sentían cerca de la cámara fúnebre del Generalísimo” (502).

Trujillistas hasta el 30 de mayo de 1961, los dominicanos se unieron a las convocatorias de los estudiantes, la Unión Cívica, el Movimiento 14 de Junio y, aunque al principio eran débiles, conforme se perdía el miedo iba aumentando “el rechazo a Trujillo [...]. Y, en un clima de antitrujillismo popular, los asesinos de Trujillo se convertirían en poderosas figuras políticas” (512-513). Así, el 18 de noviembre de 1961, con la huída de los hijos de Trujillo, Henry Chirinos presentó “en el Congreso [...] una ley nombrando a Antonio Imbert y Luis Amiama [quienes participaron en el atentado y habían sobrevivido a la represión] generales de tres estrellas del Ejército Dominicano, por servicios extraordinarios prestados a la nación” (541).

En el caso de Abbes García, éste sabía que cuando Trujillo muriera muchos intentarían vengarse de sus crímenes cometidos como jefe del aparato de represión e Inteligencia, por lo que huyó del país y se convirtió en asesor de Duvalier en Haití, “...pero, al cabo de un tiempo comenzó a conspirar contra su nuevo jefe, apoyando los planes subversivos de un yerno del dictador haitiano, el coronel Dominique” (567), por lo que fue ajusticiado por el aparato represivo de Duvalier: “mataron a Johnny Abbes, mataron a la mujer de Johnny Abbes, mataron a los dos hijos [...], a las dos sirvientas” (568).

Para el gobierno yanqui bastaba con una simulación constitucional y un Presidente de la República representándola, siendo “su cargo decorativo”, no obstante, “muerto Trujillo, [Balaguer] se cargaba de realidad” (490).

Joaquín Balaguer, quien escribió un discurso titulado “Dios y Trujillo: una interpretación realista”, “reeditado cada año por el Instituto Trujilloniano” y convertido en “lectura obligatoria en las escuelas y texto central de la Cartilla Cívica, destinada a educar a escolares y universitarios en la Doctrina Trujillista” (322), da un discurso a la prensa en el que señala cómo “la obra de su Excelencia el Generalísimo Dr. Rafael L. Trujillo Molina ha alcanzado tal solidez que nos permite, al cabo de treinta años de paz ordenada de liderato consecutivo, ofrecer a América un ejemplo de la capacidad latinoamericana para el ejercicio consciente de la verdadera democracia representativa” (107).

Balaguer, “poeta, profesor y abogado de veinticuatro horas”, estuvo junto a Trujillo desde 1930, cuando fue llamado por éste para que lo ayudara en su campaña electoral y desde entonces sería “trujillista incondicional”, un “competente y discreto servidor en todos los cargos diplomáticos, administrativos y políticos que le confió” (314). Muerto Trujillo y él como presidente, con su “discurso [...] en las Naciones Unidas [2 de octubre de 1961], condenando la dictadura de Trujillo y prometiendo una democratización ‘dentro del orden’, hizo renacer la esperanza en la prisión” (481). Balaguer anuncia a la Asamblea General el nacimiento de “una democracia auténtica y un nuevo estado de cosas’, [...] reconoció, ante el centenar de delegados, que la dictadura de Trujillo había sido anacrónica, una feroz conculcadora de libertades y derechos” (515).

En las elecciones presidenciales de 1963, Juan Bosch resulta ganador y, entre las medidas que tomó: “se negó a comprar aviones de guerra, anunció la reforma agraria y la ley de divorcio y aumentó los salarios obreros”. Siete meses después, los generales Toni Imbert y Wessin y Wessin, ambos “de la Escuela de las Américas de Panamá”, dan el golpe de Estado, siendo reconocida la junta militar rápidamente por los Estados Yankis (Galeano, 2001: 224). Cuando en 1965 el pueblo se levanta en armas contra los dos generales, Lyndon B. Johnson, decidido a evitar otra Cuba, envía hasta 42 mil marines a República Dominicana; asimismo, solicita ayuda en “esta Cruzada de Occidente”, a la que responden “la dictadura militar del Brasil, la dictadura militar del Paraguay, la dictadura militar de Honduras y la dictadura militar de Nicaragua [enviando] tropas [...] para salvar la Democracia amenazada por el

pueblo”. Finalmente, 132 noches después, “las tropas invasoras no consiguen instalar en el poder al general Imbert, ni al general Wessin y Wessin, ni a ningún otro general” (Galeano, 2001: 229-231).

Para terminar, compartiendo la opinión de Carlos Franz, *La fiesta del chivo*, más que una novela, es una tragedia, porque a pesar de que la muerte de Trujillo libera a la República Dominicana, inmediatamente

...la isla, liberada por la venganza, es dirigida después por Balaguer, el presidente títere que el propio Chivo manipula [...] ‘Todavía flota algo de esos tiempos aquí’. Y, sobre todo, los tiburones del Caribe no pueden devolver a los desaparecidos. Los muertos no reciben justicia [...] Y los vivos que han muerto un poco con ellos, tampoco (VV. AA., 2007: 48).

3.3.2. Alejo Carpentier y *El recurso del método*

En su novela *El recurso del método* (1974), Alejo Carpentier (1904-1980) nos presenta al “dictador ilustrado” latinoamericano, el dictador que es suma de los dictadores del continente. Este dictador utiliza métodos y recursos usados antes y después por las dictaduras latinoamericanas.

Desde el punto de vista de Carpentier, en América Latina “la Historia se mezcla con la Fantasía; la imaginación tiene sus raíces en una realidad de por sí milagrosa [...], la cual es capaz de engendrar motivos más extravagantes e ingeniosos que los que la ficción literaria podría prodigar”. Haciendo posible expresar una realidad latinoamericana “ficticia sin perder su concreción y coherencia” (Ramos, 1983: 127).

En *El recurso del método*, Carpentier resalta los recursos y métodos utilizados por el dictador para sostenerse en el poder. Por ejemplo, en el caso de una crisis social y la falta de recursos para adquirir armamentos, el dictador solicita, vía su hijo en Washington, la compra de armamento moderno a cambio de “la cesión, a la United Fruit Co., de la zona bananera del Pacífico” (Carpentier, 2002: 32-33). Un sacrificio de la soberanía nacional justificado en la perpetuación del dictador en el poder.

Este dictador amaba el lenguaje, “cobrando una fama de maestro del idioma cuyo tono contrastaba con el de las machaconas, cuartelarias y mal redactadas proclamas de su adversario” (2002: 48). Había perdido su nombre y su pasado; ahora era el Supremo, el Patriarca, el Primer Magistrado, el Generalísimo... “Con la ancha banda encarnada que, por tan largos años, hubiese sido el emblema de su Investidura y Poder” (339). Poder por el cual finge desinterés, aludiendo al cansancio de gobernar y lamentando que “el pueblo todo no confiaba en su honestidad, desinterés y patriotismo”. Anunciando en una ocasión su decisión de

...abandonar el poder, [...] confiar sus responsabilidades al Presidente del Senado, en espera de que se celebraran elecciones por las cuales algún varón ejemplar, cualquier ciudadano virtuoso, más capacitado que él para regir los destinos de la Nación, pudiese ser elevado a la presidencia, a menos –a menos, digo– que un plebiscito determinara lo contrario (83-84).

Es entonces que la maquinaria represora comienza a funcionar: “Voces misteriosas, voces solapadas, voces insidiosas, empezaron a cuchichear [...] que cualquier voto, aunque secreto, sería conocido por las autoridades campesinas o municipales”. El resultado fue el esperado:

Un creciente terror se fue apoderando de los empleados públicos –que eran muchos. Las voces misteriosas, por otra parte, insinuaban ahora, con tono más alzado [...], que las grandes empresas mineras, bananeras, manufactureras, etc., licenciarían a quienes se mostraran adversos a la permanencia del Primer Magistrado en el poder. Los maestros serían arrojados de sus aulas. Se revisarían severamente las declaraciones fiscales de ciertos comerciantes [...] que siempre burlaban de algún modo los organismos recaudadores. Se recordaba a tiempo que todo extranjero de reciente nacionalización podría ser privado de su carta de ciudadanía y devuelto al país de origen, si caía en fea categoría de indeseable, anarquista o ácrata (84-85).

Cuando la opinión internacional, en este caso en Francia –el único lugar “donde la opinión ajena [...], para él, [tenía] algún valor”–, comienza a atacar los excesos del dictador, éste desea que surja alguna distracción internacional. A falta de eso, considera que mediante “fondos” que apoyasen a ciertos periódicos, podría reinterpretarse a Paraguay y al Primer Magistrado en particular (102). Por tanto, ya tiene preparada su justificación al decir que

...frente a poblaciones a menudo incultas y revoltosas, pronto seducidas por ideologías disolventes y subversivas [...]; frente a una infiltración de ideas libertarias, anarquistas, un gobierno enérgico sólo podía tomar determinaciones enérgicas, sin poder impedir que, a veces, una soldadesca provocada, hostilizada, exasperada, se entregara a deplorables excesos, pero, sin embargo, no obstante, desde luego que... (102-103).

Pero lo salva “el pistoletazo de Sarajevo, seguido de los disparos que, en el Café du Croissant, mataron a Jaurès” (105). Así, con la atención del mundo en otro lado, el Primer Magistrado hallaba “sosiego y reposo [...], a la sombra de los cañones en flor” (146). La guerra también le permite utilizar libremente el recurso de la represión, justificando ante el medio internacional las medidas tomadas en razón de la necesidad de proteger a la nación de peligros:

Entrarían en la guerra los Estados Unidos, entraríamos en la guerra nosotros, se galvanizaría el sentimiento patriótico, y como el estado de guerra implica, de hecho, un permanente estado de emergencia, organizaríamos, a compás del Himno Nacional, La Marsellesa, God Save the king, Dios salve al Zar y el Star and Spangled banner, la más formidable redada de opositores, conspiradores, ideológicos sospechosos –germanófilos todos, en este caso– que se hubiese visto nunca en el país [...]. Lo que en realidad interesaba a las gentes no era que los aliados ganaran o perdieran la guerra, sino que la guerra durara lo más posible. Con tres, cuatro, cinco años más de guerra, nos volveríamos una gran nación (162, 166).

En el caso de la soledad y la locura del poder, éstos se manifiestan al saberse el Primer Magistrado

...odiado, aborrecido por los más, y la conciencia de ello le acrecía, por reacción contra lo exterior, las satisfacciones y gozos que hallaba en el servilismo, la solicitud, las adulancias, de quienes dependían de él, consustanciando sus intereses, su prosperidad, con el mayor alargamiento posible de un mandato olvidado de cuanto fuese legalidad y Constitución (122).

El Primer Magistrado temía “el triste fin del tirano Rosas, fenecido oscuramente en Swathling, olvidado por todos [...]. No quería parecerse a Porfirio Díaz, el de México, muerto en vida, que paseaba su propio cadáver [...] por las avenidas del Bois” (129). Se da cuenta que ante la necesidad de cambiar su discurso, gastado por los años, la falta de enemigos y con una Prusia haciendo ruido en el mapa de Europa, debe sumarse “a la Santa Cruzada de la Latinidad”. Por tanto, consciente de que el líder de los rebeldes, Walter Hoffman es prusiano, arguyó

que la victoria de éste "...y de su camarilla significaba una germanización de nuestra cultura [...]. El rebelde era vivo espejo de la barbarie prusiana que, no solamente se había desatado sobre Europa, sino que pronto amenazaría estas Tierras del Futuro" (126-127).

La represión está dirigida a todos aquellos que critiquen al gobierno. Mientras se otorga "libertad de crítica, polémica, discusión y controversia, cuando se trata de arte, literatura, escuelas poéticas, filosofía clásica, los enigmas del Universo, el secreto de las pirámides, el origen del Hombre Americano, el concepto de Belleza, o lo que por ahí se ande... Eso es cultura" (155). Además, se admiten las celebraciones, porque, "entregadas a una catarsis multitudinaria, olvidaban las gentes cualquier adversidad o contingencia" (206).

Los Estados Yankis aparecen en esta novela con su desde entonces usual método de hacer prevalecer sus intereses, basados en la protección de sus intereses: por lo que en cuanto la rebelión parece desbordarse,

...con asomos de un sindicalismo inspirado en doctrinas foráneas, antipatrióticas, inadmisibles en nuestros países, el Embajador de Estados Unidos ofrecía una rápida intervención de tropas norteamericanas para salvaguardar las instituciones democráticas [...] –'Sería humillante para nuestra soberanía'– observó el Primer Magistrado–: [...] Porque ellos, además, son de los que vienen por tres semanas y se quedan dos años, haciendo los grandes negocios (72).

Volviendo al uso del lenguaje, para el Primer Magistrado todo se resumía en "cosa de vocabulario". –'Cada cual tiene el suyo: ellos hablan de *Defender la Democracia*; nosotros, de *Defender el Orden Establecido*' [...] –'Acaso podríamos hacer vibrar la cuerda del honor nacional: inadmisible intromisión de los yankis en los asuntos interiores del país... Nuestro pueblo aborrece a los gringos'" (251).

El rechazo a la intervención yanqui –que no le permitiría ejercer el poder con entera libertad– da como resultado una propaganda adversa. Así, por ejemplo,

...en largo editorial, el especialista de asuntos latinoamericanos del New-York Times hacía un implacable análisis de nuestra bancarrota, hablaba de represiones policiales y de torturas [...], recordando que el Primer Magistrado, puesto en la categoría de los Rosas, del Doctor Francia –quien fuera Dictador Vitalicio del Paraguay–, Porfirio Díaz, Estrada Cabrera, de Guatemala, y Juan Vicente Gómez, de Venezuela [...], llevaba cerca de veinte años en el Poder (217).

En cambio, la prensa nacional, sometida, “se entregaba, con creciente maestría [...] a explotar el sensacionalismo de la crónica roja, el hecho de sangre, el acontecimiento insólito” (219).

Pero la inestabilidad social es inevitable y ocurría debido a que, pese a la prosperidad del país, “el creciente costo de la vida tenía al pobre de siempre en la miseria de siempre [...] a pesar de la aparente bonanza de sueldos. De ahí que los estudiantes, los intelectuales, los agitadores profesionales [...] se hubiesen compactado poco a poco en un sordo movimiento de oposición” (161). Entonces, después de un atentado fallido contra el Magistrado Supremo, el Jefe de la Policía Judicial dice al consejo reunido:

Ya que guerra había, a la guerra se respondería con guerra [...] –‘Pero, para que haya guerra, es preciso saber dónde están los enemigos’ –observó el Presidente. – ‘Déjelo por mi cuenta. Sé donde empezar. Ya tengo algunos nombres en mi lista. Si quiere se la leo...’ –Mejor no, Capitán. Sería capaz de ablandarme ante algunos. Pongo mi confianza en usted. Proceda. Pronto y fuerte (179).

Debido a que los atentados y la prensa clandestina seguían sucediéndose, el enemigo pudo ser identificado, seleccionado mejor dicho: “El Oro de Moscú”. El Ministro del Interior lanzaba la acusación de que todos los problemas eran causados porque “esos bolcheviques estaban vendiendo el tesoro [...] para costear una subversión internacional”. El Primer Magistrado tuvo dudas, pero al continuar los atentados,

...la realidad del Oro de Moscú se impuso en [su] mente [...]. No eran vanas fantasías de humoristas las caricaturas de *Le Rire* que mostraban un oso lanzando bombas [...] sobre el mapa de Europa, ni la imagen del Pulpo Rojo que, desde las cúpulas de San Basilio, alargaba los tentáculos hacia todos los extremos del globo. Uno de esos tentáculos se había colocado en nuestro país (227).

Cuando uno de los rebeldes, un Estudiante, es atrapado, se sostiene un diálogo en el que éste le señala al Primer Magistrado que a los rebeldes no les interesaba que lo mataran, “porque una Junta Militar tomaría el poder, y todo seguiría igual o peor”, por ende, lo que les interesaba era un levantamiento de todo el pueblo (238-239). En respuesta, el Primer Magistrado le dice que “...si implantaran el socialismo acá, a las cuarenta y ocho horas tendrían ustedes a los marines

norteamericanos en Puerto Araguato [...]. No te olvides que los gringos son los romanos de América” (240).

Sabiendo que el Primer Magistrado lo mataría, le advierte que sería mala publicidad para su gobierno. La respuesta del Primer Magistrado es contundente: “la Ley de Fuga es mentira universalmente aceptada. Como la del suicidio del fugitivo, o el del que se ahorcó en su celda porque se olvidaron de quitarle los cordones de sus zapatos” (242).

Con respecto al papel de la Iglesia dentro de la dictadura, es clave su participación en el adoctrinamiento de la nación. Por ejemplo, el Arzobispo da un sermón en el que dice:

Si ahora conocía el país una era de progreso y abundancia jamás sospechados, era prueba de que el Todopoderoso [...] sabía distinguir a quienes, ajenos a vanas filosofías [...], ajenos a ciertas doctrinas sociales tan impías como disolventes y ajenas a nuestra idiosincrasia, habían sabido salvaguardar las tradiciones religiosas y patriarcales de la Nación –esto dicho por el prelado con gesto que, descendiendo de la paloma del Espíritu Santo que sobre su cabeza se mecía, había apuntado al Primer Magistrado (167).

Pero la inestabilidad se agrava y las autoridades no pueden seguir sometiendo a la población, que “...despertaban de una mansedumbre, una modorra, una resignación de treinta años, para pasar repentinamente, cuando menos se esperaba, a una violencia que los sociólogos de acá tenían por ajena a la bondad congénita, característica del temperamento nacional” (247-248). Es así que el Primer Magistrado se iba “confinando [...] en una isla, isla con atalayas, miradores, muchas rejas y simétrico adorno de palmas, que era el Palacio Presidencial” (248).

Finalmente, cuando los años le pesan y la inestabilidad es ya una rebelión evidente, el dictador observa, junto al Agente Consular que lo pone en resguardo mientras llega la lancha que lo sacará del país, cómo sus estatuas y demás imágenes son arrojadas al mar. El Agente Consular le señala, lo que me parece la declaración más lúcida de la novela sobre dictadores:

Ahora, esas estatuas tuyas descansarán en el fondo del mar [...]. Y allá por el año 2500 o 3000 las encontrará la pala de una draga, devolviéndolas a la luz [...] Pasará lo mismo con que las esculturas romanas de mala época [...]: sólo se sabe de ellas que son imágenes de un *Gladiador*, *Un Patricio*, *Un Centurión*. Los nombres se

perdieron. En el caso suyo se dirá: 'Busto, estatua, de *Un Dictador*. Fueron tantos y serán tantos todavía, en este hemisferio, que el nombre será lo de menos' (292-293).

3.3.3. Augusto Roa Bastos y *Yo el Supremo*

Con respecto al paraguayo Augusto Roa Bastos (1917-2005), éste fue voluntario del servicio de enfermería hacia el final de la Guerra del Chaco entre Paraguay y Bolivia (1932-1935); perseguido por sus notas periodísticas se exilió en Argentina (1947-1976) y más tarde en España y Francia; vio desde afuera la dictadura de Alfredo Stroessner (1955-1989); y fue privado de su ciudadanía paraguaya y concedida la española en 1983; en el 2001 publicó su novela *Los conjurados del Quilombo del Gran Chaco*, sobre la guerra de la Triple Alianza (1865-1870) entre Argentina, Brasil y Uruguay contra Paraguay.

Se considera la obra cumbre de este escritor la novela *Yo el Supremo* (1974), en donde deja hablar al dictador paraguayo José Gaspar Rodríguez de Francia, siguiendo los apuntes que éste hizo en su "Cuaderno Privado", el cual era un "libro de comercio de tamaño descomunal, de los que usó El Supremo desde el comienzo de su gobierno para asentar de puño y letra, hasta el último real, las cuentas de tesorería" (Roa Bastos, 1985: 19). Dicha novela, en palabras de Roa Bastos, es la segunda de una trilogía que trata el "monoteísmo del poder", junto a *Hijo de hombre* (1960) y *El Fiscal* (1993), ésta última es una crítica a la dictadura de Stroessner (citado por Rohena, 2007).

La novela gira entorno a "la historia encarnada de un gobernante que tuvo probablemente entre los dictadores de América Latina la mayor suma de poder real sobre la colectividad de su tiempo". Sin embargo, Roa Bastos niega el carácter de libro de historia de la novela: "tomo la referencia histórica como materia prima para reelaborarla completamente y transformarla en obras de ficción, yo diría, casi puras" (citado en BBCMUNDO.com [27 de abril del 2005]). Continúa en otra entrevista: "Para mí la historia forma parte de una realidad como materia prima de una obra imaginaria, en este caso una novela, que a su vez se convirtiera en una historia de segundo grado" (citado por Ramos, 1983: 40).

En una entrevista realizada en noviembre de 1990 por Rosales y Zamora, declara:

Así como la literatura clásica nos ha dado una reinterpretación de la realidad y podemos internarnos en los periodos de la historia y de la cultura de antaño, la literatura contemporánea cumple ese rol. No pretende probar nada, solamente trata de aclarar los enigmas sociales de cada región sobre la base de una concepción universal de la humanidad (1994: 254).

Para este escritor, el dictador, en tanto personaje mítico, lo llevó a “elaborar una nueva forma de concebir” al personaje y sus relaciones con un contexto internacional –histórico, social, cultural– en Paraguay y el resto de América. Además, agrega, “...a esto va unido otro de los elementos, que podría parecer metafísico, y es el hecho de esa vieja pesadilla de la especie: la búsqueda de lo absoluto. En determinado momento veo que la empresa de este hombre representa una búsqueda de lo absoluto” (Ramos, 1983: 39).

En el Cuaderno Privado, con sus miles de folios, “*El Supremo* había asentado [...] inconexamente, incoherentemente, hechos, ideas, reflexiones, menudas y casi maniáticas observaciones sobre los más distintos temas y asuntos; los que a su juicio eran positivos en la columna del Haber; los negativos, en la columna del Deber” (Roa Bastos, 1985: 19-20). Por lo que la narración de la novela no es más que para el Supremo “un Balance de Cuentas” (1985: 48). Mientras, en la “Circular Perpetua”, expone su Verdad al pueblo, necesariamente perpetua para no perder su poder de palabra (Tedio, 2004). Porque “a la letra le da igual que sea verdad o mentira lo que se escriba con ella” (Roa Bastos, 1985: 391). Sin embargo, los “apuntes históricos” de Roa Bastos se vuelven fundamentales para contrarrestar la verdad única del dictador en su monólogo, su dictado (Ramos, 1983: 33):

Si el hombre común nunca habla consigo mismo, el Supremo Dictador habla siempre a los demás. Dirige su voz delante de sí para ser oído, escuchado, obedecido. Aunque parezca callado, silencioso, mudo, su silencio es de mando. Lo que significa que en *El Supremo* por lo menos hay dos. El Yo puede desdoblarse en un tercero activo que juzgue adecuadamente nuestra responsabilidad en relación al acto sobre el cual debemos decidir (Roa Bastos, 1985: 20).

Roa Bastos nos dice de este personaje, de este caudillo, que obtuvo poderes dictatoriales desde 1814 hasta 1840 en la primera república de América Latina: considerado como un dictador ilustrado, cerró las fronteras e implantó un sistema de autosuficiencia económica –“este rigor está puesto por entero al servicio de la Patria. Defenderla a todo trance de sus enemigos sean éstos de dentro o de fuera”–; se mostraba benevolente, paternalista, con el pueblo; en lugar de pactar con la Iglesia – como hicieron otros países latinoamericanos– le quitó su poder y se levantó como cabeza de la iglesia en Paraguay, haciendo lo mismo con las élites económicas; creó su policía secreta y evitó la anexión de Paraguay a Brasil, Uruguay o Buenos Aires. Alejó a las potencias extranjeras para convertirse en soberano absoluto.

La novela inicia con un panfleto de protesta en contra del dictador y su gobierno. La respuesta del Supremo es la de preguntarse, la de no entender: “¿de qué me acusan estos anónimos papelarios? ¿De haber dado a este pueblo una Patria libre, independiente, soberana? Lo que es más importante ¿de haber dado el sentimiento de Patria? ¿De haberla defendido desde su nacimiento contra los embates de sus enemigos de dentro y de fuera?” –haciendo referencia a los españoles, a los que persiguió y paulatinamente fue eliminando su influencia– (33).

El dictador resalta su odio hacia los escritores y se lamenta de que estos “puede que no dispongan de un cabo de lápiz, de un trozo de carbonilla. Pueden no tener luz ni aire. [Pero] tienen memoria” (7). Con respecto al folleto, firmado supuestamente por él –usando su propia palabra contra él–, dice: “ahora se atreven a parodiar mis Decretos Supremos. Remedan mi lenguaje, mi letra, buscando infiltrarse a través de él; llegar hasta mí desde sus madrigueras. Taparme la boca con la voz que los fulminó. Recubrirme en palabra, en figura” (6).

El Supremo se jacta de su odio hacia los escritores. Escribe, por ejemplo, que

...aquí en el Paraguay, antes de la Dictadura Perpetua, estábamos llenos de escribientes, de doctores, de hombres cultos, no de cultivadores, agricultores, hombres trabajadores, como debiera ser y ahora lo es [...]. Les puse el pie encima. Se volvieron pasquinos, panfletos [...]. Los que pudieron salvar el pellejo, huyeron [...]. No tienen cabida en nuestra sociedad campesina [...]. Debiera haber leyes en todos los países que se consideran civilizados, como las que he establecido en el Paraguay, contra los plumíferos de toda laya [...]. Truhanes, rufianes de la letra escrita. Arrancárase así el peor veneno que padecen los pueblos (34, 69).

Tampoco en su sociedad caben las élites: “Hasta que recibí el Gobierno, el don dividía aquí a la gente en don-amo/siervo-sin-don. Gente-persona/gente-muchedumbre. De un lado la holganza califaria del mayorazgo godó-criollo. Del otro, el esclavo colgado del clavo” (39). Con su llegada, se propuso hacer “que ninguno sea lo bastante rico para comprar a otro, y ninguno lo bastante pobre para verse obligado a venderse [...]. La igualdad no se da sin la libertad” (40). Por supuesto, él estaría por encima de todos, de todo.

A la Iglesia romana la convirtió en paraguaya y, dice el Supremo, “dejé a la iglesia que se gobernara por sí misma con entera libertad, sobre la base del Catecismo Patrio Reformado” (338). Con respecto al ejército, en el Cuaderno Privado escribe: “se acabó el ejército de parásitos [...]. Desde hoy, el pueblo mismo será el ejército: Todos los hombres y mujeres, adultos, jóvenes y niños en condiciones de servir en el Gran Ejército de la Patria. Único, invisible, invencible” (385-386).

El Supremo se explica, es él quien nos habla:

Entré a gobernar un país donde los infortunados no contaban para nada, donde los bribones lo eran todo. Cuando empuñé el Poder Supremo en 1814, a los que me aconsejaron con primeras segundas intenciones que me apoyara en las clases altas, dije: Señores, por ahora pocas gracias. En la situación en que se encuentra el país, en que me encuentro yo mismo, mi única nobleza es la chusma. No sabía yo que en los días de aquella época el gran Napoleón había pronunciado iguales o parecidas palabras (40).

Lo anterior puede revelar el por qué una sociedad, harta de tantas desigualdades, se deja seducir por su discurso. Como todo caudillo, el Supremo no sólo se vale de la violencia para someter a una nación; también utiliza el paternalismo. Por lo que se entienden sus palabras cuando dice, dicta:

Yo sólo mando lo que mucho puedo. Mas como Gobernante Supremo también soy vuestro padre natural. Vuestro amigo. Vuestro compañero. Como quien sabe todo lo que se ha de saber y más, les iré instruyendo sobre lo que deben hacer para seguir adelante. Con órdenes sí, mas también con los conocimientos que les faltan sobre el origen, sobre el destino de nuestra Nación [...]. En otros países donde la anarquía, la oligarquía, las sinarquías de los apátridas han entronizado a los déspotas, estos métodos acaso fueran eficaces. Aquí la generalidad del pueblo se encarna en el Estado. Aquí puedo afirmar yo sí con entera razón: El Estado-soy-Yo, puesto que el pueblo me ha hecho su potestario supremo (34, 171).

La soledad del poder le resulta insuperable: "...investido del Poder Absoluto, El Supremo no tiene viejos amigos. Sólo tiene nuevos enemigos". Más adelante, hablando del poder como una carga –obviamente el Supremo es quien habla–: "Si continúa habiendo esclavos en la República ya no se sienten esclavos. Aquí el único esclavo sigue siendo el Supremo Dictador puesto al servicio de lo que domina" (42-43). Dicho esclavo advierte que "después de mí vendrá el que pueda. Por ahora Yo puedo todavía" (113).

Más adelante, afirma su condición divina: "Yo he podido ser concebido sin mujer por la sola fuerza de mi pensamiento [...]. Yo no tengo familia [...]. Yo he nacido de mí y Yo solo me he hecho Doble. (*Nota de El Supremo*)" (135). En algunos comentarios que se recogen de Thomas Carlyle, éste se sorprende del "extraño universo el de tal hombre de quien se murmura que poseía un corazón endurecido, [...] puesto que las únicas seducciones a las que cedía eran sus ocupaciones" (196).

El Supremo no sólo teme acercarse al pueblo porque éste podría arrebatarse su poder, sino también por la urgencia de sentirse superior a ese pueblo, como un dios. Se queda solo con todo su poder, mismo "que se hace inoperante, inconexo de la realidad que palpita más allá de los umbrales del palacio presidencial". Haciendo que la nación camine sola, por la propia inercia del poder (Ramos, 1983: 33, 34).

Divididas las opiniones históricas con respecto a este Dictador, en su momento él mismo dice: "La casa de Gobierno [...] cornucopia del fruto-múltiple de la abundancia, loan unos, Palacio del Terror que ha hecho del país una inmensa prisión, croan los batracios viajeros, los oligarcones expatriados. ¡Qué me importa lo que digan estos tráfugas!" (Roa Bastos, 1985: 44).

Con respecto a su nacionalismo, el Supremo, en la Circular Perpetua le recuerda al pueblo que "los pasquineros consideran indigno que yo vele incansablemente por la dignidad de la República contra los que ansían su ruina. Estados extranjeros. Gobiernos rapaces, insaciables agarradores de lo ajeno [...]. Llámese Imperio del Portugal o del Brasil" (78). Advirtiendo al final: "La Hidra del Plata es precisamente la única que sigue insistiendo en su afán de apropiarse del

Paraguay. Destruirlo, mutilarlo, cercenarlo, ya que no ha conseguido anexarlo al conjunto de las pobres provincias sofocadas entre sus tentáculos” (80).

También habla sobre su visión del poder:

El Poder Absoluto está hecho de pequeños poderes. Puedo hacer por medio de otros lo que esos otros no pueden hacer por sí mismos. Los demás son lentes a través de los cuales leemos en nuestras propias mentes. El Supremo es aquel que lo es por su naturaleza. Nunca nos recuerda a otros salvo a la imagen del Estado, de la Nación, del pueblo de la Patria (63-64).

Hacia el final de su vida, cuando parece que comenzarán a disputarse su poder, dice en la Circular Perpetua que no existe “...ninguna necesidad de un contrapoder intermedio entre Nación/Jefe Supremo. Nada de competidores. Celosos de mi autoridad, sólo se empeñan en minarla en beneficio de la suya”. Por lo que lamenta haberse “...convertido en un personaje inútil, mi inutilidad ha dado cien años a mi pueblo. Lo ha hecho en consecuencia víctima de cien pasiones diferentes en lugar de gobernarlo con la única obsesión de un Jefe Supremo: Proteger el bienestar común, la libertad, la independencia, la soberanía de la Nación” (351-352).

En otra Circular Perpetua, declara la dificultad de su labor, porque

...además de Dictador Perpetuo debo ser al mismo tiempo Ministro de Guerra, Comandante en Jefe, Supremo Juez, Auditor Militar Supremo, Director de la Fábrica de Armamento. Suprimidos los grados de oficiales hasta el de capitán, yo solo constituyo la Plana Mayor completa en todas las armas. Director de Obras Públicas, debo vigilar personalmente hasta el último artesano [...]; todo esto sin contar el trabajo, los disgustos, las contrariedades que me dan ustedes, jefes, funcionarios civiles/militares, de todo el país (367).

Más adelante, es otro personaje el que habla sobre el poder, de la necesidad de no solo tenerlo, sino aparentarlo también:

Es peligroso decir al pueblo que las leyes no son justas porque las obedece creyendo que son justas. Hay que decirle que han de ser obedecidas como ha de obedecerse a los superiores. No porque sean justos solamente, sino porque son superiores [...]. El poder de los gobernantes [...] está fundado sobre la ignorancia, en la domesticada mansedumbre del pueblo. El poder tiene por base la debilidad. Esta base es firme porque su mayor seguridad está en que el pueblo sea débil [...]. La costumbre de ver a un gobernante acompañado de guardias [...] y demás cosas que inclinan al respeto y al temor, hace que su rostro, aun si alguna vez se ve solo, sin cortejo alguno,

imprima en sus súbditos temor y respeto, porque nunca el pensamiento separa su imagen del cortejo que ordinariamente lo acompaña (86-87).

El Supremo considera que “la mayor fuerza de un gobernante reside en el perfecto conocimiento de sus gobernados” (145). Además, nada es tan importante para él como el orden, porque “la libertad ni cosa alguna puede subsistir sin orden, sin reglas, sin una unidad, concertados en el núcleo del supremo interés del Estado, de la Nación, de la República” (164). Por lo que justifica su despotismo:

...en adelante no transigiría con nada ni con nadie que se opusiese a la santa causa de la Patria. Todas mis condiciones fueron aceptadas y establecidas en acta sujeta a estricto cumplimiento: Autonomía, soberanía absoluta de mis decisiones. Formación, bajo mi jefatura de las fuerzas necesarias para hacerlas cumplir [...]. Yo disculpo ciertos errores. No aquellos que pueden tornarse peligrosos para el orden en que viven los que quieren vivir dignamente. No tolero a aquellos que atentan contra el intocable, el inatacable sistema en que están asentados el orden de la sociedad, la tranquilidad pública, la seguridad del Gobierno (170-171).

Para terminar, en una nota al pie del “Compilador”, éste cita el folleto *Proclama de un Paraguay a sus Paysanos*, en donde fray Bel-Asco y Buenaventura Díaz de Ventura dicen entre otras cosas, que

...nuestro futuro Dictador vivió atormentado por el resentimiento que le producían las constantes alusiones a su origen bastardo. Logró con arterias un falso testimonio genealógico. Desde entonces, en el Cabildo, en todos los cargos públicos [...] que fueron peldaños para subir hasta el Poder Supremo, comenzará siempre sus presentaciones con las sacramentales palabras: Yo, el Alcalde de Primer Voto, Síndico Procurador General, natural de esta Ciudad de la Asunción, descendiente de los más antiguos hijosdalgo conquistadores de esta América Meridional. Creía ponerse así a resguardo de nuevos agravios contra su condición de hijo de un extranjero, de un advenedizo, de un mameluco paulista; sobre todo, del para él terriblemente injurioso y degradante calificativo de mulato, cuya marca candente le quemó el alma bajo el estigma de su oscura tez (297).

Capítulo 4

Gabriel García Márquez: política y literatura

El mundo acabará de joderse [...] el día en que los hombres viajen en primera clase y la literatura en el vagón de carga.

(*Cien años de soledad*)

4.1. El escritor y sus circunstancias

Para Gabriel García Márquez, ganador del premio Nóbel de literatura en 1982, el 2007 significó la celebración de los cuarenta años de la publicación de *Cien años de soledad* (1967), convirtiendo al autor en toda una celebridad internacional⁸³. Resulta curioso que García Márquez, quien recibió el reconocimiento por parte de la Real Academia de la Lengua en marzo del 2007 y la reedición de *Cien años de soledad*, escribiera en 1984: “uno de mis mayores defectos intelectuales es que nunca he logrado entender lo que quieren decir los diccionarios, y menos que cualquier otro, el terrible esperpento represivo de la Academia de la Lengua” (1989b:174).

Antes de los años noventa, García Márquez escribió 38 crónicas para el Universal de Cartagena; hizo cerca de 400 entregas a la columna satírica La Jirafa para el Heraldo de Barranquilla, firmándolas con el seudónimo de Séptimus; hizo crítica cinematográfica de El Espectador en París –quedándose en esta ciudad entre 1955 y 1957, debido a que el dictador Rojas Pinilla clausuró el periódico. En 1955 publicó *La hojarasca* y en 1961 la novela corta *El coronel no tiene quién le escriba*. Estudió cine en Roma. Estaba en Caracas cuando fue derrocado Marcos Pérez Jiménez; llegó a la Habana unos días después del triunfo de la Revolución; y mientras estuvo en México, desde 1962, trabajó en la publicidad y como guionista cinematográfico. Ha vivido en ciudades como Barcelona, México, Bogotá y Cartagena (Borge, 1989: 378-379; Menton, 1999: 511-512). Para Menton Seymour, *El otoño del patriarca* (1975) resulta “una de las mejores novelas sobre el dictador

⁸³ Una semana antes de la primera publicación de *Cien años de soledad*, una encuesta literaria hecha en Colombia daba como resultado que los colombianos “tenían una incapacidad total para crear novelas” (Borge, 1989:380).

latinoamericano publicadas en esos años por Carpentier, Roa Bastos, Aguilera Malta, Ibarguengoitia, Murena, Thorne y Avilés Fabila” (1999: 511-512).

García Márquez, en una entrevista de 1972, habla del *compromiso* del escritor como un compromiso con “la realidad total”, un compromiso político personal y con su obra. Por lo que para él “todo escritor está o debe estar comprometido políticamente”. Sin embargo, añade, “el compromiso político es sólo un aspecto de la realidad y considero grave que se prescindiera de los otros factores [...] me considero fundamentalmente político como ser humano y como escritor, pero no desatiendo la realidad de la vida” (en Moirón, 1986:160-161).

En cuanto al “deber revolucionario” de un escritor, dice el propio García Márquez, sólo depende de que aquél escriba bien:

Ese es su compromiso... mis reservas personales sobre lo que se conoce como novela social, se fundan en su carácter fragmentario, excluyente, maniqueísta, que condenan al lector a una visión parcial del mundo y de la vida. El fracaso de este tipo de novela en nuestros países nos autoriza a pensar que el lector latinoamericano, aunque no pueda expresarlo, se ha dado cuenta de aquella limitación. De modo que la gran paradoja de los escritores que con tanta fe han querido expresar el terrible drama político y social de nuestras mayorías, y nada más que ése, es que se han convertido en los autores más minoritarios del mundo (citado por Ramos, 1983: 61).

En otra entrevista, ésta para David Siller en 1976, García Márquez considera con respecto a su influencia tanto literaria como política, que “como militante político, mi papel en la revolución, antes que todo, es escribir novelas”. En esos días, afirmaba que ponía “su prestigio literario al no escribir”, como medio político para apoyar la revolución en América Latina y que no volvería escribir hasta que cayera Pinochet (en Siller, 1994:24-25).

Según Siller, hasta 1976 García Márquez había donado parte del dinero recaudado por la venta de sus libros a “grupos de izquierda”. En una ocasión donó dinero al Movimiento al Socialismo Venezolano (MAS), además de considerarse un militante político de dicho grupo (1994: 26, 27).

En 1976, advierte de la posibilidad de que la dictadura chilena sea el punto de partida para la implantación de gobiernos dictatoriales violentos. Del mismo modo, admite haber considerado al gobierno brasileño como el “gendarme del imperialismo

en América Latina, en el sentido de que al imperialismo le sería más fácil hacer sus fechorías en el futuro a través de sus gendarmes y no directamente” (en Siller, 1994: 28).

En el caso de la influencia de los libros en la sociedad, García Márquez considera que algunos “libros tendrán un valor político útil y prestarán un servicio no sólo a la sociedad, sino que contribuirán a transformar la realidad, que es una de las funciones importantes de la literatura” (en Siller, 1994: 30).

Con respecto al llamado realismo mágico, éste simboliza una realidad cotidiana de forma “objetiva, estática y precisa”, agregándole “algún elemento inesperado o improbable cuyo conjunto deja al lector desconcertado, aturdido, maravillado”. Mientras que lo real maravilloso es un “...término atemporal inventado en 1949 por Alejo Carpentier, [...] el realismo mágico [fue] inventado en 1925 por el crítico alemán Franz Roh (1890-1960)”. Lo que distingue a estas dos tendencias literarias es que, por un lado “lo real maravilloso se refiere al ambiente mágico de ciertas partes de América Latina donde la cultura tiene fuertes raíces indígenas o africanas”; por el otro lado, “el realismo mágico es una tendencia artística internacional, igual que el barroco, el romanticismo o el surrealismo”. El realismo mágico se desarrolla paulatinamente hasta llegar a los años sesenta con su obra representativa: *Cien años de soledad* (Menton, 1999: 305-306). Para Borges, en ésta novela el realismo se muestra como “una de las formas de la literatura fantástica” (citado por Argüelles, 1997: 86).

Gustavo Guerrero considera que el realismo mágico se convirtió en un mecanismo para encasillar, nuevamente, a la literatura latinoamericana, despreciándose, como se hizo en su momento con Rubén Darío (1867-1916) en Francia, a lo que se alejara de ser una muestra de lo exótico americano y pretendiera ser universal (2007:10-13)⁸⁴.

⁸⁴ Algunos escritores contemporáneos hablan de “asesinar” al realismo mágico como una tradición impuesta desde afuera, “dentro de la expectativa extranjera”, y ajena a la nueva narrativa del siglo XX (Guerrero, 2007: 14).

Para Benavides, las novelas surgidas del realismo mágico sugieren que la realidad “necesita renovadas fórmulas estéticas para ser abordada” (2007: 21). Esta opinión responde al parecer a que, si bien

...sabemos que la globalización ha facilitado [...] la circulación de los más variados modelos de escritura y ha ido relativizando la importancia de la referencia a los cánones y valores de las literaturas nacionales [...] también hay que decir, si estas ficciones se orientan hacia espacios internacionales, es en buena medida porque hoy encuentran allí más lectores que dentro de sus propios países (Guerrero, 2007: 13).

Considero que las novelas de García Márquez, como tantas otras, contienen características tomadas de la realidad y, como en toda novela, se le han agregado algunas re-interpretaciones de la realidad. Por lo cual, se puede decir que toda novela es fantástica y realista a la vez⁸⁵. Teniendo en cuenta que las palabras, “utilizadas como materia de arte, están repletas de significado y poseen un especial poder de sugerencia”. Entonces, en el caso de la metáfora, ésta “se basa en el parecido entre un plano real y un plano evocado. Sólo que el plano evocado posee casi siempre mayor intensidad o más expresividad que el mismo real” (Montes de Oca, 2003: 23, 50-51).

Así, por ejemplo, en *Cien años de soledad* el personaje que encarna Remedios la Bella responde o es el resultado de una realidad: según cuenta Pablo Boullosa, la fantasía de que Remedios la Bella se va por los cielos es una forma que utilizó una familia adinerada en un pueblo de Colombia para ocultar la fuga de su hija con un hombre y que, ante las preguntas de los vecinos, su familia inventó que se había elevado al cielo (Boullosa, 2007).

Desde la perspectiva de Carlos Monsiváis⁸⁶, la narración que hace García Márquez de la matanza realizada por la Compañía bananera, que se encargará de desaparecer todo vestigio incriminatorio, es una de las imágenes más realistas proporcionadas sobre las actividades de las empresas transnacionales en América

⁸⁵ Como escribe Montes de Oca: “la verosimilitud, o verdad poética, consiste en la conformidad del pensamiento con las cosas, no como son, sino como debieran ser, admitidas ciertas hipótesis o suposiciones”. Por ende, la verdad o su búsqueda, “es objeto del arte como lo es de la ciencia: el arte, como la ciencia, desdeña lo individual y busca lo universal; la razón es la facultad infalible que nos conduce a la belleza como nos conduce a la verdad” (1987: 21, 174).

⁸⁶ Para Monsiváis, la novela y la poesía son los “almacenes visuales de la sociedad” (Monsiváis, 2008).

Latina⁸⁷. En esa narración, dice Ramos, García Márquez contradice las versiones colombianas que ocultaron la matanza “por decreto”. Es así que “por más horrores y testimonios de terror que se hayan propalado de las dictaduras [...] no son suficientes para traducir todo el terror vivido por los que han padecido el totalitarismo” (1983: 130).

No obstante, antes Álvaro Cepeda Samudio en *La casa grande*, había hablado sobre la matanza, la cual ocurrió, comenta Guillermo Ochoa, en Aracataca en 1928, misma que “determinó la salida de las compañías norteamericanas, el fin de la fiebre del banano, el declinamiento de Aracataca y el principio de Macondo” (citado en Cardona, 1996: 127). Asimismo, en la novela *La región más transparente del aire* (1958), Carlos Fuentes narra la huelga de Río Blanco en 1905 con similar realismo⁸⁸.

Ya desde *La hojarasca* (1955), García Márquez había relatado los efectos ocasionados por las compañías transnacionales que se asientan en un país y hacen grandes fortunas, para finalmente irse a otros lugares donde puedan obtener mayores beneficios y menores costos:

Para entonces, la compañía bananera había acabado de exprimarnos, y se había ido de Macondo con los desperdicios de los desperdicios que nos había traído. Y con ellos se había ido la hojarasca, los últimos rastros de lo que fue el próspero Macondo de 1915. Aquí quedaba una aldea arruinada, con cuatro almacenes pobres y oscuros; ocupada por gente cesante y rencorosa, a quien atormentaban el recuerdo de un pasado próspero y la amargura de un presente agobiado y estático. Nada había entonces en el porvenir salvo un tenebroso y amenazante domingo electoral (1990: 132).

⁸⁷ En el libro *De Espartaco al Ché y de Nerón a Nixon (lecturas de historia universal)*, aparece el fragmento de la novela *Cien años de Soledad* donde se narra el proceso de instalación de una compañía bananera y la eventual masacre que provoca ante el descontento de los trabajadores. Gabriel García Márquez, “Las compañías bananeras”, pp. 349-351. Lo cual nos habla de la fuerza que la narración de este autor fue capaz de crear al ser incluida en dicha antología de textos económicos, políticos y sociales.

⁸⁸ “...Entonces fue cuando entraron las tropas de Rosalío Martínez, echándose sus descargas una tras otra, sin parar, mientras todos caían muertos en las calles, sin poder ni siquiera gritar, sin tener para dónde voltear del ruido y el polvo que levantaba esa metrallera. Pues hasta las casas los seguían y allí los balaceaban, sin averiguar nada. Y a los que se metieron al monte, allá los fueron a buscar y a matar sin decir nada. Ya a esas horas nadie abría la boca, ni las tropas ni los trabajadores. No había más ruido que el de las balas [...] Hubo un batallón de los rurales que no quiso disparar, y luego fue exterminado por los soldados de Rosalío. Después nomás se vio cómo salían las plataformas de ferrocarril repletas de cadáveres y a veces nomás de piernas y cabezas. Los fueron a echar al mar en Veracruz, y a los del Círculo de Obreros que quedaban en Río Blanco luego luego los ahorcaron allí mismo” (Fuentes, 2005: 113).

Lo anterior es uno de los medios que García Márquez utiliza para la construcción de sus novelas, entendiendo que “la imaginación es una facultad especial que tienen los artistas para crear una realidad nueva a partir de la realidad en que viven”. Justamente, dice Márquez, “en América y el Caribe, los artistas han tenido que inventar⁸⁹ muy poco, y tal vez su problema ha sido el contrario: hacer creíble su realidad” (1989 b: 174).

¿Hacer creíble la realidad latinoamericana frente a quién? Para lograrlo, dice García Márquez, “sería necesario crear todo un sistema de palabras nuevas para el tamaño de nuestra realidad”. Por lo que, a pesar de que este escritor “traspone con recursos poéticos” la realidad, “no hay una sola línea –dice– en ninguno de mis libros que no tenga su origen en un hecho real” (1989b: 176-178).

Entre la diversidad de temas, también trata en otras novelas el tema de la derrota tras la victoria, del olvido a que son condenados quienes hacen la revolución para otros, tal es el caso de *El coronel no tiene quien le escriba* y *El general en su laberinto*, en donde, por ejemplo, “Manuela sabía que [el desinterés de Bolívar] no era inconciencia ni fatalismo, sino la certidumbre melancólica de que había de morir en su cama, pobre y desnudo, y sin el consuelo de la gratitud pública” (1989a:16). En ésta novela, Márquez desmitifica la figura de Simón Bolívar, presentándolo como un ser humano “real”. Es descubierta la humanidad patética del dictador, es decir, una humanización de una figura que trata de evitar precisamente eso (Ramos, 1983: 39).

En *Cien años de soledad* se trata el mismo tema cuando menciona que

...la embriaguez del poder empezó a descomponerse en ráfagas de desazón [...]. Extraviado en la soledad de su inmenso poder, empezó a perder el rumbo. Le molestaba la gente que lo aclamaba en los pueblos vencidos, y que le parecía la misma que aclamaba al enemigo [...]. Tuvo la convicción de que sus propios oficiales le mentían [...]. ‘El mejor amigo –solía decir entonces– es el que acaba de morir’ [...].

No imaginaba que era más fácil empezar una guerra que terminarla. Necesitó casi un año de rigor sanguinario para forzar al gobierno a proponer condiciones de paz favorables a los rebeldes, y otro año para persuadir a sus partidarios de la conveniencia de aceptarlas. Llegó a inconcebibles extremos de crueldad para sofocar las rebeliones de sus propios oficiales, que se resistían a feriar la victoria, terminó apoyándose en fuerzas enemigas para acabar de someterlos (1992: 178, 181).

⁸⁹ Debemos tener en cuenta que “el verbo inventar viene del latín invenire, que significa ‘encontrar’, y, por lo tanto, de que su oficio consiste [...] en buscar” (Vásquez, 2007: 38).

También en *Cien años de soledad*, García Márquez habla de los liberales y los conservadores:

Los liberales, le decía, eran masones; gente de mala índole, partidaria de ahorcar a los curas, de implantar el matrimonio civil y el divorcio, de reconocer iguales derechos a los hijos naturales que a los legítimos, y de despedazar al país en un sistema federal que despojara de poderes a la autoridad suprema. Los conservadores, en cambio, que habían recibido el poder directamente de Dios, propugnaban por la estabilidad del orden público y la moral familiar; eran los defensores de la fe de Cristo, del principio de autoridad, y no estaban dispuestos a permitir que el país fuera descuartizado en entidades autónomas⁹⁰ (1992: 105).

Para Christopher Domínguez Michael, resumiendo la crítica que hace Vargas Llosa de la novela *Cien años de soledad*, ésta obra resulta la “novela total”, la cual “combina y concentra las tres principales experiencias literarias –la biográfica, la histórica y la social– a las que un escritor puede estar expuesto” (en VV. AA., 2007: 44).

4.2. La novela *El otoño del patriarca*

En la creación de *El otoño del patriarca*, García Márquez realiza una investigación histórica de los dictadores latinoamericanos, para la cual estuvo leyendo durante cerca de diez años todo lo relacionado con los dictadores de América Latina, esperando alejarse de la realidad⁹¹. Sin embargo, admite no haberlo logrado, debido a lo fantástico de la propia realidad:

La intuición de Juan Vicente Gómez era mucho más penetrante que una verdadera facultad adivinatoria. El doctor Duvalier, en Haití, había hecho exterminar los perros negros en el país, porque uno de sus enemigos [...] se había convertido en perro negro. El doctor Francia, cuyo prestigio filosófico era tan extenso que mereció un estudio de Carlyle, cerró a la república del Paraguay como si fuera una casa, y sólo

⁹⁰ Los enfrentamientos entre liberales y conservadores han tenido un mismo objetivo, aunque distinto parezca el camino: llegar al poder, mandar; los ideales son lo que menos importan, son adaptables (Ydígoras, 1982: 63-64). Stendhal, en su novela *Lucien Leuwen*, define a los conservadores como “legitimistas locos, egoístas y cortesés, que adoran el pasado”; mientras que los de izquierda son “republicanos locos, generosos y estúpidos, que adoran el futuro” (citado por Vizinczey, 1992: 54).

⁹¹ Según Rafael Rodríguez, García Márquez reunió para la creación de su dictador algunos elementos históricos de los dictadores Christopher Columbus, Lope de Aguirre, Juan Vicente Gómez, José Gaspar Rodríguez Francia, Juan Manuel Rosas y Rafael Leónidas Trujillo (Rodríguez, 2006:7).

dejó abierta una ventana para que entrara el correo. [...] Anastasio Somoza García [...] tenía en el patio de su casa un jardín zoológico con jaulas de dos compartimientos: en uno estaban encerradas las fieras, y en el otro, separado apenas por una reja de hierro, estaban sus enemigos políticos... (1989b: 178).

El recuento podría seguir en cualquier nación latinoamericana, como en México, en donde el brazo de Obregón fue enterrado y anunciado como un monumento nacional –robado en los años setenta y por el que se exigió un rescate–; o el caso de Madero, a quien al parecer los espíritus le dijeron que escribiera *La sucesión presidencial*, libro importante en la historia revolucionaria de México; se podría continuar sin creer cómo la historia se encuentra repleta de estos casos que parecen ficciones.

En el discurso de agradecimiento al recibir el premio Nobel de literatura en 1982, García Márquez ya había mencionado algo similar:

La independencia del dominio español no nos puso a salvo de la demencia. El general Antonio López de Santana, que fue tres veces dictador de México, hizo enterrar con funerales magníficos la pierna derecha que había perdido en la llamada Guerra de los Pasteles. El general García Moreno gobernó al Ecuador durante 16 años como un monarca absoluto, y su cadáver fue velado con su uniforme de gala y su coraza de condecoraciones sentado en la silla presidencial. El general Maximiliano Hernández Martínez, el déspota teósofo de El Salvador que hizo exterminar en una matanza a 30 mil campesinos, había inventado un péndulo para averiguar si los alimentos estaban envenenados, e hizo cubrir con papel rojo el alumbrado público para combatir una epidemia de escarlatina (García Márquez, 1982).

En el mismo discurso aborda la realidad política de América Latina en la segunda mitad del siglo XX:

No hemos tenido un instante de sosiego. Un presidente prometeico atrincherado en su palacio en llamas murió peleando solo contra todo un ejercito, y dos desastres aéreos sospechosos y nunca esclarecidos segaron la vida de otro corazón generoso, y la de un militar demócrata que había restaurado la dignidad de su pueblo. En este lapso ha habido 5 guerras y 17 golpes de estado, y surgió un dictador luciferino que en el nombre de Dios lleva a cabo el primer etnocidio de América Latina en nuestro tiempo. Mientras tanto 20 millones de niños latinoamericanos morían antes de cumplir dos años, que son más cuantos han nacido en Europa occidental desde 1970. Los desaparecidos por motivos de la represión son casi los 120 mil [...]. Numerosas mujeres arrestadas encintas dieron a luz en cárceles argentinas, pero aún se ignora el paradero y la identidad de sus hijos, que fueron dados en adopción clandestina o internados en orfanatos por las autoridades militares. Por no querer

que las cosas siguieran así han muerto cerca de 200 mil mujeres y hombres en todo el continente, y más de 100 perecieron en tres pequeños y voluntariosos países de la América Central, Nicaragua, El Salvador y Guatemala... (1982).

La idea de hacer una novela sobre un dictador, explica García Márquez, le llegó en 1958, en Caracas, una vez derrocado Pérez Jiménez. Siendo periodista en ese momento histórico de Colombia, estuvo presente cuando

...la Junta de Gobierno estaba reunida en un salón de Miraflores y en la antesala estábamos todos los periodistas de Caracas, a las cuatro de la mañana, esperando desde toda la noche el anuncio del destino de ese país que se estaba jugando en ese cuarto. En cierto momento, por primera vez, se abrió la puerta y salió un oficial en uniforme de campaña, con las botas embarradas, caminando de espaldas, apuntando hacia adentro con una metralleta... en ese instante, y no sé cómo, tuve la intuición de lo que es el poder (citado por Ramos, 1983: 158).

El otoño del patriarca re-presenta al conjunto de los dictadores latinoamericanos, pese a aparentar ser un dictador del área del Caribe. El libro es una serie de sucesivas imágenes que transcurren frente al lector y el narrador es todo un pueblo. Me parece que la única ficción evidente en la novela es la que se inventa el patriarca –la realidad creada por la locura del poder–, el resto es de un realismo encarnizado. Publicada en 1975, desde las primeras páginas el autor nos muestra características de un dictador, cualquiera, todos. Tratar al dictador como figura literaria, resultó una constante debido al contexto histórico en que se encontraban los escritores. Para García Márquez, el dictador

...es el único ser mitológico que ha producido América Latina, y su ciclo no está aún concluido, ni la literatura ha conseguido todavía hacerlo más humano que la realidad... A mí, de todos modos, no me interesaba mucho el tema del dictador feudal, sino más bien la oportunidad que me daba de reflexionar sobre el poder... siempre he creído que el poder absoluto es la realización más alta y más compleja del ser humano, y que eso resume, al mismo tiempo, toda su grandeza y toda su miseria (citado por Ramos, 1983: 40).

4.3. La figura del dictador en *El otoño del patriarca*

En los siguientes apartados se realiza una selección de algunas características que se encuentran en la novela *El otoño del patriarca* y que permiten reflejar al dictador latinoamericano.

4.3.1. El hombre mitológico

Este dictador, este patriarca, al que han visto en retratos y demás propaganda, parece que nadie lo ha visto en persona, sólo hay rumores de su existencia, es un fantasma con el poder de salvarlos o destruirlos. El miedo los fascina, como frente al abismo:

...sólo cuando lo volteamos para verle la cara comprendimos que era imposible reconocerlo aunque no hubiera estado carcomido de gallinazos, porque ninguno de nosotros lo había visto nunca, y aunque su perfil estaba en ambos lados de las monedas, en las estampillas de correo, en las etiquetas de los depurativos, en los bragueros y los escapularios, y aunque su litografía enmarcada con la bandera en el pecho y el dragón de la patria estaba expuesta a todas horas en todas partes, sabíamos que eran copias de retratos (García Márquez, 2006:8).

En la novela se trata de descifrar su origen, que los textos han borrado, suponiendo “...que era un hombre de los páramos por su apetito desmesurado de poder, por la naturaleza de su gobierno, por su conducta lúgubre, por la inconcebible maldad del corazón con que le vendió el mar a un poder extranjero y nos condenó a vivir frente a esta llanura sin horizonte⁹²” (55).

Ninguno puede asegurar haber conocido, siquiera haber visto al Patriarca:

...y desde niños nos acostumbraron a creer que él estaba vivo en la casa del poder porque alguien había visto encenderse los globos de luz una noche de fiesta, alguien había contado que vi los ojos tristes, los labios pálidos, la mano pensativa que iba diciendo adioses a nadie a través de los ornamentos de misa del coche presidencial [...] y sin embargo sabíamos que él estaba ahí, lo sabíamos porque el mundo seguía (9).

La confusión resulta natural, siendo la segunda ocasión que se lo encontraba así y, además, “...no nos parecía insólito, por supuesto, que esto ocurriera en nuestros años, si aun en los suyos de mayor gloria había motivos para dudar de su existencia, y si sus propios sicarios carecían de una noción exacta de su edad” (97).

⁹² Para Palau de Nemes, el tema de la venta del mar resulta en “una hipérbole consumada y una alegoría sin par en la narrativa de la dictadura. Se nutre de una péfida realidad histórica: las maquinaciones de los caudillos dominicanos Pedro Santana y Buenaventura Báez, entre 1845-1878, dispuestos a venderle el país al mejor postor [...] ...la bahía de Samaná, al noroeste de la isla, en el Atlántico, se convierte en botín” (citado por Ramos, 1983: 115-116).

Para algunos, al enterarse de su muerte se lamentan que "...habíamos terminado por no entender cómo seríamos sin él, qué sería de nuestras vidas después de él" (242). Porque el Patriarca así lo había previsto: "...no había otra patria que la hecha por él a su imagen y semejanza con el espacio cambiado y el tiempo corregido por los designios de su voluntad absoluta" (187).

García Márquez hace saber al lector que aunque ha muerto el patriarca, sus enemigos dudan que sea él, debido al misticismo del que se hizo cubrir durante todo su mandato:

Los textos oficiales de los parvularios lo referían como un patriarca de tamaño descomunal que nunca salía de su casa porque no cabía por las puertas, que amaba a los niños y a las golondrinas, que conocía el lenguaje de algunos animales, que tenía la virtud de anticiparse a los designios de la naturaleza, que adivinaba el pensamiento con sólo mirar a los ojos y conocía el secreto de una sal de virtud para sanar las lacras de los leprosos y hacer caminar a los paralíticos (54).

Encerrado en la casa del poder y sin importar que estuviera cercano su fin, la inercia del poder se mantiene, su imagen continúa moviéndose, es la imagen del poder:

...afuera continuaba su vida pública sin él, veíamos a diario en los periódicos del régimen las fotografías de ficción de las audiencias civiles y militares en que nos lo mostraban con un uniforme distinto según el carácter de cada ocasión, oíamos por la radio las arengas repetidas todos los años desde hacía tantos años [...], estaba presente en nuestras vidas al salir de casa, al entrar en la iglesia, al comer y al dormir, cuando era del dominio público que apenas si podía con sus rústicas botas [...] en la casa decrepita (276).

El patriarca anuncia grandes proyectos que por alguna razón nunca se llevan a cabo, quedan inconclusos o sencillamente son olvidados (72). Entiende que el problema del país "es que a la gente le sobra tiempo para pensar", por lo que crea medios para evitar esa función tan peligrosa: "...restauró los juegos florales de marzo y los concursos anuales de reinas de la belleza, construyó el estadio de pelota más grande del Caribe e impartió a nuestro equipo la consigna de victoria o muerte" (43). También mantenía la memoria llena de héroes nacionales, "porque una patria sin héroes es una casa sin puertas, decía" (65).

Con respecto a los escritores, después del paso de un ciclón, anuncia una amnistía para los presos políticos y acepta el regreso de los exiliados; excepto para

“...los hombres de letras, por supuesto, éstos nunca, dijo, tienen fiebre en los cañones [...] de modo que no sirven para nada sino cuando sirven para algo, dijo, son peores que los políticos, peores que los curas” (118). Aceptar el regreso de los exiliados era una forma de demostrar su poder y que contaba

...con el apoyo feroz de unas fuerzas armadas habían vuelto a ser las de antes desde que él repartió entre los miembros del mando supremo los cargamentos de vituallas y medicinas y los materiales de asistencia pública de la ayuda exterior, desde que las familias de sus ministros hacían domingos de playa en los hospitales desarmables de la Cruz Roja, le vendían al ministerio de la salud los cargamentos de plasma sanguíneo, las toneladas de leche en polvo que el ministerio de la salud le volvía a vender por segunda vez a los hospitales pobres, los oficiales del estado mayor cambiaron sus ambiciones por los contratos de las obras públicas y los programas de rehabilitación emprendidos con el empréstito de emergencia que concedió el embajador Warren a cambio del derecho de pesca sin límites de las naves de su país (118-119).

La nación, ante cualquier exceso de su régimen, cree que él no sabe nada, porque había dejado “...prosperar la creencia que él mismo había inventado de que era ajeno a todo cuanto ocurría en el mundo que no estuviera a la altura de su grandeza” (200). Así, por ejemplo, con los excesos de su esposa hacia las vendedoras del mercado, éstas sólo podían lamentarse: “Dios mío, si el general lo supiera, si hubiera alguien capaz de contárselo” (202). Pero no había forma de avisarle: “...nadie sabía desde entonces si él existía a ciencia cierta, se había vuelto invisible”; pero el odio del pueblo se concentró en su esposa (203).

Un grupo logra visitarlo, con la complacencia de los militares inconformes – ante el intermediario entre el poder y ellos en que se había convertido su esposa–; mientras recorren la casa del poder, un oficial de marina les muestra en el lodo una huella del patriarca: “...nos quedamos petrificados contemplando aquella impronta de una suela grande [...], y en esa huella vimos el poder, sentimos el contacto de su misterio con mucha más fuerza reveladora que cuando uno de nosotros fue escogido para verlo” (205).

Antes del asesinato de su esposa, sabiendo que los militares planeaban matarla, reunió al mando supremo, que años atrás había sido seleccionado por su gusto. Los militares lo ven y se dan cuenta que está

...más viejo y más remoto de lo que nadie hubiera podido imaginar, salvo las manos lánguidas sin los guantes de raso [...], todo lo demás era denso y sombrío, y cuanto más lo reconocíamos era más evidente que apenas le quedaba un último soplo para vivir, pero era el soplo de una autoridad inapelable y devastadora que a él mismo le costaba trabajo mantener a raya (215).

Al morir su esposa, el Patriarca vagaba "...en la casa vacía sin más oficio conocido que las consultas eventuales de los altos mandos o la decisión final de un consejo ministros difícil o las visitas perniciosas del embajador Wilson [que trataba] de convencerle de que le diera las aguas territoriales a buena cuenta de los servicios descomunales de la deuda externa", pero él se negaba, cualquier cosa menos el mar, decía entonces (220-221).

Con la llegada de Sáenz de la Barra, feroz torturador que paulatinamente iba apropiándose del poder, al Patriarca

...apenas si le daban ocasión de intervenir en los consejos de los nuevos ministros nombrados a instancias de alguien que no era él, seis doctores de letras de levitas fúnebres [...] que se anticipaban a su pensamiento y decidían los asuntos del gobierno sin consultarlos conmigo si al fin y al cabo el gobierno soy yo, pero Sáenz de la Barra le explicaba impasible que usted no es el gobierno, general, usted es el poder (235).

La inmortalidad es un recurso común en los dictadores, la idea de que seguirán en el poder durante toda su vida (que será larga) les llena la cabeza. Aunque la temen, creen que nunca se van a morir (11). Pero no sólo el dictador lo cree, también la nación llega a creerlo, porque se pensaba que el Patriarca no viviría para ver de nuevo el paso del cometa, "...pues desde hacía tiempo se había divulgado una especie como tantas otras de que el horario de su vida no estaba sometido a las normas del tiempo humano sino a los ciclos del cometa, que él había sido concebido para verlo una vez pero no había de verlo la segunda" (90).

Pero cuando inventan un cometa, entonces "...los órganos oficiales proclamaron el paso del cometa como una victoria del régimen contra las fuerzas del mal [...] se hizo público un mensaje solemne en que él había expresado mi decisión única y soberana de que estaré en mi puesto al servicio de la patria cuando volviera a pasar el cometa" (92-93).

El dictador no planea un futuro de la nación sin él (186) y cuando alguien intenta señalarle eso, responde "...asombrado que quién le ha dicho que yo me pienso morir" (283). Sabiendo que "...cuando yo me muera volverán los políticos a repartirse esta vaina [...], se volverán a repartir todo entre los curas, los gringos y los ricos" (187). Quedándose a vivir "solo en la casa desierta de su poder absoluto" (186). No importa que se convierta en un anciano incapaz de razonar:

Era difícil que aquel anciano irreparable fuera el único saldo de un hombre cuyo poder había sido tan grande que alguna vez preguntó qué horas son y le habían contestado las que usted ordene mi general, y era cierto, pues no sólo alteraba los tiempos del día como mejor conviniera a sus negocios sino que cambiaba las fiestas de guardar de acuerdo con sus planes para recorrer el país de feria en feria (100).

Un hombre supersticioso, ansioso por saber su futuro, su muerte. Que sabía cómo iba a morir desde que "...una tarde de los principios de su imperio en que recurrió a una pitonisa [...] donde se vio a sí mismo muerto de muerte natural [...] a una edad indefinida entre los 107 y los 232 años" (95). Siendo que la "suerte de la patria" se jugaba en "las adivinanzas de las barajas" (105).

El dictador esconde su pasado, borra de los libros de historia su vida anterior e inventa una fantástica. Así, los documentos desaparecen "...por la gracia de los artífices de la historia patria que había embrollado los hilos de la realidad para que nadie pudiera descifrar el secreto de su origen" (167).

Se forman un sinnúmero de ideas entorno al dictador. Podemos mencionar los comentarios que surgen de los guerrilleros que lo encuentran muerto, dudando que fuera él: "...nos hizo pensar que era cierta la leyenda corriente de que el plomo disparado a traición lo atravesaba sin lastimarlo, que el disparado de frente rebotaba en su cuerpo y se volvía contra el agresor, y que sólo era vulnerable a las balas de piedrad disparadas por alguien que lo quisiera tanto como para morirse por él" (53-54).

Asimismo, cuando lo encuentra muerto y ven sus ropas demasiado pequeñas, recuerdan que "...también se dijo en un tiempo que él había seguido creciendo hasta los cien años y que a los ciento cincuenta había tenido una tercera dentición". Sin embargo, se enfrentan a la realidad cuando descubren que

...en verdad el cuerpo roto por los gallinazos no era más grande que un hombre medio [...] y tenía unos dientes sanos [...], y tenía un pellejo color de hiel punteado de lunares de decrepitud sin una sola cicatriz y con bolsas vacías por todas partes como si hubiera sido muy gordo en otra época [...]. Al contrario de la ropa, las descripciones de sus historiadores le quedaban grandes (54).

Al verlo muerto, dudan que sea él, que finalmente muriera sin que el mundo explotara, teniendo en cuenta que

...los pocos periódicos que aún se publicaban seguían consagrados a proclamar su eternidad y a falsificar su esplendor con materiales de archivo, nos lo mostraban a diario en el tiempo estático [...], con más autoridad y diligencia y mejor salud que nunca a pesar de que hacía muchos años que habíamos perdido la cuenta de sus años, volvía a inaugurar en los retratos de siempre los monumentos conocidos o instalaciones de servicio público que nadie conocía en la vida real, presidía actos solemnes que se decían de ayer y que en realidad se habían celebrado en el siglo anterior [...] mientras los asuntos del gobierno cotidiano seguían andando solos y sólo por la inercia de su poder inmenso de tantos años (141-142).

La patria sigue su marcha sostenida por la imagen del dictador, imagen nutrida por quienes se benefician de la continuidad de la dictadura.

4.3.2. La represión social

La omnipresencia es una característica del dictador, “el gran hermano te observa”, escribió Orwell en su novela *1984* y esa presencia puede ser real, en parte debido a los aparatos de vigilancia y porque el dictador, al menos en esta novela, consiguió un doble que lo suplantara en eventos públicos, arriesgando la vida por la patria, mientras él permanece lejano, observando (14-15).

Para cazar a sus enemigos, a los asesinos de su esposa, el Patriarca recurre a su policía secreta: un aparato

...invisible de represión y exterminio que no sólo carecía de una identidad oficial sino que inclusive era difícil creer en su existencia real pues nadie respondía de sus actos, ni tenía un nombre, ni un sitio en el mundo, y sin embargo era una verdad pavorosa que se había impuesto por el terror sobre los otros órganos de represión del estado desde mucho antes de que su origen y naturaleza inasible fueran establecidos a ciencia cierta por el mando supremo (229-231).

Al mando del aparato de represión se encontraba Sáenz de la Barra y “...nada sucedía en el país ni daban un suspiro los desterrados en cualquier lugar del planeta [sin saberlo] al instante a través de los hilos de la telaraña invisible de delación y soborno con que tiene cubierta la bola del mundo” (253). Los torturadores, funcionarios del aparato de represión,

...en lugar de cartas de recomendación y certificados de buena conducta ofrecían testimonios de antecedentes atroces para que les dieran el empleo a las órdenes de los torturadores franceses [...], eran ellos los que hacían posible el progreso dentro del orden, eran ellos quienes se anticipaban a las conspiraciones mucho antes de que empezaran a incubarse en el pensamiento (253-254).

Pero inevitablemente el aparato de represión secreto, dentro de otro aparato de represión, se excede y provoca un descontento generalizado: “había firmado por novecientos dieciocho cabezas” sin que se encontrara a los responsables; no obstante, “...Sáenz de la Barra le había hecho notar que por cada seis cabezas se producen sesenta enemigos y por cada sesenta se producen seiscientos y después seis mil y después seis millones, todo el país, carajo, no acabaremos nunca, y Sáenz de la Barra le replicó que [...] acabaremos cuando ellos se acaben” (233). El Patriarca lo aceptaba: “...usted siga cumpliendo con su deber como mejor convenga a los intereses de la patria con la única condición de que yo no sé nada ni he visto nada” (252).

No obstante, cuando su poder se ve amenazado, incluso disminuido, por Sáenz de la Barra, además de que el descontento parece acercarse a una revuelta nacional, el Patriarca anuncia la supresión de dicho aparato y el castigo de los criminales que lo manejaban: “...inspirados por los ideales inmutables del régimen, bajo mi dirección personal e interpretando como siempre la voluntad del pueblo soberano habían puesto término en esta medianoche gloriosa al aparato de terror de un civil sanguinario” (261). Quedando él como salvador, porque “...todos dicen que usted no sabía nada mi general, que lo tenían en el limbo abusando de su buen corazón” (262).

4.3.3. El poder: locura y soledad

Enterado de que “en este país no hay presidente que dure”, pasará el resto de su vida cuidándose de enemigos reales o imaginarios (280). ¿Qué es lo que necesita estar cuidando el dictador? Perder su poder, esa sola idea lo hace ver enemigos en todas partes.

Por lo que antes de dormir, temeroso de despertar sin su poder, inseguro a pesar de los recursos de seguridad, recorre la casa presidencial cuarto por cuarto cerrándolos con llave, asegurándose de que los guardias estén completos; y se encierra en su cuarto, dejando afuera una lámpara “con la orden terminante de que no la apaguen nunca porque ésa era la luz para salir corriendo”. Volvía a recorrer la casa a las once, “por si alguien se hubiera infiltrado creyéndolo dormido”. Se duerme, pero sin sueño y se despierta “...empapado de sudor, estremecido por la certidumbre de que alguien lo había mirado mientras dormía, alguien había tenido la virtud de meterse” (76). Despierta en la madrugada y cree que son las ocho de la mañana y despierta a todos: “...se encendieron las luces, tocaron diana a las tres, la repitieron en la fortaleza del puerto [...], en los cuarteles del país, y había un estrépito de armas asustadas” (77-78).

No lo contradicen, todos se someten a que sea de mañana aunque todavía se vean las estrellas; en cambio, “...se abría paso deslumbrado por el día repentino entre aduladores impávidos que lo proclamaban descompositor de la madrugada, comandante del tiempo y depositario de la luz”. Cuando un oficial del mando supremo lo detiene para informarle que apenas son las tres de la madrugada, él le da un golpe y le grita: “son las ocho, carajo, las ocho, dije, orden de Dios” (78).

Todas sus acciones afectan al resto de los individuos. Cualquier movimiento que da es interpretado y

...él no era consciente del reguero de desastres domésticos que provocaban sus apariciones de júbilo, ni del rastro de muertos indeseados que dejaba a su paso, ni de la condenación eterna de los partidarios en desgracia a quienes llamó por un nombre equivocado delante de sicarios solícitos que interpretaban el error como un signo deliberado de desafecto (101).

Al principio su actuar fue natural: antes de que su poder se convirtiera en “el légamo sin orillas de la plenitud del otoño”, se expresaba en “...un torrente de fiebre que veíamos brotar ante nuestros ojos de sus manantiales primarios [...], pues su leyenda había empezado mucho antes de que él mismo se creyera dueño de todo su poder, cuando todavía estaba a merced de los presagios y de los intérpretes de sus pesadillas” (102).

Así, por ejemplo, ante la coincidencia de una pesadilla ordenó “...un asalto de corsarios al senado y la corte de justicia ante la indiferencia cómplice de las fuerzas armadas, arrancaron de raíz la casa augusta de nuestros próceres originales [...], nos prometió un castigo ejemplar para los autores del atentado que no aparecieron” (103). Aliviado de su pesadilla, “...se valió de la ocasión para liquidar el aparato legislativo y judicial de la vieja república, abrumó de honores y fortuna a los senadores y diputados y magistrados de cortes que ya no le hacían falta para guardar las apariencias de su régimen, los desterró en embajadas felices y remotas” (104).

Pese a que el Patriarca se enfrenta cada día a la posibilidad de un atentado – no obstante los aparatos represivos, siempre hay quienes resisten, así como aquellos que quieren el poder o vengarse de alguna injusticia–, necesita recibir admiración, saber que el pueblo lo quiere, por lo que “...al general [...] le costó trabajo quitarle la idea de pasearse en carroza descubierta para que puedan verme de cuerpo entero los patriotas de la patria”; siendo la única solución organizar mediante las fuerzas de seguridad muestras de afecto, pagar y/o forzar por las armas la adulación, sin que el dictador descubra la farsa (20).

El Patriarca se engaña a sí mismo, cree en una patria que lo quiere y quienes lo combaten son sólo unos anarquistas; niega lo que toda la nación piensa:

...Patricio Aragonés [su doble] siguió diciendo sin la menor intención de burla [...] para que sepa que nadie le ha dicho nunca lo que piensa [...] sino que le dicen lo que saben que usted quiere oír [...] que todo el mundo dice que usted no es presidente de nadie ni está en el trono por sus cañones sino que lo sentaron los ingleses y lo sostuvieron los gringos [...], que yo lo vi cucaracheando de aquí para allá y de allá para acá sin saber dónde empezar a mandar de miedo cuando los gringos le gritaron que ahí te dejamos con tu burdel de negros a ver cómo te las compones sin nosotros (31).

Antes de morir, Patricio Aragonés le señala:

...si no se desmontó de la silla desde entonces ni se ha desmontado nunca no será porque quiere sino porque no puede, reconózcalo, porque sabe que a la hora que lo vean por la calle vestido de mortal le van a caer encima como perros para cobrarle esto por la matanza de Santa María del Altar, esto otro por los presos que tiran en los fosos de la fortaleza del puerto para que se los coman vivos los caimanes, esto otro por los que despellejan vivos y le mandan el cuero a la familia como escarmiento [...] hasta que ya no pudo decirle más (31-32).

En esta novela el dictador logra descubrir la traición, gracias a que vistió a su doble con las ropas que llevaba e hizo suponer que él había muerto, mientras se escondía para observar qué acciones se tomaban, qué pasaría si realmente hubiera muerto y, "...al contrario a lo que él esperaba, [...] transcurrieron muchas horas de prudencia, de averiguaciones sigilosas, de componendas secretas entre los herederos del régimen que trataban de ganar tiempo desmintiendo el rumor de la muerte en toda clase de versiones contrarias" (33). Por lo que se encuentra preocupado, refugiado en su escondite, sin saber por qué no sucedía algo en el mundo ahora que estaba muerto, pero sólo

....vio la hoguera encendida en la Plaza de Armas para quemar los retratos oficiales y las litografías de almanaques que estuvieron a toda hora y en todas partes desde el principio de su régimen, y vio pasar su propio cuerpo arrastrado [...], y vio a través del humo que allí estaban todos los que él había querido que estuvieran, los liberales que habían vendido la guerra federal, los conservadores que la habían comprado, los generales del mando supremo, tres de sus ministros, el arzobispo primado y el embajador Schnontner, todos juntos [...] invocando la unión de todos contra el despotismo de siglos para repartirse entre todos el botín de su muerte (34, 36, 37).

Después de la farsa, la represión no tiene límites, porque "...de acuerdo con el criterio presidencial [...] todo sobreviviente es un mal enemigo para toda la vida" (38). Ante el terror de la represión de los aparatos de seguridad, "...el ejército se desbarató solo, las tropas se dispersaron, los pocos oficiales que resistieron [...] en los cuarteles de la ciudad y en otros seis del país fueron aniquilados por los guardias presidenciales con la ayuda de voluntarios civiles, los ministros civiles se exiliaron al amanecer". Temerosos de su falta de patriotismo y eventual represión, "las arcas del gobierno se desbordaron de anillos matrimoniales y diademas recaudados por partidarios imprevistos" (40).

Pero la represión no es irracional, tiene un objetivo:

Su corazón aturdido no tuvo un instante de sosiego mientras no vio amarrados y escupidos en el patio del cuartel [...] a los grupos de asalto que habían entrado a saco en la casa presidencial [...] aunque en realidad no le interesaba el castigo sino demostrarse a sí mismo que la profanación del cuerpo y el asalto de la casa no habían sido un acto popular espontáneo sino un negocio infame de mercenarios (42).

Finalmente, ante las eventuales traiciones, decide que "...él solo era el gobierno, y nadie entorpecía ni de palabra ni de obra los recursos de su voluntad, porque estaba tan solo en su gloria que ya no le quedaban ni enemigos" (41). Pero llega el momento en que "...nadie sabía sino él que sólo le quedaban en las troneras de la memoria unas cuantas piltrafas sueltas de los vestigios del pasado, estaba solo en el mundo, sordo como un espejo" (143).

Así, "...sus únicos contactos con la realidad de este mundo eran entonces unas cuantas piltrafas sueltas de sus recuerdos más grandes, sólo ellos lo mantuvieron vivo después de que se despojó de los asuntos del gobierno y se quedó nadando en el estado de inocencia del limbo del poder" (144). Sin embargo, en los periódicos que le publicaban

...él se encontraba a sí mismo en fotografías tan antiguas que muchas de ellas no eran suyas sino de un antiguo doble [...] cuyo nombre no recordaba, se encontraba presidiendo los consejos de ministros del martes a los cuales no asistía desde los tiempos del cometa, se enteraba de frases históricas que le atribuían sus ministros de letras (208).

El dictador justifica todas sus acciones basado en que su voluntad es la del pueblo: sólo él sabe lo que el pueblo quiere y necesita. Considera una responsabilidad dar voz a la voluntad general, la cual él interpretaba (175). Del mismo modo, "sólo sabía manifestar sus anhelos más íntimos con los símbolos visibles de su poder descomunal" (86-87).

Con la idea de "satisfacer [...] los rescoldos tibios de su inmenso vicio de mandar" (188), decide quién vive y quién muere:

Constituyó el consejo de guerra sumario que juzgó a los hermanos Mauricio y Gumaro Ponce de León y los condenó a morir fusilados [...] a menos de obtener el beneficio de su clemencia [...]. Permaneció absorto y solo en la hamaca, insensible a

las súplicas de gracia del mundo entero, oyó en la radiola el debate estéril de la Sociedad de Naciones, oyó insultos de países vecinos y algunas adhesiones distantes, oyó con igual atención las razones tímidas de los ministros partidarios de la piedad y los motivos estridentes de los partidarios del castigo, se negó a recibir al nuncio apostólico con un mensaje personal del papa [...] oyó los partes de orden público de todo el país alterado por su silencio [...] y ordenó por último que los hermanos Mauricio y Gumaro Ponce de León fueran ejecutados tan pronto como se conozca esta mi decisión suprema e inapelable, pero no en el paredón de fusilamiento, [...] sino que fueron sometidos al castigo en desuso del descuartizamiento con caballos y sus miembros fueron expuestos a la indignación pública (226-228).

Con la llegada de un huracán que destruye al país, "...volvió a padecer por un instante el destello clarividente de que no había sido nunca ni sería nunca el dueño de todo su poder" (114). Pero en cuanto la situación se normaliza, se le atribuye a él la calma,

...pues ahora más que nunca el pueblo necesita su palabra de aliento, y antes de que pudiera evadirse sintió el clamor unánime que se le metió en las entrañas como un viento de mala mar, [...] pues desde el primer día de su régimen conoció el desamparo de ser visto por toda una ciudad al mismo tiempo, se le petrificaron las palabras, comprendió en un destello de lucidez mortal que no tenía valor ni lo tendría jamás para asomarse de cuerpo entero al abismo de las muchedumbres [...], pero aquella visión fugaz nos bastaba para sustentar la confianza de que él estaba ahí, velando nuestra vigilia y nuestro sueño (114-115).

Para compensar su incapacidad de amar, escapar a su soledad del poder, el vicio que el poder,

...se había hecho víctima de su secta para inmolarse en las llamas de aquel holocausto infinito, se había cebado en la falacia y el crimen, había medrado en la impiedad y el oprobio y se había sobrepuesto a su avaricia febril y al miedo congénito sólo por conservar hasta el fin de los tiempos su bolita de vidrio en el puño sin saber que era un vicio sin término cuya saciedad generaba su propio apetito hasta el fin de todos los tiempos (295).

También recibe dictadores derrocados: su país es refugio para todos aquellos que salieron apresuradamente de sus países, perseguidos por los golpistas; llegaban con lo robado del tesoro público

...y una maleta con un estuche de condecoraciones, recortes de periódicos pegados en viejos libros de contabilidad y un álbum de retratos [...] y con el mismo desprecio escuchaba el discursillo ilusorio de que acepto por poco tiempo su noble hospitalidad

mientras la justicia del pueblo llama a cuentas al usurpador, la eterna fórmula [...] que después le escuchaba al usurpador, y luego al usurpador del usurpador (22-23).

Se pasaba las tardes jugando con estos dictadores que “...él había concedido el asilo a lo largo de muchos años y que ahora envejecían en la penumbra de su misericordia soñando con el barco quimérico de la segunda oportunidad” (22). Lo hacía para saberse en la gloria, mientras todos ellos estaban derrotados. Para regodearse en “la dicha mezquina de no ser uno de ellos” (23).

Al final de su vida, en su inevitable final, el Patriarca “...había llegado sin asombro a la ficción de ignominia de mandar sin poder, de ser exaltado sin gloria y de ser obedecido sin autoridad cuando se convenció en el reguero de hojas amarillas de su otoño que nunca había de ser el dueño de todo su poder” (295-296).

4.3.4. El Ejército

El Patriarca, paulatinamente va eliminando a todos los generales que lo acompañaron en la lucha federal; uno a uno van cayendo “...y él decía pobre hombre como si nada tuviera que ver con aquellas muertes infames y para todos ordenaba el mismo decreto de honores póstumos, los proclamaba mártires caídos en actos de servicio y los enterraba con funerales magníficos” (65).

Decide eliminar todos los mandos, con el argumento de que “yo sólo me basto y me sobro para seguir mandando” (39). Aunque más adelante entenderá que siempre hay la necesidad de delegar responsabilidades, así que él mismo elige a los hombres y sus rangos.

Mientras su doble se arriesga en las calles a un atentado, se ocupa de las Fuerzas Armadas “...con tanta atención como al principio de su mandato, no porque las fuerzas armadas fueran el sustento de su poder [...], sino al contrario, porque eran su enemigo natural más temible” (18). Por lo que provocaba la desconfianza entre los propios militares y “...les barajaba los destinos para impedir que se confabularan, [...] él mantenía el parque bueno al alcance de la mano en un depósito de la casa presidencial”. Los elige según su gusto del momento y se lamenta de no tener “un instante de sosiego tratando de ponerse a salvo de su ambición”. Decide

entonces mantener “a los más peligrosos [...] más cerca para vigilarlos mejor, [y] a los menos audaces los mandaba a guarniciones de frontera” (127-128).

El Patriarca dice haber aceptado la ocupación de los marines para educar a los militares; no para “...combatir la fiebre amarilla como había escrito el embajador Thompson en el comunicado oficial, ni para que lo protegieran de la inconformidad pública, como decían los políticos desterrados”. Siendo los ocupantes quienes le “...enseñaron el secreto de mantener servicios paralelos para fomentar rivalidades de distracción entre la gente de armas, me inventaron la oficina de seguridad del estado, la agencia general de investigación, el departamento nacional de orden público” (128). Sin embargo, a pesar de las “purgas sangrientas”:

...al menor descuido se volvía a encontrar con la amenaza de aquella parásita tentación que creía haber arrancado de raíz y que volvía a proliferar en las galernas de su poder, a la sombra de los privilegios forzosos y las migajas de autoridad y la confianza de interés que debía acordarles a los oficiales más bravos aun contra su propia voluntad porque le era imposible mantenerse sin ellos pero también con ellos (129).

Cuando su esposa se convierte en intermediaria entre el poder y los militares, adquiriendo más poder que todos y haciendo que sus familiares tomaran “...por asalto los estancos de la sal, el tabaco, el agua potable, los antiguos privilegios con que él había favorecido a los comandantes de las distintas armadas para mantenerlos de otra clase de ambiciones”; lo hacía mediante “órdenes tuyas que él no daba pero aprobó”. Lo que generó la inconformidad de los militares que finalmente planean el asesinato de su esposa (210).

En camino a su otoño final, los militares engañan al patriarca, ofreciéndole la visión de una nación que marcha en “el progreso dentro del orden”; vigilándolo más que cuidándolo; asegurándose que no se muriera la imagen del gobierno, el poder al que representaba (248-249).

A todos los que le piden que se cuide, les dice: “...nadie tiene necesidad ni ganas de matarme, ustedes son los únicos, mis ministros inútiles, mis comandantes ociosos, sólo que no se atreven ni se atreverán a matarme nunca porque saben que después tendrán que matarse los unos a los otros” (275).

4.3.5. El Patriarca: sus lazos afectivos y la Santa Sede

Además de su relación con las fuerzas armadas, el Patriarca se relaciona con la Santa Sede, capaz de justificarlo ante los conservadores y unificar a una sociedad religiosa y, aunque se decía liberal, "...había hecho las paces con el nuncio apostólico y éste lo visitaba sin audiencia [...] y él alegaba muerto de risa [...] que no gaste pólvora en gallinazos, padre, le decía, para qué me quiere convertido si de todos modos hago lo que ustedes quieren" (24).

El dictador suele mantener un lazo de afecto con la persona más cercana y a la única que le tiene confianza: su madre. Su madre a la cual quiere tanto como la patria, porque la patria es él y "...la patria es lo mejor que se ha inventado, madre, suspiraba" (24). Su madre que le advierte que "tú no eres más que general, así que no sirves para nada sino para mandar" (70).

Al igual que "los déspotas más ilustres de la historia, [...] el único pariente que se le conoció y tal vez el único que tuvo fue su madre [...] Bendición Alvarado", a la cual los textos escolares "...atribuían el prodigio de haberlo concebido sin concurso de varón y de haber recibido en un sueño las claves herméticas de su destino mesiánico, y a quien él proclamó por decreto matriarca de la patria con el argumento simple de que madre no hay sino una, la mía" (54-55).

El dictador inclusive buscará la canonización de su madre (157). Pero ante el rechazo de su propuesta, "...no recibió a nadie, no dio una orden, pero la fuerza pública se mantuvo impasible cuando las turbas de fanáticos a sueldo asaltaron el palacio de la Nunciatura Apostólica [...] para que todo el mundo sepa cómo terminan los forasteros que levantan la mano contra la majestad de la patria" (160).

Más tarde la Santa Sede recapacita y manda a un auditor, por lo cual el patriarca deroga el estado de guerra contra la Santa Sede (161). No obstante, el auditor Demetrio Aldous "...había vislumbrado la perfidia dentro de la propia casa presidencial, había visto la codicia en la adulación y el servilismo materno entre quienes medraban al amparo del poder" (173). Al escuchar al auditor, el Patriarca pensó: "...sólo faltaba que nadie me quisiera [y quedara] más solo que la mano izquierda en esta patria que no escogí por mi voluntad sino que me la dieron hecha como usted la ha visto que es como ha sido desde siempre con este sentimiento de

irrealidad [...], sin nadie con quien perder una partida de dominó, ni nadie a quien creerle la verdad” (174).

Nuevas protestas surgieron contra la decisión de la Santa Sede de no canonizar a su madre, esta vez por falta de pruebas. Meses después, el Patriarca

...asumió de viva voz y de cuerpo presente la responsabilidad solemne de interpretar la voluntad popular mediante un decreto que concibió por inspiración propia y dictó de su cuenta y riesgo sin prevenir a las fuerzas armadas ni consultar a sus ministros, y en cuyo artículo primero proclamó la santidad civil de Bendición Alvarado por decisión suprema del pueblo libre y soberano, la nombró patrona de la nación, curadora de los enfermos y maestra de los pájaros y se declaró día de fiesta nacional el de la fecha de su nacimiento, y el artículo segundo y a partir de la promulgación del presente decreto se declaró el estado de guerra entre esta nación y las potencias de la Santa Sede [...], y en artículo tercero se ordenó la expulsión inmediata, pública y solemne de [...] cuantas gentes nativas o forasteras tuvieran algo que ver con los asuntos de Dios [...] y se ordenó en el artículo cuarto y último la expropiación de los bienes de la iglesia (75-176).

Como ya se mencionó, más tarde restablecerá las relaciones y los privilegios de la Iglesia gracias a Leticia Nazareno (210).

4.3.6. La oligarquía nacional y los intereses extranjeros

Durante un paseo, el Patriarca “...vio las quintas con terrazas de mármol y prados pensativos de las catorce familias que él había enriquecido con sus favores” (82). En esas breves líneas asoma el grupo beneficiado, la oligarquía del país asegurando sus intereses e enriqueciéndose sin inmutarse por cuestiones sociales o políticas. Pero siempre quiere más: el Patriarca se da cuenta de que su compadre, el general Rodrigo de Aguilar, al que le tenía confianza, lo está traicionando y se había convertido en aliado

...de los políticos de fortuna que él había sacado por conveniencia de los trasfondos más oscuros de la guerra federal y los había enriquecido y abrumado de privilegios fabulosos [...], les había tolerado que se sirvieran de él para encumbrarse hasta donde no lo soñó la antigua aristocracia barrida por el aliento irresistible de la ventolera liberal, y todavía querían más, carajo, querían el sitio de elegido de Dios que él se había reservado, querían ser yo (136-137).

El general Rodrigo de Aguilar será servido frito durante una cena en donde estuvo presente el alto mando. Para que todos vieran lo que sucedía a quien traicionaba al Patriarca, no importa qué tan cercano fuera a él.

Si bien no se menciona lo suficiente el papel de la oligarquía, su presencia no se puede dejar de lado cuando entendemos que se beneficia del sometimiento social y, por tanto, apoya la dictadura. No es ese el caso de la intervención extranjera, que es una constante.

Por lo general, el dictador latinoamericano no ha llegado al poder sin el apoyo de alguna potencia extranjera. Así, el Patriarca, "...durante la ocupación de los infantes de marina, se encerraba en la oficina para decidir el destino de la patria con el comandante de las tropas de desembarco y firmaba toda clase de leyes y mandatos con la huella del pulgar, pues entonces no sabía leer ni escribir" (12).

Al principio, cuando el acorazado extranjero no se había ido,

...le contaba [a su madre] que debía escamotear en las servilletas las naranjas de azúcar y los higos de almíbar porque las autoridades de ocupación tenían contabilistas que anotaban en sus libros hasta las sobras de los almuerzos, se lamentaba que el otro día vino a la casa presidencial el comandante del acorazado con unos como astrónomos de tierra firme que tomaron medidas de todo y ni siquiera se dignaron a saludarme sino que me pasaban la cinta métrica por encima de la cabeza mientras hacían sus cálculos en inglés y me gritaban con el intérprete que te apartes de ahí, y él se apartaba, que se quitara de la claridad, se quitaba, que te pongas donde no estorbes, carajo, y él no sabía dónde ponerse sin estorbar (57-58).

Pero en cuanto los ocupantes que lo han ayudado se retiran, "...espantados por una peste cuando todavía faltaban muchos años para que se cumplieran los términos del desembarco" (58), tiene la libertad de elegir sus leyes, siempre y cuando no afecten intereses extranjeros, sin volver

...a emponzoñarse la sangre con la conducerma de la ley escrita sino que gobernaba de viva voz y de cuerpo presente a toda hora y en todas partes [...] asediado por [...] políticos de letras y aduladores impávidos que lo proclamaban corregidor de los terremotos, los eclipses, los años bisiestos y otros errores de Dios [...] mientras resolvía problemas de estado y asuntos domésticos (12-13).

Una descripción del Patriarca la da el embajador Palmerston, quien cuenta en sus memorias su asombro por la vejez tan avanzada del dictador, su sordera y el desorden de la casa de gobierno:

Era difícil admitir que aquél anciano irreparable fuera el mismo hombre mesiánico que en los orígenes de su régimen aparecía en los pueblos a la hora menos pensada sin más escolta que un guajiro descalzo con un machete de zafra y un reducido séquito de diputados y senadores que él mismo designaba con el dedo según los impulsos de su digestión (97-98).

Cuando el Patriarca ya no resulta favorable a los intereses de otras naciones e inclusive las ataca políticamente, es cuando le enfrentan y juzgan, acusándolo de crímenes que antes eran aclamados como actos patrióticos, democráticos o justos (226-228). Pero ya antes esas naciones han adquirido-robado los recursos naturales del lugar y, mediante los intereses de la deuda, que sólo se incrementa, se han apoderado de la economía (245):

...desangrados por la necesidad secular de aceptar empréstitos para pagar los servicios de la deuda externa desde las guerras de independencia y luego otros empréstitos para pagar los intereses de los servicios atrasados, siempre a cambio de algo mi general, primero el monopolio de la quina y el tabaco para los ingleses, después el monopolio del caucho y el cacao para los holandeses, después la concesión del ferrocarril de los páramos y la navegación fluvial para los alemanes, y todo para los gringos por los acuerdos secretos que él no conoció sino después del derrumbamiento de estrépito y la muerte pública de [...] Sáenz de la Barra (245).

Finalmente, sin más que perder, ya que los gobiernos extranjeros son dueños de las riquezas de la nación, sucesivos embajadores yankis insisten en comprarle el mar a cambio de la deuda externa. Ante la debilidad de su régimen, el Patriarca no sabe

...cómo carajo me voy a escabullir del nuevo embajador Fischer que me había propuesto denunciar la existencia de un flagelo de fiebre amarilla para justificar un desembarco de infantes de marina de acuerdo con el tratado de asistencia recíproca por tantos años cuantos fueran necesarios para infundir un aliento nuevo a la patria moribunda (267).

La crisis parece acentuarse y los ministros le piden que acepte el desembarco; pero el Patriarca se niega,

...hasta que el rudo embajador Mac Queen le replicó que ya no estamos en condiciones de discutir, excelencia, el régimen no estaba sostenido por la esperanza ni por el conformismo, ni siquiera por el terror, sino por la pura inercia de una desilusión antigua e irreparable [...], estamos en la curva final, o vienen los infantes o nos llevamos el mar [...], de modo que se llevaron el Caribe en abril, se lo llevaron en piezas numeradas los ingenieros náuticos del embajador Ewing⁹³ (270).

Algunos dictadores resisten, les nace su nacionalismo –no solamente el de propaganda– y se niegan a obedecer mandatos de extranjeros, siendo el mandato que abandone el poder. Pero es inútil, la potencia extranjera cuenta con armas económicas y militares para hacer caer a un gobierno que afecte sus intereses. No importa que el Patriarca intente que el pueblo lo apoye en contra de los yankis que se llevan el mar, ya que “...nadie le hizo caso mi general, no quisieron salir a la calle ni por la razón ni por la fuerza porque pensábamos que era una nueva maniobra suya [...] para saciar hasta más allá de todo límite su pasión irreprimible de perdurar” (271).

Su caída es inevitable. Así, en la segunda ocasión que lo encuentran muerto, nuevamente

...en el salón del consejo de gobierno invocábamos la unión de todos contra el despotismo de siglos para repartirse por partes iguales el botín de su poder, pues todos habían vuelto al conjuro de la noticia sigilosa pero incontenible de su muerte, habían vuelto los liberales y los conservadores reconciliados al rescoldo de tanto años de ambiciones postergadas, los generales del mando supremo que habían perdido el oriente de la autoridad, los tres últimos ministros civiles, el arzobispo primado, todos los que él no hubiera querido que estuvieran estaban sentados en torno de la larga mesa de nogal tratando de ponerse de acuerdo sobre la forma en que se debía divulgar aquella muerte enorme para impedir la explosión prematura de las muchedumbres en la calle (186-188).

Muerto el Patriarca, el cual nunca logra sentirse dueño total, señor absoluto de todo su poder en una nación que había abandonado la esperanza, la posibilidad de una alternativa, que sólo el conformismo y la inercia del poder mantenía en movimiento; entonces basta con sostener un tiempo su imagen para evitar que el gobierno caiga en manos del pueblo, hasta que algún nuevo militar tome el poder.

⁹³ Nótese el constante cambio de embajadores y su intervencionismo en los asuntos internos.

Reflexiones finales (provisionales)

Con respecto al primer capítulo, si bien podemos sostener que las novelas no pueden adquirir un carácter científico ni sustituir la labor del historiador; al menos sí pueden servirle como fuentes interpretativas de una sociedad y un contexto: las manifestaciones de una sociedad entorno a un suceso histórico determinado; por supuesto, sin dejar de considerar que ese mismo conjunto de individuos puede ser el fenómeno histórico⁹⁴. La lectura de este tipo de literatura permitiría a diversos investigadores acercarse –por medio de una narrativa que busca una reacción en el lector– a la historia desde una perspectiva distinta, es decir, diversificar las opciones de aprendizaje que se ofrecen, para no mutilar la imaginación de los futuros investigadores –sin olvidar obviamente que se trata de una realidad novelada.

En lo relacionado a algunos temas tratados en el segundo, podemos considerar la importancia que tuvo la literatura durante esos años, que se refleja proporcionalmente a la persecución de los intelectuales, en este caso los escritores, haciendo de la quema de libros, la persecución de los autores y su prohibición, parte del carácter represor de unas dictaduras que temieron la capacidad de imaginación y libertad de la literatura –permitiendo sólo aquellas obras que trataban temas metafísicos, lejanos al acontecer histórico o que podrían sugerir la idea del cambio.

En cuanto al papel de los Estados Yankis, es claro su intervencionismo en los asuntos de la región; además de que supo entenderse con las dictaduras y, cuando éstas dejaron de serlo, sencillamente optó por el diálogo con las “nuevas democracias”. Por supuesto, los Estados Yankis no son el único factor que hace posible la existencia de regímenes dictatoriales en América Latina. Pero los yankis aprovecharon la inestabilidad regional para satisfacer sus intereses imperialistas; apoyaron a los militares golpistas o financiaron y fabricaron sus propios golpes de Estado, sin inmutarse ante la implantación de dictaduras sangrientas; justificando su

⁹⁴ Los actores de la historia son eso: actores, personajes, al estudiarlos el investigador va encontrando nuevas variantes (motivos) e influencias (circunstancias) que modifican o reafirman nuestras ideas de esos actores. Siendo así, cada sociedad juzga a los personajes de la historia, sean individuos aislados o pueblos enteros, es decir, se reafirma así misma y justifica su propia continuidad.

actuar internacional en razón de evitar el totalitarismo en América, sin importar que en su lugar se impusiera el autoritarismo.

También en el segundo capítulo se expusieron algunas formas y fondos del poder, tanto desde la perspectiva teórica como la muestra de ejemplos de algunos dictadores latinoamericanos: la irrealidad del poder, la soledad del poder. Siendo el tercer capítulo un complemento en el que se muestra cómo han sido tratados en la literatura los dictadores y su búsqueda por el poder absoluto, vinculándolos con la historia de América Latina.

En el tercer capítulo hemos logrado exponer un proceso sociopolítico de suma importancia en la historia de América Latina, todavía más cuando en estos tiempos no existen las diferencias ideológicas tan marcadas como en esos años, en los que uno debía tomar partido por un bando u otro; mientras que en la actualidad pareciera que todos son de centristas.

Pese a la brevedad del cuarto capítulo, considero que después haber revisado los capítulos anteriores, el lector ya se encontrará familiarizado con el tema y sólo tendrá que confirmar las ideas que se han desarrollado con antelación. Con respecto a la novela *El otoño del patriarca*, es innegable su importancia tanto literaria como representativa de la figura del dictador latinoamericano –dentro de un conjunto en el que caben las novelas sobre dictaduras, pero principalmente *El recurso del método* y *Yo, el Supremo*, las cuales se enfocan en la figura del dictador y su condición humana por ejercer el poder absoluto y, con él, trastocar su realidad y junto a ella la de los demás.

La importancia de esta novela radica en sostener una narración que explora tanto las ambiciones y el ejercicio del poder despótico, los intereses que se crean alrededor de este poder –la iglesia, el ejército, la oligarquía, que justifican la dictadura siempre y cuando preteja sus intereses– y el intervencionismo que sufren los gobiernos de América Latina –García Márquez desarrolla magistralmente este tema cuando en la novela habla de la paulatina venta del territorio hasta que finalmente, luego de una sucesión de embajadores yankis, les vende el mar–, al igual que tener una serie de ejemplos de cómo distintos dictadores ejercieron el poder absoluto, que en realidad, como bien escribe al final García Márquez: el

Patriarca se daría cuenta que nunca fue el dueño de todo su poder, del mismo modo que de De la Barra le dijo al patriarca que él no era el gobierno, sino el poder. La dictadura, una vez que ha hecho del dictador un ser mitológico –no obstante que su violencia es real y jamás arbitraria–, manipula una sociedad que –habría que admitirlo– se deja manipular.

Me parece que en el estudio histórico de las relaciones internacionales resulta de suma importancia considerar tanto los aspectos económicos, políticos, pero también los culturales, entendiendo que estos fenómenos mantienen una *contemporaneidad* (Moretti, 1984: 277) y la novela *El otoño del patriarca* ofrece una aproximación a la historia –aunque novelada– que intenta abarcar dichos aspectos. Es más provechoso el estudio de los regímenes dictatoriales que germinaron durante el siglo XX, si tratamos –inclusive resulta difícil no hacerlo– alguna de las novelas que abarcan el tema, en esta América Latina que desde su independencia ha visto la caída y resurgimiento de gobiernos autoritarios, sin importar cuánto se hable de democracia.

Para concluir, a continuación menciono algunas propuestas que pueden beneficiar el estudio y las investigaciones entorno a la realidad internacional:

- En tanto y en cuanto la literatura ofrece una opción de comprensión de la realidad, pese a ser novelada, considero que debe ser consultada en el estudio de América Latina, ya que los diversos novelistas han realizado una investigación y la han trasladado en sus obras manteniendo la libertad propia del artista, misma que se enfoca en atraer al mayor número de lectores – recordemos que no se hacen libros de historia para historiadores.
- Por un lado, una vez que el estudiante descubra que la literatura no tiene por qué ser una labor agotadora o aburrida, paulatinamente irá desarrollando la capacidad de asimilar distintos tipos de textos, mejorará su escritura y es probable que se cree en él un gusto extra académico por la lectura. Por otro lado, el investigador podrá servirse de la literatura como una fuente complementaria para sus investigaciones sociales.

- Se puede ofrecer, además de los textos “obligatorios”, la opción de escoger entre distintas obras literarias, evitando así sentirse forzado por alguien más para leerlos, sino que él mismo ha escogido su lectura, ha sido su elección y, en caso de que descubra que ha sido una mala elección, entonces se le estará ofreciendo una de las más importantes lecciones: ser consciente de que se ha equivocado. Asimismo, sabrá diferenciar entre la realidad novelada y la realidad científica –incluso puede, debiera, criticar ambas realidades– y, lo más importante, tendrá el derecho a la individualización de su educación y no verse sujeto a una educación masificada. Una educación democratizada, es decir, en tanto y en cuanto se refiere a una educación plural, sin ser masificada; del mismo modo que a una educación individualizada en donde se tenga la libertad de servirse de documentos históricos como son las propias novelas.
- Por último, considero que como sociedad es importante no claudicar ante la imposición del “pensamiento económico único” o el “pensamiento religioso único”, dogmas del neoliberalismo y las jerarquías religiosas (Flores Olea, 2007: 20), ambos intolerantes. Resistir al “pensamiento único”, en la educación y el propio desarrollo social, podría ser visto como el fracaso del siglo XX, pero en realidad es la tarea del siglo XXI.

Anexos

1. Cuadro político de América Latina en 1870: domino de caudillos*

País	Jefe de Estado	Modo de acceso al poder	Características del periodo
Argentina	Domingo Sarmiento (1866-1874)	Elección	1870-1880: proceso caótico de unificación nacional
Bolivia	Mariano Melgarejo (1864-1870)	Golpe de estado	1879-1883: guerra del Pacífico, derrota y caudillismo hasta 1884
Brasil	Pedro II (1831-1889)	Abdicación de su padre, Pedro I	Declive del imperio, posterior fundación de la República en 1889
Chile	José Joaquín Pérez (1861-1871)	Elección	1871: República liberal 1879-1883: guerra del Pacífico
Colombia	Mandato presidencial reducido a 2 años, sucesión de 15 presidentes liberales entre 1864 y 1886	Elecciones e intervención de la guardia colombiana	Guerra civil e inestabilidad
Costa Rica	Tomás Guardia (1870-1882)	Golpe de estado	Retorno al orden democrático en 1882
Ecuador	Gabriel García Moreno (1861-1875)	Nombramiento por la Asamblea constituyente	Dictadura católica, Guerra civil en 1895
Guatemala	Miguel García Granados (1871-1873)	Golpe de estado (revolución liberal)	Caudillismo (1873-1885: Justo Rufino Barrios)
México	Benito Juárez (1861-1872)	Dimisión del presidente Comofort, reelección en 1867	Caudillismo (1876-1914: Porfirio Díaz)
Paraguay	Francisco Solano López (1862-1870)	Designado por el Presidente (su padre)	Guerra de la Triple Alianza (1864-1870), caudillos hasta 1898
Perú	José Balta (1868-1872)	Elección	1879-1883: guerra del Pacífico, derrota y caudillismo
Uruguay	Lorenzo Batlle (1868-1872)	Nombrado por la Asamblea General	1870-1872: guerra civil 1876-1890: dictadura militar
Venezuela	Antonio Guzmán Blanco (1870-1888)	Golpe de estado	Caudillos de los Andes hasta 1945

*Dabéne, Olivier. "América Latina en el siglo XX". España: Editorial Síntesis, 1999; p. 15.

2. Cuadro político en 1943

<i>País</i>	<i>Jefe de Estado</i>	<i>Tipo de régimen</i>	<i>Fecha de entrada en guerra</i>
Argentina	General Farrell (1943-1944)	Dictadura	1945
Bolivia	General Villaroel (1943-1946)	Dictadura	1943
Brasil	Getulio D. Vargas (1930-1945)	Dictadura	1942
Chile	Juan A. Ríos Morales	Democracia*	1945
Paraguay	General Morínigo	Dictadura	1945
Perú	Manuel Prado (1939-1945)	Dictadura	1945

Dabéne, Olivier. "América Latina en el siglo XX". España: Editorial Síntesis, 1999;

3. Cuadro político en 1944-1946

<i>País</i>	<i>Tipo de régimen en 1944</i>	<i>Fecha del cambio</i>	<i>Forma del cambio</i>	<i>Nuevo jefe de Estado</i>	<i>Nuevo tipo de régimen (corto plazo)</i>
Argentina	Dictadura	1946	Elección	Juan D. Perón	Democracia
Bolivia	Dictadura	1946	Rebelión	T. Gutiérrez	Democracia
Brasil	Dictadura	1945	Golpe de estado	José Linhares	Democracia
Perú	Dictadura	1945	Elección	J. Bustamante	Democracia

Dabéne, Olivier. "América Latina en el siglo XX". España: Editorial Síntesis, 1999;

4. Los golpes de estado preventivo (1962-1969)*

<i>País</i>	<i>Fecha de golpe de estado</i>	<i>Presidente derrocado</i>	<i>Modo de acceso al poder</i>
Argentina	Marzo 1962	Arturo Frondizi	Elección
Perú	Julio 1962	Manuel Prado	Elección
Guatemala	Marzo 1963	Gen. M. Ydígoras	Elección
Ecuador	Julio 1963	Carlos J. Arosemena	Elección
Rep. Dominicana	Septiembre 1963	Juan Bosch	Elección
Honduras	Octubre 1963	Ramón Villeda Morales	Elección
Brasil	Abril 1964	Joao M. Goulart	Elección
Bolivia	Noviembre 1964	Víctor Paz Estenssoro	Elección
Argentina	Junio 1966	Arturo Illía	Elección
Perú	Octubre 1968	F. Belaúnde Terry	Elección
Panamá	Octubre 1968	Arnulfo Arias	Elección

*Dabéne, Olivier. "América Latina en el siglo XX". España: Editorial Síntesis, 1999; p.127

5. Los golpes de estado terroristas

<i>País</i>	<i>Fecha de golpe de estado</i>	<i>Tipo de régimen derrocado</i>	<i>Autor o beneficiario del golpe de estado</i>	<i>Duración del régimen autoritario</i>
Bolivia	1971	Dictadura	Coronel Hugo Bánzaer	11 años
Chile	1973	Democracia	Gral. Augusto Pinochet	17 años
Uruguay	1973	Democracia	Junta militar	11 años
Perú	1975	Dictadura	Gral. Francisco Morales Bermúdez	5 años
Argentina	1976	Democracia	Junta militar	7 años
Ecuador	1976	Dictadura	Junta militar	3 años

*Dabéne, Olivier. "América Latina en el siglo XX". España: Editorial Síntesis, 1999; p. 159

Bibliografía

1. Alatorre, Antonio (2001). *Ensayos sobre crítica literaria*. México, CONACULTA, 188 páginas.
2. Amara, Giuseppe (1998). *La violencia*. México, CONACULTA, 352 páginas.
3. *Amnistía internacional: Informe (1996)*. España, Editorial Amnistía Internacional, 405 páginas.
4. Antonio de la Sierra, Carlos (2000). *La última tempestad. Shakespeare y América Latina*. México, FECyAM, ICM, CNCyA, 241 páginas.
5. Ansaldi, Waldo; Giordano, Verónica. *Historia de América Latina (1880-2006)*. España, Dastin, 174 páginas.
6. Araya, Guillermo (1983). *El pensamiento de Américo Castro*. España, Alianza Editorial, 328 páginas.
7. Aristóteles (1999). *Ética Nicomaquea / Política*. Versión española e introducción de Robledo Gómez Antonio, México, Editorial Porrúa, 319 páginas.
8. Arizpe, Lourdes (1995). "Las ciencias sociales y la creación de una nueva ética social", pp. 75-87; en: Pérez Tamayo, Ruy; Florescano, Enrique (coord.). *Sociedad, ciencia y cultura*. México, Cal y arena, 195 páginas.
9. Arreola, Juan José (2002). *Prosa dispersa*. México, CONACULTA, 222 páginas.
10. Azuela, Arturo (1993). "Al filo del agua en su contexto histórico-literario", pp. 285-292; en: Yáñez, Agustín. *Al filo del agua*. Edición crítica coordinada por Arturo Azuela. México, CONACULTA, 406 páginas.
11. Bayer, Osvaldo (1999). *En camino al paraíso*. Argentina, Textos libres, 334 páginas.
12. Berardinelli, Alfonso (compilador) (1984). *La cultura del 900. I Literatura*. México, Siglo XXI, 315 páginas.
13. Bermúdez, Norberto; Gasparini Juan (1999). *El testigo secreto*. Argentina, Textos libres, 228 páginas.
14. Bobbio, Norberto (1987). *La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político: año académico 1975 – 1976*. México, FCE, 193 páginas.
15. - (1988). *Diccionario de política I*. México, Siglo XXI, 852 páginas.
16. Bobbio, Norberto; Mattucci, Nicola; Pasquino, Gianfranco (directores) (2000). *Diccionario de política*. México, Siglo XXI, 1698 páginas.
17. Bonfil Batalla, Guillermo (2002). *Culturas populares y política cultural*. México, CONACULTA, 118 páginas.
18. Borge, Tomas (1989). *La paciente impaciencia*. México, Editorial Diana, 589 páginas.
19. Buñuel, Luis (2001). *Mi último suspiro*. España, Plaza & Janés, 302 páginas.
20. Campbell, Federico (1994). *La invención del poder*. México, Aguilar, 179 páginas.
21. Cardona, Rafael (1996). *El espejo de los días*. México, CONACULTA, 137 páginas.
22. Careaga, Gabriel (compilador) (1979). *Los intelectuales y el poder*. México, Editorial Diana, 206 páginas.

23. Carpentier, Alejo (2002). *El recurso del método*. México, Siglo XXI, 343 páginas.
24. Chesnais, Jean-Claude (1988). *La revancha del Tercer Mundo*. España, Planeta, 272 páginas.
25. Chomsky, Noam (2004). *Piratas y emperadores. Terrorismo internacional en el mundo de hoy*. Barcelona (España), Ediciones B, 299 páginas.
26. Cottone, Margherita (1984). "La política cultural del nazismo", pp. 186-189; en: Berardinelli, Alfonso (compilador). *La cultura del 900. I Literatura*. México, Siglo XXI, 315 páginas.
27. Dabéne, Olivier (1999). *América Latina en el siglo XX*. España, Editorial Síntesis, 255 páginas.
28. Del Barco, Óscar y Bruno, Héctor (1980). "Estado y poder", pp. 265-285; en: VV.AA., *Movimientos populares y alternativa de poder en Latinoamérica*. México, Universidad Autónoma de Puebla, 285 páginas.
29. Echeverría, Esteban (1999). "El Matadero", pp. 13-34; en: Menton, Seymour, *El cuento hispanoamericano*. México, FCE, 688 páginas.
30. Eisner, W. Elliot (1998). *El ojo ilustrado. Indagación cualitativa y mejora de la práctica educativa*. España, Paidós Educador, 305 páginas.
31. Engels, Federico (1983). *El origen de la familia, de la propiedad y del Estado*. México, Nuevomar, 223 páginas.
32. Faletto, Enzo (1980). "Dependencia, democracia y movimiento popular en América Latina", pp. 15-38; en: VV.AA., *Movimientos populares y alternativa de poder en Latinoamérica*. México, Universidad Autónoma de Puebla, 285 páginas.
33. Fontana, Joseph (2002). *La historia de los hombres: el siglo XX*. España, Editorial Crítica, 230 páginas.
34. Franco, Carlos (1980). "Notas acerca de la democracia y el socialismo", pp. 39-55; en: V.V.A.A, *Movimientos populares y alternativa de poder en Latinoamérica*. México, Universidad Autónoma de Puebla, 285 páginas.
35. Fuentes, Carlos (2005). *La región más transparente del aire*. México, Editorial Planeta, 508 páginas.
36. Galeano, Eduardo (1983). *Las venas abiertas de América Latina*. México, Siglo XXI, 486 páginas.
37. - (1991). "Literatura y cultura popular en América Latina", en: Columbres, Adolfo (compilador), *La cultura popular*. México, Premiá Editora, 145 páginas.
38. - (1999). *Memoria del fuego II. Las caras y las máscaras*. México, Siglo XXI.
39. - (2001). *Memoria del fuego III. El siglo del viento*. México, Siglo XXI, 374 páginas.
40. García Canclini, Néstor (2001). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México, Grijalbo, 365 páginas.
41. García Márquez, Gabriel (1990). *La hojarasca*. México, Diana, 160 páginas.
42. - (2006). *El otoño del patriarca*. México, Diana, 297 páginas.
43. - (1989a). *El general en su laberinto*. México, Diana, 1991, 286 páginas.

44. - (1989b). "Fantasía y creación artística en América Latina y el Caribe", en: González Casanova, Pablo (coord.). *Cultura y creación intelectual en América Latina*. México, Siglo XXI, 363 páginas.
45. - (1992). *Cien años de soledad*. México, Diana, 432 páginas.
46. Gay, José (dirección) (s/f). *Diccionario de biografías*. España, Editorial Océano, 1071 páginas.
47. Gilly, Adolfo (1980). "Democracia obrera y consejos de fábrica: Argentina, Bolivia, Italia", pp. 143-194; en: VV. AA., *Movimientos populares y alternativa de poder en Latinoamérica*. México, Universidad Autónoma de Puebla, 285 páginas.
48. Gómez de Silva, Guido (1999). *Diccionario internacional de literatura y gramática*. México, FCE, 799 páginas.
49. Gordon, Samuel (2005). *Palabras sin límites. Conversaciones con escritores*. México, UACM, 144 páginas.
50. Gramsci, Antonio (1976). "La investigación de la historia" (fragmentos); en: *De Espartaco al Ché y de Nerón a Nixon (lecturas de historia universal)*. México, Editorial Pueblo Nuevo, 512 páginas.
51. Guajardo, Guillermo (2001). "Guerras civiles, guerras sucias: América Central, el Cono Sur y México en perspectiva comparada", en: Benítez Manaut, Raúl y Fernández de Castro (coord.), *México-Centroamérica. Desafíos a inicios del siglo XXI*. México, ITAM, 354 páginas.
52. Habermas, Jürgen (1996). *Sobre Nietzsche y otros ensayos*. México, REI, 110 páginas.
53. Hitler, Adolfo (1976). "Mi lucha", pp. 367-370; en: *De Espartaco al Ché y de Nerón a Nixon (lecturas de historia universal)*. México, Editorial Pueblo Nuevo, 512 páginas.
54. Hughes, Stuart H. (1967). *La historia como arte y como ciencia*. España, Ediciones Aguilar, 125 páginas.
55. Hume, David (1965). *Ensayos políticos*. México, Herrero Hermanos, 193 páginas.
56. Kafka, Franz (2003). *El Proceso*. México, Editorial Tomo, pp. 119-337.
57. Lacouture, Simone y Jean (coord.) (1973). *Pequeña enciclopedia política*. México, Editorial Grijalbo, 193 páginas.
58. Lechner, Norberto (1980). "Post Scriptum", pp. 249-264; en: VV.AA., *Movimientos populares y alternativa de poder en Latinoamérica*. México, Universidad Autónoma de Puebla, 285 páginas.
59. Lewis, Bernard (1984). *La historia recordada, rescatada, inventada*. México, FCE, 132 páginas.
60. López Colomé, Pura (1993). "Permanencia en ascuas. Sobre la modernidad de *Al filo del agua*", pp. 383-391; en: Yáñez, Agustín. *Al filo del agua*. Edición crítica coordinada por Arturo Azuela. México, CONACULTA, 406 páginas.
61. Machado, Antonio (1988). *Los complementarios*. México, REI, 360 páginas.
62. Magee, Bryan (2001). *Los grandes filósofos*. España, Cátedra, 376 páginas.

63. Margulis, Mario (1991). "La cultura popular", en: Columbres, Adolfo (compilador), *La cultura popular*. México, Premiá Editora, 145 páginas.
64. Martí, José (1976). "Nuestra América", pp. 258-263; en: *De Espartaco al Ché y de Nerón a Nixon (lecturas de historia universal)*. México, Editorial Pueblo Nuevo, 512 páginas.
65. Martínez Palomo, Adolfo (1995). "La ciencia en la sociedad: una relación inestable", pp. 55-72; en: Pérez Tamayo, Ruy; Florescano, Enrique (coord.). *Sociedad, ciencia y cultura*. México, Cal y arena, 195 páginas.
66. Masi, Edoarda (1984). "Lu Xun", pp. 262-266; en: Berardinelli, Alfonso (compilador). *La cultura del 900. I Literatura*. México, Siglo XXI, 315 páginas.
67. Mayer, J.P. (1966). *Trayectoria del pensamiento político*. México, FCE, 346 páginas.
68. Menton, Seymour (1999). *El cuento hispanoamericano*. México, FCE, 688 páginas.
69. Millar, David (1989). *Enciclopedia del pensamiento político*. España. Alianza Editorial, 704 páginas.
70. Moirón, Sara (1986). *Cuando el árbol daba frutos*. México, SEP/Ediciones Gernika, 162 páginas.
71. Montenegro, Walter (2004). *Introducción a las doctrinas político-económicas*. México, FCE, 327 páginas.
72. Montes de Oca, Francisco (1987). *Literatura universal*. México, Editorial Porrúa, 356 páginas.
73. - (2003). *Teoría y técnica de la literatura*. México, Editorial Porrúa, 217 páginas.
74. Moretti, Franco (1984). "Compañeros de ruta", pp. 273-277; en: Berardinelli, Alfonso (compilador). *La cultura del 900. I Literatura*. México, Siglo XXI, 315 páginas.
75. Nietzsche, Friedrich (2001). *La Gaya ciencia*. España, Editorial ALBA, 302 páginas.
76. Orwell, George (2002). *Rebelión en la granja / 1984*. México, Editorial Porrúa, 349 páginas.
77. Pacheco, José Emilio (1995). "La literatura", pp. 141-151; en: Pérez Tamayo, Ruy; Florescano, Enrique (coord.). *Sociedad, ciencia y cultura*. México, Cal y arena, 195 páginas.
78. Paramio, Ludolfo y Reverte, Jorge M. (1980). "Resistencia obrera y Estado burgués de excepción", pp. 219-247; en: VV.AA., *Movimientos populares y alternativa de poder en Latinoamérica*. México, Universidad Autónoma de Puebla, 285 páginas.
79. Paz, Octavio (1985). *Tiempo nublado*. México, Origen/Planeta, 206 páginas.
80. - (2004). *El laberinto de la soledad. Postdata. Vuelta al laberinto de la soledad*. México, FCE, 351 páginas.
81. Peralta, Braulio (1996). *De un mundo raro*. México, CONACULTA, 190 páginas.
82. Pérez Tamayo, Ruy (1995). "Ciencia, sociedad y cultura", pp. 11-29; en: Pérez Tamayo, Ruy; Florescano, Enrique (coord.). *Sociedad, ciencia y cultura*. México, Cal y arena, 195 páginas.
83. Poniatowska, Elena (1995). "Literatura y sociedad", pp.121-137; en: Pérez Tamayo, Ruy; Florescano, Enrique (coord.). *Sociedad, ciencia y cultura*. México, Cal y arena, 195 páginas.
84. Pratt Fairchild, Henry (editor) (1997). *Diccionario de sociología*. México, FCE, 317 páginas.

85. Ramos, Juan Antonio (1983). *Hacia el otoño del patriarca. La novela del dictador en Hispanoamérica*. República Dominicana, Editora Corripio, 177 páginas.
86. Roa Bastos, Augusto (1985). *Yo el supremo*. Colombia, La oveja negra, 446 páginas.
87. Rosaldo, Renato (1989). *Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social*. Editorial Grijalbo, México; 229 páginas.
88. Rosales y Zamora, Patricia (1994). *Días fértiles*. México, CONACULTA, 355 páginas.
89. Ruiz Pro, Juan. *Protagonistas de la historia*. España, Editorial Espasa, 769 páginas.
90. Sabato, Ernesto (1984). *Uno y el universo*. México, Seix Barral, 155 páginas.
91. Santí, Enrico Mario (1997). *Por una politeratura. Literatura hispanoamericana e imaginación política*. México, CONACULTA, 354 páginas.
92. Serra Rojas, Andrés (1998). *Diccionario de ciencia política*. México, FCE, 695 páginas.
93. Siller, David (1994). *Aquí, allá y en todas partes*. México, CONACULTA, 170 páginas.
94. Solís, Leopoldo (1995). "Economía y sociedad", pp. 91-110; en: Pérez Tamayo, Ruy; Florescano, Enrique (coord.). *Sociedad, ciencia y cultura*. México, Cal y arena, 195 páginas.
95. Souza, Herbert (1980). "Notas sobre la cuestión actual de la democracia en Brasil", pp. 195-217; en: VV. AA., *Movimientos populares y alternativa de poder en Latinoamérica*. México, Universidad Autónoma de Puebla, 285 páginas.
96. Souto, Arturo (1973). *Literatura y sociedad*. México, Complejo Editorial Latinoamericano, 53 páginas.
97. Stallings, Barbara (1990). *Banquero para el tercer mundo*. México, Alianza Editorial, 338 páginas.
98. Vargas Llosa, Mario (2003). *La fiesta del chivo*. España, Punto de lectura, 569 páginas.
99. - (2007). *La ciudad y los perros*. México, Punto de lectura, 444 páginas.
100. Velázquez Delgado, Jorge (2005). *Globalización y fin de la historia*. México, UACM, 254 páginas.
101. Vellinga, Menno (coordinador) (1993). *Democracia y política en América Latina*. México, Siglo XXI, 431 páginas.
102. Villoro, Luis (1995). "Filosofía para un fin de época", pp. 31-51; en: Pérez Tamayo, Ruy y Florescano, Enrique (coord.). *Sociedad, ciencia y cultura*. México, Cal y arena, 195 páginas.
103. Vizinczey, Stephen (1992). *Verdad y mentiras en la literatura*. México, Grijalbo, 314 páginas.
104. Ydígoras, Carlos María (1982). *América contra América. El hermano yanqui*. España, Argos Vergara, 401 páginas.
105. Zweig, Stefan (s/f). *Fouché. El genio tenebroso*. México: Editorial Época, 264 páginas.
106. - (1993). *El mundo de ayer*. México, Editorial Porrúa, 257 páginas.

Ciberografía

1. *BBCMUNDO.com*. "Roa Bastos: del exilio a la ficción" [en línea] [consultado el 07 de septiembre del 2007] Disponible en: (http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/misc/newsid_4489000/4489387.stm).
2. Bourdieu, Pierre (2005). "Sobre intelectuales y política" [en línea]. México: *U-ABC Teoría*, Archivo para estudiantes de Artes y Humanidades de la Universidad Autónoma de Baja California (Tijuana-Mexicali) [fecha de consulta: 24 marzo 2007]. Disponible en: (www.tijuana-artes.blogspot.com).
3. Eco, Humberto (2005). "¿Deben los intelectuales meterse en política?" [en línea]. México: *U-ABC Teoría*, Archivo para estudiantes de Artes y Humanidades de la Universidad Autónoma de Baja California (Tijuana-Mexicali) [fecha de consulta: 31 julio 2007]. Disponible en: (www.tijuana-artes.blogspot.com).
4. García Márquez, Gabriel (1982). "La soledad de América" [discurso de aceptación del Premio Nobel 1982] [en línea]. [fecha de consultada: 05 marzo del 2007]. Disponible en: (<http://www.ciudadseva.com/textos/GGMNobel.htm>).
5. Huxley, Aldous (2005). "Propaganda bajo una dictadura" [en línea]. México: *U-ABC Teoría*, Archivo para estudiantes de Artes y Humanidades de la Universidad Autónoma de Baja California (Tijuana-Mexicali) [fecha de consulta: 02 marzo 2008]. Disponible en: (www.tijuana-artes.blogspot.com).
6. Punte, María José (1998). "Novela e historia en Latinoamérica. Esbozos desde la teoría narrativa de Paul Ricoeur" [en línea]. México: *Quadrivium 9*, Órgano de difusión del Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de México, 1998, pp. 84-90 [fecha de consulta: 7 noviembre del 2007] Disponible en: (<http://www.punte.org/textos/Novelati.pdf>).
7. Rodríguez, Porfirio Rafael (2006). *La figura del dictador en El otoño del patriarca, de Gabriel García Márquez*. Degree of Doctor of Education in Teachers College, Columbia University [consultado 30 noviembre del 2007] from ProQuest Digital Dissertations database.
8. Rohena, Ricardo (2007). "Notas sobre la verdad y el poder en *El Fiscal* de Augusto Roa Bastos" [en línea]. Puerto Rico [fecha de consulta: 07 septiembre del 2007]. Disponible en: (<http://uprhmate01.upr.clu.edu/exegesis/ano9/v26/a26.htm>).
9. Tedio, Guillermo (2004). "Historia, ficción, poder y lenguaje en *Yo el supremo*, de Augusto Roa Bastos" [en línea]. *Espéculo. Revista de estudios literarios*. Universidad Complutense de Madrid [fecha de consulta: 19 enero del 2008]. Disponible en: (<http://www.ucm.es/info/especulo/numero28/yosuprem.html>).
10. *Wikipedia.com* (2008), "René Barrientos Ortuño" [en línea]. [Fecha de consulta: 07 de junio del 2008]. Disponible en: (http://es.wikipedia.org/wiki/Ren%C3%A9_Barrientos)

Hemerografía

1. Aréchiga, Violeta y Cárdenas, Nicolás (1988). "La Historia: ¿relato verdadero o ciencia? Una crítica a Paul Veyne", pp. 45-70; en: *Argumentos. Estudios críticos de la sociedad*, núm. 4, junio de 1988, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 127 páginas.
2. Argüelles, Juan Domingo (1997). "Tres décadas de *Cien años de soledad*. García Márquez, poeta", pp. 86-88; en: *Periódico de poesía*. México, UNAM/INBA, Nueva época, núm. 18, verano, 131 páginas.
3. Benavides, Jorge Eduardo (2007). "Apuntes sobre la nueva narrativa hispanoamericana (¿realmente una ruptura con el Boom?)", pp. 17-21; en: *Reuelta, revista Latinoamericana de pensamiento*, núm. 5, diciembre 2006 / febrero 2007, Universidad de las Américas de Puebla, México, 130 páginas.
4. Bolívar Meza, Rosendo (2002). "La teoría de las elites en Pareto, Mosca y Michels", pp. 386-407; en: *Iztapalapa. Revista de ciencias sociales y humanidades*, año 23, núm. 52, enero-junio de 2002, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 464 páginas.
5. Borón, Atilio (1978). "Nuevas formas del Estado latinoamericano", pp. 30-43; en: *Cuadernos políticos*, Revista trimestral publicada por Ediciones Era, México, núm. 15, enero-marzo de 1978, 104 páginas.
6. Burgess, Mike; Wolf, Daniel (1979). "Brasil: el concepto de poder en la Escuela Superior de Guerra", pp. 89-103; en: *Cuadernos políticos*. México, Editorial Era, núm. 20, abril-junio de 1979, 114 páginas.
7. Cappelletti Vidal, Ricardo (1970). "La marginalidad política como factor de innovación en áreas subdesarrolladas", pp. 425-435; en: *Foro Internacional 40*, vol. X, núm. 4, El Colegio de México, México, abril-junio de 1970; pp. 363-464.
8. Carballo, Emmanuel (2007). "Borges, Bioy y los escritores mexicanos", pp. 5-13; en: *Revista de la Universidad de México*. UNAM, Nueva Época, núm. 43, septiembre 2007, 110 páginas.
9. Cavalla Rojas, Antonio (1980). "Centroamérica en la estrategia militar norteamericana durante la administración Carter", pp. 141-166; en: *Iztapalapa. Revista de ciencias sociales y humanidades*, año 2, núm. 3, julio-diciembre, 1980, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 344 páginas.
10. Chimal, Carlos (2007). "Ese loco despropósito", en: *Reuelta, revista Latinoamericana de pensamiento*. Universidad de las Américas de Puebla, México, número 5, diciembre 2006 / febrero 2007, 130 páginas.
11. Corona, Ignacio (2007). "Carlos Monsiváis y los estudios culturales latinoamericanos ECL. Algunas reflexiones metodológicas", pp. 48-54; en: *Reuelta, revista Latinoamericana de pensamiento*. Universidad de las Américas de Puebla, México, número 5, diciembre 2006 / febrero 2007, 130 páginas.

12. Couffon, Claude (1995). "Julio Cortázar y lo fantástico político", pp. 33-36; en: *Cultura Sur*, México, CONACULTA, año VII, volumen VII, núm. 36, verano 1995, 49 páginas.
13. Domínguez, Jorge I. (1984). "Los conflictos internacionales en América Latina y la amenaza de guerra", pp. 1-13; en: *Foro Internacional*, México, El Colegio de México, vol. XXV, núm. 1, julio-septiembre, 1984, 99 páginas.
14. Equipo de Educación del Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino (1978). "La política educativa de la junta militar en Argentina", pp. 102-113; en: *Cuadernos políticos*, Revista trimestral publicada por Ediciones Era, México, núm. 17, julio-septiembre de 1978, 112 páginas.
15. Espinosa, Guillermo (2007). "Reseña del libro *Toda esa gran verdad*, de Eduardo Montagner Anguiano", pp.125-127; en: *Revuelta*, revista Latinoamericana de pensamiento. Universidad de las Américas de Puebla, México, número 5, diciembre 2006 / febrero 2007, 130 páginas.
16. Fernández Granados, Jorge (2007). "Periplo de poesía en movimiento", pp. 65-69; en: *Revuelta*, revista Latinoamericana de pensamiento. Universidad de las Américas de Puebla, México, número 5, diciembre 2006 / febrero 2007, 130 páginas.
17. Flores Olea, Víctor (2007). "El Estado laico y sus enemigos", pp. 16-20; en: *Revista de la Universidad de México*. UNAM, Nueva Época, núm. 43, septiembre 2007, 110 páginas
18. *Frente Sandinista de Liberación Nacional* (1979). "Nicaragua: la lucha popular contra la dictadura", pp. 104-115; en: *Cuadernos políticos*. México, Editorial Era, núm. 20, abril-junio de 1979, 114 páginas.
19. Fuentes, Carlos (1990). "Una literatura contemporánea de sí misma", pp. 24-29; en: *La Jornada. Semanal*, México, Nueva época, núm. 52, 10 de junio de 1990, 48 páginas.
20. García, Juan Manuel y Machado, Junco (1994). "La violencia política en la literatura. Martín Luis Guzmán: El cronista de la Revolución Mexicana"; en: *Época*, 14 de noviembre, 1994, México).
21. García, Pío; Cueva, Agustín; Marini, Ruy Mauro; Dos santos, Theotonio (1978). "La cuestión del fascismo en América Latina", pp. 13-33; en: *Cuadernos políticos*, México, Ediciones Era, núm. 18, octubre-diciembre de 1978, 102 páginas.
22. Gómez Calderón, Lorena (2006). "Las incógnitas de la sintaxis. Entrevista a Carlos Aguirre", pp. 66-76; en: *Casa del tiempo*, mayo 2006, vol. VIII, época III, número 88, México, UAM, 106 páginas.
23. Grave, Crescenciano (2006). "Naturaleza, carácter y violencia: derivas a partir de Schopenhauer", pp. 7-23; en: *Dikaosyne*, revista semestral de filosofía práctica, año IX, núm. 16, junio de 2006, Universidad de los Andes, Venezuela, 213 páginas.
24. Gueniffey, Patrice (2004). "La voluntad en la historia", pp. 3-20; en: *Istor*. Revista de historia internacional, año V, núm. 17, verano del 2004, México, Editorial Jus, 187 páginas.
25. Guerrero, Gustavo (2007). "Nueva narrativa del extremo Occidente: la encrucijada de la recepción internacional", pp. 9-16; en: *Revuelta*, revista Latinoamericana de pensamiento.

Universidad de las Américas de Puebla, México, número 5, diciembre 2006 / febrero 2007, 130 páginas.

26. Hernández, Arturo (1998). "La macabra obra de Pol Pot en Camboya", pp. 50; en: *Época*, núm. 360, 27 de abril de 1998, México, 80 páginas.
27. Hüttinger, Christine (2006). "Lo absurdo del amor: los cuentos de Severino Salazar", pp. 101-103; en: revista *Casa del tiempo*, mayo 2006, vol. VIII, época III, número 88, México, UAM, 106 páginas.
28. Juárez Villalvazo, Carlos (1981). "La constitución de la burocracia sindical oficialista en la C.T.M. y la expulsión de la izquierda (1936-1948)", pp. 313-329; en: *Iztapalapa*. Revista de ciencias sociales y humanidades, año 2, núm. 4, enero-junio, 1981, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 401 páginas.
29. Krauze, Enrique, [et. al]. (2007). "Doce variaciones sobre un escritor", pp. 18-27; en: *Letras Libres*, año IX, núm. 106, octubre 2007, México, Editorial Vuelta, 100 páginas.
30. Leclerc, George-Louis, conde de Buffon (2006). "Discurso sobre el estilo" [1753], pp. 10-20; en: revista *Casa del tiempo*, mayo 2006, vol. VIII, época III, número 88, México, UAM, 106 páginas.
31. Lévy, Bernard-Henri (1992). "Pol Pot y la muerte de la idea de revolución", pp. 40-43; en: *La Jornada Semanal*. México, Nueva época, núm. 137, 26 de enero de 1992, 48 páginas.
32. López y Rivas, Humberto (1980). "Nicaragua: diario de campo de un antropólogo", pp. 212-227; en: *Iztapalapa*. Revista de ciencias sociales y humanidades, año 2, núm. 3, julio-diciembre, 1980, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 344 páginas.
33. Lowenthal, Abraham F. (1970). "La Alianza para el Progreso en retrospectiva. Hacia mejores políticas norteamericanas para la década de 1970", pp. 392-406; en: *Foro Internacional* 40, vol. X, núm. 4, El Colegio de México, México, abril-junio de 1970; pp. 363-464.
34. Maldonado, Rebeca (2006). "Sobre la posibilidad de un fundamento analógico y simbólico. Ensayo de hermenéutica analógica", pp. 24-34; en: *Dikaiozyne*, revista semestral de filosofía práctica, año IX, núm. 16, junio de 2006, Universidad de los Andes, Venezuela, 213 páginas.
35. Martin, D. A. (1964). "El pacifismo y la intelligentsia durante la 'guerra de treinta años' (1914-1945)", pp. 457-482; en: *Revista mexicana de sociología*, año XXVI, vol. XXVI, núm. 2, mayo-agosto, 1964, México, Instituto de investigaciones sociales de la UNAM, pp. 355-633.
36. Mayorga, René Antonio (1979). "Dictadura militar y crisis del Estado. El caso boliviano (1971-1977)", pp. 64-88; en: *Cuadernos políticos*. México, Editorial Era, núm. 20, abril-junio de 1979, 114 páginas.
37. Medina Peña, Luis (2004). "Porfirio Díaz y la creación del sistema político en México", pp. 60-94; en: *Istor*. Revista de historia internacional, año V, núm. 17, verano del 2004, México, Editorial Jus, 187 páginas.

38. Menezes, Djâcir (1964). "Desenvolvimiento cultural, industrialización y humanismo", pp. 425-438; en: *Revista mexicana de sociología*, año XXVI, vol. XXVI, núm. 2, mayo-agosto, 1964, México, Instituto de investigaciones sociales de la UNAM, pp. 355-633.
39. Méndez Rojas, Miguel Angel; Chimal, Carlos; Cole, K. C. (2006). "Perfil. Roald Hoffmann", pp. 97-101; en: *Revuelta*, Revista latinoamericana de pensamiento. México, Universidad de las Américas Puebla, núm. 4, septiembre-noviembre 2006, 129 páginas.
40. Meyer, Jean (1995). "El pasado de una ilusión, de François Furet", pp. 33-36; en: *Vuelta*, año XIX, noviembre de 1995, núm. 228, México, 64 páginas.
41. Morales Faedo, Mayuli (2002). "Escritura, erotismo y otredad en *La última niebla*", pp. 63-79; en: *Iztapalapa*. Revista de ciencias sociales y humanidades, año 23, núm. 52, enero-junio de 2002, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 464 páginas.
42. Moreno, José Alberto (2004). "Una bella época", pp. 179-180; en: *Istor*. Revista de historia internacional, año V, núm. 17, verano del 2004, México, Editorial Jus, 187 páginas.
43. Newman, Andrés (2007). "Borges y el idioma de los extranjeros", pp. 23-27; en: *Revuelta*, revista Latinoamericana de pensamiento. Universidad de las Américas de Puebla, México, número 5, diciembre 2006 / febrero 2007, 130 páginas.
44. Orozco, Víctor (1976). "Las luchas populares en Chihuahua", pp. 49-66; en: *Cuadernos políticos*, núm. 9, julio-septiembre de 1976, México, Ediciones Era, 102 páginas.
45. Pereda, Carlos (2007). "Carlos Monsiváis y la consigna barroca", pp. 42-46; en: *Revuelta*, revista Latinoamericana de pensamiento. Universidad de las Américas de Puebla, México, número 5, diciembre 2006 / febrero 2007, 130 páginas.
46. Pereyra, Carlos (1979). "Gramsci: Estado y sociedad civil", pp. 66-74; en: *Cuadernos políticos*. México, Ediciones Era, núm. 21, julio-septiembre de 1979, 103 páginas.
47. Pérez del Pozo, María José (2006). "Relaciones internacionales de cooperación: cultura y comunicación para el desarrollo", pp. 167-179; en: *Relaciones Internacionales*, núm. 96, septiembre-diciembre, 2006, México, UNAM, 214 páginas.
48. Pérez Lo Presti, Alirio (2006). "El giro en la obra de Milan Kundera: un reflejo de la contemporaneidad", pp. 159-172; en: *Dikaosyne*, revista semestral de filosofía práctica, año IX, núm. 16, junio de 2006, Universidad de los Andes, Venezuela, 213 páginas.
49. Pessoa, Fernando (2007). "Páginas de Diario", pp. 45-59; en: *Biblioteca de México*, número 97-98, enero-febrero / marzo-abril, 2007, México, CONACULTA, 126 páginas.
50. Philip, George (1984). "Autoritarismo militar en América del Sur: Brasil, Chile, Uruguay y Argentina", pp. 57-76; en: *Foro Internacional*, México, El Colegio de México, vol. XXV, núm. 1, julio-septiembre, 1984, 99 páginas.
51. Portuondo, José Antonio (1979). "Literatura y sociedad en Hispanoamérica". *Cuadernos de cultura Latinoamericana*, México, UNAM, 23 páginas.

52. Prats Sariol, José (2007). Reseña del libro *José Bergamín*, pp. 128-130; en: *Revuelta*, revista Latinoamericana de pensamiento. Universidad de las Américas de Puebla, México, número 5, diciembre 2006 / febrero 2007, 130 páginas.
53. Solares, Ignacio (2007). "Huxley: ironía y más allá", pp. 40-45; en: *Revista de la Universidad de México*. UNAM, Nueva Época, núm. 43, septiembre 2007, 110 páginas
54. Sommers, Joseph (1976). "Literatura e ideología: la evolución novelística del militarismo en Vargas Llosa", pp. 83-103; en: *Cuadernos políticos*, núm. 9, julio-septiembre de 1976, México, Ediciones Era, 102 páginas.
55. Spagnolo, González, Alberto; Cismondi Dequino, Óscar (1978). "Argentina: el proyecto económico y su carácter de clase", pp. 75-89; en: *Cuadernos políticos*, Revista trimestral publicada por Ediciones Era, México, núm. 16, abril-junio de 1978, 117 páginas.
56. Spalding, Rose J. (1984). "La expansión económica del Estado en Nicaragua después de la revolución", pp. 14-32; en: *Foro Internacional*, México, El Colegio de México, vol. XXV, núm. 1, julio-septiembre, 1984, 99 páginas.
57. Toriz, Rafael (2007). "El sitio de una ausencia: el autor en la neblina", pp. 98-106; en: *Letra en ruta*, núm. 2, primavera 2007, México, 119 páginas.
58. Vásquez, Juan Gabriel (2007). "Literatura de inquilinos", pp. 35-39; en: *Revuelta*, revista Latinoamericana de pensamiento. Universidad de las Américas de Puebla, México, número 5, diciembre 2006 / febrero 2007, 130 páginas.
59. VV. AA. (2007). "Relecturas", pp. 42-48; en: *Letras Libres*, año IX, núm. 106, octubre 2007, México, Editorial Vuelta, 100 páginas.

Televisión

1. Boullosa, Pablo (2007). *Ochenta años del Gabo*, programa televisivo transmitido el 24 de junio del 2007, por el Canal Once.
2. Campbell, Federico (2007). Entrevista en el programa *Vertientes*, transmitido el 24 de septiembre del 2007 por el canal *AprendeTV*, México.
3. Martín Romero, Francisco (2007). Entrevista en el programa *Entre líneas*, transmitido el 10 de diciembre del 2007, en el canal *Ventana 22*, México.
4. Monsiváis, Carlos (2008). *Aires de familia*, programa transmitido en Canal22 el día 05 de mayo de 2008.